M. John Harrison

La tierra hundida ya vuelve a levantarse

traducción de Marcelo Cohen

Sigilo

M. John Harrison

La tierra hundida ya vuelve a levantarse

traducción de Marcelo Cohen

Sigilo

M. John Harrison

La tierra hundida ya vuelve a levantarse

Traducción de Marcelo Cohen

Para Deborah Chadhourn

Poco a poco la tierra hundida ya vuelve a levantarse,

y acaso vuelve a caer, y al cabo se levanta otra vez.

Charles Kingsley, Pensamientos en una fosa de grava

… a ciertas cosas las atrae el agua y cuando están cerca

de ella no se comportan igual.

Olivia Laing, Al río

He aquí que os digo un misterio: no todos dormiremos,

pero todos seremos transformados.

I Corintios 15:51

UNO

1

Pasarse todo el día con los muertos

A los cincuenta y algo Shaw atravesó una mala racha. Así se lo decía él. Su vida adulta, hasta entonces, había sido perfectamente normal. Había optado por la normalidad. Tal vez ese había sido el problema. Como fuera, su vida perdió forma y cinco años se fueron gastando en nada apreciable. Se deslizaban sobre sí mismos como piezas de una caja secreta y no había manera de abrirlos. Podía volver en sí a la noche, con absoluta claridad, en –digamos– el primer piso repleto de un noodle bar, hablando con gente que no conocía mientras miraba una calle llena de motos flamantes. Luego todo volvía a escaparse, para ser vivido por una o dos semanas desde lejos.

Una mujer que conoció –una de las varias que lo descartaron instintivamente durante ese período– estuvo más cerca que nadie de definir qué le había pasado. Se llamaba Victoria, y al saludar a alguien nuevo tenía la costumbre de anunciar que trabajaba en una morgue. «Ah, no me importa –solía decir vagamente, cualquiera fuese la respuesta–. Pero claro, yo vi mi primer cadáver a los catorce años».

Era una frase efectiva, especialmente en un pub de Hackney un húmedo anochecer de lunes. Hija de un médico, Victoria, ya con algo más de cuarenta, tenía lúgubre pelo rojo, un aire de deterioro y el calculado humor plano de una romántica de alto funcionamiento. Era una de esas personas conscientes solo en parte de su nerviosismo; detectando a medias esa agitación, solía proyectarla sobre el otro y decir: «En realidad ahora no tienes tiempo para mí, ¿no? Te lo noto en la voz». Al principio a Shaw lo confundió. Si no aplicaba cierta disciplina uno quedaría atrapado y, poniéndose nervioso a su vez, empezaría a cumplir la profecía mirando el reloj. La noche que los presentaron ella estaba bebiendo mucho, obsesionada por algo que una vez le había contado su padre sobre

una subespecie de individuos que nacían semejantes a peces.

–De verdad –dijo–. Peces. –Abrió bien grandes los ojos–. ¿No te parece increíble?

Shaw no sabía qué pensar de ella.

–Nunca he oído nada así –respondió sinceramente. Le interesaba más la morgue–. Qué raro es eso –sugirió–. Pasarse todo el día con los muertos. –A lo cual ella contestó con una amargura inexplicable, como si se refiriese a un acontecimiento fundamental de su vida:

–Bueno, al menos nunca te discuten.

Victoria, cuyo apellido era Norman o Nyman, Shaw todavía no estaba seguro, quería que la convencieran de algo, pero a él eso lo dejaba sin otro recurso que las gentes pez. Según la descripción de su padre vivían en Sudamérica o algún lugar parecido. La mayoría nacían machos, aunque las portadoras del gen eran las mujeres. Podían vivir normalmente, hacer todo lo que hace un ser humano. Aislados en un profundo valle de estuario al oeste de los Andes –quizá más fuertes, sin duda más inteligentes que las tribus ordinarias que los habían expulsado–, habían formado comunidades propias que, si bien pequeñas, habían sobrevivido y hasta prosperado.

–Si es así –dijo Shaw–, ¿por qué no hay más? ¿Por qué yo nunca vi ninguno?

Victoria se rio como se reproduce la risa en internet: jajaja. «Porque esto no es Sudamérica», le recordó. «Es Columbia Road. De todos modos él solo le estaba jugando una broma a una nena». Dio un golpecito alentador a su copa, y cuando él volvió de la barra añadió: «A lo mejor sí has visto uno. Quizás todos somos gente pez. De una u otra clase».

Se encontraron un par de veces más, se fueron a la cama, discutieron como hacen dos que sienten algo más que una atracción mutua; pero cuando, una noche en el Spurstowe Arms, Shaw trató de poner las cosas sobre una base más permanente, ella tembló. «Pareces un hombre honesto –dijo, apretándole brevemente la mano

a través de una mesa cubierta de copas vacías y los restos de unos ravioles de papa y hongos silvestres–, pero has olvidado de qué se trata todo». Él se preguntó si era así. Si había olvidado, ¿cómo iba a saberlo? ¿Con qué epistemología entender eso? Afuera del pub se había largado a llover. Entraba y salía gente a la carrera cubriéndose la cabeza con el abrigo, riendo. Shaw había perdido los nervios, siguió diciendo Victoria, y ella no se veía capaz de manejar las angustias de otro además de las suyas. «Francamente, nunca he conocido a nadie con semejante pánico». En aquel momento la afirmación le pareció menos hiriente que sin sentido. Tiempo después tendría más de una ocasión de apreciarle la claridad. Mientras tanto la vida se cerró tan de golpe como una cortina barata y ellos se vieron menos.

El problema de Shaw no era un derrumbe. Demasiado tarde para que fuese una crisis de mediana edad. No era nada de lo predecible. Tal vez, pensó, toda vida pasara por períodos de retracción; tal vez no se podía estar continuamente encendido. En cuanto se sintió libre de aquello se reenvió como un paquete lo más lejos posible de Hackney, y fue a parar al sur y al oeste del puente de Hammersmith en una baldía zona suburbana entre East Sheen y el Támesis, limitada por Little Chelsea de un lado y del otro por Sheen Lane. Allí alquiló una habitación en una casa georgiana que olía a perros y comida frita.

2

Desplazado

En Wharf Terrace no había muelle ni prueba de que alguna vez hubiera habido.* A lo largo de media calle más o menos permanecía un frente georgiano auténtico, pero hacía mucho que detrás habían subdividido las casas en conejeras de cuartitos de techo bajo. El cuarto de Shaw en el número 17, que alquiló amueblado, estaba en lo más alto de la casa. Casi lleno por una cama individual y un guardarropa de aspecto atrofiado olía como una tienda de caridad. Él pensó que en tiempos mejores había sido una especie de pasaje o rellano que comunicaba con la habitación más amplia de al lado. Desde la ventana veía entre edificios el Támesis, donde en las mañanas caían chubascos sobre la corriente de marea. En la parte de atrás había un jardín lleno de polvorientas budleias.

El número 17 estaba demasiado lejos como para recibir las nieblas del río; de todos modos siempre daba impresión de humedad. Todo el mundo ahí parecía subinquilino de otro. La mayoría tenía la vida tan en suspenso como Shaw. Llegaban y se iban al cabo de una semana. Un núcleo menor de personas, más permanente, estaba empezando carreras en Hammersmith o Fulham: aunque se quedaran más tiempo, lugares como aquel terminarían no siendo una forma de vida para ellos. En el momento oportuno se moverían no hacia adelante sino hacia arriba: mudándose a apartamentos de alquiler más simpáticos, a casas propias, a las provincias. Mientras, habían incorporado algo del mismo olor que la casa. Lo llevaban cubierto de una capa de jabón, antitranspirante y otra cosa que Shaw solo podía identificar como el aroma del éxito. Los hombres usaban irreprochables trajes Paul Smith y camisas Ted Baker de Covent Garden; las mujeres estaban en la gerencia intermedia de Marks & Spencer –era bastante agotador, se las oía decir, pero valía la pena por la seguridad–. A las seis de la mañana salían rumbo a sus 7 km diarios de caminata en Richmond Park, todas con paso perfecto, balanceadas por el Pilates, delgadas como cuchillos de

cerámica en sus capas base y mallas de compresión BAM; los fines de semana, natación y bicicleta fija.

Las mujeres, en particular, lo hacían concebirse como una paradoja: por un lado para ellas Shaw parecía no existir; por otro, sus camisas retro de bowling, jeans de adolescente y zapatillas de skate visiblemente gastadas eran de lo más irritante. Cuando a la noche se las cruzaba en los pasillos, hablando en dúos y tríos, la pronta sonrisa de él pasaba inadvertida y la conversación no se reanudaba hasta que se hubiera alejado. Él no esperaba otra cosa.

Desde el comienzo percibió que en el cuarto de al lado sucedía algo extraño. La primera tarde fue canto de garganta, que asoció vagamente con Radio 4; un golpe seco que sacudió las tablas del suelo; y una voz diciendo claramente «¡Carajo!», seguida de un silencio fuerte como un sonido. Luego canto de garganta otra vez, o quizá sollozos. Shaw sonrió y siguió deshaciendo el equipaje. Para entonces se había acostumbrado a los tabiques y los ruidos que dejaban oír.

El equipaje no le llevó mucho tiempo. Estaba acostumbrado a eso también. Había rescatado unas pocas y maltrechas cajas de cartón, de contenido incierto, de alguna de las vidas desacreditadas que había vivido antes de su crisis; por lo demás solo ropa, que aun doblada con holgura no llegaba a llenar un bolso de lona de ochenta litros. Entre las camisetas con eslóganes de IT y la desteñida ropa interior de Muji se alternaban capas de papeleo: formularios de impuestos, recibos, notas de cese de tal o cual departamento de recursos humanos. También encontró un reloj de viaje, un celular de segunda generación cuya batería no conservaba la carga y dos o tres novelas «clásicas modernas» sin leer, una de ellas Pincher Martin.

En cuanto hubo recuperado y reparado lo que pudo, Shaw fue a presentarse al vecino de al lado. Ninguna respuesta: si bien al golpear le pareció que la puerta temblaba un momento en el marco, como si el ocupante hubiera tirado desde adentro para abrir y al instante sufrido un cambio de idea. El pasillo estaba frío. Una leve luz de río se filtraba por la ventanita barrada. Se oía cómo en Mortlake Road se acumulaba el tráfico de cercanías. Shaw puso la oreja en la puerta. «¿Hola?», llamó. Apenas arriba del zócalo, vio, el

yeso tenía magulladuras como si hacía mucho, una tarde tediosa, alguien hubiera recorrido el pasillo pateando metódicamente las paredes. Exhausto por la inversión emocional que habría requerido ese proyecto, regresó a su cuarto, donde se imaginó a la figura de al lado sentada al borde de la cama, en camisa y calzoncillos, encorvado en la penumbra. Alguien como él intentando decidir si abría una puerta.

Por una semana o dos las cosas siguieron así.

Volvió a golpear. Pegó un papel en la puerta con cinta adhesiva: Hola, hace poco me mudé a la habitación de al lado, y se puso a esperar en la suya hasta que oyera un movimiento en el pasillo, a lo cual se asomaría. De tener la emboscada no obtuvo más que el vislumbre de un retroceso. Entretanto había subidas y bajadas por la escalera, sobre todo a la noche. Se alzaban las voces. A las dos de la mañana a alguien se le caía un objeto pesado en el pasillo, mientras abajo otra persona se apoyaba en el botón del timbre o gritaba algo ininteligible desde la calle. La ventana de guillotina del cuarto de al lado, estropeada por años de bruma de río, se levantaba con un largo gruñido. Al día siguiente Shaw quizás entreviera una silueta apresurándose por el pasillo hasta el baño común, que ocupaba más tiempo que una persona normal; después el baño olía mal. Todo eso se le antojaba curiosamente anticuado: una conducta de los cincuenta y sesenta del siglo anterior, cuando una moral pública rígida pero ya en deterioro forzaba a los ocupantes de hospedajes de toda Londres, desde Acton hasta Tufnell Park, a reivindicar en una suerte de sueño furtivo vidas que hoy resultarían perfectamente normales.

El sudoeste de Londres era cómodo para Shaw. Su madre ya vivía allí, en un hogar de atención de la demencia al otro lado de Twickenham sobre la A316.

La primera vez que la visitó después de mudarse la encontró parada en el salón común de abajo como si acabara de alejarse de alguien; una mujer alta, angulosa, con una falda de lana color brezo y un conjunto de cachemira, un poco inclinada por la cintura, mirando fijo por la ventana el jardín vacío. «Los días pasan tan rápido… –

estaba repitiendo–. Los días pasan muy rápido, así nomás», y tenía los hombros rígidos de algo entre la ansiedad y la ira. La convenció de subir con él a su habitación, donde le tomó la mano hasta que pareció relajarse. Sin reconocerlo ni siquiera entonces, se quedó de pie en medio del suelo y susurró: «Afuera ha mejorado. Voy a ocuparme un poco del jardín».

–Primero ven a sentarte –intentó persuadirla Shaw.

–No seas idiota –gritó su madre–. No quiero sentarme. Voy a trabajar un poco en el jardín, pero antes tengo que encontrar mis botas.

–Ven a sentarte y veré si pueden hacernos un té.

Ella volvió la cabeza y el torso al otro lado y se encogió de hombros.

–Cuando era más joven ni muerta habría dejado que me vieran con esta ropa –dijo, distante.

–Te creo –dijo Shaw.

–No van a hacer té. No esperes que hagan té a esta hora.

–De todos modos probemos. Veamos qué se puede hacer.

–Ay, dónde están mis botas –se preguntó ella con una voz de cuatro años. Pellizcó con asco el dobladillo de la falda–. ¿Dónde están mis botas buenas?

Resultó que lo del té era facilísimo.

–¿Te das cuenta? –dijo Shaw–. Nada más fácil.

–La gente puede ser muy servicial cuando le conviene.

Bebieron el té en silencio. A menudo era difícil hacerla hablar; saber de qué hablar era difícil siempre. Shaw sentía que ella esperaba de él que compartiese recuerdos, pero cuando lo hacía ella se reía ácidamente y miraba a la pared. «Esa vez que volviendo a casa de la escuela me dio una diarrea; ¿te acuerdas? ¡Cómo te

enojaste!». Las cosas que esperaba decir al final no afloraban. Su ausencia solo llenaba más de furia la habitación. Shaw pensó que debería llevarle noticias, pero no estaba claro, en definitiva, qué noticias podían ser: en qué podían consistir. Él no sabía nada de la familia, por ejemplo; sospechaba que ella tampoco. La familia era para los dos un concepto erizado de complejidades. Repetir las noticias nacionales no parecía apropiado. Finalmente, por defecto, recurrió a las suyas; igual sabía que la mayor parte del tiempo ella no estaba escuchando.

–En esa casa nueva –dijo Shaw–, me siento a gusto.

–Mi madre era una cristiana de veras –dijo ella de repente–. Pero nunca con nosotros. Nunca con nosotros. –No bien captó la atención de él, apoyó la taza con cuidado y se giró hacia la ventana–. Pronto va a nevar.

Shaw también dejó su taza. El té sabía a metal, como una cuchara disuelta.

–Estamos en mayo –le recordó él.

–Me encanta la nieve. Cuando éramos chicos en el mar caía una nieve grande como peniques. –Y luego, en una voz no del todo la suya–: Dejé de querer a mis padres muy pronto. Me humillaban antes de que tuviera cinco años. Yo era una niña pequeña, amigable, pero nerviosa. Siempre nerviosa. Me gustaba la playa. Me gustaba pescar. Me gustaba levantarme temprano y tarde. –Se rio con desdén–. Demasiado ansiosa sola. Demasiado ansiosa en compañía. Lo más feliz era estar con una persona nada más. Le tenía miedo a mi padre y mucho miedo a mi abuelo. Mi abuelo me dio una vieja caña de pesca en el mar que él había descartado pero yo prefería ir a pescar con mi tío. –Una gran sonrisa le transformó la cara–. ¡Nieve en el mar!

–Es verano –dijo él–. Ahora no va a nevar.

Ella miró por la ventana en silencio, sonriendo.

Shaw probó otra vez. «En esa casa nueva me siento a gusto –dijo–, pero no es muy limpia». Shaw ya estaba evitando el baño, que no

tenía ventana, parecía demasiado grande para lo que permitían las dimensiones del rellano y estaba iluminado por una bombita de cuarenta vatios que ahorraba energía y lo llenaba de una pareja melancolía pardoamarillenta. Ocupando el centro del linóleo ajedrezado había una anticuada bañadera de hierro forjado con el esmalte picado, endurecido mineral de agua calcárea alrededor de los grifos y una permanente marca de mugre con tinte químico. Aparte había una cabina de ducha. Cada vez que uno abría el agua caliente de las cañerías manaba un olor fúngico. «¡La primera vez que fui a sentarme en el inodoro creí ver algo en la taza! Sentí que no iba a poder usarlo hasta haberlo limpiado». También había intentado limpiar la bañadera antes de lavarse la ropa interior, un viernes a la noche, cuando al parecer la casa estaba vacía. La mancha subsistió, cúprica, viscosa, registro de una misteriosa creciente.

–¿Cuántos años tienes? –dijo su madre–. A ver si creces.

Shaw se encogió de hombros.

–Déjate de bobadas –le advirtió ella–. Nada de esperar que tu vida empiece. Yo siempre estaba esperando que empezase la vida. Cualquier cosa que pasara parecía un buen comienzo, pero al fin era la cosa misma.

–Todos sienten eso de sus vidas –dijo Shaw.

–¿Ah, sí? ¿Conque todos sienten eso?

Por un momento ninguno de los dos habló. Ella observaba algo que había en el jardín. Shaw la observaba a ella. «Todo lo que debería haberme pasado a los veinte se estiró por toda una vida –siguió ella–. Llego a los setenta y cinco y recién ahora he juntado suficientes cupones para empezar». Luego se sentó, se llenó la boca de té, se inclinó sobre la mesa y, haciendo contacto visual con él como una nenita, lo dejó chorrear en el mantel. «¿Qué me ha quedado? –dijo–. Dime eso». Él odiaba sus momentos de claridad, pero nunca duraban mucho.

Cuando Shaw se levantó para irse, ella estaba mirando por la ventana otra vez. Él no había terminado de cerrar la puerta cuando

con una voz de sorpresa le dijo: «¡John! ¡John! ¡No te vayas así!», pero no bien él se giró para volver a entrar empezó de nuevo a repetir «Los días pasan tan rápido…» hasta que Shaw se encogió de hombros y cerró la puerta tras él.

–No soy John, mamá –dijo–. Intenta de nuevo.

En el hogar la política era que el personal se dirigía a sus custodiados por el nombre de pila; pero a su madre ellos siempre la llamaban «señora Shaw».

Encontró en su habitación un teléfono fijo y lo hizo reconectar. Pocos días después el teléfono sonó y una voz dijo: «¿Hablo con Chris?». «Aquí no vive ningún Chris», respondió. «¿No está allí? ¿Chris?». «Debe tener un número equivocado». La voz recitó un número que Shaw entendió a medias. «Aquí no vive nadie que se llame Chris –dijo él–. ¿Usted es el ingeniero?». No hubo respuesta. «Tiene usted un número equivocado, creo». Cuando estaba cortando oyó que la voz decía: «Bueno, debo tener un número equivocado». Inmediatamente empezó a preocuparle que, oyendo mal el nombre de Chris y sin reconocer a alguien que conocía, hubiera perdido su primera llamada. Descolgó de nuevo el teléfono y marcó el 1471 por si podía identificar el número desde donde se habían comunicado. Revisó sus cosas en busca de una libreta de direcciones que creía haber llevado, pero resultó ser un diario de diez años atrás, cuya entrada del 1° de enero decía: «Sé más sociable».

3

El talismán pez

El mismo día llamó a Victoria Nyman.

–Hola, extraño –dijo ella–. ¿Qué estuviste haciendo?

–¿Qué estuviste haciendo tú?

–No mucho. –Lo pensó un momento–. Me compré un coche. Qué emoción, ¿no? Siempre quise hacerlo. –Y luego tras una pausa–: ¿Estás bien?

Shaw dijo que sí. Tuvo que admitir que el lugar donde vivía ahora tenía sus inconvenientes –se sintió obligado a mencionar la taza del baño, los ruidos de la habitación de al lado– pero el río quedaba cerca y él se estaba metiendo en la psicogeografía de la zona. Caminaba y caminaba, de deriva en deriva por el río Brent, rumbo al norte, desde los varaderos de la confluencia con el Támesis, pasando por el viaducto de Wharncliffe y el zoológico hacia la A40 a la altura de Greenford. Allá arriba eran todos hospitales y parques deportivos, barro y asesinatos de niños.

–Pero también hay algunos pubs sorprendentemente agradables.

Victoria recibió el informe en silencio; luego sugirió que, al menos para ella, parecía un poco caído. ¿Esa noche tenía algo que hacer? Porque a ella no le costaba nada acercarse en coche después del trabajo… ¿Y quizás llevarle un regalo de estreno? Shaw dijo que no, le quedaba demasiado a trasmano, no debía molestarse, estaba realmente bien.

–Estoy bien, de veras.

–¿Exactamente a trasmano de qué me quedaría a mí? –añadió ella–. Créeme, suenas como la mierda.

–Gracias.

–No me agradezcas hasta que hayas visto el regalo.

–Al principio pensé que habías dicho «regalo de freno» –dijo Shaw.

–Espérame a las siete, o si hay mucho tráfico a medianoche.

Repentinamente inquieto, él propuso:

–Aquí no. Encontrémonos en otro lugar.

Así que se encontraron en un pub de King Street, Hammersmith, y después comieron trucha tandoori en uno de los indios de precio medio apenas más arriba de la Premier Inn. Victoria parecía nerviosa.

–¿Qué te parece mi pelo?

En cierto modo entresacado, dividido al medio, cercenado con calculada incompetencia un poco por encima de la mandíbula, le colgaba lacio a los lados de la cara y la cabeza rizándose cansadamente en las puntas.

–Neointelectualoide –dijo ella–. Muy efectivo desde ciertos ángulos, aunque veo que tú no estás de acuerdo.

Durante la velada bebió una botella de tinto de la casa –«Nada que ver, aquí. Acá ningún cambio»– y habló de su coche. Shaw dijo que seguiría con la cerveza. Cuando admitió que no era un gran conductor, ella bajó los ojos a las colas carbonizadas y la teñida carne roja de los restos de la comida, los huesos vaporosos como huella fósil de una hoja, y dijo:

–¿Y quién lo es? En realidad la cosa no es manejar. Yo ahora voy mucho a la costa. –Riéndose, hizo confusos movimientos de volante–. Para arriba y para abajo. Hastings y Roedean. Muy despacio. Dungeness, por supuesto. –Enseguida–: Creo que fuera de Londres he crecido. –Y por fin–: Me encantan las espinitas de estos pescados, ¿a ti no?

–Lo único que veo –dijo Shaw, que se sentía mejor– es mi cena.

Después admitió:

–La última vez que nos encontramos estaba un poco tocado.

–No es que hayas mejorado mucho. –Ella se rio de su expresión–. ¡Vamos! ¡Tendría que contarte yo! No creo que desde los trece años haya estado del todo cuerda…

Shaw volvió a llenarle el vaso.

–¿Fue cuando viste el cadáver? –preguntó, expectante.

–… aunque en 2005 más o menos tuve un momento de lucidez en un sauna. –Paseó la mirada por el restaurante como si esperase ver algún conocido–. Cuando se trata de lucidez, al fin tomas lo que consigues. Tienes que sentir que te estás afirmando.

–Eso tiene su valor –concordó Shaw, aunque no tenía idea de de qué estaba hablando ella. De todos modos no daba la impresión de oírlo.

–En realidad, ni siquiera estoy segura de que se deba llamar lucidez –dijo, y agregó–: Hablando de lo cual, ¿cómo está tu madre? –Y enseguida, sin darle a Shaw tiempo de responder–: Ya sé, ya sé. No quieres tratar con eso. ¿Y quién va a querer? La mía descarriló totalmente el día que murió mi padre. Para serte franca, después de aquello no la vi mucho. Yo vivía aquí abajo, ella todavía en el norte, en algún sitio de las Midlands. Yo me sentía como con una vida propia.

Él había pensado precisamente en eso, dijo Shaw, y creía que mientras que algunas familias se mantienen aferradas otras siguen una tradición más colérica. Estas últimas no tardan en no soportar verse ni se perdonan nada. Incapaces de manejar el conflicto, los miembros individuales huyen, empiezan vidas nuevas. Pero ni siquiera esas vidas se sostienen.

–Pierden la capacidad –dijo– de colaborar con cualquier mito salvo el propio.

Victoria lo miró como si fugazmente se le hubiera vuelto desconocido e interesante. Luego dijo:

–Ahora ya murieron los dos.

Estaba demasiado borracha para manejar. Dejaron el coche donde lo había aparcado en Hammersmith y a lo largo del río volvieron caminando a Wharf Terrace 17. Allí ella se puso a husmear la habitación de Shaw como buscando una ganga en muebles usados.

–La cama es un poco chica –dijo, mirándolo vivamente. Hurgando entre los libros encontró un John Fowles; cambió de semblante–. A ti no puede gustarte nada de esto. –Luego–: ¡Y esta es la famosa pared divisoria! –Golpeó con un nudillo, como para que sonase la debilidad del yeso. Apoyó la oreja–: En este momento parece muy tranquilo, tu vecino desconocido.

Shaw encontró algo más que podían beber –el resto de un litro de Absolut tan viejo que los condensados, areniscos aires de Londres habían dejado la botella pegajosa– y sentándose en el borde de la cama desenvolvió el regalo de estreno.

–¡Qué maravilla! –dijo ella, como si se hubieran invertido los roles y se lo hubiera regalado él. Era de plata, con un cuerpo articulado de doce o quince centímetros y aletas laterales con bisagras–. Es peruano. Un pez. Es bastante antiguo, de 1860.

Shaw pesó el pez en la mano, movió con cautela una de las aletas. Las escamas estaban empañadas y frías.

–Hola, pez –dijo.

–¿Ves? –dijo Victoria–. Te gusta. Ya te gusta.

–Claro que me gusta –dijo él.

–Entonces ven aquí y agradéceme como se debe.

Más tarde, al volver de uno de sus frecuentes viajes por el pasillo, ella se detuvo, las manos apoyadas en el marco de la puerta, para inclinarse hacia adentro –iluminada con la aspereza de una xilografía, costillas y clavícula en relieve como olitas cuajando en arena húmeda– y estudiar con un disgusto divertido la cama, la vieja silla maltrecha y la ropa desparramada, la ventana sin cortina.

–¿Qué pasa? –dijo Shaw.

–Uh, no sé.

–No, dilo. ¿Qué?

–Aquí al lado no ocurre nada. Ningún espectáculo. Estoy decepcionada. Creo que me atrajiste hasta aquí para tus propios fines, hombre solitario. –Y luego–: Dios mío, ese baño. ¿Por qué todos nosotros vivimos así?

–Nosotros, ¿quiénes? Tú tienes una bonita hipoteca en Dalston.

–Ya sabes lo que quiero decir.

Shaw estuvo de acuerdo.

–Vuelve a la cama –sugirió.

En cambio ella fue hasta la ventana y echó una mirada a Wharf Terrace, donde una ligera lluvia nocturna ondulaba calle arriba y el fino pero definitivo olor de la cervecera InBev flotaba alrededor de los edificios del otro lado.

–¿Tú nunca estás insatisfecho? ¿No quieres algo más? –Levantó la ventana, la dejó abierta apoyándola en el John Fowles y sacó la mano a la lluvia con la palma hacia arriba–. Pensé en mudarme –dijo–. Irme de Dalston, irme de Londres del todo. No creo que vaya a hacerlo. No sé. –A lo lejos, en la costa de Chiswick, una ambulancia rebuznó alejándose oblicuamente por lo que pareció un largo rato. Ella estuvo escuchando hasta que se apagó; luego volvió a la cama y, antes de que él pudiera defenderse, le frotó el estómago con la mano fría y mojada–. Te retuerces como una niña –observó–. Qué monada.

Dio la impresión de que el sexo solo la había puesto más inquieta. Se despertó varias veces, habló en sueños y se fue antes del amanecer para ir a buscar el coche. Shaw revisó el cuarto como si aún pudiera encontrarla. Había dejado una nota debajo del pez peruano. «¡Me encantó volver a hablar contigo! ¡Cuando sepa qué voy a hacer te enviaré un email! ¡Tu amiga Victoria!». Los ojos de vidrio turquesa del pez, incrustados arriba de su arcaica boca de

labios chatos, lo miraron desorbitados. Nosotros estábamos aquí antes de que ustedes llegaran, parecían advertirle en silencio. Estaremos después de que ustedes se vayan. En algún momento mientras él dormía, Victoria había leído unas pocas páginas de Pincher Martin y lo había abandonado abierto de cara al suelo. «Todavía no se te ve estable», decía una posdata, pero estoy segura de que te asentarás. Estoy segura de que lo conseguirás. Quiero decir, realmente tengo la esperanza. La esperanza de que te asientes. La esperanza de que lo harás».

De hecho estaba razonablemente contento. No tener una vida era un alivio. Leía. Visitaba a su madre en el hogar de cuidados. Buscaba algún nuevo trabajo de informática, y cuando no encontraba ninguno vagaba por las riberas del Támesis, a veces río abajo hasta Putney, donde comía un helado en Bishops Park, pero sobre todo río arriba, por Chiswick hasta la confluencia del Brent y más allá. A las diez de la mañana los pubs del Támesis –anticuados, ruinosos y ramificados, forzados a un uso complejo del espacio por estar comprimidos entre la calle y el río– tenían una calma extraña, acogedora. Dentro no había nadie. La luz del agua alumbraba los suelos grisáceos y las gastadas mesas. Shaw bebía media pinta en el Bull's Head de Strand-on-the-Green; más tarde comía sándwiches de tomate en el Fox, cerca del puente de Hanwell. Al atardecer, a medida que inexorablemente los bares se llenaban de viajeros suburbanos, se abría camino de regreso de tugurio en tugurio, por un lado u otro del río, a menudo a través de los cementerios distribuidos entre las casas: el cementerio de Old Mortlake, en Fulham New; el pequeño, discreto de Saint Mary Magdalen, bendecido con el tragicómico mausoleo con forma de tienda árabe que Isabel Burton erigió al gran orientalista; el cementerio antiguo de Barnes, abandonado en 1966 entre bosques espesos, un destino importante de cruceros, no lejos del terreno de la escabrosa casa de huéspedes de Elm en Rocks Lane. Por esa ruta una noche, casi llegando a casa, se encontró con un hombre arrodillado en la hiedra terrestre de la base de un muro en una olvidada media hectárea de lápidas fuera de South Worple Way.

Shaw se detuvo a mirar.

–¿Te sientes bien? –dijo.

El hombre dijo que sí. A primera vista parecía estar buscando algo en la basura superficial del cementerio; pero esa capa –más que nada condones descartados y envolturas– pronto fue rascada para revelar una fibrosa espuma negra, y en ella una somera impresión con forma de pisada, con un esquivo destello de agua donde se habría esperado que estaba la punta de la suela. El hombre procedió a profundizarlo; hundió fuertemente los nudillos, arrancó raíces con destreza y las fue arrojando a un lado hasta obtener un hoyo que contenía unos cinco centímetros de agua fangosa. Allí –empleando un rápido gesto furtivo que pareció confirmar el carácter de todos sus otros esfuerzos– sumergió un frasquito medicinal victoriano de vidrio acanalado.

–Esto te va a interesar –prometió–. Es un poco como cuando de chico uno echaba la red para sacar vida de laguna. –Selló la ampolla con el pulgar, la agitó un momento y la sostuvo a la lejana luz de la calle–. ¿Ves? ¿Ves?

Shaw dijo que no veía nada de nada.

–¿Nada? Caray. ¿Estás seguro? Vamos a beber algo. –Se miró los dedos, negros de tierra de cementerio–. Me llamo Tim. No te daré la mano. Aunque en la tierra hay un antidepresivo natural. –Y, como Shaw se quedó mirándolo–: Mycobaterium vaccae, ¿no?

–Ah –dijo Shaw.

–Se absorbe a través de la piel.

Cinco minutos después estaban en medio de la calidez y la fuerte música de un pub llamado Earl of March, rodeados de gente mucho más joven. Tim era alto, cincuentón, con las cervicales un poco en comba, como si se pasara el día de pie encorvado sobre algo. Llevaba botas safari Clarks, jeans y una camisa blanca de una manera que habría sido elegante en su juventud. Era visible que entonces había sido flaco, pero ahora había acumulado grasa alrededor de los hombros y en lo alto del estómago, abajo de las costillas. Se habría dicho que había engordado por un infantilismo esencial; y que eso reflejaba irresueltas divisiones de su

personalidad. Tim sería generoso con él mismo, pensó Shaw, si uno lograba enfocarlo en lo que uno necesitaba; el resto del tiempo se mostraría a la vez infeliz y resuelto. Ya parecía sentir que había decepcionado a Shaw.

–A veces son más fáciles de ver –se disculpó.

–¿En realidad qué buscabas?

–¿Sabes de ese blog que está leyendo medio mundo? ¿La casa del agua? Algunos dicen que da en el clavo en casi todo.

Shaw, que no tenía idea de de qué hablaba, miró alrededor buscando algo que decir y al fin admitió:

–Yo no soy muy de internet. Se parece demasiado al trabajo.

Se pagaron uno a otro un par de tragos más y se despidieron.

Esa noche hubo mucho ruido en Wharf Terrace 17, muchas idas y vueltas en la escalera y en el cuarto de al lado. A la deriva de un desalentador sueño con Victoria en otro, Shaw oyó una voz que gritaba: «¡A ver si terminan con esto, mierda! ¿No pueden callarse de una puta vez?», solo para comprender aturdido que era la suya. Dio un golpazo en la pared y volvió a dormir. A la mañana siguiente encontró de nuevo a Tim, esta vez caminando vagamente por Church Road, en Barnes, con ropa de la tintorería. Tenía alrededor del ojo izquierdo una hinchazón del tejido blando que la noche anterior Shaw no había notado.

–Nadie sabe cómo transportar la ropa de la tintorería –dijo Tim–. Es uno de los enigmas básicos de ser humano. –La suya la llevaba sobre los brazos, doblada y apretada contra el pecho como si fuera mucho más considerable que un saco y un par de pantalones de algodón; mucho más pesada–. Me he preguntado… ¿Tú querrías un empleo?

Tenía una oficina en una casa flotante, cien metros abajo de la confluencia del Brent. Originariamente había sido una barcaza del Támesis, herrumbrosa, ancha, de proa invasiva. Todo tipo de cabos

de amarre la unían a la orilla –sogas, cables y cadenas que colgaban en curvas pesadas, los flojos cercos de alambre de la planchada–, como si Tim temiese que se la llevara la corriente, tal vez con él encima. Pero no parecía que el agua la levantara tanto, y tal como descansaba en el barro de la rampa era de prever que no volvería a moverse. Un módulo habitacional rectangular ocupaba la mayor parte de la cubierta.

–¿Qué te parece? –preguntó Tim la primera vez que fueron.

Shaw miró la barcaza de arriba abajo. No sabía nada de barcos.

–Impresionante –dijo. Le había gustado enseguida, con solo verla, aunque no habría podido decir por qué.

Dentro, el módulo estaba pintado de blanco hueso; había un par de escritorios arrimados debajo de un mapa del mundo en el que los océanos y la tierra se habían coloreado a la inversa, de modo que los continentes parecían mares y los mares, continentes. Dos grandes ventanas equipadas con persianas de listones metálicos daban vistas al río y el camino de sirga.

–No es un gran trabajo –dijo Tim. Solo había que hacer un poco de archivo y contestar el teléfono–. Yo no vendré siempre. Vas a estar a cargo de ti mismo.

Shaw dijo que le parecía conveniente. Sabía desempeñarse solo. Y había trabajado antes por su cuenta.

–Podría haber algunos viajes –le previno Tim–. Sería como un trabajo de venta.

Shaw dijo que eso también le convenía, aunque le dejó bien claro que en esa línea no tenía ninguna experiencia. Acordaron un salario y también que el empleo no entraría en ningún libro contable. Empezaría a trabajar el lunes siguiente. Siguió una pausa, durante la cual Shaw intentó localizar el cuarto de baño; había otra puerta pero tenía candado.

–La llave de ahí la guardo yo –dijo Tim–. No sale a ninguna parte.

Shaw recordó un sueño que tenía a veces en el cual entraba a una

habitación con una pila de exangües piernas amputadas, todas de un amenazador blanco azulado y algo más grandes que las reales. Cuando la puerta se cerraba sola detrás de él, no parecía haber una salida. Pero luego otra puerta se abría del todo, o se caía una pared, y otra habitación se hacía accesible, y luego otra, en una secuencia inacabable. Él avanzaba llevado por la ansiedad. Paredes seguían cayendo y puertas abriéndose, como paredes y puertas de una publicidad de internet para celulares. Cada habitación subsiguiente estaba tan llena de piernas desechadas que Shaw sentía náuseas. Llevaban calcetines con los colores de los países de la Comunidad Europea y a menudo estaban cercenadas limpiamente a lo largo de un desaparecido pliegue pélvico. Si algo había detrás de aquellos montones de extremidades no era un acto de significado sino la entera posibilidad de significación, contenida en un solo acontecimiento. Había algo implícito. No podía dejar de revelarse. Era a la vez inmanente e inminente. Shaw comprendía que se había enfrentado con el lenguaje del sueño, en el que estructura y contenido son fiablemente la misma cosa. Y sin embargo ansiaba despertarse; y al fin, eufórico de escapar de su separación de algún cuerpo ausente, lo conseguía.

–Entonces nos volvemos a ver el lunes –le prometió a Tim, mientras cambiaban sus torpes despedidas en el soleado estacionamiento posmoderno de Soaphouse Creek; para solo pocas horas después probarse equivocado.

7.30 p.m.: comienzo de una noche de viernes más en Wharf Terrace 17. De a uno y de a dos los trajeados volvían a regañadientes de sus oficinas en Hammersmith Broadway. Alguien acababa de ducharse. El aire olía a un fuerte champú de coco. En el piso de abajo se descargó el depósito de un inodoro. Empezó la música, algo ágil pero meditativo guiado por un walking de bajo. Una luz dorada, tenuemente lujosa, penetraba la polvorienta ventana del rellano. Shaw –que salía vestido para visitar a la madre en el hogar de cuidados– quedó pasmado de encontrar una figura en la puerta de la habitación de al lado. Estaba inclinada hacia la cerradura, peleando por meter la llave. Era Tim. Incapaz de asimilarlo, por un segundo Shaw registró dos figuras separadas pero sobreimpuestas: a

una la conocía y a la otra no. Tan perturbado estaba que solo pudo dirigirse a la segunda; se oyó decir:

–¡Ah, hola! Estas puertas son una porquería, ¿no?

Tim abrió la boca en una débil sonrisa y volvió a enredarse con la cerradura. La llave encajó, se abrió la puerta. Tim entró.

–¿Tú siempre has estado aquí? –dijo Shaw yendo detrás.

La puerta se cerró. Uno o dos momentos después se abrió otra vez, apenas unos centímetros, para que la cabeza de Tim asomara por el resquicio, un poco más abajo de lo que habría cabido esperar si hubiera estado derecho.

–Pienso que es mejor que no hablemos de esto –dijo.

En la luz dorada, el ojo magullado parecía una ciruela negra incrustada; el otro daba la impresión de desviar la mirada. Detrás de Tim se alcanzaba a ver la vaga sombra, el esbozo de una habitación.

–No lo podía creer –le dijo Shaw a su madre–. ¡Hemos vivido todo este tiempo uno al lado del otro! Lo raro es que yo ni siquiera quería el trabajo. En realidad no.

–Todo el mundo quiere un trabajo –dijo la madre.

Por un momento él creyó que lo había escuchado, pero en cuanto la novedad de la respuesta le captó la atención, ella clavó la vista en un rincón de la pieza, como de costumbre, y empezó a llamarlo por un nombre de pila que no era el suyo. Tenía una provisión inagotable de esos nombres. Cifraban los estratos profundos de su vida, ahora trabados, caóticos, discontinuos.

–Alex, mamá –dijo él para probarla–. Soy Alex.

Ella lo miró fijo, con desprecio.

–No sé por qué no puedes hacer bien las cosas –dijo– o aprender a

vivir con lo que no hiciste. La vida es eso.

Shaw se encogió de hombros.

–Hice lo mejor que pude.

Hasta donde podía discernir, Shaw tenía varios hermanastros y hermanastras de matrimonios y aventuras previos de su madre. Desde los veinte ella había dejado a un hombre diferente cada cinco años más o menos y empezado una familia nueva en otra parte. Todos los hermanos parciales la odiaban porque se sentían mal pagados; se odiaban entre ellos porque los había obligado a compartirla. La mayoría se había ido a vivir a Canadá, Sudáfrica, Australia. Era difícil decir quién era quién porque ella había ofrecido historias incompatibles aun antes de que se declarara la demencia.

–Todos son menos de lo que se ve –dijo cuando Shaw se iba–. Tú siempre fuiste un hijo de puta, William.

–No, no lo fui.

4

Anábasis

La canción favorita de Shaw era «Janitor of Lunacy», de Nico. Su película favorita –vista y vuelta a ver en una MacBook de trece pulgadas cuya base de goma se había deformado en cierto incidente de sobrecalentamiento, de modo que exhibía el color, la textura y la superficie de un hongo de árbol– era el neonoir de Arthur Penn Secreto oculto en el mar. Esta prefería verla con alguien y se entusiasmaba al identificar para el otro los momentos en que el detective que interpreta Gene Hackman alcanza los límites –sin comprender que los ha alcanzado– de su inteligencia emocional. Si la ponía para él solo, tendía a pasarla tarde en la noche, con el sonido tan bajo que tenía que esforzarse por seguir los diálogos, observando con una suerte de intensidad forense la creciente inquietud de Hackman y su inconsciente entrega al destino inevitable.

Desde la crisis, lo cierto era que en todos los encuentros con gente Shaw quedaba detrás de la primera línea. Era como si los acontecimientos sucedieran y se completaran demasiado rápido para él: bien eso, bien era como si a él no le estuviese pasando nada. Antes había sido un ser humano normal. Ahora se veía solo en parte conectado a la corriente de los hechos. Su primera tarea para Tim fue recoger de la oficina unas cajas de cartón en apariencia usadas y acompañarlo en tren a otra ciudad.

Por la mañana partieron tan temprano que aún estaba oscuro. El tren –formado por nueve vagones y bien climatizado para ser demasiado caliente en invierno y demasiado frío en verano– se desplazaba a la carrera curiosamente mudo y decoroso. Estaba vacío. Una vez aseguraron las cajas en el portaequipaje, Tim le preguntó a Shaw si prefería algún asiento pero de inmediato añadió que él solía ocupar el de la ventana.

–Podemos sentarnos en donde sea –apuntó Shaw.

Al cabo de un rato Tim sacó un notepad de mala marca, lo conectó al sitio web llamado La casa de agua y empezó a desplazar la pantalla por las entradas más recientes. Pronto estaba asintiendo y, tras reírse entre dientes de algún comentario bajo la línea, pasaba a la complicidad sonriente como si se alegrara de compartirlo. Shaw espió disimuladamente la pantalla –«Captura de genes denisovanos», leyó, y después: «Un couple préhistorique enlacé découvert en Grèce»– y luego se sumió en la cadencia del paisaje que desfilaba a ciento cincuenta kilómetros por hora en las ventanas del otro lado del vagón. Fue hasta el coche comedor y compró un sándwich de queso y tomate, que comió en su asiento mirando el amarillo violento de los campos de colza y masticando despacio el pan húmedo. El tren paraba en todas las estaciones. Cada vez que volvía a arrancar una voz grabada susurraba: «Bienvenidos a este tren Virgin».

No lejos de su destino, Tim cerró el notepad y dijo:

–Cuando lleguemos a Smart World vamos a hablar con Helen. Helen no es nadie pero va a actuar como si fuera alguien. No quiero que se te vea sorprendido por nada que ella diga.

Shaw no tenía idea de qué responder.

Se quedó callado uno o dos minutos y luego dijo:

–¡Smart World! –y se rio. Miró por la ventana–. Nunca logro acostumbrarme a la velocidad de los trenes.

–Te estoy contando qué hacer cuando lleguemos –dijo Tim.

Shaw comió el último pedazo de su sándwich. Era una de las puntas, sin queso ni tomate. Le reventaba quedarse con el sabor de la margarina.

–Lo entiendo –dijo. Y enseguida añadió–: No deberías hablar nunca de las mujeres como si fueran nadie.

–Esa no es la cuestión –dijo Tim–. La cuestión no es que Helen sea una mujer.

«Bienvenidos a este tren Virgin», dijo de nuevo la voz aflautada. El

tren no era tan virgen como grasiento. Los asientos estaban grasientos. Las mezquinas mesitas reclinables estaban grasientas. La grasa se pegaba tanto a las manos y los objetos personales que después se adherían levemente entre sí. De todo uno quitaba las puntas de los dedos con un ruidito inaudible pero en cierto modo perceptible.

–No sientes cuando se pegan –dijo Shaw– pero siempre las sientes despegarse.

Tim no contestó. Un rocío de lluvia golpeaba en diagonal la ventana.

Cuando llegaron las cosas no anduvieron mucho mejor. Era una abyecta ciudad de industria ligera –cuarenta y cinco mil almas en algún lugar de los Potteries– a ciento cincuenta kilómetros de todas partes. Nubes bajas que por poco no tocaban los edificios. A través de la feria de ganado y el hotel Midland el viento arrastraba el humo de la chimenea de la fábrica de cemento. Como Tim no quiso tomar un taxi, caminaron un kilómetro y medio bajo la lluvia hasta el centro peatonal, llevando tres cajas cada uno, mientras el lugar se despertaba a su alrededor. Detrás del laberinto central de unidades recién construidas, a un costado abajo de un Marks & Spencer del tamaño de un suburbio, frías, absurdas rampas y escalinatas descendían a una olvidada región de fachadas comerciales de fines de los noventa, oscurecidos los carteles, los escaparates palimpsestos de afiches antiguos y desteñidos anuncios de cierre.

Ahora que se había vuelto otra subexplotada tienda de oportunidades al por menor, no estaba claro qué había vendido Smart World en su apogeo. Nevadas perlas de embalaje yacían contra los zócalos de un extenso piso laminado. De las paredes rasgadas colgaban complementos torcidos y desatados manojos de cable eléctrico. Enfrente de la entrada, un voluminoso mostrador blanco, desalineado y aparentemente provisorio, resultó ser un gabinete refrigerador con frente de vidrio, con los inclinados estantes repletos de artículos coleccionables, en especial libros y revistas forrados de plástico amarillento. Helen estaba apoyada detrás con los brazos cruzados: una irritable mujer de unos cuarenta años, visible a medias en la pálida luz calina, vestida con un traje sastre azul regio y a la defensiva de algún tedio conocido. Se la veía

exhausta y aun así dispuesta a comerciar. Se parecía a la madre de alguien, pensó Shaw, aunque no a la suya. No dio la impresión de que le gustase ver a Tim, que sin preámbulos inquirió:

–¿Está él?

–Ya sabes que los miércoles nunca está.

Tim atisbaba por encima del hombro de ella. Cualquier trato entre los dos, decía esa mirada, siempre sería transitorio. Solo podía ser un sustituto de algo más gratificante. Hubo un silencio, al cabo del cual, encogiendo los hombros, ella concluyó:

–No lo va a querer. Antes tendrías que haber llamado.

–Lo que tengo aquí va a quererlo.

–Tendré que llamarlo, sabes que lo voy a hacer. Su idea es que necesitamos un cambio.

Tim empezó a arrancar la cinta adhesiva de una de las cajas. Trabajaba rápido, como contra una fecha de entrega.

–Estas las va a querer –dijo–. Tú no te preocupes.

Helen respondió encogiéndose de hombros con un débil desdén pero no dio señal alguna de llamar a nadie; y, luego de echar un breve vistazo al contenido, hasta aceptó que Tim dejara el material en el depósito.

–Pero no se te ocurra abrirlas –lo previno– y luego decir que no podemos devolverlas.

El depósito, un angosto pasaje accesible por la puerta que había detrás del gabinete refrigerador, estaba bloqueado en el medio por una bicicleta fija enfundada en plástico y unas escaleras salpicadas de pintura. El aire sobrecalentado olía a fluidos de limpieza en seco, apenas había espacio para darse vuelta y todo lo que almacenaba habría parecido más cómodo en otro lugar. A solas allí dentro, enseguida Shaw sintió que se habían olvidado de él. Lo invadió una especie de calma. Aprovechó la oportunidad para abrir una de las cajas y mirar el contenido. Salieron a la vista hileras de frascos

medicinales victorianos llenos de un agua nebulosa, en docenas retractiladas sobre retorcidas bandejas de cartón. Cerró la caja juntando las solapas, la apiló con las otras debajo de un afiche azul y lila que celebraba una novela de fantasía largamente olvidada y retrocedió con cuidado para salir al negocio. Encontró a Tim y Helen inclinados sobre el gabinete, con las cabezas muy cerca, conversando en voz baja y profunda. La mujer levantó hacia Shaw una mirada soñolienta y luego la desvió meneando un poco la cabeza; como si al cabo allí no hubiera habido nada que ver. Parpadeó.

–Como sea, ya está hecho –dijo Shaw. Se sacudió el polvo de las manos: un gesto que bastó para liberarlos de la hipnosis mutua.

–Te hará volver a llevártelas –le dijo Helen bruscamente a Tim–. Annie no quiere que acepte más.

Mientras que Tim le dedicó una sonrisa feroz y dijo:

–¿Y Annie qué tiene que ver con esto?

Parte de la cinta adhesiva se le había pegado alrededor de la mano; se la arrancó con un tirón brutal y al ver que la tenía pegada a los dedos agarró a Shaw por el codo y lo empujó afuera.

–¿Por qué carajo tiene que meterse en esto Annie? –gritó por encima del hombro–. Vamos –dijo.

Caminaron de vuelta encorvados bajo la lluvia, pasando por la feria de ganado, hasta la estación.

–Odio los lugares así –dijo Shaw–. ¿Quién es Annie?

Durante ese encuentro, pensó Shaw más tarde, Helen le había dado el beneficio de la duda. Pero solo se había fijado en él una vez, al sorprenderlo mirando las miserables pilas de libros retractilados en el gabinete refrigerador, y apenas para decir:

–En realidad somos mayoristas. Vendemos en cantidades grandes.

Aquel extraordinario autoengaño fue la introducción de Shaw al negocio; o a una de esas facetas.

Desde entonces haría dos o tres viajes por semana a locales similares –librerías, comercios de cristal, salones de velas, nichos de operaciones de corto plazo en la venta de objetos de interés populares y mercancía auténtica de hacía dos o tres generaciones– que habían florecido en las abandonadas avenidas de la austeridad post 2007, administrados por una red de votantes venidos a menos que esperaban sacar ventaja de unos alquileres tambaleantes. Su verdadera obsesión estribaba en la idea del comercio como un tipo de política, expresión de una teología fundamental. Habían comprado la retórica sin tener el talento o el respaldo. La internet los estaba matando. Eran como anticuados viajantes de comercio que se apagaban en bares y cuartos estrechos y comerciaban libros a pedido en esquinas ventosas como si siguiera siendo 1981; moradores de futuros no llegados, mundos enteros que nunca habían dejado atrás la turbulencia económica para salir al aire limpio, hombres y mujeres de ropa barata lavada en andenes de tren, cortos de vista con la breve energía de los vencidos que intercambiaban técnicas de inteligencia como espías tatcheristas.

Shaw pasaba más tiempo del que había esperado en ese desteñido paisaje psíquico. Tomaba el primer tren de la mañana y volvía a casa en el último. Miraba el cambio de color en los campos de la primavera al comienzo del verano. En los anocheceres de fines de junio los centros comerciales peatonalizados de Peterborough, Lichfield y Birmingham cobraban una chillona luminiscencia interior, como si realmente pudieran satisfacer los complejos anhelos que la gente llevaba a salones de tatuaje y outlets deportivos. Sus propios anhelos eran más difíciles de expresar. Mientras, aunque nunca parecía vender nada, Smart World resultó ser uno de sus más fiables canales de pedidos, si es que eso eran. Llegó a conocer a Helen, la mujer del mostrador; tan bien, por cierto, que hacia fines de julio se vio junto a ella en el suelo del depósito, incrustados entre la bicicleta fija y un fardo de periódicos locales gratis de octubre del año anterior. Ella tenía la falda enrollada en la cintura. Fue en aquel momento, o poco antes, cuando admitió que el negocio le pertenecía. Cualquier otra impresión que él se hubiera hecho, dijo, era ficticia.

–Algunos corredores no aceptarían una respuesta negativa. No de una mujer. Por eso me es más práctico decir que soy la ayudante.

–Con Tim no funcionó –observó Shaw.

La cara de ella se fue cubriendo de una leve irritación.

–Apenas se puede decir que él sea un corredor –dijo. Encogió los hombros–. Igual, con todos los demás funciona. Ahora me parece mejor que nos levantemos.

Era extraño estar hablando de Tim en esas circunstancias, pero aparte del depósito no tenían nada más en común. El problema de Tim, pensaba Helen, consistía en no ver lo muy equivocadas –lo radicalmente pasadas de moda– que eran sus ideas:

–Eso opina Annie.

–Nunca he entendido el asunto con Annie –ofreció Shaw como si tuviera idea de quién era Annie–. ¿Cómo es esa historia?

Helen se rio.

–Si es lo que quieres, puedo contarte historias sobre Annie y Tim –dijo. Y luego–: ¿Quién sabe? Pero todos sabemos cuál de los dos es el poder entre bambalinas.

Además de su Máster en Administración de Empresas, Helen estaba calificada con un tercer nivel en Salud y Ejercicio para Poblaciones Especiales.

–No me da vergüenza decir que me gusta cómo vivo –dijo.

Manejaba un Audi R6 y tenía una casa cerca de Kinver en las afueras de Birmingham. Construida hacía poco, con cuatro dormitorios, clavada en un terreno viejo bajo el borde de la escarpa de arenisca llena de cuevas cercana a Holy Austin Rock, ofrecía una pendiente de dos acres de arbustos (en la cual en algún momento de la década de 1920 se había debatido por surgir una pareja de nudosos pinos escoceses de aspecto braquial) y un largo, rectangular estanque de jardín; ambos antecedían a la construcción en cien años o más. Allí, aunque dijese que vivía sola, ella insistió

en que se acostaran en una habitación de sobra no calefaccionada, sobre un diván cama del que al levantarse a la mañana siguiente Helen se apresuró a quitar las sábanas.

El sexo con Helen era desconcertante. Tenía en la carne una especie de espumosidad blanca; Shaw se dijo que ya al tocarla la sentía blanca. Hablaba sin parar en voz baja, a menudo sobre finanzas personales, a menudo en detalle. Parecía arrepentirse sobre todo de no haber sabido venderle la mitad del jardín a un promotor inmobiliario en 2006, justo antes del crash. Una noche Shaw se despertó y la oyó murmurar como una fiera: «No sé por qué la gente está más disgustada consigo misma». No la encontró en la cama pero la oía con una claridad peculiar, como si tuviera sus labios a dos centímetros de la oreja. Se había puesto a un costado de la ventana, de frente a la habitación, con las palmas contra la pared y el cuello en un escorzo torpe para bajar la mirada al jardín, donde una fuerte lluvia oblicua rugía entre los arbustos y rebotaba en la corroída piedra de alrededor del estanque. «Te preocupas por las hipotecas y los seguros de los otros, y como tienes buen pelo y haces siempre lo que te beneficia, ah, no, no te puedes equivocar. ¿Cómo vas a equivocarte tú?».

–¿Hablas por teléfono? –preguntó Shaw. No lo hacía.

Así que al día siguiente le dijo:

–Eran las tres de la mañana y ni siquiera estabas despierta. Hablabas en sueños.

–No me gusta que me miren de noche.

–Bueno, me desperté, nada más –dijo Shaw en un tono más defensivo de lo que habría querido–. Me despertó la lluvia. Estaba diluviando.

Como casi todos en el país, se estaban esforzando al máximo por cooperar y fracasaban. La aventura, si se la puede describir así, terminó no mucho después en medio de las recriminaciones habituales; y la vez siguiente que Shaw pasó, Smart World había cerrado. Dio unos golpecitos a la sucia puerta de vidrio y al cabo volvió a la estación.

–No quedó ni el gabinete –dijo en su informe a Tim, que por un momento pareció confundido y al fin se encogió de hombros.

5

Agua pasada

Entre viajes así Shaw trabajaba en la oficina. Como tenía la llave del módulo habitacional podía empezar todo lo temprano que quisiera, a menudo a las seis de la mañana, cruzando el Támesis por el puente de Barnes y caminando hasta Chiswick, donde compraba y comía un croissant de almendra. El empleo no era de los más exigentes. Llevaba la lista de clientes y respondía la mayor parte de las dudas diciendo «Se lo pasaré a Tim, entonces, ¿le parece bien?»; de tanto en tanto vendía un ejemplar de un libro de impresión por encargo titulado Los viajes de nuestros genes. A la hora del almuerzo comía un sándwich en el Pret de la zona, por lo general de pollo y palta; o iba al Earl of March por una salchicha con puré y salsa de cebolla. Si seguía haciendo buen tiempo, arrastraba el sillón giratorio afuera y se sentaba en el camino de sirga mirando río arriba y abajo en la luz vítrea de la tarde, hacia un lado la isla de Oliver y hacia el otro los desiertos muelles residenciales de la confluencia del Brent.

Pronto la oficina se le hizo familiar. Estaba amueblada con cosas viejas. Con cada viento de marea el suelo chirriaba y cedía. Cuando uno pasaba por delante, un archivador de acero se separaba de la pared con un bostezo. Si abría los cajones del escritorio –despertando un denso, no desagradable olor de viejas virutas de lápiz– los encontraba llenos de perimidas provisiones de oficina: reglas manchadas de tinta, tubos de pins para mapas, inservibles gomitas elásticas, papelería con membrete para una empresa distinta, algo que se había llamado Mobiliario Práctico S.R.L. hasta que a comienzos de los ochenta había resbalado sin un gemido bajo la salobre, agitada superficie de la economía tatcherista.

Shaw puso algunos de esos artículos sobre el escritorio: una disecada almohadilla para sellos en una colorida caja de lata; un bloc de post-its amarillos medio fruncidos en uno de los cuales vio

garabateadas las palabras «Dendrograma», «capa gelatinosa empastada» y algo en el orden de «el profundo zócalo continental»; y una lámpara de Ikea que, aunque no parecía ni una figura profana ni el modelo en madera de una horca, tenía un aire a ambos estilos de diseño. Para personalizar el arreglo agregó un ejemplar de la London Review of Books que había estado hojeando durante un mes. En caso de querer café, había una calentadora eléctrica con un cable forrado de tela gastada.

Se sentía bien servido, incluso un poco redefinido por esas cosas; aunque, como las revistas pornográficas impresas en granulado blanco y negro sobre un papel curiosamente satinado que encontró en el único cajón del archivador no cerrado con llave, daban una impresión de tímido ofrecimiento de una época desaparecida. El único problema era la falta de baño. Fuera de sacudir de vez en cuando el candado, se había rendido con la segunda puerta del módulo: de todos modos lo que había detrás, fuera lo que fuese, claramente no era un baño. Pero, como no podía molestarse en caminar hasta el Earl of March cada vez que necesitaba orinar, empezó a aliviarse en la tupida maleza que se había establecido en una barcaza abandonada unos metros río arriba.

No era ninguna lata; la verdad, más bien disfrutaba de la sensación. Había una voluptuosidad en los olores envolventes, polvorientos, en el centelleo del agua visto entre las hojas, indistinguible de los destellos de vidrio roto en las superficiales raíces de las budleias y adelfas, los movimientos silenciosos de un pájaro perturbado, el suave estremecimiento de estar a un tiempo en el agua y en tierra firme. En los días húmedos se quedaba adentro escuchando la lluvia en el río. Miraba Netflix o estudiaba con ojos entornados el curioso mapa del mundo pegado con Blu-Tack arriba del escritorio, los racimos de óxido en las costas perforadas por pins desaparecidos. O escroleaba sus emails, entre los cuales solía encontrar alguno de Victoria Nyman.

Victoria había consumado la amenaza de irse de Londres. «Bien, ya está hecho», había escrito. «Adiós, Dalston. Solo me llevé lo que pude meter en el cochecito. Todo lo demás fue a un guardamuebles. Te imaginarás que me despedí de las preciosas alfombras antiguas y la platería de mi familia». O desde el teléfono había enviado:

«¡Socorro! ¡Otra vez perdida en las Midlands!». Abordaba el asunto tan oblicuamente como el resto de su vida. Pero dijo que había hecho amigos: al fin la estaba pasando bien. Empezaba a limpiar dos sillas viejas con Spirit blanco y «un aceite de linaza color Lagavulin». Era un comentario en serie. Shaw esperaba cada nuevo texto pero siempre se quedaba con la sensación de haberse perdido un mensaje medular. ¿Adónde había ido realmente? ¿Y ahora qué estaba haciendo?

«En fin», escribió, «como todos los perdedores, aposté por las provincias. Va un montón de amor. Espero que disfrutes del pez y que, no menos importante, el pez disfrute de ti».

De hecho él había decidido dárselo a su madre.

Le habría costado explicar las razones. Si uno tomaba el pez y animaba a la luz de la calle a apuntar hacia las escamas grabadas a mano, parecía más decó que peruano, más de la década de 1930 que del siglo xix; para confundir más las cosas, los sellos eran españoles. Un diminuto pentagrama indicaba, según Google informó a Shaw, una plata al 915 de pureza. Se habría dicho que estas faltas de alineación entre los rasgos del pez y el relato sobre el pez que hacía Victoria eran eco de una escisión cultural más profunda. Su estética daba una sensación de titubeo; como si el artista, en su intento de kitschificar el producto étnico de una cultura, hubiera tropezado con pruebas de una cultura completamente distinta escondida dentro. Bajo la lámpara, los movimientos de su cuerpo sagazmente articulado eran casi sinuosos.

Se parecía demasiado a un pez. Los labios mucilaginosos y los acusadores ojos azules consternaban a Shaw, sobre todo cuando se despertaba de noche, desorientado por el ruido del cuarto de al lado. Allí continuaban estallando discusiones en la madrugada. Abajo, en el cuerpo de la casa, sonaba un portazo. Alguien daba un traspié en el rellano inferior, se recuperaba y seguía adelante. Había música o algo parecido, a veces acompañada poco antes del amanecer por sonidos vocales menos identificables. Saber quién vivía allí no cambiaba nada, salvo que, siendo ahora Tim su patrón, Shaw pensaba que ya no podía quejarse. Cuando el curso de las cosas los llevaba a toparse, en la escalera o junto a los estantes de la

panadería del Sainsbury de la zona, en donde Wharf Terrace terminaba en Mortlake, Tim parecía tan trastornado como siempre. Era un hombre en busca de motivos; si bien nunca los encontraba, no dejaba de actuar, perdido entre las estructuras que todos heredamos y nos las arreglamos para utilizar. Una mañana, al abrir la puerta del baño, Shaw se lo encontró de rodillas en el picado linóleo frente al inodoro. Se había quitado el saco de verano y lo había hecho un fardo en un rincón. Tenía la manga izquierda de la camisa enrollada hasta más arriba del codo. Había vuelto la cabeza a un lado como si no quisiera mirar la taza en donde había metido firmemente el brazo.

–Ah –dijo.

–Deberías trancar siempre esta puerta –recomendó Shaw, como recordándole a un niño una de las obligaciones sociales que en adelante le complicarían la vida. Se le hacía tarde para tomar el tren de Twickenham hasta el hogar de cuidados y ya sentía que iba a ser un mal día–. Podría entrar alguien que venga de la escalera. –Luego dijo que le dejaba el baño a Tim, y solo añadió–: El suelo está muy mojado ahí.

–Supongo que te preguntarás qué estoy haciendo –oyó al salir que gritaba Tim.

En su día, la madre de Shaw había sido muy admirada. Por consiguiente ahora se la podía encontrar con la vista a lo lejos, vaga y tormentosa como un paisaje marino vacío, en varios álbumes de fotos. Parecían fascinarla esas reliquias –matrimonios fallidos, nacimientos fastidiosos, entierros en los que nadie parecía conocer al difunto– pero si la dejaban sin supervisión sufría inexplicables ataques de furia y trataba de romperlas. Aun de las fotos impresas hacía poco –tomadas un mes antes por Shaw con el teléfono– a veces decía: «No seas ridículo. No seas tan ridículo. Esta ya no soy yo; menos que si volara». Quizás tenía razón: mostraban una mujer vieja, genérica, con un aire de derrumbe pero en cierto modo aún impenitente, sentada en la sala común de un hogar de cuidados, con una reproducción de un óleo de Arnold Böcklin de 1887, el espectacular, extraño Idilio marino, claramente visible en la pared

de atrás.

Allí la había encontrado ahora.

–No pensarás que quiero esa bazofia –dijo no bien vio el paquete que contenía el pez.

–No me hagas reír –replicó Shaw–. Si ni siquiera sabes qué es.

–Nada que yo quiera.

–No sabes qué es. Mira, es un regalo, un presente. Por lo menos ábrelo.

En vez de hacerlo se pasó media hora tiesa de rechazo en uno de los sillones orejeros curiosamente rectos dispuestos debajo del Böcklin. De tanto en tanto echaba una mirada rápida al paquete y volvía a apartar la vista.

–No sé qué quieres, Peter –dijo al fin, como si hubieran estado toda la mañana discutiendo–. Francamente no sé qué quieres.

El vulnerable floreo de los hombros que acompañó las palabras –no del todo un encogimiento, demasiado complejo de desentrañar, siempre un modo de cubrir la debilidad de su posición– era para Shaw un claro recuerdo de sus diez años.

–No me llamo Peter –dijo.

–Cariño, ¿hoy no miramos las fotos? Sabes cuánto me encantan.

Shaw se había preparado para eso.

–Podemos verlas –dijo– cuando hayas abierto el regalo. Podemos mirar las fotos y tomar una taza de té.

De repente ella se inclinó y lo tomó de las manos.

–¡Pero tú tienes frío! –dijo–. ¿Hace frío aquí? –Y entonces, como si hubiera pensado en una nueva manera de divertirlo–: ¡Primero miremos las fotos!

Reconociendo que era la mejor oferta de ella, Shaw buscó los álbumes. En la playa de Hastings, a los quince años, con una campana de pelo negro, un vestido suelto y agudos pómulos de los sesenta, se parecía a Myra Hindley, menos ávida que desasosegada. Era visible que ya entonces nada de lo que hiciera la satisfacía, media década antes de inventar su método primordial para lidiar con la vida. En sucesión de poses junto a un marido u otro, centro provisorio de un grupo familiar o el siguiente, había hecho de su vida una historia de la técnica: 127 pequeñas copias Kodak, combadas por su propio brillo en curvas sutiles que apartaban de los sujetos los reflejos de la luz, daban paso a transparencias de 35 mm cuyos colores habían virado peligrosamente de valor hacia el rojo; luego Polaroids con los barrosos, furtivos tonos de fondo de fines de los setenta.

Antes de que el personal del hogar las guardara bajo llave, ella había empezado y terminado cada día escrutando esas imágenes. Qué hacía ahora de ellas, a qué operaciones internas aún servían era imposible de imaginar.

–¿Cuál te gusta más? –le preguntó ella.

Shaw eligió una que la mostraba con uno de los varios padres de Shaw –pensó que podía ser el de apellido Carson, o Carlson– en una playa de Pembroke. Detrás de ellos un inoportuno galgo italiano defecaba en una pendiente de guijarros, el cuerpo rizado en un arco vibrante; el mar llegaba al horizonte y parecía hacer frío.

–Mira –dijo él–. Acá está la tía Nancy con su perrito.

La madre le clavó la mirada con desprecio:

–¿Alguna vez vas a crecer?

–¿Cómo lo llamaban al perro? –dijo Shaw–. Sé que a ti esa banda siempre te llamaba tía Nancy.

Salió al corredor y anduvo rápidamente de punta a punta con las manos en los bolsillos y los hombros encorvados. Cuando volvió a la habitación ella ya había roto la copia; estaba sentada en la mesa de la ventana revolviendo los pedacitos brillantes como si fuesen un

fluido caliente. Cuando él se los sacó, con la mayor suavidad posible, ella solo sonrió hacia el jardín y dijo:

–Tiíta Malita. ¿No son iguales a un rompecabezas las cosas?

–¿Ahora vas a mirar lo que te traje? –preguntó él.

–¡Sí! –dijo ella como una niña–. Voy a mirarlo. ¡Quiero!

Pero no bien el pez peruano fue desenvuelto, se puso a llorar y dijo que hasta ese momento había estado muy bien; y a la siguiente visita, el personal le pidió a Shaw que se lo llevara.

–Se ve que la perturba.

Viejos hoteles hediendo a grasa. Tugurios de cero estrellas en Birmingham o Leicester. Pasillos con suelo de tablas negras que cedían y rechinaban con cada paso. Un conserje nocturno que a la noche no dejaba entrar hasta que uno hubiera pagado todo de nuevo. Luego a casa la mañana siguiente, con Tim siempre amargado por cuestiones de reembolso, estafado con los reintegros y devoluciones de alguna operación autodenominada Extraños de Oro o Llegaron como Olas. Con muchos de ellos tenía curiosos arreglos recíprocos. A Shaw se le encomendaba una reproducción enmarcada barata o un mueblecito roto que debía entregarse a veces en una tienda, a veces en una casa de un suburbio aparentemente desierto a cuatro o cinco kilómetros del centro de la ciudad. A cambio recibía una valija rodante llena de casetes de spoken word de fines de los setenta rotulados a mano. Raramente quedaba claro en dónde estaban los réditos del intercambio. Aun cuando la transacción incluyese dinero, Shaw tenía la sensación de que se había saldado por otro medio.

El resto del tiempo entregaba las habituales cajas de cartón.

–Estas te las confío –decía Tim. Cuando una se partía como un húmedo sándwich de queso, y adentro solo encontraba media docena de ejemplares de Los viajes de nuestros genes, Shaw sugería:

–Esta forma de repartir mercadería es muy costosa.

Tim se limitaba a sonreír.

–A la gente le gusta vernos la cara –decía.

–Siguen diciendo que no la quieren.

–Les gusta ver una cara conocida.

Al fin y al cabo, quizás todo aquello había sido una compleja manera de evaluarlo, porque súbitamente los viajes pararon; aunque no antes de que Shaw se viera en la misión más extraña de todas esas misiones.

–Quiero que asistas a un juicio –dijo Tim.

–¿Se puede asistir así nomás?

Tim se encogió de hombros.

–Los casos de tribunal son acontecimientos públicos –dijo–. Puede ir cualquiera.

–Pero de todos modos… –dijo Shaw–. «Asistir».

–El acusado se llama Patrick Reed. Intenta recordar lo que dice. Anótalo, si necesitas.

Temblorosos y ensordecedores trencitos suburbanos, conexiones discutibles: Shaw se pasó la mitad del día uniendo un servicio de larga distancia a otro, un trabajo lo bastante intenso para llegar a media tarde a la marrón frontera con Gales. La ciudad, con su incodificable topografía medieval y su posición dominante sobre el río Severn, había sacado provecho de las ovejas, luego de la fabricación de cerveza y finalmente del carbón. Ahora, como la mayoría de esos lugares antiguos, poscoloniales, posindustriales y completamente poshistóricos –en el sentido de que el pasado se había transformado en su presente–, curaba una colección de parcelas de arriendo originales, estructuras de madera calificadas como patrimonio cultural y calles de nombres llamativamente sórdidos. Hacía setecientos años que vivía complacida consigo misma.

Encontró el tribunal de la Corona un poco lejos del centro, situado incómodamente en una calle circular entre dos de las mayores islas peatonales, rodeado de universidades locales, una comisaría y dos tribunales más. Era uno de esos edificios públicos que uno imaginaba construidos especialmente, y sin embargo parecía inadecuado para su función. No se podía describir su arquitectura salvo por la semejanza a un Travelodge. Los ascensores estaban fuera de servicio. En los corredores había notas de cada oficina, manuscritas, escaneadas y apresuradamente impresas, para seguir el ritmo de los cambios de normas del día.

Nadie parecía seguro de por qué el acusado estaba ahí. Ingeniero civil jubilado, alto, de unos setenta años –bien conservado, con una voz tranquila, de pie como un poco descentrado–, miraba al juez con un alivio perplejo, como si la relación entre ellos fuera lo único a lo que pudiera agarrarse, como si lo salvara de una existencia cuyas reglas no comprendía. «Agradezco a su señoría», no paraba de decir. Y cada vez que lo decía se limpiaba la boca.

Tan vacilante como él era el juez.

–El defecto es mío, estoy seguro –dijo en un momento–, pero ¿podría hablar más alto? ¿Y podría dirigirse al jurado? –Peticiones como esta lo hacían quedar apenas menos perdido, si bien de un modo diferente.

¿Cuál era en concreto el delito de Patrick Reed? La hoja de acusación mencionaba un «desorden violento», pero en realidad no había hecho más que gritar repetidas veces, un sábado de humedad hacia el final del año previo, en el extremo más transitado de la calle peatonal mayor: un impulso que Shaw sintió que podía apreciar. Aún no se había presentado una sola prueba. En cambio había dilaciones interminables. Se hacían citaciones que no entendía nadie. Hubo intercambio de papeles. No se convocó a ningún testigo. «Pienso que mi amigo ha estado de acuerdo», se felicitaban mutuamente los abogados: pero nunca le decían al jurado en qué. Lo único cierto parecía ser esto: el acusado creía que una noche, en el Black Horse de Camp Lane, mirando el inodoro del baño, había visto «algo vivo flotando en el agua».

Hasta allí llegaron las cosas el primer día. El segundo, por razones

que no quedaron claras, el juez cerró temprano. Shaw comió un sándwich artesanal en el bistró y centro de bienestar Jouissance. Más tarde se perdió en un sistema de callejones entre Grope (antes Grope Counte) y Dogpole Yard, donde las viejas, arqueadas plantas más altas –aparentemente solo sostenidas por caños de desagüe de sección rectangular como gruesas correas de cuero– cobijaban tanto una agencia de colocaciones como una boutique de lencería de lujo; hasta que de pronto desembocó en el largo terreno de la vieja Saint Martin's, donde se sentó en un banco al calor del sol a leer folletos de patrimonio cultural. Durante mil años, se enteró, un edificio sagrado tras otro habían ocupado el lugar, hasta 1788, cuando misteriosamente la iglesia se había derrumbado en su cripta y había dejado únicamente las viejas paredes de arenisca roja de la poligonal casa capitular que él estaba mirando ahora. Volvió al hotel e informó: «No está pasando mucho».

La mañana siguiente, instado a entrar en detalles, Patrick Reed describió lo que había visto en el inodoro como un «pálido pellejo verdoso de no más de pocos milímetros de largo», que parecía moverse de una forma enérgica, azarosa, hasta que por accidente él le había orinado encima, a lo cual se había desarrollado «en un niño verde» con las cualidades tanto de un feto como de un organismo plenamente formado, que él, con una repugnancia absoluta, había eliminado tirando de la cadena. En ese momento todavía estaba creciendo.

–Sentí –le dijo Reed al juez en tono de disculpa– que había visto algo que nunca debería ver nadie.

¿Podía explicar qué quería decir con eso?

No podía. Lo único que pudo fue encoger los hombros.

–Seguía desarrollándose –ofreció–. Muy rápido.

En respuesta, el abogado hizo gestos de aliento –al acusado, los abogados y los oficiales del tribunal– como si esperase que alguno fuese a hablar, de hecho cualquiera.

–Pienso que acaso el jurado podría oír un poco más –sugirió finalmente.

–Me temo que allí está la cuestión –admitió Reed.

Desde entonces había empezado a ver esas cosas cada vez que orinaba. «Agua pasada», era el giro que usaba. Un uso ambivalente, pensó Shaw. Pero esa era la cuestión. Donde quiera que Reed hiciese pasar agua crecían niños verdes. Excepto por el color y la transparencia, que estaban entre las de un pulgón y un caramelo hervido, parecían humanos.

–Es decir –añadió enseguida–: se habría dicho que tenían el potencial de ser algo como nosotros.

Por ejemplo no se parecían a los netsuke. No eran elaboradas reproducciones de nada. Él había observado un latido. Había observado la expresión dolorida, gentil, que comparten todos los fetos de mamíferos. Pequeños movimientos. Si no eran humanos, de todos modos vivían. Y mientras él siempre se cuidaba de vaciar la cisterna, no podía suponer que todo el mundo lo hiciera.

–¡Crecían rapidísimo! –clamó–. Por lo que llegué a saber entonces, por lo que sé ahora, podrían estar en todas partes. –Fue en ese punto cuando empezó con el intento de prevenir a la gente. Si aquel sábado a la tarde había exagerado su caso, dijo, lo lamentaba–: Pero en ese momento parecía tan importante…

Así siguieron las cosas por dos o tres días. Shaw no lograba sacar nada en limpio. Cada mañana los miembros del jurado recibían la advertencia de no conversar sobre el juicio con nadie, ni siquiera entre ellos. Pero francamente, ¿había allí algo sobre lo que conversar? ¿Sobre un hombre que para hablar del sistema cloacal usaba las palabras «falsas aguas profundas» y que creía que albergaba una forma de vida totalmente nueva? Los miembros del jurado intercambiaban miradas dubitativas. Solo estaban seguros de una cosa y era que Patrick Reed debía recibir otra clase de ayuda. Que hubiera derrapado en la vida no tenía nada que ver con su presencia en el tribunal. Al final lo encontraron inocente del cargo principal, pero culpable de la falta menor de estar borracho en un Área de Interdicción del Alcohol, en concreto la acera del mercado.

Todos se sintieron aliviados. Es difícil, como dijo el propio juez al recapitular, hallar culpable de algo a un hombre cuando cree que

«gentes verdes» se están reproduciendo libremente en los excusados públicos del Reino Unido.

Cuando Reed le agradeció, meneó la cabeza.

–No estoy seguro de que ninguno de nosotros –dijo, con un gesto dirigido a incluir al jurado– pueda decir que hemos hecho lo correcto. Pero está claro que la única otra opción también habría sido incorrecta.

Eso parecía ser todo para el juicio.

Shaw dejó el tribunal, regresó a casa en tres trenes y le transmitió la noticia a Tim, que asintió pensativamente. Dio la impresión de que era un veredicto satisfactorio, que ofrecía a la vez confirmación y cierre. No dejó de entusiasmarse con ciertos aspectos del relato del ingeniero civil.

–¡Pulgones! –dijo una noche en la barra del fondo del Earl of March–. ¡Los únicos animales del mundo que pueden hacer fotosíntesis! –Y como Shaw se quedó mirándolo–: Qué idea extraordinaria, ¿no? ¡Una capa de células de unos pocos nanómetros bajo la piel que les permite hacer todo lo que hace una planta para sacar energía del sol!

Pero era evidente que estaba perdiendo interés. Al mismo tiempo parecieron disminuir sus ansiedades. Los recados provinciales perdieron urgencia, se estrecharon. Al cabo de una o dos semanas le dijo a Shaw:

–Tengo una nueva tarea para ti. Quiero que visites a una médium.

Las visitas, dijo, deberían ser una vez a la semana. La médium se hacía llamar señora Swann y vivía en una hilera de casas de obreros del lado de Sheen del cementerio de Old Mortlake.

–Le pagarás una suma de dinero en efectivo –dijo Tim– y harás un informe de la sesión.

–¿Qué es lo que estoy buscando?

–Estás buscando cualquier cosa interesante. Con Annie no tendrás

ningún problema. Es una dulzura. Lleva una videograbadora pero no digas que te mandé yo.

–Podría usar mi teléfono –sugirió Shaw.

Tim lo pensó un poco.

–Muy bien –dijo.

DOS

6

La casa de Victoria

El destino había jugado una carta extraña contra la rama materna de la familia de Victoria Norman. Afianzados agentes inmobiliarios, abogados, médicos clínicos, de adultos jóvenes eran bastante alegres pero en la mediana edad sufrían de ansiedad y depresiones paralizantes, aunque en la vejez recobraban la energía apenas suficiente para morir de la primera enfermedad senil que se presentara.

Se consolaban con que aquello era, si no otra cosa, una pauta; era la pauta familiar. El abuelo materno se había pasado una década comprimido en un sillón oliendo a cigarrillos y Famous Grouse antes de fallecer de trombosis; las hermanas primero se habían ocupado de sus necesidades y después, libres de él, una tarde de sábado se habían desplomado en una zapatería a resultas de hemorragias cerebrales coincidentes. La madre de Victoria, amedrentada en la primera adolescencia por ese tipo de accidentes, se negaba a tomar un autobús por miedo a que se subiera al cordón de la vereda o –peor– equivocarse al pagarle el trayecto al conductor; a los cuarenta años casi no lograba salir de la casa. Para cuando se disipó la niebla ya era tarde: el padre de Victoria, que ya mayor se había aficionado a pescar, cayó muerto en un aislado estacionamiento sobre la ribera del Severn, dejando a la madre deshecha pero al mismo tiempo inexplicablemente aliviada. El alivio la guio por la menopausia. La llevó a trasladarse a una pequeña ciudad de Shropshire, no muy pintoresca, donde se compró un iPhone y volvía a casa con hombres extraños, texteando borracha un mensaje arrebatado tras otro en medio de la noche, hasta que murió de un peculiar agrandamiento del bazo y altos niveles de la hormona tiroidea T4.

Así fue como Victoria, uno o dos meses después de la cita de Hammersmith con Shaw, se encontró fuera del sudeste por primera

vez en quince años, al volante de su Fiat 500 rumbo a lo desconocido, a la vez con y sin expectativa. Allá fue, colina arriba, más allá de la ferretería, la verdulería y el viejo Ayuntamiento de altas ventanas cementadas, hasta la cima, donde dos o tres viejas casas descarnadas se alzaban en hilera para que el viento les diese y arrojara casi todo el día las grajitas contra sus complejos techos interconectados. Estaba cansada. Buscaba un cambio y secretamente lo temía. Entre aquel lugar y la M42 se había perdido dos veces.

Por fin pudo mirar la alta y angosta fachada de su nuevo hogar y de golpe temblar con la certeza absoluta de haberse equivocado.

La casa se le resistía. La llave no quería girar en la cerradura, no se encendían las luces y el hall parecía bloqueado con pilas de sombrías cajas de cartón. Toda la planta baja olía a saquitos de té rancios y queso. Pero la red de la cocina funcionaba y Victoria pudo poner en marcha la heladera, enchufar la tetera, hacerse una taza de té y beberlo al resplandor químico de la pantalla de su celular, sentada en el primer escalón de la escalera con las piernas dobladas a un costado.

Mirando nerviosamente las sombras del pasillo del primer piso, decidió por el momento quedarse abajo y dormir en el sofá blanco fantasma de la sala delantera, desde donde al menos se oía pasar autos por la calle. Debería haber siempre alguien, se encontró pensando, que sepa dónde estás, aunque te resulte difícil conseguir mantenerlo a distancia o hacerle entender qué quieres. Por eso lo último que hizo fue volver a escribirle a Shaw.

«¿Qué iban a hacer con sus vidas gente como tú y yo? Somos como un montón de cangrejos ermitaños en un solo caparazón».

Como él no había contestado ninguno de sus otros mails, añadió: «No estoy ya en la linda Londres. Si quieres mi dirección, aquí está». Y luego: «No sé de qué voy a trabajar aquí. Tengo suficiente dinero para un tiempo». Además había conservado la casa de Dalston, instalando un inquilino para solventar la hipoteca; pero contarle eso a Shaw habría sido como una muestra de timidez, de incapacidad para comprometerse. Apartó los cojines del sofá, abrió los postigos, se durmió en una aguada de luna de un raro color jacinto –como si la pintura de los edificios del otro lado de la calle hubiera estado

guardando el color para soltarlo más tarde– y se despertó a la mañana siguiente sintiéndose ya distinta.

Cierto tiempo antes de la Primera Guerra Mundial, High Street 92 –un producto del delirio económico de fines del siglo xviii, construido con las ganancias de una cantera de arenisca de la Garganta del Severn– había sido dividida en dos. Al llegar la luz del día, la mitad de Victoria había revelado ser todo lo que ella siempre había querido: tres pisos de altas habitaciones vacías con suelos oscuros como las tablas de los viejos barcos. Sí, había caído en desgracia. Había falsos techos, un sótano húmedo, yeso pudriéndose bajo hectáreas de madera astillada; la cocina había sido martirizada con paneles de madera blanda de los setenta. Pero, sí, todo eso sería resueltamente quitado hasta que ella se encontrara en posesión de la ancha escalera, las largas ventanas, las proporciones originales. Imaginando estas escenas, eufórica, subió y bajó por la escalera, entró y salió de habitaciones, comiendo cereales con leche fría e incapaz, cuando miraba el jardín o el derrame de luz en la escalera, de dar crédito a su suerte.

Algunas sorpresas la esperaban. La primera fue una mujer alta con una lacia melena grisácea que la asaltó de frente en el rellano del segundo piso. La aparición –manos crispadas, expresión horrorizada y contrita– resultó ser ella misma, reflejada en un espejo de cuerpo entero y ya empezando a murmurar «Perdón, no…», una actitud que consideró desacostumbrada aunque la hizo pensar. Otras sorpresas no fueron tan poco halagüeñas aunque sí más molestas. La puerta trasera se negaba a abrirse. Y se podía poner la caja de fusibles a cero cuantas veces una quisiera, pero no bien intentaba usar dos aparatos al mismo tiempo la luz de la planta baja se apagaba de nuevo.

Hizo listas y después se llevó a la calle.

La ciudad, comprimida por unos mil doscientos años sobre un promontorio de arenisca roja arriba del Severn, no tenía edificios altos; solo algunas torres de iglesias y los restos del inevitable castillo del señor de la Marca asomando por encima de los techos georgianos. En los últimos tiempos líneas de viviendas y desarrollos

de industria ligera se habían extendido hacia el norte y el oeste a lo largo de dos o tres espolones boscosos que bajaban abruptamente hacia los cruces del río. Allí el Severn significaba todo. Con él había empezado el comercio; en las riberas habían tenido el primer impulso el hierro y la industria. En invierno y verano, de día y especialmente de noche, seguía refrescando el aire como un vasto termocambiador.

Promediaba la mañana y en las calles alrededor de la zona comercial había mucho movimiento. La lluvia había trabajado en oscurecer los chorreados muros de ladrillos; el cielo prometía truenos que al fin no pudo entregar. Victoria anduvo en un espiral desorientado hasta llegar a la base de la torre medieval. Esa curiosa ruina, alzada por Geoffrey de Lacy, uno de los menos conocidos saboyardos de Enrique III, y derribada no mucho más de cien años después durante la Guerra de Despenser, presentaba una sola esquina triangular de mampostería, de quince o dieciocho metros de altura y quince grados de inclinación respecto de la vertical, que más que una obra arquitectónica parecía la proa de un barco inacabado: como si su fundador hubiera previsto un futuro de inmensas crecientes del nivel del mar, un mundo en que la colina sería una isla y el suelo del castillo un muelle. Estaba negra de humedad. La rodeaban jardines eduardianos lóbregos y ordenados.

Decidida a encontrar algo que pudiera disfrutar, fue hasta lo alto del Portway, la vieja escalera para caballos de carga que desde una estrecha ranura entre el café Costa y My Little Wedding caía hacia el río por la fragosa ladera del promontorio. Había calma allí abajo, fresco y humedad entre altos muros de ladrillo y estratos de arenisca erosionada.Con cada vuelta de la escalera ya no se veía por dónde había pasado. Solo estaban los próximos diez metros, un silencio más y más hondo a medida que se dejaba el tráfico atrás. A mitad del descenso la estría doblaba bruscamente a la izquierda, y al mismo tiempo se ensanchaba para volverse una suerte de rampa escalonada de baja pendiente. Allí la roca estaba envenenada de óxidos, tupida de telarañas; al mirar hacia arriba, Victoria vio las partes de atrás de las casas y negocios de la calle mayor: viejas puertas en desuso abiertas al aire; ventanas sucias y rotas; luego el cielo, de un espantoso azul lavado.

De repente se derramó por la escalera un agua caliente, jabonosa, alrededor de ella y más allá, de pocos centímetros de profundidad pero fuerte y turbulenta, con islas de espuma como si alguien hubiera vaciado una bañadera sin avisar. Tenía un olor que ella no pudo reconocer, débil y químico, acaso de algún fluido limpiador. El objeto que caía con ese líquido, deslizándose, pegándose a los adoquines, volviendo a deslizarse, era traslúcido y de un tenue tinte verde; por lo demás parecía un gatito que había nacido muerto.

Victoria se tapó la boca.

–¡Bueno, no sé! –oyó gritar arriba, desde una ventana trasera de un edificio–. ¡No sé dónde se ha ido!

Miró eso que había junto a sus pies. Tenía un aspecto fetal, pero al mismo tiempo parecía acabado y completo. Ahora estaba varado. No era un mamífero, quizás ni siquiera un pez. Le dio escalofríos. Se preguntó si sería cierta etapa de la vida de un pulpo; imaginó el estallido de un tanque en algún restaurante chino apartado de la calle mayor. Lo tocó con el pie, se giró de inmediato y miró colina abajo, donde el agua se precipitaba en una película menguante.

–Qué horrible –dijo en voz alta, mirando de nuevo el cielo.

Cuando media hora más tarde subió los escalones después de husmear al otro lado del puente del Severn, no había nada que ver. El agua se había secado. El feto, si eso era, había desaparecido. Las paredes de arenisca y las ventanas sucias se empinaban, silenciosas, con un cariz desierto. Apuró el paso hacia arriba y entró en las calles comerciales. No le costó encontrar el Sainsbury's, aislado en sus hectáreas de luminosos estacionamientos vacíos; sin embargo el Marks & Spencer la eludía. Finalmente encontró un café llamado Pearl's, embutido en una manzana detrás de los negocios. No había nadie, salvo un viejo que sentado a una mesa comía lentamente una tostada con porotos. Parada en medio de la planta, una mujer de bata rosa miraba por la ventana con una expresión perpleja, como si hubiera empezado a hacer otra cosa y no se acordara qué. Cuando vio a Victoria se metió detrás del mostrador. Llevaba el nombre «Pearl» bordado a máquina en el bolsillo de la bata.

–¿Tienen wi-fi? –preguntó Victoria.

–Sí, pero nunca funciona.

–¿Pero puedo probar?

El viejo tuvo que parar de comer para seguir el diálogo. Tenía los ojos irritados, la piel tirante sobre unos huesos faciales de aspecto frágil, grandes llagas en las coyunturas de los dedos y las muñecas. Pese a todo, persistía en él algo alerta. Antes de salir de su casa esa mañana se había puesto una chaqueta de rally de los setenta que parecía mojada y se había peinado con esmero. Arrastró la silla hacia atrás con un chirrido, volvió a arrastrarla adelante, y una vez que la maniobra hubo ganado la atención de las dos, dijo:

–La puerta tampoco está cerrada como se debe.

–Lo siento –dijo Victoria–. Fui yo.

–Tienes que dar un portazo. Fuerte. Desde que tengo memoria no ha cerrado bien ni una vez.

–«Desde que tengo memoria» –lo imitó Pearl. Y a Victoria–: ¿Qué puedo servirte?

–La torta tiene buena pinta.

–La torta de zanahoria de Pearl –dijo el viejo como para sí mismo, rumiando desprecio–. A algunos parece que les gusta, pero yo no soy fanático.

–Tú termínate los porotos –dijo la mujer del mostrador–. O te vas de aquí.

Él le clavó la mirada y luego la desvió.

–No están bien –se quejó él–. Tienen gusto a pescado. –Tiró los cubiertos sobre el plato.

–Te irás derecho afuera, en serio.

–Tu abuelo era minero –dijo él–. No tienes idea de lo que era eso. Todos los días a todas horas de rodillas en ese boquete inundado de Peckforton. –Se le humedecieron los ojos–. Después, cuando se

jubiló, se llevó con él de la oscuridad siete ponis blancos…

–Si no te callas te vas de aquí, viejo imbécil.

–Se le había acabado la vida, pero eligió pasar de página y les dio el lindo hogar que había prometido.

Como no podían hacerle un espresso, Victoria comió la torta de zanahoria con una taza de té. La contraseña del wi-fi venía escrita en una tira de papel. Cada 2 podía leerse como una Z, cada 5 como una S; había una I mayúscula que también podría haber sido una l minúscula o solo un 1. Sentada a una mesa junto a la ventana, probó metódicamente las combinaciones. Entraban y salían grupos de clientes: mujeres con niñitos o Lakeland terriers; turistas que habían bregado colina arriba desde las repletas atracciones del patrimonio cultural vecinas al río. Todo el mundo charlaba. Victoria tomó otra taza de té.

Hacia la hora del almuerzo el lugar se llenó de cuadrillas de hombres de las obras en construcción. De licencia por una hora, empañaban las ventanas y se reían a los gritos con algo que había en The Sun; pero con la mujer del mostrador se llamaron a silencio y cuidado. Se comportaban con un sigilo de niños. A cambio Pearl les tomó el pelo sin piedad. Era alta, más joven de lo que parecía y practicaba una vacía sonrisa de soslayo que no acordaba del todo con su lenguaje corporal. Para ellos siempre habría cierta separación entre ella y su superficie; una división en acto. Ella la valoraba y la mantendría cada vez con más inteligencia. Porque ¿qué otra cosa se podía hacer en una ciudad pequeña situada en el límite exacto entre Shropshire y la nada? Y si –como quedaría claro más tarde– había en ella algo más, los hombres de pechera reflectante y casco de seguridad nunca iban a imaginarse qué era.

–Pearl es un lindo nombre –le dijo Victoria cuando ellos se fueron.

–Puedes echarle la culpa a ese viejo sinvergüenza que sigue ahí –respondió ella–. Algunos días me gusta, otros no. –Se secó las manos en un trapo de cocina–. ¿Entonces te funcionó la contraseña?

–Creo que sí.

Pearl lo pensó.

–Una contraseña funciona o no funciona –concluyó.

–Supongo que tienes razón –se rio Victoria.

–No hay nada que suponer. –Hubo una pausa. Luego, desviando una mirada baja con su sonrisa de soslayo, dijo con calma–: Yo conocía a tu madre.

Era una frase tan improbable, tan repentina, tan completamente inexplicable, que Victoria dedujo que había oído mal. Se levantó, cerró la laptop sin apagarla y puso un dinero sobre el mostrador como si aún hubiera alguien atendiendo. Estaba incómoda. Alcanzaba a ver la lluvia cayendo afuera en largas líneas estáticas. El viejo también la miraba; cuidadosamente había barrido el resto de los porotos a un lado del plato; la tostada la había comido.

–Tú eras mi perla –dijo, acentuando el verbo como para reforzar esa decisión de otro tiempo–. Te puse Pearl porque eras mi perla. –Y luego–: Venerábamos a tu abuelo como a un dios. –Una sosa luz metálica se reflejaba en las mesas, que su hija, que improbablemente fuera a decir algo más, ahora empezaba a frotar con el paño.

Al salir a la calle, sin ganas de irse en medio de tal parálisis, Victoria se volvió para exclamar:

–Nunca sé adónde se ha ido la mañana. ¿Ustedes sí?

Padres e hijos, pensó más tarde. ¿Qué puede decir una?

Su madre había recorrido la casa igual que ella. Como ella, había desembalado a medias, arrastrando cajas de cartón a las habitaciones, donde había abierto las solapas con la esperanza de que sus posesiones aún pudieran sorprenderla. La nueva vida la había barrido antes de que terminase, y después ya había sido tarde. Encintados rollos de alfombras permanecían apoyados en los rincones. Las camas se habían encaminado a los dormitorios pero los cuadros, envueltos por el servicio de mudanzas con papel

madera y cordón de polipropileno, seguían apoyados contra los zócalos como adoquines empaquetados. Ella había encontrado algo más interesante para hacer. Era una rara forma de labor, no tanto provisional como indolente; un curioso cúmulo de pertenencias con poca o ninguna conexión con la mujer que Victoria recordaba. Zapatos inadecuados. Camisas de jean con botones de nácar. Un ambientador que se adjudicaba una fragancia de paseo por la costa. Folletos de comida rápida reunidos en montículos sobre la mesa de la cocina. Al lado de la heladera, prendidas con alfileres al tablero, había listas de oficios locales, entre ellos uno de mantenimiento que arriba de su anuncio había garabateado: «¡Todo lo que sea!» y al cual Victoria telefoneó enseguida.

–¿Hola? –Silencio al otro lado–. ¿Hablo con…? –Miró el anuncio–. ¿Chris? –Ninguna respuesta–. Bueno –dijo ella–. Volveré a llamar.

Al instante una voz contestó:

–¿Quién es?

–Quería hablar con Chris.

–Por el momento ha salido en el taxi –dijo la voz–. Con ese tipo de Kinver. Puedo tomar sus datos pero no mucho más.

«Aquí arriba es muy Brexit», le escribió ella a Shaw más tarde. «Ocho pubs en mil quinientos metros y alrededor bosques espesos. Yo ya lo considero mi Brocelianda, aunque parece que la calle mayor la deforestaron ya en 1037». Le contó que estaba durmiendo de nuevo en el sofá. «Pero ahora tengo velas y todo».

En una de las cajas de su madre había encontrado una edición flamante de Los niños del agua. Se entretuvo copiando pasajes para él. El pequeño Tom era malo. Tiraba piedras. Huía a través del páramo, por Hartover y el peñón de Lewthwaite, hasta el río. A las cuarenta páginas el niño ya era un chiste, quizás un muerto, desesperado por ser un pez o un bebé, o ambas cosas: fantasías victorianas de metamorfosis, regresión y transición contadas como fábulas morales. «Ya ves», concluyó, «deberías leer mis mails. ¡Apuesto a que tu vida no es tan emocionante como la de Tom!». Sabía que en realidad nunca iba a enviar eso; pero escribirlo

bastaba para crear el efecto de estar conversando. Caía tan bien como dos copas de tinto. «Tal vez tenga que conservar los muebles de mi madre», confesó. «Los míos los vendí todos». Esto la hizo pensar de nuevo en la casa, y miró en torno y se estremeció de deleite.

Al día siguiente sonó el timbre antes de que se levantara. Cuando abrió la puerta se encontró con el padre de Pearl la camarera. Era diez centímetros más bajo que ella. Estaba silbando. El pelo húmedo se le enrulaba atrás sobre el cuello de su chaqueta de Castrol. A la luz del sol se lo veía mucho más animado.

–Tenía un minuto –dijo–. Así que vine. –Victoria se quedó mirándolo–. Soy Chris –dijo él–. Chris. Chris el de anoche.

–¿Siempre contesta el teléfono como si fuera otro?

–Solo voy a entrar. –Se miraron. Parecía un impasse. Al fin él mostró un bolso deportivo de plástico–. Aquí tengo todo lo necesario.

–¿Y si me dejara explicarle qué hay que hacer?

–Una taza de té estaría muy bien, ya que estás poniendo la tetera. Mientras lo haces yo voy a echar un vistazo. –Sonrió, empezó a subir la escalera como si fuera el dueño y se volvió para decir–: Tengo todo lo que necesito. Tú no te preocupes.

Victoria hirvió el agua hecha una furia. Lo oyó en el primer rellano y luego sobre las tablas flojas cerca del baño. Sacudía el bolso de herramientas. Entre siseos, silbaba para sí mismo. Era patético. Golpeteaba aquí y allá. Una ventana del segundo piso subió con un chirrido y se cerró temblando. Todo eso hizo a Victoria sentirse ajena.

–¿Cómo marcha ese té? –gritó él. Cuando bajó a tomarlo, se sentó y también comió una galleta. Daba la impresión de que había llevado un olor a la cocina. Ella no podía olerlo bien pero sabía que estaba ahí–. Me gusta sentarme a comer una galleta –dijo él.

Ella le acercó el paquete.

–Sírvase.

Sonrió como si lo hubiera esperado.

–De nacimiento me llamo Chris. Pero allá en Kinver me conocen como Ossie.

Tenía un desenfado que no se podía explicar; al mismo tiempo quería compasión. Después de haberlo observado dos minutos, una notaba que se sostenía en pie de una forma extraña y caminaba con la prevención de un rengo; se limpiaba continuamente los ojos.

–Mala salud –dijo con una suerte de satisfacción–. Toda una vida. –Había tenido cáncer de intestino, que le habían curado; pensaban que su tos era de asbestosis. Además no articulaba la muñeca izquierda, consecuencia de haberse caído del árbol de Navidad de la ciudad en 1999–. Estaba instalando las luces –dijo–. Me dio una patada. –Y luego–: Ese año no quitaron los decorados a tiempo. De resultas sufrimos todos. –Apenas si podía usar un destornillador–. En estos circuitos eléctricos hay mucha goma estropeada –le informó a Victoria, después de haber comido medio paquete de integrales de chocolate–. Apenas los tocas se descascaran. –Eso significaba volver a cablear. Ella no se había esperado menos–. Pero ojo, por dentro también hay mucho neopreno nuevo.

–Mientras esté aquí no va a caerse de nada, ¿no? –dijo Victoria.

A la hora de comer seguía allí, tironeando de cables en el altillo.

–Le puedo servir porotos cocidos –ofreció ella.

–Ya no me atraen como antes.

–Bueno, ¿puede mirar la puerta de atrás antes de irse?

La puerta de atrás estaba desajustada y parecía hecha en casa: cuatro tablas verticales de diversos largos, con otras tres martilladas horizontalmente; todo cubierto con una espesa y anticuada pintura celeste. A Victoria le encantaba. Un despliegue de cerrojos, la mayoría abiertos por la herrumbre, proveían seguridad. Había una falleba antigua. Daba la impresión de haber servido décadas a la casa, y antes a un granero. La humedad la había hinchado contra la

jamba.

–Te valdría más una nueva –dijo.

No bien la tocó, sin embargo, la puerta se abrió. Una luz áspera y bella cayó en el umbral y los escalones de la cocina. ¡Su jardín! Por un momento pareció demasiado luminoso y completo como para entrar, como un claro de bosque.

El viejo recogió las herramientas, cerró el bolso y lo sacudió acercándoselo a la oreja. Se puso la chaqueta en el hall.

–No hay nada que no se pueda arreglar –dijo. Y deteniéndose con el brazo izquierdo a media manga–: Disfrutarás del jardín.

–¿Cómo está Pearl? –le preguntó ella cuando se iba.

–Buena pregunta. –Él ya estaba en la calle, mirando el cielo, subiéndose el cuello–. ¿Cómo está la famosa Pearl? Yo diría que convencidísima de ella misma, como siempre. Un día va a doblar por una esquina y descubrir que las cosas han cambiado.

–A mí me pareció muy amable –alzó la voz Victoria.

–Le voy a contar que lo has dicho.

Ella ordenó el desparramo que él había dejado; después salió por la puerta de atrás.

En la vida de Victoria los jardines siempre habían pertenecido a otros. Le gustaban pero no sabía nada del tema. Este, lo suficientemente abandonado para absorber un esfuerzo desmedido, era en realidad dos jardines. El más cercano, al que se accedía desde una brecha entre bojes maduros, era más largo, un poco más alto y consistía en un césped rectangular rodeado de polemonios, dedaleras e iridáceas. Arriba, contra la casa, se inclinaba un cobertizo blanco de listones, con la pintura descascarada y las ventanas vencidas, y en el ardiente trecho de sol entre los dos había un rosal tan viejo y escuálido que su mayor utilidad era sostener el exhausto tronco color madera pálida de un arbusto de lavanda más viejo todavía. Cada lado estaba bordeado de cebadilla eduardiana; cada sendero era un matorral de geranios y dientes de león.

En el otro extremo, bajo un arco tupido de prerrafaelitas rosas trepadoras blancas, tres breves escalones de piedra daban acceso al jardín inferior. Allí lo plantado parecía extenderse sin fin, aunque acaso solo llegaba a uno o dos metros de profundidad. Todo era alto, apretado, denso, una maraña difícil de atravesar, de un carácter en rápido cambio del cuidado al abandono. En el centro de esa confusión, el segundo cuadro de césped se abría pequeño y silencioso, como un estanque de bosque cubierto de planas algas verdes. La luz caía en picado entre las casas vecinas. A un costado, junto a unos tiestos elegantemente rotos, un gato blanco y negro se lamía las patas en el polvoriento rumor de la luz del sol.

–Hola –susurró Victoria.

De la ventana abierta en una casa colina abajo surgieron unas notas de piano sin rumbo. El gato, después de mirarla un instante, se fue.

Más tarde algo la hizo demorarse en los escalones de la cocina, abriendo y cerrando la puerta como si ensayara sus posibilidades. Parte de ella deseó haberla dejado atrancada, porque no quería su jardín como un obsequio, un favor conferido por Ossie. Durante su rato en la casa él la había confundido. Era la tos. Era que ella nunca le creería una palabra. Más aún era su suave piel ajada, que no se parecía a nada material que ella conociese y tenía su hermosura particular. Sabía que «hermoso» era la palabra justa para padre e hija, cada cual a su distinto modo; pero también era la palabra errónea, sobre todo para la piel del padre y esa voz fanfarrona un momento, apagada y vencida por la edad al siguiente, muy a menudo las dos cosas a la vez.

Pensamientos de esta clase le entraron y salieron de la cabeza mientras abría y cerraba la puerta. Pero del que no consiguió desprenderse fue el de que Ossie había estado en la casa antes; que en realidad la conocía más que la madre de Victoria y más de lo que ella la conocería nunca.

7

Caminos profundos

Domingo a la mañana, unos días después.

Como para rematar una discusión empezada en otro lugar, Victoria se despertó de repente pensando: de todas maneras ser propietaria es una cosa rara.

Eran las cinco de la mañana. El dormitorio estaba lleno de luz, retransmisión de un cielo muy azul por las fachadas de los edificios de la acera de enfrente. Se quedó unos minutos tendida escuchando ladrar a los perros al final de la calle mayor, temblando con el sentimiento delicioso de todo el espacio que le pertenecía ahora.

El espacio interior de la casa. El espacio interior de la calle de afuera de la casa. El espacio interior de la ciudad que rodeaba la calle, el espacio interior de la tierra que rodeaba la casa. La propiedad le daba acceso a esa vasta, transparente geografía de muñeca rusa que se extendía a lo lejos, toda luz, toda nueva, toda suya. Al bajar la escalera se detuvo en la ventana de cada descanso. ¿Y qué pasa, pensó, si alguien destraba la puerta de atrás? El jardín, con sus ridículas malvarrosas hasta ahora no florecidas, era suyo. En el hall encontró un par de botas de excursión; de buena marca, casi sin usar. Se las puso y salió.

Viejos senderos detrás de las casas, metidos entre espinos, endrinos y zarzas. Una tranquera de metal interrumpiendo un seto desvanecido. Paseadores de perros aparecían y desaparecían, rara vez más cerca que a media distancia. Ya estaba más cálido. Descubrió que cada campo tenía su torre de alta tensión; cada campo tenía su estanque. Las torres hacían un curioso tintineo amortiguado, como el de una planta embotelladora oído a cinco kilómetros en el viento. En cuanto a las aguas, algunas parecían someras, otras parecían profundas. Algunos estanques estaban agraciados con una torre propia; o con un par de sauces o vacas; en

algunos se paseaba una solitaria gallineta. Mirándolos más de cerca, todos tenían una cualidad reciente; sin nada de playa, parecía como si la noche anterior se hubiera vertido agua en una hoya de hierba. Relucían en la luz vítrea.

A dos kilómetros de la ciudad, donde el terreno caía bruscamente en una cuesta boscosa de cara al norte, oyó que entre los árboles un hombre gritaba «¡Moya!» –aunque quizás hubiera sido «¡Viya!»–. La voz era ligera, con algún acento de las Midlands poco familiar para ella. Tenía un atractivo timbre atenorado, engatusador, nada perentorio y sin embargo intrínsecamente severo. Podría haber estado llamando a una mujer o una perra. Tal vez no a una niña. Por un momento Victoria creyó verlo, no lejos, alejándose con facilidad por la pendiente, las manos en los bolsillos. Agitó la mano.

–Preciosa mañana, ¿no?

Ninguna respuesta; y aunque estaba forzada a seguirlo, porque el sendero solo iba por allí, primero en una curva entre robles, abedules y acebos, luego entre fresnos y olmos de monte, no llegó a darle alcance. En adelante lo oiría de vez en cuando, cerca o lejos, emplazando a su reticente compañera desde algún pozo de campana cubierto de maleza o una calera abandonada. El bosque era mullido. Arroyos mansos lo dividían al azar. Debajo de musgo de turba, asplenios y costras de hojas muertas sobre fango negro yacían los retorcidos y paradójicos estratos de los cuales, durante casi mil años, se habían extraído las ganancias locales. Carbón para los cistercienses de la abadía; luego piedra caliza; después hierro y arcillas para los fabricantes de hierro, los de retórica de Silicon Valley, promesas de futuro y fincas llamadas El Paraíso o El Cielo. Más abajo, detrás de una cantera, una flaca cascada salpicaba la antigua vía de ferrocarril; el musgo fosforecía como si la luz fuera eléctrica. No había nada del pintoresquismo que se habría esperado. Así que cuando oyó decir la palabra «¡Mira!» muy cerca y detrás de ella, Victoria se estremeció y volvió a su casa, donde comió cereales y de repente se quedó dormida en el sofá.

Se despertó al comienzo de la tarde. Había estado soñando, pero no pudo recordar qué.

Lo primero que oyó fue que alguien decía «¡Ven aquí!» justo frente

a la casa.

Dio un salto y se quedó mirando la calle. Nada. El aire se había vuelto húmedo. Olía a nafta. No veía a nadie. Fue hasta la puerta de atrás pero se había atrancado otra vez.

–¿Moya? –Una pausa y luego, en movimiento–: ¡Voya!

Mucho más tarde, apenas antes de la hora de cierre, como para terminar un día desconcertante, creyó oír de nuevo la voz gritando justo desde enfrente y luego alejándose para ser absorbida por el ruido general de la vida nocturna de la ciudad. Ella estaba clasificando las cosas de su madre, aquí una caja de muñecas, allá una pila de fotos en sobres de papel de los setenta, caras sobreexpuestas desparramadas sobre el suelo de la sala delantera. Cruzó hasta la ventana pero no había nada que ver. El único sonido era el de los pubs vaciándose y volviéndose a llenar una última vez, como un peristaltismo de la calle más abajo. «Ven aaquí, ven aaquí». ¿Volvería a él Viya o Moira? ¿Quién estaba castigando a quién? Era una pregunta de las difíciles. Victoria trató de imaginarse a la perra –una Patterdale terrier, una Parson– de pelo hirsuto, embarrada y terca, todavía incansable después de un día en el bosque, pero al fin solo consiguió visualizar una desdichada gótica rural, básicamente flaca pero con una capa de grasa blanda bajo la piel muy blanca, para quien ignorar el sonido de su nombre gritado por la calle desde el umbral de un pub era una protesta semanal contra el vínculo que ata. Victoria tembló, cerró los postigos, ordenó las fotos. Le escribió un mail a Shaw.

«Puedo percibir todos los espacios distintos que me rodean. El espacio del altillo, el espacio del sótano, el espacio del rellano del primer piso, que es diferente del espacio del tercer piso no solo en la forma sino en cómo se mueve el aire. ¡Me encanta esta casa! Me siento en la escalera y leo al sol. Acá tengo un montón de silencio. ¡No puedo explicarte cuánto alivia esto después de Londres!».

Al final añadió: «Sin embargo, ojalá estuvieran todos un poco menos llenos de energía».

Victoria empujó los muebles de su madre por el dormitorio hasta que el arreglo la conformó. Sabía que nunca iba a poder vivir con las estanterías, que alardeaban de floridas curvas frontales como labios; cuando las volcó, de los viejos tarugos cayó polvo de yeso como talco húmedo. Al poner el dedo en un agujero sintió un pequeño latido eléctrico, un levísimo pulso de vida, como si la casa le estuviera hablando. También hablaba de otras formas. Las tablas del suelo pedían atención. La caja de fusibles seguía apagándose no bien oscurecía, salvo por el circuito principal de la planta baja. Una tenaz pérdida en el baño –algo relacionado con el suministro del bidet– goteaba al suelo y llegaba a la cocina. Escarabajos de la madera habían colonizado las vigas y a la noche se oía arriba su tictac como el de una especie de reloj antiguo fuertemente especializado.

–Los revestimientos están destruidos –explicó el carpintero–. Un roble tan viejo puede ponerse como hierro o como arena mojada. De todos modos vamos a salvar lo que se pueda.

La misma mañana se montaron andamios para trabajar en el techo. Por un mes la casa estaría ahora llena de operarios. Se habían establecido. Como el carpintero, eran hombres de cincuenta y tantos años con caras curtidas al aire libre y habilidades complementarias. Llegaban recomendados –a menudo unos por otros, o por el padre de Pearl, cuyo curioso aire caduco compartían– y acompañados de un oculto bagaje personal de religión, alcohol, merma de la audición a causa del ruido, malos pulmones y un significativo accidente de moto a los treinta años; una vida de conmociones y fracturas, de arterias ensanchadas justo a tiempo y problemas de rodillas cuya mecánica sus médicos de cabecera nunca habían podido explicar del todo. En general eran parlanchines, pero por debajo tímidos. Siempre aceptaban una taza de té, pero llevaban sus propios sándwiches o al mediodía bajaban la calle hasta un anticuado salón llamado Brenda's, donde en sus overoles de motosierristas se sentaban mirando alrededor como críos envejecidos en cochecitos.

–Apuesto a que nadie ha usado ese bidet desde hace años –le dijo Victoria al plomero–. A decir verdad –tuvo que admitir–, hasta ahora yo solo me he limpiado ahí los zapatos. Quiero decir, ¿para

qué me sirve a mí un bidet? –El plomero la miró fijo y después hacia otro lado, como si de golpe se le hubiera ocurrido algo–. ¡Dios mío! –dijo ella–. ¿Me he pasado de información?

No parecía que encajaran bien en una casa. Podían construir una pero después no sabían qué hacer, excepto ir y construir otra. Ella los sorprendía escrutando un cajón de herramientas o la grieta debajo del entarimado, con una mirada en blanco en los ojos acuosos como si por un segundo hubieran olvidado no qué estaban haciendo sino quiénes eran. El techador tenía más de sesenta y estaba listo para jubilarse. Se llamaba Steve; le gustaban la música, los pubs y fumar. Tenía la voz turbia de flema a fuerza de cigarrillos armados y whisky; un habla meditabunda. La esposa era enfermera particular. Tatuajes tan desteñidos que Victoria no distinguía a cuáles bandas de heavy metal habían debido conmemorar le cubrían como mangas los antebrazos bronceados. Oír a Steve en la plataforma superior del andamio indicaba a Victoria que había empezado el día; desde allí arriba se veía un panorama del condado hasta Clee Hill, mientras la brisa soplaba el polvo de un fárrago de tejas descartadas, pedazos de mortero y tubos de sellador medio vacíos. Había tomado la costumbre de hacerle una taza de té, encaramarse a la ventana del dormitorio y subirla con cuidado hasta el techo por el tramo final de la escalera. Estaba orgullosa del logro y le gustaba pensar que le valía el respeto de Steve.

A cambio él le habló de su camioneta, que de momento tenía parada porque necesitaba un repuesto vital pero de lo más común. La pieza debía llegar directamente de Japón. Uno estaba siete semanas en la lista de espera, dijo él; luego, sacaba setecientas libras del bolsillo.

–Las montan en España, pero la administración de la cadena de suministro es tan apretada que no pueden tomar una pieza sola de la cadena de producción. Te la tienen que mandar separada por barco desde Japón.

–¿Setecientas libras? –dijo Victoria.

–Setecientas. Putas. Libras –confirmó él, más con asombro que con rabia. Al cabo de un rato señaló el tejado, como si todo lo anterior hubiera sido un subconjunto de la conversación–. Pero no te

preocupes. Esto no necesitarás hacerlo de nuevo. Va a durar más que nosotros. Conmigo no le va a ser difícil. –Puso la mano plana sobre las tejas–. Rápidas en calentar, lentas para enfriarse. Y si hoy está como ayer, a mí me vendrá perfecto. Sí, perfecto. –La primera sílaba la pronunció perr, y antes de las siguientes dejó una pausa apreciable–. Lo voy a poder terminar. –Luego mirando hacia Birmingham a través de los tejados–: Por supuesto, somos un país que solía hacer sus propias construcciones.

El día que Steve se marchaba, Victoria trepó por la escalera para darle el té y el dinero y se encontró con que ya había limpiado la plataforma. No quedaba ni un desecho. De un lado se veían las claras líneas de tejas vueltas a colocar. Del otro, la ciudad –brillante, atareada, alegre– descendía hacia el Severn. Esa mañana todo la impresionó por el orden, como si Steve hubiera reparado no solamente el techo sino también el resto del mundo. Ahora estaba sentado al sol sobre un bolso de herramientas, volviendo las páginas de un libro de bolsillo, que cerró para tendérselo a ella.

–¿Has leído esto? –dijo–. Ahora hay muchos que lo leen. Se está leyendo mucho.

Era un gesto que Victoria no llegó a entender, y que más tarde la haría pensar que en cierto modo había roto el vínculo entre los dos. Lo que ella quería era que él tomara el té y la felicitara como siempre: «¡Perr-fecto! ¡No derramaste una gota!». No quería un libro, sobre todo no Los niños del agua, así que se quedó parada allí, devolviendo el ofrecimiento, insegura de qué decir hasta que se las arregló:

–Ya lo tengo, gracias. Era de mi madre.

–Quédatelo igual, cachorra –dijo el techador–. Nunca se sabe.

Imposible sacar algo del tono en que había hablado. Más tarde, cuando fue a buscar el ejemplar de su madre, no pudo recordar dónde lo había puesto.

Victoria encontró un camino menos deprimente para bajar a la

Garganta y después, siguiendo la curva del Severn, bordeó el talón de la ciudad para entrar en el laberinto del barrio religioso del siglo xvi. De allí, a través de Friars y Saint Mary Gate, fue hasta el café Pearl's. Era miércoles y todo lo demás estaba cerrado. El comienzo de la tarde había fijado al viejo y la hija en sus lugares como figuras de un cuadro simbólico, uno eternamente encorvado sobre su comida, los detritos de la cual se habían desparramado alrededor del plato; la otra detrás del mostrador con su trapo húmedo, su naturaleza muerta de magdalenas bajo el vidrio y su mirada de larga distancia. Todo tenía una rara claridad, pero también daba la sensación de haberse endurecido en el tiempo.

–¡Hola! –dijo Victoria cerrando de un portazo–. ¡Torta y una taza de té, por favor! –Sentía que se le había dado la responsabilidad de despertarlos del letargo, de ponerlos en movimiento–. ¡Subí desde el río! ¡Es un muy buen ejercicio! Salí por detrás de Peckfortorn Hall y anduve por Blancos Prados. Qué nombre maravilloso, ¿no creen?

Se volvieron lentamente a mirarla.

–Para una calle –dijo ella–. Blancos Prados…

–De noche en Blancos Prados más te vale ser cuidadosa –dijo el viejo.

–Voy a buscarme un asiento –dijo Victoria, como si hubiera muchos ocupados.

Hiciera el día que hiciese en otro lugar, por las empañadas ventanas del café entraba y salía una original especie de luz en la que había representados varios colores, pero solo tenuemente. Cuando después de la agitación del almuerzo el vidrio se despejaba, una se encontraba mirando un estacionamiento, una máquina de tickets y un enarenado cubo de basura como un juguete de plástico, dos ítems estos con el aspecto de ser un photoshopeado incompetente sobre un paisaje previo. A veces el viejo estacionaba ahí su coche, un descolorido Toyota estándar con emblema de taxi al costado. Solía dejarlo días enteros bajo la lluvia, salir de golpe a arrancarlo después de recibir una llamada, luego regresar para comerse tres salchichas con puré de papas y salsa de cebolla y quejarse de las cosas que la gente quería que hiciera. Sus ojos –recelosos, de bordes

enrojecidos, lagrimales húmedos y párpados suaves y gastados como billeteras viejas– le daban una apariencia vaga e indiferente. Estaba siempre sonándose la nariz.

–Espero haberle cerrado la puerta como se debe –le dijo Victoria.

Él la miró a fondo un momento y luego, en vez de contestar, deslizó el plato a un lado y apartándose de ella con un giro del torso se puso de cara a la pared. Empezó a comer como un famélico, muy doblado sobre la mesa y paleándose comida en la boca con cuchillo y tenedor juntos.

–No le prestes atención –aconsejó Pearl.

–Salí para escaparme de los obreros –dijo Victoria–. Son todos bastante raros.

Pearl sonrió hacia el mostrador.

–Los siete enanos de los oficios, esa brigada. Steve, Dozy, Beaky, Mick y Titch.

–¿Así que los conoces?

–Lo que tienes que preguntarte –dijo Pearl– es a quién yo no conozco.

El viejo dejó caer los cubiertos en el plato.

–Tú no sabes contar –dijo–. Puedo decirlo sin miedo a contradecirme.

Ella salió de su puesto, agarró el plato y empezó a barrer con el trapo la comida que él había derramado.

–No le gusta que lo llames Chris –dijo como si estuvieran solas conversando de otra cosa–. No es Chris el nombre que quiere. Quiere que lo llames como lo llama esa banda de Kinver. ¿Cómo te dicen, papá? ¿Cómo es que te llaman cuando vas a llevarlos a todas las horas que Dios manda? –Él le puso una súbita cara espantosa y ella se rio–. ¿Será Chiquito Ossie? ¿Es así como te llaman?

–En fin, yo creo que Blancos Prados es un nombre fantástico para una calle –dijo Victoria.

–¿Pero sabes qué quiere decir? –preguntó Pearl. Le dio a la mesa un iracundo repaso y se alejó antes de que Victoria contestase.

–De noche en Blancos Prados más te vale ser cuidadosa –repitió el viejo.

Los ojos eran lo más viejo, lo más consumido de él. Con todo, al fondo del azul de los iris aún había un destello paciente, y uno se preguntaba si también estaba en el fino hueso de las órbitas. En la tarde de lluvia el café parecía hablarse a sí mismo con música de los ochenta y noventa a un volumen considerado, y la hija miraba por las ventanas susurrando «Hace una semana que esto no para».

El tiempo se mantenía. Victoria hacía paseos más largos. Detrás de ella la casa evolucionaba: cada vez que volvía encontraba algún cambio. La escalera, enlucida y pintada en colores neutros, cantaba de luz. Al anochecer un aire cálido coronaba el jardín, mientras ella, de pie en silencio, descalza en el césped –preguntándose qué cambios hacer, escuchando ociosamente a los bebedores de la calle, los ladridos de los perros en los límites de la ciudad–, miraba desvanecerse las flores como neones de tiza en la oscuridad. Uno a uno los trabajadores se iban. El último era el técnico de la calefacción central, que se atenía a sí mismo y solo empezaba cuando los demás habían terminado. Los andamios ya habían sido desmontados, a lo largo de una mañana, poste tras poste tintineando en la caja del camión como piezas de un xilofón experimental. Como se sentía un poco sola, ella cruzó la calle y tomó algunas fotos con el teléfono. Porque estoy decidida a gozar de mi vida, pensó, quizás por primera vez.

La fachada, de un gris pálido con un festón de cal, brillaba a la luz del mediodía: un efecto alegre, aunque contrastaba con el aspecto chamuscado del ladrillo Midlands que tenía el número 91, la otra mitad de la estructura original. Victoria aún no estaba convencida de sus elecciones. Eran correctas más que audaces: el único riesgo era que esos colores convivieran felices –o lo bastante felices– para

siempre, pero todo ese tiempo pareciera que deseaban en silencio una de las calles más linda alrededor del londinense Clapham Common.

Aun así, pensó: Es mi casa. ¡Perfecta!

En eso la puerta del 91 se abrió bruscamente y emergió Pearl la camarera. Tenía puesta una remera blanca y jeans boyfriend lavados a la piedra; del hueco de un codo le colgaba una bolsa de lavandería con su bata de trabajo doblada. Agitó la mano, se giró para cerrar con llave la puerta de calle y luego, abriéndola de nuevo, gritó hacia adentro:

–¡Después no te olvides de traerlos, que si no le va a dar un ataque!

Fue a pararse al lado de Victoria, que no podía hablar de la sorpresa.

–Así que ahora está lindo –ofreció.

–¿Tú crees? –dijo Victoria. Y tímidamente–: La puerta del frente es «Arcilla de Londres».

–Así la llaman por aquí.

–No sabía que vivían aquí al lado. Nunca dijiste nada.

–No vivimos –dijo Pearl. La casa, explicó, había pertenecido al padre de Ossie, a quien se había conocido como Ossie el Viejo y que la había convertido en pub. Todo el edificio había sido un pub hasta que él había muerto y su hijo había vuelto a dividirlo en dos–. Luego se usó como depósito hasta que Ossie le vendió la otra mitad a tu madre. –La expresión de Victoria la hizo sonreír–. Sí, claro que conocí a tu mamá. En un tiempo fuimos bastante íntimas, ella y yo. Nadábamos. Nadábamos mucho. Sobre todo en piscina cubierta, pero a veces yo conseguía llevarla al aire libre.

Victoria la miró:

–Dios Santo –dijo.

–Era una buena nadadora, ella.

–No puedo imaginarlo.

–Bueno, es verdad –dijo la camarera–. Salió buena, tu mamá.

Tras ese juicio inexplicable no parecía que a Victoria le quedara algo que aportar. No pudo hacer otra cosa que darse sombra a los ojos y estudiar el frente del número 91, donde grises curvas fláccidas de visillos seccionaban en extraños ángulos las ventanas de la planta baja y un oscurecimiento débil pero definitivo cuarenta centímetros al pie de las canaletas daba el efecto de una marca de agua de doce metros de altura, como si la calle se hubiera inundado en una época en que estaba mucho más abajo que la cumbre de la colina. Raudas nubes blancas habían aparecido en el cielo arriba de la teñida línea del tejado; contra ellas se recortaban florecientes, vigorosos tallos de adelfitas. Al fin Victoria sacudió la cabeza. La única sustancia en que podía imaginarse a su madre nadando era el gin tonic.

–No tenía idea –dijo.

–No mucho que mirar, ¿eh? Fuera cuando fuese, en esta calle siempre hubo algún pub. Vivimos aquí hasta mis diez años, pero cuando murió Ossie el Viejo nos fuimos a vivir con esa gente allá abajo, en la Garganta. –Hizo un vago gesto hacia el norte, hacia donde la calle mayor pivoteaba metiéndose en Woolpit Road y luego iba cayendo con rapidez hacia el Severn entre construcciones nuevas y bosques escasos–. En principio aquello también fue un pub. Publicanía: siempre fue la profesión preferida de esa familia –anunció como si ella no fuese parte–. Mucho bien nos ha hecho –decidió.

El viento se alzó un poco, llevando olores de frituras y un leve sonido de grajillas montando guardia desde las ruinas del castillo de Geoffrey de Lacy. Tal vez para hacerse una idea de su fuerza, susurraba en la bolsa de lavandería colgada del brazo de Pearl. Ella miró el suelo, ausente, y luego otra vez a la distancia.

–¿Sabes qué tendríamos que hacer? –siguió–. ¡Tendríamos que ir a nadar! Juntas.

Victoria tembló.

–No creo –dijo–. Yo odio el agua. –Asombrada de su vehemencia, se vio obligada a agregar–: Lo siento, ¡no quise sonar tan grosera!

Pearl se limitó a mirar calle abajo con una sonrisa ensimismada. Agitó la mano y le gritó «¿De acuerdo, entonces?» a alguien que Victoria no pudo ver. Después aconsejó:

–A medida que encuentras cosas, con más quieres quedarte. Lo mismo le he dicho a menudo a tu mamá.

–Estaba planeando ir este fin de semana a comprar rosas para el jardín –dijo Victoria, y antes de pensárselo–: ¿Te gustaría venir?

El sábado siguiente se subieron al Fiat a las diez de la mañana para que Victoria pudiera avanzar rápido por los caminos al nordeste de la ciudad, un laberinto en donde en algún lugar esperaban encontrar Childe Beckwith, una casa solariega del siglo xvi reconstruida a comienzos de la década de 1830 con un estilo neogriego. Llegaron más cerca de mediodía que de las once, y el estacionamiento ya estaba repleto. Un sol brillante relumbraba en el cromo de los coches deportivos del año anterior, rociando los oscuros tejos de alrededor. Entre los árboles, niños decididos y silenciosos corrían en grupos de tres o cuatro, atraídos por cualquier clase de arroyo o ciénaga. Era la pura experiencia de tradición cultural. Uno pagaba, compraba la guía, se extraía de la tienda de regalos del viejo establo y al instante era sumido en la idea de historia de otra persona: noventa hectáreas de parque con dos lagos artificiales, extensos bosques y un templo de jardín con columnas jónicas. Largas gramas descendían alrededor de los antiguos cedros; bajo los pies los formales senderos se volvían musgo y serenidad que no llevaban más que a bosquecitos amables; mientras cuando una paseaba detrás del edificio principal los escalones y losas de arenisca asumían un sonido hueco.

–Salir es hermoso –dijo Pearl– pero ese montón de urnas… no estoy segura.

Si bien hacía mucho que los actuales Beckwith habían dejado de considerar la propiedad como un activo –y en cambio se ocupaban

de sus intereses en Hong Kong, Palo Alto y Dubái– mantenían por nostalgia el negocio tradicional de la familia todavía contenido en dos acres de jardín entre muros patrullados por los famosos «pavos de Childe». Allí, como para resaltar el drama constante –la abundancia descontrolada, esencialmente trágica– de las rosas, habían optado por un formalismo radiante. Cada arriate cuidado con esmero parecía el pasillo de las flores de un supermercado, accesible por ambos extremos a través de arcos y cerrado por bajos, largos setos de caja ferozmente geométricos. Dispuestos con ingenio, a lo largo de un radial los colores se escalonaban del blanco al amarillo; a mitad del siguiente, sorprendía que un levísimo rubor rosa, manando sin prevención hacia tonos de sangre, se agotara tan pronto en púrpura. En el centro, el agua de un angosto estanque alargado yacía en su tibio marco de caliza, custodiado por bancos de piedra a juego. Había, un día tras otro, un «motín de colores»: híbridos de mosqueta que parecían sueltos pliegues de papel deslucido; amontonadas especies de rosa, delicadas y frágiles. Los Beckwith, a gusto con las posibilidades de un mapa completo del genoma Rosa, anticipaban nuevas formas de cultivo: colores de laboratorio, esencias novedosas, mercado expandido. Mientras tanto, dondequiera que una fuese en el jardín se abría paso entre guirnaldas de resuelta trepadora color hueso (que en 1852 había recibido el nombre de Vivienne Dulac pero desde 1997 los iniciados de la familia conocían como «la Dama de Hierro»).

Era tan espectacular como afirmaba el folleto; sin embargo Victoria se sentía menos estimulada que decaída. Encontrar tal cantidad de sus flores favoritas en un solo lugar parecía abrumarla y luego deprimirla. Apretadas en las invisibles jaulas del vivero, tenían un cariz de animales cautivos: territorialmente tensas pero al mismo tiempo forzadas a apoyarse unas en otras por confort y ayuda.

–Es un zoológico –dijo. Y, leyendo del folleto–: «Joven de Shropshire, una adecuada consorte de nuestra popular trepadora, Mozo de Shropshire. Nueva este año». –Miró alrededor, impotente–. No tengo la menor idea de qué comprar.

–Comida. Compremos el almuerzo.

–Esta clase de gente siempre tuvo un zoológico privado.

El salón de té servía un escón y queso del lugar –con conserva de ajos silvestres hecha según la receta dieciochesca de la finca– en la terraza, donde un galgo color café con leche vagaba desconsolado entre italianescas mesas de hierro altas y angostas. No fue fácil encontrar sitio para sentarse. Más tarde, un balanceo de luz de tormenta cayó de plano en las losas, a las que prestó un lustre huraño; y hacia el sur las lomas se desplomaron en un recalentado horizonte de edificios bajo nubes de porte arquitectónico. Para entonces Pearl empezaba a aburrirse. Por comer el almuerzo como una hamburguesa se había derramado ajos en el blanqueado overol de jean. Se había esforzado al máximo por interesar al galgo en los restos del escón, pero solo había conseguido ponerlo nervioso. El perro la miró como si hubiera tratado de socavar uno de sus imperativos morales más cuidadosamente interiorizados, se fue a merodear y vomitó cerca de los pies de otros.

–¡Al pobre no le gusta el calor! –les dijo ella; y, bajando la voz, a Victoria–: Ahora se van a ir. Ya se limpiarán. La mejor manera de dejar libre una mesa. Náuseas de perro. A mí me pasa igual con el olor de las arvejas.

–Voy a pagar –sugirió Victoria.

–Ya pagamos, cariño. Tú ve a elegir tus rosas mientras yo doy una vuelta por ahí.

–¿Seguro?

–Si no me encuentras, estaré en tu autito. O por los lagos.

Pero no se encontraron en el estacionamiento ni en ninguno de los dos lagos. Victoria pasó media hora caminando por los bosques. Cada loma o valle parecía una idea de sí mismo desarrollada en base a un modelo digital apenas disimulado. Los senderos se plegaban a lo largo de las curvas en perfectas imitaciones tridimensionales, desde el templo jónico hasta el puente chino y de allí al invernadero. En ninguno de esos lugares había rastros de Pearl. Victoria tampoco la encontró en la galería Elizabeth Berrington, perdida entre las colecciones de elementos de toilette de plata, xilografías de arado invernal y vivaces bronces contemporáneos de liebres con orejas exageradas.

Cuando Victoria dio al fin con ella, fue en el centro del jardín de rosas. Estaba haraganeando junto al borde del estanque rectangular, descalza, con los pies mojados y las piernas estiradas al frente, sonriendo ambiguamente a una pared cubierta de centifolias de un rosado lechoso. Detrás de ella, en perspectiva menguante, rosas comunes llameaban como lámparas; mientras un hombre con saco de tweed se inclinaba a darle palmaditas a un seto de caja como si lo felicitara. «¡Caray, qué firmeza!», le dijo a alguien que ellas no veían. «¡Este debe haber estado aquí unos cuantos años!». Dos jardines más allá, uno de los pavos reales Childe chillaba de alegría. Cierta especie exótica de clemátide, blanca con una raya púrpura, se había trenzado con las centifolias.

Pearl se hizo sombra en los ojos y miró a Victoria pestañeando.

–Me hace recordar que a mis siete años –dijo–, todo el mundo se veía así. –Se sentó derecha y hundió los pies en el agua. La superficie se arremolinó de brillos–. ¿Tú no te acuerdas de cuando todo se veía así?

Victoria se encogió de hombros.

–La gente siempre piensa eso. –Podía verse la cara en el estanque, por supuesto; y debajo algo como maleza–. Dime que no estuviste vadeando.

Rondaba la idea de que pasarían el anochecer en uno de los pubs junto al Severn, pero al final de la tarde todo aquello la había dejado cansada y en cierto modo ansiosa. Así que dejó a la camarera en la ciudad y se fue a casa a comer una tostada con alubias cocidas y escribirle un mail a Shaw.

«¡No has visto nunca un lugar con tantas rosas!

»En cuanto a Pearl, no estoy segura de que la entendieras. Es muy dueña de sí. Como si Rosie la Remachadora y Jacqueline Kennedy se encontraran y hablasen de todo menos de hombres. Eso me gusta mucho. Al mismo tiempo es un poco un misterio; no sé quién es». Admitírselo la hizo pensar un momento antes de seguir. «¿Mi último descubrimiento? ¡Toda su familia ha vivido en la casa de al lado! Supongo que en realidad no sé quién es ninguno. Pero ellos

conocían a mi madre, o eso dicen. Y heme aquí, sola en una ciudad nueva; ¿qué se supone que voy a hacer entonces si no es buscarme una amiga?».

«Bueno», terminó, «el caso es que al final no compré nada. No podía decidirme».

Después apretó eliminar y se fue a dormir.

8

«¡A nuestra Pearl no hay nada que la conforme!»

Afuera de la casa había gente hablando en voz alta todo el día.

Se afanaban en bajar de los coches, los cerraban de un portazo, se saludaban al unísono con una octava de diferencia: «¿Todo bien?». El intercambio subsiguiente tenía lugar bajo los auspicios de despedirse. Ya antes de que empezara parecía difícil de completar. Nadie se ponía ansioso por dejar que el otro se fuera.

–Bueno, chau, tesoro, te veo el sábado. ¿Si está él? No, no, no va a venir. En todo caso no un lunes...

Veinte minutos después todavía estaban ahí, aún aceptando pero posponiendo un trago, aún diciendo todo dos veces, aún recordándose mutuamente que no debían demorarse porque tenían que ir al Top Time Hotel o a entregar una puerta a Chirk; o porque estaban eligiendo el reparto para el montaje estival de La tempestad en el centro cultural de Blancos Prados, la habitual historia de incompetencia y escaso compromiso de todos los participantes. Cada vez que una conversación se desinflaba volvía a empezar. Cuando no había nadie con quien hablar gritaban por el celular. A Victoria le encantaba. Le encantaba esa vivacidad. Seguía oyendo «¡Moya!» y «¡Voya!» por las mañanas, cuando la suave niebla de los jardines traseros empezaba a llenarse de sol: pero ahora más a menudo a la noche, durante el interminable programa radiofónico de última hora abierto a las opiniones de los oyentes, la pura furia reconcentrada de lo que era absorbido y aplacado por esa leve llamada persuasiva. Cuando se retiraba la voz, uno tenía la ilusión de que la seguían los bebedores. En cambio «¡Voya!» y «¿Todo bien?», pensó ella, se disipaban uno a otro: por alguna razón representaban humores que se anulaban. La gracia de «¿Todo bien?» consistía en lanzarlo como si la otra persona estuviera al

fondo de la calle mayor, aun cuando los separara un metro. Debía sonar brusco, animado, con una pequeña cadencia musical.

Cuando un día en el coche le mencionó esta y otras conclusiones a Pearl, por un momento la vio irritada y alerta, como si algo la hubiera desconcertado. Después se rio.

–¡Vamos! –dijo–. ¡Hay que ver lo que se te ocurre!

–¿Tu padre tiene un perro? –preguntó Victoria. No supo bien por qué.

Era un domingo a la tarde. La intención había sido ir en coche hasta Ludlow, parando en Shrewsbury y Church Stretton para recorrer las tiendas de beneficencia y las ferias de antigüedades. Estaban esperando en un cruce rural bajo una lluvia tenue, mientras en los cruces siguientes filas de coches hacían camino por un campo vacío dando tumbos por el pasto. Pearl miraba por su ventanilla el seto más cercano.

–¿Ese viejo jodido? –dijo, como si pudiera encontrar a su padre allí, entre heces, latas de cerveza y bolsas de plástico usadas–. ¿De qué le va a servir a él un perro?

–Supongo que me lo pregunté, nada más.

La camarera encogió los hombros.

–Casi no puede cuidarse él mismo. Ninguno de ellos puede. ¿Cómo podría cuidar algo así?

–Al fin y al cabo no es más que un perro. Una mascota. ¿Estás bien?

–Claro que estoy bien.

Las cosas se fueron calmando hasta que llegaron a Ludlow, donde los callejones y pubs estaban atacados por chaquetas de Barbour y vestidos de Boden.

–Esto es un poco como El culto siniestro –observó Pearl–. ¡Mira ese par! –Esto, dicho de una pareja de Londres oeste que a todas luces había llegado en un Land Rover Discovery 2013 esa misma mañana

con exactamente el mismo propósito que ella, parecía bastante errado; pero desde la visita a Childe Beckwith ella tenía una opinión para todo. Su preocupación era educar el gusto de Victoria. Tenía un ojo implacable para la ganga. En los mercados de antigüedades del condado aprobaba con reticencia una mesa Ercol, pero jamás mueble alguno pintado a la tiza, sobre todo si afirmaban que era francés. En Oxfam reveló una entusiasta inversión personal en la ropa desde la década del cuarenta hasta mediados de los ochenta, combinando artículos de todo el período, como si fuera sin duda un período y representara un solo, lógico barrido semiótico.

Aunque agradables, expediciones como esas no redundaban en gran intimidad entre las dos. Lo pasaban bien. Volvían a casa con cantidades de cosas. Pero cuando Victoria le preguntaba por su madre, Pearl se limitaba a una mueca de ironía –como si la pregunta se revelase retórica, con implicaciones que ambas podían disfrutar– y empujaba despacio su copa sobre la mesa. Luego se reclinaba y decía:

–Otra de estas, creo.

Al final del día Victoria, sin entender más, solía dejarla en la entrada occidental de la Garganta, donde vivía repetidas inundaciones en una insulsa casa adosada a menos de quince metros del río.

«El puto Severn», lo llamaba Pearl: «tu vía fluvial de comercio, romance y misterio». Galés en la mayor parte de su curso, originariamente había corrido hacia el norte y desembocado en el mar cerca de la actual Chester. Sobre su evolución posterior había diversos relatos. En uno se presumía que, obstaculizado por la glaciación que avanzaba desde el norte, había abierto un túnel bajo el hielo. Otros modelos, descubrió Victoria, sostenían que alimentaba un vasto embalse de deshielo que, en un constante desborde catastrófico, dejaba el vestigio del lago ahora conocido como Aqualate Mere, el cuerpo natural de agua más grande de las Midlands, que sin embargo, turbadoramente, no superaba el metro de profundidad en ningún punto. En cualquier caso, el río usó la salida y se adentró raudo en Inglaterra, limando con furia el zócalo

silúrico y excavándolo hasta sacar a la luz la Garganta.

Como resultado –estando las escarpas de la Garganta tan maduras de carbón mineral de hierro y friables capas de caliza débilmente asentadas, con breas y barro refractario a obtener más al sudeste, donde la pendiente empezaba a allanarse–, la Revolución Industrial era inevitable. Al principio era posible llegar a esos recursos con pozos poco profundos; se podía sacarlos con pala. Más adelante se necesitó mayor inversión: ganancias agrícolas empleadas en ferrocarril a caballo y minas de largos túneles, barata mano de obra de Irlanda, comunidades de colonos ilegales tambaleándose por la colina hacia los muelles de la base de la ciudad. En el auge de la minería del carbón estaban embarcando cien mil toneladas al año; siguieron los productos manufacturados. Ladrillo y losa, tanto botellas como planchas de vidrio, artículos de cocina. Fabulosos vaciados para cañones y motores de vapor. Veinte toneladas de arcilla para pipas, arrabio y porcelana por barcaza.

Victoria aprendió todo esto de los libros de la caja de su madre. Se sentaba al sol en su jardín. Preparaba sopa y ensalada. Por la noche se tendía en la cama mientras una lluvia tenue caía tras la ventana, y leía que aún ahora el Severn era un río considerable, el más largo de Inglaterra, doblado como un clip desde su encuentro con el hielo devónico, y giraba sobre sí mismo para desembocar ciento cincuenta kilómetros al sur y al este de su origen en las montañas cámbricas. Era un rodeo enorme solo para llegar al canal de Bristol; uno no habría imaginado la existencia de una ingeniería natural de esa escala a mil quinientos metros de su casa. Una mañana temprano, unos diecisiete mil años después de que el río tomara el control de su trayecto, ella se sentó a meditar en un banco conmemorativo dos o tres kilómetros detrás de la ciudad, donde el paisaje se chanfleaba para descender de pronto a la Garganta.

Muy cerca enfrente de ella retoños de espino punteaban el talud convexo. Un poco más abajo todo se desvanecía en una vasta, tranquila capa de niebla, plana a lo largo de kilómetros, hasta que se encontraba con los bosques del otro lado del valle, donde se veía el brillo de un invernadero, granjas e iglesias blancas, amarillas y marrones emergiendo del contorno. La niebla era casi del color de la leche, casi como un líquido hasta que una advertía cómo se

plegaba y cambiaba contra las laderas. Al oeste y al norte se abría sin cesar hasta el horizonte, fulgurando bajo el sol, transformando toda la llanura de Shropshire en un estuario.

Muy abajo, se intuía, la Garganta era todavía una obra en progreso, mientras el Severn –ahora una contracorriente, un río bajo un río– avanzaba entre giros y remolinos con la energía de su propio peso y su profundidad. Una siempre se preguntaba qué podría emerger de la niebla, el futuro o el pasado. Al fin, pensaba ella, solo contarían las inmensas olas de tiempo, ya se mirase atrás o adelante –si, desde luego, se pudiera discernir cuál era cuál–. Allí abajo no había árboles, caminos ni edificios. Era demasiado pronto o demasiado tarde. Victoria imaginaba una luz tenue difundiéndose veladamente a través de formas de paisaje tanto antiguas como chocantemente nuevas, diseminadas sin sentido.

Turbada por estas ideas, porque no podía decir de dónde le habían venido, tembló y dio la vuelta; y no mucho después se topó con la camarera, metida hasta la cintura y desnuda en uno de los estanques de los campos de arriba de la central de energía.

–¡Aquí! –la llamó Pearl–. ¡Ven! ¡Entra!

Se saludaron con las manos hasta que Victoria se acercó lo suficiente para agacharse y agitar los dedos en el agua.

–Demasiado fría para mí –concluyó–. ¡Pero qué mañana hermosa! Vi el valle lleno de niebla, aunque ahora el sol ya la está disipando.

–Tu mamá se habría metido como un tiro –se quejó Pearl.

Empezó a caminar hacia la orilla, el cuerpo terso y musculoso, el pelo –recién teñido de rubio químico– alisado hacia atrás y pegado al cráneo. Parecía una chica al final de la adolescencia en una foto Kodak de los treinta: de huesos fuertes, astuta, llena de vida y del secreto sobre la vida que todos los demás ya conocían. Por un momento algo pareció aferrársele a los hombros como una camiseta de tela fina, blanca de aire en los pliegues, transparente donde tocaba la piel; Victoria, que sentía que el cielo por encima de la Garganta, aunque claro, de alguna manera la había perturbado, no podía decir qué era.

–¿No tienes frío? –dijo.

–¿Por qué voy a tener frío? –Y enseguida–: ¡Ojo con las ortigas!

El estanque era desaliñado, de forma irregular y unos diez o doce metros de diámetro, y estaba un poco rizado por una brisa que Victoria no sentía del todo. Más arriba, una torre de alta tensión se alzaba entre clics y zumbidos. En el centro, unos pocos juncos descoloridos inclinaban juntos las cabezas emplumadas. Un viejo sauce, caído años atrás en un rincón, desde entonces había impulsado robustas ramas verticales de su tronco medio hundido. A pesar de esa historia el estanque parecía nuevo, como si de la noche a la mañana el agua clara se hubiera filtrado desde lo hondo del suelo y llenado rápidamente un antiguo hueco. Carecía de límites: los pastos de alrededor simplemente se deslizaban bajo su superficie, y en los bajos se veía un puñado de flores amarillas con forma de estrella viviendo la vida sumergida con la comodidad con que habrían vivido en el aire. Más allá había un cerco de alambre y luego un matorral de endrinos, detrás del cual la luz se pulverizaba hacia el cielo desde los bosques y la niebla de la Garganta.

Pearl miró en torno con aire de propietaria.

–Di lo que quieras del viejo Ossie –se jactó– pero antes de los cuatro años ya me tuvo chapoteando en cada uno de estos lugares. Todo esto es mío.

–¿Cómo era mi madre? –preguntó Victoria.

–Le encantaba pasárselo bien.

–Eso dices tú. Pero yo no la recuerdo así para nada. Era puros nervios. –Como en vez de responder la camarera no hizo más que sonreír como siempre, Victoria volvió a hundir las manos en el estanque y decidió–: Literalmente nunca vas a conseguir que me meta contigo. –Bajó la vista al borde del agua, a su propio reflejo y después a sus dedos blancos entre las amarillas flores sumergidas, y no vio razón para disculparse.

–Al final lo conseguiré –prometió Pearl–. Porque yo nunca fracaso.

–¿No te vas a secar?

A esta sugerencia Pearl se detuvo y levantó la vista como si hubiese oído algo inesperado entre los desvaídos palos grises y los vítreos aisladores de la torre.

–Grandioso mugriento –murmuró amigablemente un momento después, quizás a Victoria, quizás a la torre, como una puede hablarle a un animal que le gusta. Luego siguió juntando la ropa que había esparcido entre las patas de cemento, meneando la cabeza sobre cada prenda mientras decía–: De veras que me pregunto por qué compré nada de esto. –Y enseguida–: Mataría por dos tostadas con manteca, y que me las sirvieran, por una vez.

–En realidad tú no eres una chica, ¿cierto? –se empujó a decir Victoria.

Pearl apartó la vista con timidez y luego bajó la cabeza mirando hacia el agua.

–Entonces no sé qué puedo ser –dijo–. ¿Qué otra cosa sería?

Siguieron haciendo excursiones. Viajaron por toda la frontera para entrar en Gales. Visitaron los jardines del castillo de Powys y comieron helado en el Puente del Diablo. En cada lugar adonde fueran Pearl, reacomodándose en el asiento delantero del Fiat como una abuela, le describía las cosas a Victoria como si no pudiera verlas. Se leían una a otra los carteles. Paseo de las Diversiones. Pescado frito Grovesnor. Calle del Retozo. Almorzaban en plazas fuertes de novelas rosas de tiempos de la Regencia: Llangollen, Welshpool, Newtown, Builth Wells, lugares que una había oído nombrar pero nunca había conocido, marcados en mapas de 1812 y después omitidos. Hipnotizadas por las inclinadas bandas de luz que filtraban los árboles, alucinaban camiones como cajas de colores en la cumbre de una colina, cuervos de tranco negro y vigoroso, tierra plana bajo grandes nubes. Capiteles ennegrecidos. Soleados barrancos y elevaciones, perros ladrando en casas y jardines y aceras de tiendas, místico clima de junio en las laderas, arquitecturas de lluvia y de sol, surreales rallies de tractores en

medio de la nada…

–¡Cuidado! –gritó Pearl.

Una moto flamante, saltándose una curva en la A458, se había estrellado contra la hiedra de una valla al costado de la carretera.

De espaldas a cincuenta metros de la ruina, que ahora yacía retorcida y contrayéndose con un tictac en un charco de sus propios fluidos, el dueño daba furiosas pitadas a un cigarrillo mirando hacia el río de abajo. Estaba okey, dijeron sus amigos, estaba bien. Había tenido suerte, enfatizaron, en haberse salvado, pero hacer algo así había sido una puta estupidez, y él lo sabía y por eso ninguno quería acercársele demasiado. Iban de un lado a otro, rígidos en la crujiente ropa de cuero, con los cascos bajo los brazos como cabezas, pacientes con él pero queriendo partir de una vez y aprovechar el resto del día. Limpiaron de añicos de plástico la calzada. Con las puntas de las botas exploraron los boquetes que él había hecho en el asfalto renovado hacía poco, siempre echando miradas cautelosas a sus máquinas, intactas por el momento, con todos los colores perfectos, derechas sobre sus pies de apoyo en una brillante fila reluciente en el área de descanso.

–Gracias por parar –dijeron–, por cierto.

–Pobre muchacho –plañó Pearl más tarde–. Si no me cuido me voy a estropear la tarde pensando en él.

Victoria contempló el ahumado cielorraso de cualquiera fuese el reconstruido pub costero que el Fiat había alcanzado en su apogeo, y para levantarle el ánimo admitió:

–Yo me sentí vieja como para ser la madre de ellos.

Pero esto, que de todos modos no era del todo cierto, no satisfizo a ninguna de las dos; se distrajeron mirando a un hombre con una fuente con bebidas para sus chicos, que estaban afuera haciendo travesuras al sol.

–¡Míralo! –invitó Pearl con el tono de quien busca una discusión incendiaria–. Zarzaparrilla. Cómo va a dejarlos pedir eso. Cuando

eres chica siempre suena interesante, pero tiene gusto a Germolene. Ahora va a sacar el teléfono. ¿Ves? Selfie a la ex para demostrar que con él se lo pasan mejor que con ella.

–Es un teléfono, sabes, nada más. Las personas tienen teléfono.

–¿Ah, sí? Ossie no sabría cómo usarlo. Ninguno de mi familia sabría. –Luego agregó–: Pobre ese muchacho, con una moto hermosa.

–¿Qué te pasa?

–No me pasa nada.

–¿No estás aburrida?

–No –dijo Pearl–. ¿Qué piensas que me pasa? Solamente mi vida.

–Ah, tu vida –dijo Victoria–. Vamos, entonces.

Agotaron las tiendas de caridad. Victoria compró platos decó medianos, Pearl una especie de blusa de vieja dama, violeta, con un gran moño. Sujetándola contra el torso dijo:

–Esta puede ser la clave de mi look Margaret Thatcher. Todo el mundo debería tener uno así. No digo moño de gatita. No. No estoy diciendo eso.

A las cinco se nubló, bajó la temperatura y una lluvia ligera entró desde el mar. Comieron papas fritas hasta que aclaró; después, durante todo el regreso a Shropshire, hubo sol de nuevo. Cuando Victoria paró frente a la casa de Pearl en la Garganta, el viaje les había reparado el humor. Se quedaron un rato sentadas sin hablar, hasta que Pearl apoyó una mano en la de Victoria y dijo:

–¿Por qué no entras a tomar una taza de té?

La casa –una adosada del final de la hilera tan espaciosa como la de Victoria pero tal vez no tan alta– se había ajustado bien al margen norte del río. Detrás de ella la ladera de la colina se empinaba rápidamente a través de bosques talados y antiguos complejos de fundición. Más profunda que el resto de la hilera, se alzaba en

cierto modo cuadrada y aparte; desde 1802 durante años se había inundado una vez cada febrero, sucesos que se conservaban no como un olor sino algo previo a un olor, algo más fundamental. De la misma manera, capas recientes de moqueta y empapelado húmedo guardaban el registro de mascotas muertas, tabaco, comida preparada. Hotel privado en los años de entreguerras, había estado en desuso hasta que la construcción de la Telford New Town se había ocupado de dividirla en cuartos para alojar mano de obra semicalificada. Viciada de pasado y sin embargo interminablemente reestructurada, permanecía como un monumento a la utilización inconexa, una madriguera de cuartos de techo bajo donde la luz fluía de pared a pared lenta como limo. No bien uno había entrado y pasaba un momento en el vestíbulo empezaba a oír televisores en cuartos distantes, todos en canales diferentes.

Las dos mujeres se pararon una al lado de la otra, de pronto inseguras de qué hacer ahora. Mirando por la escalera hacia un rellano que no pudo divisar del todo, Victoria dijo:

–Está muy bien. –Preguntó si había un baño.

–Por supuesto que hay un baño –dijo Pearl–. Por supuesto. –Se miraron y Pearl dijo–: Está al fondo de ese corredor. Hoy la mayoría de las casas tienen. Yo estaré arriba.

El corredor, que tenía paredes de durlock y estaba abarrotado de gruesas cajas plásticas de herramientas de distintas medidas, llevaba a un patio encalado y de ahí a un viejo baño exterior con una cisterna oxidada a buena altura. No parecía que se usara. Cuando Victoria terminó, le fue bastante fácil volver hasta la escalera; pero, aunque se paró a llamar en cada rellano, no pudo dar con Pearl ni que apareciera nadie.

–¿Hola?

Regresó a la planta baja y empujó la puerta de la primera habitación que encontró. Estaba iluminada por un solo tubo fluorescente colocado en un falso techo de pandeada madera aglomerada. Un perro labrador muy viejo dormía casi junto a la puerta. Más adentro, un animal mucho más pequeño –un faldero con aleatorios mechones de pelo y ojos a la vez anhelantes y

malhumorados– le lanzó un quejido desde una alfombrita andrajosa. El cuarto olía a ellos, y por debajo a acetona, polvo y picante sudor humano. En el rincón más lejano a la puerta se había instalado una anticuada cama de hospital, ajustada a la posición de media altura. La ocupaba un hombre enorme con un pijama de algodón a rayas.

–Hola, querida –dijo. La voz era suave. Tenía los pies desnudos. Dijo que se llamaba Andy y también dio los nombres de los perros, que Victoria no captó–. ¿Has venido a verme a mí?

Al oír esas palabras como si vinieran de una etapa anterior, más optimista de su vida, de repente el labrador tosió e intentó levantarse, alzando la cabeza con cierto esfuerzo, mientras, consumido, arañaba el suelo con los pies traseros. Como en respuesta, el otro animal empezó a correr de un lado a otro frente a la cama en medio de ladridos y aullidos a Victoria. Como ella hizo un comentario, el hombre dijo:

–Uh, no te preocupes, es muy amistoso. Este se mete con todos. Cuando vas de compras se la agarra con la bolsa.

–Da la impresión de no saber qué quiere –dijo Victoria.

No se habría dicho que Andy fuera alguna vez a algún lado, aunque tenía la cama rodeada de cajas recién abiertas de zapatillas deportivas. Era patológicamente obeso, pero tenía los pies chiquitos y limpios, como de niño, y en buenas condiciones.

–Al final los perderé, claro –dijo, alegre, cuando la vio mirarlos.

–Yo ahora tengo que irme –dijo Victoria.

–Bueno, mi puerta siempre está abierta.

El labrador, redoblando los esfuerzos por alzar del suelo la parte delantera del cuerpo, se meó copiosamente.

No mucho después ella encontró a Pearl sentada en un alféizar del rellano del segundo piso, bebiendo de una botella de pinot Sainsbury y mirando hacia el Severn como si se hubiera pasado el día esperando algo que no había llegado. No parecía que fuera a

haber té. Se acercaba el crepúsculo, el agua corría oleosa y decidida; en ambas direcciones a lo largo de la calle los microondas de los pubs servían al gentío vespertino de Telford. Más allá, al borde de los muelles, una mujer con un vestido de noche verde claro pasó apurada, volvió dos minutos después, se detuvo y miró a media distancia con una expresión de furia; de golpe se alejó de nuevo a paso vivo.

–Serán raros aquí, mierda –dijo Pearl. Y luego, cuando oyó sobre el gordo–: ¿Esas zapatillas que tiene? ¡Dice que va a correr una maratón y ni se levanta de la cama!

–Puede que lo haga –sugirió Victoria–. Puede que un día corra una maratón.

Esto recogió una mirada de desprecio.

–Si quieres llegar a algo en la vida –aconsejó Pearl– no seas estúpida. –Echó su vacía sonrisa de soslayo–. ¿Y el olor de ese agujero? Cetoacidosis, ¿y resulta que su libro favorito es Nacidos para correr? En cuanto a los demás… –Se encogió de hombros.

–En fin, me gusta la casa –dijo Victoria, aunque no le gustaba.

–Pensé que te gustaría.

Se pasaron la botella hasta que se vació. Después de un silencio prudente Victoria dijo:

–Creo que voy a subir la colina andando. Mejor que manejar.

–Haz eso –aconsejó Pearl. Bajó la vista hacia el Severn. Luego, hablando claramente consigo misma–: Lugares como este parecen lindos por una tarde. Después son solo una parva de historia.

Victoria pensó en despedirse de Andy, pero al asomar la cabeza por la puerta descubrió que de alguna manera se había equivocado de cuarto. Este era más pequeño, con cortinas de terciopelo granate largas hasta el suelo y bien cerradas. En vez de alfombra el suelo tenía un linóleo símil madera; las paredes habían sido pintadas apresuradamente al agua, hacía mucho tiempo, con una sola capa de un blanco grisáceo. Y, sentados en sofás, había varios hombres

mirando deportes de los Estados Unidos por TV satelital, concentrados pero informes en el resplandor de una pantalla de quince pulgadas.

–Perdón –dijo. Y luego, alzando la voz por sobre la transmisión–: Siento molestarlos. –Dos o tres hombres volvieron lentamente el torso como si supieran que había alguien ahí pero no pudiesen desentrañar del todo quién. Uno de ellos era Steve el techador, que ahora parecía más pálido que cuando ella le llevaba cada mañana el té a la tabla más alta del andamio. De pronto ya estaba sonriendo vagamente –el lado izquierdo de la boca a rastras– y empezaba a levantarse con un brazo extendido para ofrecerle algo.

–Ya está bien –dijo Victoria–. Lo siento.

Había tantos hombres, veía ahora, que no todos habían encontrado asiento. Estaban apoyados en los brazos de los sillones o sentados en el suelo con la espalda contra la pared. Ninguna habitación habría sido cómoda para tantos. En cualquier caso no estaba segura de que todos la hubieran notado realmente. Costaba ver qué deporte se estaba jugando; algo con arranques de movimiento separados por discusiones. Victoria tuvo la impresión de dos equipos luchando no uno contra otro sino contra una estructura de reglas demasiado complicada de entender.

–¿Cómo demonios estás? –dijo Steve el techador. Le estaba ofreciendo de nuevo Los niños del agua–. ¿Has leído esto? Muchos lo están leyendo.

–No lo quiero –dijo Victoria, más fuerte de lo que había querido.

–Se está leyendo mucho.

Cuando salía, Victoria se encontró al padre de Pearl entrando.

–¿Entonces todos ustedes viven acá? –se oyó decir desorientada.

–No hay que escuchar a ninguno de esos –gritó Pearl desde arriba–. No saben nada.

Chiquito Ossie se paró en el umbral y guiñó un ojo.

–A nuestra Pearl no hay nada que la conforme.

9

El estanque de lágrimas

Victoria le envió un mail a Shaw.

«Aquí arriba todo es muy Patrimonio Histórico Inglés. Creo habértelo dicho antes». En cuanto una entraba en el bosque, una docena de senderos, señalizados a voluntad de cuadrillas de mantenimiento rivales, se atareaban en abrirse en todas direcciones, atropellándose precipitadamente unos a otros, a los tropezones sobre escalones flamantes, cayendo en una cantera cubierta de maleza y saliendo por el otro lado. «Ofrecen acceso. Ofrecen tanto acceso que una no sabe adónde será mejor ir».

De hecho a menudo terminaba junto al estanque donde había mirado a Pearl bañarse, y allí se quedaba preguntándose cómo podía persuadirse de entrar. Un día se sacó las sandalias. Se sacó algo de ropa y luego, creyendo haber oído que alguien llamaba a su perro en el campo de al lado, enseguida volvió a ponérsela. Estaba perpleja de sí misma. A ras del agua algo parecía chapotear y girar perezosamente; debajo aún se conservaban las flores amarillas. Mantenían las hojas, y se las veía quebradizas, y salvo por el curioso hábitat eran muy comunes. En el camino de regreso Victoria oyó campanas de iglesia. El día ya tenía un aspecto ceroso, como si a las siete y media de esa mañana se le hubiera aplicado un revestimiento muy moderno.

En casa clasificó las cosas de su madre: pequeñas láminas montadas metidas en cajas de cartón, apretadas como vinilos, con los bordes de arriba sucios de polvo; un cenicero con caballos encima; caracoles en un tarro. Esto se va, esto se queda. Nada que pudiera ubicar con seguridad en su infancia, ni en ninguna casa posterior.

Entre las láminas descubrió La torre roja, de Gertrude Abercrombie, un óleo sobre aglomerado de 1948 en el cual una serie de escalones, un árbol sencillo pero antropomórfico y una torre de ajedrez

aparecen respectivamente de pie, caminando y flotando en agua bajo un cielo nublado con luz de luna; y Los colosos de Memnon, Tebas, 1, de Karl Friedrich Heinrich Werner. Lo único que le gustó fue un capriccio de Felix Kelly de unos cuarenta centímetros de ancho. Ya estaba enmarcado. Chimeneas victorianas se enfrentaban con una autosuficiente arquitectura jacobina por encima de un lago plácido; de las alturas lánguidamente iluminadas de alrededor se inclinaban árboles. Al fondo, por alguna razón se había llevado a Gales demasiado cerca de Shropshire. Victoria limpió el vidrio, martilló un clavo en revoque nuevo, retrocedió para mirar y, como era de preverse, lo que vio fue su reflejo.

«¿Por qué siempre pasa esto?», le escribió a Shaw. Y luego: «Entre las exigencias de la economía de trabajos por encargo y el ajetreo tóxico de la ciudad, no espero que tengas tiempo para contestar. Bueno, acá ha estado lloviendo desde 1301». De hecho, hacía una semana que desde Powys subía una tormenta tras otra: después de cada una, a la hora de cierre la lluvia se escabullía por las canaletas del frente de los comercios, mientras refrescadas grajitas llevaban a cabo sus reuniones en una invisible sala entre los tejados. Aún era verano pero no daba del todo esa sensación.

«No sé qué pensar de Pearl», admitió de repente, como si Shaw estuviera en la sala y pudiera hablar con él. «No estoy tan asentada como creía. Me siento como si estuviera viajando en direcciones opuestas a la vez. Llego demasiado y después no llego lo suficiente».

A las dos de la mañana, de pronto despierta, bajó las escaleras y abrió los postigos para mirar afuera.

A la hora de cierre había oído los ruidos habituales, a medio camino entre risas y aullidos animales, de adolescentes que subían y bajaban penosamente la colina, del Long Gallery Bar al hotel Penistone, con la esperanza de que se abriría una puerta en señal de bienvenida, se encenderían luces y la farra volvería a empezar en una página nueva. Cada noche les costaba un rato largo darse por vencidos e irse a casa. Habían estallado todas las escaramuzas de costumbre y se habían desvanecido en risas forzadas y en la distancia, y luego habían vuelto.

–No me jodas, te voy a matar.

Esto se ofrecía casi con desgana, pero luego ganaba energía:

–Te voy a matar. Los voy a matar a todos, mierdas.

Nadie había creído esas promesas, ni siquiera Victoria, y ahora la lluvia se segmentaba entre su ventana y la verja, entre la verja y la ventana oscurecida de la verdulería de la esquina, y ella torcía la cabeza en la sala en penumbra para oír algo familiar pero nuevo: estaba dispuesta a cometer insensateces. Aunque en silencio, la calle parecía llena de gente. Estaban tranquilos, como si hubieran cambiado la borrachera por otra cosa, algo más benigno pero más duro, quizás entender. Todo lo demás –negocios, pubs, casas– cobró un frágil centelleo con las intermitencias de una luna en movimiento.

–Estás muerto –oyó de golpe justo fuera de su ventana. No se veía a nadie–. Estás muerto, cabrón. –Luego, interrumpiendo, de mucho más lejos–: ¡Voya! ¡Ven aacá!

¿Qué era esa palabra? Francamente, pensó Victoria, estoy harta de oírla. Pero más bien estaba harta de no saber quién era el que siempre llamaba a su novia como si fuera una perra.

Encontró un saco y zapatos y salió a la calle. Pero otra vez estaba vacía. Solo se veía una figura inclinándose a un lado y otro, ojeando en los umbrales, despreocupadamente de pie, apartándose un paso como entre peatones imaginarios hasta que oyó «¡Voya!», o acaso «¡Vira!», a lo cual se endureció de atención, giró la cabeza y echó a correr a través del pueblito y salió a Woolpit Road: un kilómetro y medio de complejo para jubilados construido abriendo en arenisca un corte abrupto hasta el río, que de día olía a barniz para madera y cera para coches. De noche era menos probable tener conciencia de las cabañas que de los oscuros bosques en la espuela de terreno de más arriba. No había viento. Caía la lluvia. Pronto Victoria sintió la piel empapada. Oía a la voz gritar «¡Moira! ¡Veen aacá!».

Del propietario no tenía más evidencia que la voz, a veces cercana, a veces disipada en la noche; mientras el perseguidor –que se paraba y corría, se lanzaba a una acera y otra de la calle,

adolescente en apariencia, enigmático en su combinación de rigidez y flexibilidad– permanecía en silencio. Quizás era hombre, quizás no; y desde lejos parecía vestido todo de blanco, como un miembro de ABBA en 1979. Allá fueron, bajando, hasta que pudieron dirigirse hacia el norte por la Hondonada del Asilo –donde de día, justo al lado de los nuevos Senderos de Tradición, en ocasiones se veían burbujas de betún supuradas por los yacimientos de carbón que había no muy por debajo– y después precipitarse a los tropezones y patinazos por pendientes de arcilla, a través de bosques que la fuerza de trabajo del siglo xviii había conocido como «Talas del Suicidio», hasta la ribera del Severn.

Allí la cosa se atascó. Como si rumiara algo –una simple idea del mundo sostenida largamente– la voz calló. La oscuridad se hizo más densa. Los árboles se inclinaban desde un monte de acebo y zarzas. A ochocientos metros, en las negras cuestas de la otra ribera, aún destellaban unas acuosas luces de granjas. Durante ese momento de respiro –un minuto, no más de dos– a Victoria no la extrañó nada de la conducta de la figura perseguidora; al fin y al cabo solo parecía ser un chico de unos dieciséis años, borracho, de brazos flacos, con el pelo rubio esculpido con un producto que se ablandaba con la lluvia; ojos de un color verdoso ahí donde los captaba brevemente la luz. Parecía común y confundido. Victoria se acurrucó agachada entre los árboles. De las ramas colgaban correas, cinturones de cuero y blanqueadas sogas de todo tipo. Sentía el sabor de la lluvia en los labios, en la boca.

Luego la voz llamó de nuevo, desde la otra ribera, suave y taimada. El chico empezó a sacarse la ropa.

–No, espera, espera –susurró Victoria.

Él no la oyó. Tenía el cuerpo tan blanco que parecía verde. La luz de la luna, al apagarse y encenderse, le daba un contorno inestable, la aureola titilante de una animación pintada en cristal. ¡Qué flaco era! Se levantó, dio unos torpes pasos hacia el río, se volvió a mirar el bosque. Luego se deslizó en el agua y se alejó con la corriente nadando tranquilamente pero con fuerza hacia la boca devensiana del Severn, dejando las ropas –si eran ropas– en una pila imprecisa sobre la orilla, difícil de distinguir sin acercarse más de lo que Victoria quería. Hubo un destello de movimiento, como si un pez

fuera a saltar; luego nada más que la superficie del agua. En la ribera opuesta ahora se alcanzaba a ver una figura aplomada alejándose en una neblina baja, con las manos en los bolsillos, que silbaba y gritaba «¡Vira! ¡Vita!».

–¡No! ¡No! –se oyó responder Victoria.

Adondequiera que fuese el día siguiente sentía los oscuros, complejos pliegues de la Garganta nunca a más de ochocientos metros, una interrupción de los bosques y los campos invisible pero inconfundible. Si el chico había nadado hacia el mar, pensó, el río debía haber cambiado de curso otra vez: como estaba claro que esto era imposible, empezó a recordar los sucesos de esa noche como un sueño. En el sueño, pensaba. O En mi sueño… En su sueño era como si el río fluyera hacia el noroeste, entrando en un vasto estuario poco profundo con una desembocadura de cuarenta y cinco kilómetros de ancho en el mar de Irlanda al sur y el este de Wrexham. Mientras el chico –si había sido en absoluto un chico, y no algo bello pero asexuado, o acaso sexuado de una forma que Victoria no entendería nunca– permanecía con ella, borrosas la lluvia y la luz de la luna, con un añadido sobreexpuesto a un lado de la cara cuando fijaba la mirada en el agua y luego la volvía alzándola al bosque; algo más propio de efecto especial que de ser humano.

Poco menos de una semana más tarde, a las nueve de la mañana llamó a la puerta un hombre. En lo que a ella le llevó bajar del piso más alto, había tocado el timbre tres veces y dado dos aldabonazos.

–Ya tenemos hechas las fotos nuevas –dijo.

Victoria no tenía idea de de qué estaba hablando. Aunque era más bajo que ella, había doblado la cabeza como si el umbral fuera pequeño para él y tuviera que atisbar por debajo del dintel para ver la casa por dentro. Estaba vestido con una camisa amarilla de manga corta y sonaba un poco como George Formby. Estaba apurado. Era como si hubiera corrido para llegar y ahora ya estuviera apurado por irse. Al mismo tiempo era insistente. No bien se dio cuenta de que ella no entendía, subió la voz unos decibeles.

–Las fotos, ¿no? –bramó–. Las fotos nuevas.

–¿Perdón?

–¡Las fotos! –insistió, como si hubieran conversado todo en un encuentro previo, tal vez en un pub, y ella le hubiera pedido que le avisara cuando estuvieran listas–. ¡Son las nuevas fotos aéreas! De su casa.

–Ah –dijo Victoria–. No, gracias. De veras.

Él se quedó en el umbral, actuando como si ella lo hubiera forzado a mirar por debajo del dintel para conseguir verla.

–¿Me va a cerrar la puerta en la cara? –gritó mientras ella empezaba a cerrarle la puerta en la cara, apelando no a ella sino a la calle entera.

–Si lo dejaba seguir un minuto más –le dijo más tarde a Pearl en el café– metía el pie en la puerta y me llamaba Petal.

Pearl no pareció interesarse mucho. Mostraba escasas ganas de hablar, como si no conociera muy bien a Victoria y todavía dudase de que valiera la pena.

–Ese será Chiquito Tommie Jack –dijo al fin–. La gente como él no es lo que pensarías. De niño Tommie siempre tuvo la sensación de que a su alrededor se estaba vertiendo algo bueno, una especie de miel, digamos, pero que a él no le tocaba ni un poco. Se asentaba, lo mantenía en su sitio como un pegamento, pero no era suyo. Nunca le iba a pertenecer. ¿Entiendes qué quiero decir? –Y luego, como si hubiera una conexión–: ¿Qué debería hacer conmigo?

Esa tarde tenía el pelo cortado en un alto pompadour rubio platino –que, extendiéndole hacia arriba el delgado triángulo de la cara, le daba un aire de ojos dilatados de sorpresa– y las uñas recién pintadas con un esmalte azul eléctrico llamado, afirmó más tarde, «A través del espejo».

–Es alegre –admitió Victoria. Luego dijo que desde que había llegado a la ciudad ella las uñas ni se las cortaba–. Apenas me han crecido.

–Algo en el agua, supongo.

–Es muy lindo ese azul. Alegre.

Pearl extendió la mano y la sostuvo palma hacia arriba delante de ella; meneó la cabeza. Victoria se quedó mirando por la ventana mientras el olor a acetona del quitaesmalte se difundía lentamente por el húmedo aire tibio. Era un día lento en la ciudad, una tarde oscura. La radio, perdida en algún lugar entre The River y Tunnel of Love, pasaba lastimeros standards de Bruce Springsteen. Afuera, en el pequeño estacionamiento, la luz cedía y cambiaba, velada y subacuática.

–Bien, ¿y dónde está Ossie hoy?

–Dios sabrá, si le importa –dijo Pearl–. Por hoy ya fue bastante. –Arrastró las sillas para apartarlas y le ofreció a Victoria un trapo–. Con que solo limpies esa mesa, no, la del rincón, podemos cerrar.

En un intento por captarla, Victoria probó:

–Anoche vi otro tipo raro. Abajo, junto al río.

A esto Pearl levantó la cabeza, alerta, y por un momento paró con lo que estaba haciendo.

–Cuando se trata de presentación personal todo el mundo es diferente –dijo. Y de pie sacando la cadera, con los puños contra el trasero–: ¿Quieres ver algo que no habrás visto antes?

Victoria dijo que no le importaba.

–Entonces ven conmigo.

Detrás del mostrador subía abruptamente una escalera angosta. Desde el momento en que llegaron al piso de arriba Victoria se sintió incómoda. Había más cuartos de los que había esperado. Los conectaba un solo pasadizo. Ninguno contenía mucho: tablones salpicados de pintura o planchas de durlock envueltas apoyadas en una pared. Montones de polvo, migas atrapadas en telarañas.

Escamas de pintura caídas de los zócalos año tras año.

Pearl se detuvo al final del pasadizo y llamó. No respondió nadie.

–Se piraron esta mañana, calculo –dijo.

Luego avanzó de puerta en puerta, echando una breve mirada en cada pieza. Se decidió por una con ventana de guillotina que la inundaba de luz húmeda y se abría a una caída de quince metros a unos someros escalones de adoquines en una esquina del Portway. Un olor agrio llenaba el aire, difícil de identificar hasta que una veía los acuarios, cinco o seis, llenos hasta la mitad de agua turbia y vegetación pero aparentemente sin peces, sobre una mesa junto a la ventana. Alguien había arrancado el revestimiento años atrás, pero cansado casi enseguida de cualquier plan que tuviese, lo había apilado al descuido contra el yeso amarillento y ahí lo había dejado. En la mesa también había: un reloj de repisa Napoleón con un tictac denso pero las agujas inmóviles; varios envases desteñidos de comida para peces; un álbum de fotos forrado en falso terciopelo marrón y con bordes de dorado sintético que, al abrirlo y desplegarlo, hizo un solo ruido de quebradura.

–Bueno, aquí tienes a Tommie de chico –dijo Pearl–. Vendía ventanas dobles antes de vender fotos. Y –volviendo las páginas– estas son la clase de fotos que vendía Ossie. –Niños junto al Severn, balanceándose de una soga sobre el agua marrón; tomando sol desnudos en una pequeña cuenca seca de la ribera. Pearl misma, a punto de entrar en uno de los estanques de los campos de más allá de la ciudad–. En esta tenía diez años. Podía nadar mil quinientos metros y ya me empezaban a crecer tetas. –Todos manteniendo los cuerpos en ángulos extraños, una cadera ladeada hacia la cámara: con gesto tímido o astuto, sugirió Victoria, porque tenían la cara girada contra el sol–. Uh, ninguno de nosotros era tímido. Una vez Tommie tuvo una verruga en un ojo, o eso decía él.

Después de eso, foto tras foto sacadas en los setenta, oscuras y desvaídas, mostraban hombres junto al mar, pero no mujeres ni niños. Los niños habrían reclamado galletitas, papas fritas; las mujeres pasarlo bien.

–Estos son Ossie y Steve en sus vacaciones en Morecambe –siguió

Pearl, y tabaleando en cada chata, inacabable extensión de arena con una uña descolorida por el esmalte–: Eran poco más que muchachos. Tommie. Steve. El Gordo Andy antes de ser gordo. – Andy no parecía mucho más flaco. Costaba entender para qué estaban allí, a menos que tuviera que ver con pescado o con perros, o con lo que pensaban que era una vacación. Fotos sin mujeres: Polaroids descoloridas, por ejemplo, de un hombre de treinta y tantos, con anteojos y una bufanda rojiblanca en una ribera de guijarros en invierno. Detrás de él, en la playa, dos galgos ingleses defecaban cara a cara en posturas iguales como perros de porcelana en una repisa.

–¿Este quién es?

–No sé. En aquel entonces iban a todas partes. Conocían de todo. – Pearl cerró el álbum de golpe, pero dejó la mano encima como si los recuerdos que encerraba siguieran moviéndose por dentro; como si quizás la hicieran acordarse de algo más y fuera a abrirlo para mirar–. No –dijo al fin–. No éramos tímidos. Éramos una banda de enterados.

–Lo puedo creer.

–Vaya, puedes, ¿no? Me figuro que sí.

–¿Es posible que realmente te salga una verruga en el ojo? –dijo Victoria.

–Voy al baño.

Estuvo allí más de lo que se habría esperado. Victoria golpeteó un lado de la pecera que tenía más cerca; tembló de una expectativa que no lograba entender. Ahí dentro no se movía nada. Se descargó la cisterna del inodoro; luego se descargó otra vez. Cuando Pearl volvió apestaba a polvo limpiador. Tenía los dedos irritados y rojos alrededor de las lúnulas, como si se los hubiera estado fregando. Empezó a pasar de nuevo las páginas del álbum de fotos, ofreciéndoselas a Victoria bien abiertas.

–¡Yo podría ser tu doble!

–Pero no te me pareces nada.

–O sea que así lo ves, ¿no? –Cerró bruscamente el álbum y fue hasta la ventana–. La gente como Tommie es más complicada de lo que parece –dijo, fijando la mirada en el Portway–. ¿Tú cuánto crees que hay hasta abajo? ¿Hasta el suelo?

Después de aquello se vieron menos. No fue deliberado; solo que las cosas funcionaron así. Victoria empezó a tener problemas para dormir. Le echaba la culpa al calor y durante la noche bebía mucha agua; pero en realidad era una especie de desconcierto. «Ni siquiera sé con qué estoy desconcertada», le escribió a Shaw. «Es todo muy poco específico». Cuando lograba dormirse tenía sueños raros.

Uno era así:

Estaba de pie al filo de la Garganta, que estaba bajo treinta metros de niebla blanca. De esa niebla, en un sendero de arenisca debajo de pequeños manzanos envejecidos, surgían un hombre y una mujer guiando a una llama. La piel del animal, tosca pero a la vez prodigiosamente limpia, tenía un cálido tono chocolate con leche. Llevaba un collar rojo con una campanita de bronce; caminaba mirando en torno, alerta pero digna, como si intentara memorizar la topografía para sus propios fines. Los tres se acercaron gravemente y luego se alejaron por otro sendero antes de que Victoria acertara a decir cuán encantada estaba. Ellos sabían que estaba allí. Era un acontecimiento con toda la formalidad de una ceremonia o del folklore: se sentía una concurrente, una espectadora, parte suficiente de una congregación como para verlos cobrar vida.

La niebla mutó de mar de vapor a mar de agua. Al mismo tiempo se ensanchó y estiró hacia el noroeste, rielando bajo un sol pastel que daba una sensación de amanecer en un país extranjero. El olor a sal subía por la colina. Allá abajo, quizás, había un puerto pesquero, el muelle de una dársena, una fila de casas blancas y dos empinadas calles de adoquines. Todo eso el tiempo lo sostenía en la mano sin apretar pero con cuidado. Debía entender, supo Victoria, que estaba viendo un futuro. La gente había encontrado nuevas formas de vida.

O tal vez, en cuanto a la Garganta, no fuera en absoluto un futuro, solo una intersección de posibilidades, incómodas capas de tiempo, mitos de una geografía olvidada o aún por inventar.

Siguió haciendo buen tiempo, aunque llovía más a menudo. Las caminatas la llevaron a lugares más distantes.

Al oeste, hacia Wyke y Hunger Dale, a través de los bosques aparecía una ranura con caminos no usados, todavía en la superficie pero hundiéndose aquí y allá en musgo y compost, atrapados entre destinos que nunca elegía nadie. Después una salía a deslumbrantes tierras altas, cálidas a las siete de la mañana, por un momento no muy segura de dónde podía estar; o entraba en un pueblo en donde altas ortigas crecían en taludes inclinándose sobre las calles más angostas, y un pisoteado muesli de bellotas de roble, manzanas silvestres y hojas húmedas duraba en el suelo bajo los árboles. No era ningún lugar que una conociera. En las tardes, a menudo se podía encontrar a Victoria en el jardín. Allí plantó guisantes, hostas en macetas e injertos de dama de noche. Repintó el viejo banco gris de la Real Sociedad de Horticultura de un tono pastel común pero inapropiado. Puso todo en orden, pero invitó a la crocosmia y la dedalera a derramarse sobre los márgenes del jardín inferior, de manera que en el crepúsculo parecía aún más un estanque de libro de hadas eduardiano.

De lo contrario pasaba el tiempo despejando su hermosa casa: separando, llenando cajas, bajando en el Fiat al centro local de reciclaje con las cosas que no quería. Alfombras. Recuerdos de complejos turísticos baratos del Mediterráneo. El contenido de un cobertizo, el contenido de un aparador, el contenido de un botiquín de baño. Dos cajas de best-sellers románticos con tapas plagiadas de fotografía inspirada en la revista Men's Health. Encontró un consolador púrpura. A la luz de esas distracciones, su madre pareció disminuir y volverse poco fiable, al menos por un tiempo. El maquillaje espeso y las noches de karaoke se antojaban caóticos e inapropiados. Los vestidos hechos en casa desparramados, con los motivos fantásticos cruzados y partidos en ángulos raros por barras negras y blancas, parecían menos de un estilo tardío –menos una invención excéntrica– que desequilibrados; productos de una

sensibilidad reprimida, admitida demasiado tarde, rodando por las plataformas desintegradoras de la edad y el pánico existencial.

Antes de meterlos en el cubo de reciclables, como ropa sucia en una lavadora frontal, Victoria se detuvo al sol preguntándose qué haría ahora consigo misma. Comprendió que seguiría adelante, pero no sabía bien qué podía implicar eso; como no lejos oyó truenos, volvió a casa y se quedó en el jardín esperando la lluvia. No hubo, y ella se sintió náufraga. Más tarde, revisando las cajas restantes en busca de lo que empezaba a considerar pruebas, encontró películas viejas en VHS, música vieja en CDs y, metidas sin pensarlo entre los magullados, resquebrajados estuches de plástico, dos o tres sobres de impresiones de una cámara digital.

La mayoría mostraba vistas locales. Eran constancias de viaje o de llegada. El frente de la casa. Árboles bajo luz ardiente en oficinas de turismo arriba del Severn. Agua de crecida en los estacionamientos de más abajo. Luego, como si el ojo detectara cierta cualidad en el paisaje que ninguna lente podía poner en foco, más lejos en la Garganta al este de la ciudad dos o tres insulsas hondonadas poco profundas llenas de musgo iridiscente. Una sola foto estaba sacada en un interior: de su madre con un hombre. Al principio no reconoció a ninguno de los dos. Eran solo dos personas bebiendo unos tragos cortos, juntos, cada uno pasando un brazo sobre los hombros del otro, levantando los vasitos hacia la cámara. Él era más bajo que ella. La cara no se le veía del todo debido al flash; la de ella, llena de vida, parecía un poco lustrosa y extraviada, como si ya hubiera recibido los beneficios que pueden acarrear tres o cuatro vodkas. El entorno era indistinto, los colores del fondo sobreexpuestos y de un sesgo anaranjado, aunque Victoria pudo distinguir dispensadores de bebidas y adornos de Navidad. Tenía todo el aire de un bar o un restaurante.

Al contrario que las otras, esta impresión estaba arqueada y arrugada, como si alguien la hubiera doblado mucho, desdoblado, hecho un bollo, vuelto a tomarla, alisado, mirado con atención y vuelto a doblarla. A su vez Victoria la estudió largo rato. Luego la llevó al café, donde encontró a Chiquito Ossie detrás del mostrador y se la puso delante.

–¿Este eres tú? –dijo.

Él la giró y volvió a girarla.

–Bonita, ¿verdad? –dijo, como si ya antes la hubieran mirado juntos–. Feliz de la vida, tu mamá. Salió bien en esta foto. –Sostuvo un momento la foto a la luz y la devolvió a Victoria–. Esto debía ser en el Long Gallery –dijo como si le diera indicaciones–. Lo habrás visto, en North Street enfrente del mercado. Yo voy muy seguido allí, si quieres pasarte una noche.

Victoria se quedó mirándolo. Los dedos de Ossie olían intensamente a nicotina y jabón, el pelo a algún tónico solo obtenible en la barbería de la ciudad hacia fines de 1974. Ella arrancó la foto del mostrador y se fue. Impedida de comprender el cambio radical en la conducta de su madre –primero por el recuerdo, que solo le ofrecía esa discontinuidad, esas dos mujeres tan diferentes, y ahora por una soledad que seguiría habitando hasta que le tocara envejecer y morir–, se encontró dándole vueltas a una idea nueva: No tendría que haber venido aquí.

Desde la puerta alzó la voz:

–¿Y Pearl dónde se ha escondido?

El viejo sacó un peine, en un santiamén se lo pasó hábilmente por el pelo a izquierda y derecha arriba de las orejas y lo guardó de nuevo en el bolsillo interior antes de que se pudiese captar qué había hecho realmente; era una destreza consumada y hermética, menos aseo que lenguaje de otro tiempo.

–Nuestra Pearl siempre ha ido y venido a sus anchas –declaró–. Hay quien lo considerará una virtud, hay quien no.

Vete a la mierda, pensó Victoria.

10

Victoria asciende

Compró un televisor y lo hizo conectar. Fue al cine en Birmingham; regresó en el último tren, por cuyas ventanas pudo mirar el paisaje humano que acotaban luces distantes: carteles de neón, reflectores de puertas de seguridad en medio de la nada, faros de tráfico rural vislumbrados en cruces vacíos a medio camino de su trayecto.

Seguía mal de ánimo. El tiempo no ayudaba. De día bajaba la temperatura. El cielo se cubría desde el sudeste. Todas las tardes estallaban tormentas, de un patrón de comportamiento tan estricto que parecían modelos de muestra: oscurecía rápidamente; titilaban relámpagos; el granizo golpeaba las viejas ventanas y cubría de una capa gruesa la calzada de la verdulería, donde al instante empezaba a fundirse en trenzadas corrientes de agua como anchos ríos observados por satélite. Veinte minutos después la pantomima había seguido viaje y dejado para recoger unas empapadas plumas de grajita como pulpa pegajosa en las tejas anaranjadas de una esquina de la parte delantera. Se oía el siseo del tráfico, pero disminuido. Adentro, la lluvia había cambiado por un tiempo la acústica; como había cargado el aire de los ambientes de abajo, los cojines y las fundas, si bien seguían opacos y hasta parecían mugrientos, cobraban los valores puramente pictóricos y la extraña profundidad de los objetos en una portada de un libro de Virago de 1982.

Victoria cruzó el río y se alejó más de lo que había esperado. Arriba de un roquedal como un lomo de ballena en las colinas de Shropshire se agachó para esquivar el viento, acurrucada, resuelta a disfrutar de las espectaculares vistas de la M54 y la llanura de Cheshire. No había llevado nada para almorzar. Más tarde, mil metros ladera abajo contra el soplo de una llovizna, creyó ver adelante a una mujer que, entre oscuros, lustrosos rododendros, apuraba el paso hacia una casa al borde de los campos. Llevaba

puestos un estampado floral y tacos altos. Guantes blancos. Para cuando Victoria llegó, había desaparecido adentro, si realmente había estado ahí. Los cuadrados muros grises cobijaban líquenes amarillos. Se oía toser en un cuarto de arriba. El húmedo jardincito presentaba: un columpio infantil, un reservorio vacío, un hoyo para hacer fuego lleno de latas de cerveza carbonizadas y botellas de prosecco M&S. Allá en un rincón, manzanas esparcidas se pudrían bajo un acebo bien crecido.

Era el tipo de lugar, imaginó Victoria, en donde a lo largo de los años se habían cometido crímenes feroces en tal silencio y bajo disfraces tan cuidadosos que nunca se los había descubierto. Cuando llegó a casa, se los describió a Shaw como crímenes pasionales cometidos sin la menor pasión: esposas muertas, maridos muertos, niños muertos; mascotas muertas.

«¿Y por qué habrá manzanas bajo un acebo?», le preguntó. «¡Manzanas caídas bajo un acebo! Creo que ni siquiera entiendo el campo».

Se unió a la sociedad local de historia, pero encontró a los miembros menos interesados en la historia de su ciudad que en sus complejas disputas territoriales con otras sociedades de historia locales. Un viejo de pelo escaso y laringe dilatada la invitó a unirse al cineclub. Una sigilosa humedad se infiltraba en todo. La capa freática, pirateada repetidamente durante el advenimiento de la minería de largos túneles, y ahora laberíntica, resucitó. Tenía sus propios motivos, su oblicua conversación con el mundo de arriba. La casa tomó nota, y por las tardes retiró parte de su promesa temprana. Respiraba. Se oía a los hermosos suelos moverse y crujir. Victoria se quedaba en la escalera prestando atención a esos realineamientos estructurales y después, por la noche, se tendía a pensar en todo. Costaba creer que hubiera pasado tanto tiempo desde que había llegado. Cuánto la había aliviado estar fuera de Londres. Había sido bastante como volver a casa: la anticuada aventura con un hall de embaldosado rojinegro y la dedalera de la puerta de atrás.

En consecuencia, veía ahora, había esperado encontrar las cajas de su madre llenas de objetos familiares. Serían esencialmente tristes pero con pequeños, tranquilizadores enlaces verticales a través del

tiempo para hacerla recordar: ¡De verdad que heredaste el mentón de tu padre!, o: Aquí está el gato Tumble. No te vas a acordar, ¡pero cuánto lo querías cuando tenías tres! «Por supuesto, lo mismo esperaba yo de la casa. Pero en realidad nada era así», le escribió a Shaw. Por ejemplo, ahora podía admitir que más bien había idealizado el estado de los sótanos. «Son húmedos, nada más». High Street 92, igual que cualquier lugar, era una colección de metáforas y conjeturas.

«Estoy en esa etapa en que todavía estás enamorada pero no sabes bien de qué. La realidad empieza a despertar».

Y después: «Aquí tengo margen de sobra para mejoras, pero ni un penique».

Cuando pensaba en Pearl era con una mezcla de ansiedad y exasperación que la obligaba a dejarle mensajes en el celular –«¿No puedes decirme dónde estás?»– y que terminaba comprimida en un humor que no alcanzaba a explicar.

El café había cerrado. Hacía tres días que por el frente chorreaba la lluvia. El machucado Toyota de Ossie estaba ausente del estacionamiento. Victoria apoyó la cara en la ventana y ahuecó las manos en torno a los ojos; luego, habiendo atisbado poco más que muebles, retrocedió a la calle para disminuir el reflejo de las ventanas de arriba: allí tampoco se veía nada. Vagó por los callejones y pasajes de alrededor, solo para emerger sorprendida en la torre de Geoffrey de Lacy, bajo cuya ruinosa gran proa saliente, al lado de los baños públicos, un viento fresco arrancaba pétalos de las plantas de los canteros. Iba bajando por la húmeda, resbaladiza ranura del Portway, cuando a mitad de camino –incapaz de identificar el muro de atrás del café, aunque supiera que debía estar empotrado en algún lugar por debajo de la masa de antiguos edificios– recordó su visita anterior allí, y tuvo cuidado de dónde ponía los pies.

«¿Estás disgustada conmigo?», texteó, «Porque yo no sé por qué».

Más tarde, a orillas del Severn, en el albergue de la camarera en el Wharfage, golpeó la puerta hasta que alguien le abrió con un zumbido del portero eléctrico. Se acordaba claramente del hall,

pero la sensación de saber dónde estaba se le había escapado. Se paró al pie de la escalera y gritó:

–¡Hola! ¿Pearl?

–Derecho hasta arriba –le indicó una voz.

–¿Quién es?

–Derecho hasta arriba –repitió la voz, fatigada–, y a la izquierda. Pero no vas a encontrarla.

Era una voz baja, de alguien que tenía otra cosa que hacer, una voz que años antes se había habituado a satisfacer preguntas similares. Podría haber salido de cualquiera de los cuartos frente a los que pasó Victoria cuando subía. Entrando en uno al azar se encontró a Andy el diabético, a quien sin preámbulo le dijo:

–¿Pearl dónde está? ¿Sabes dónde está Pearl?

Andy, que dormitaba con sus perros, hizo un vago gesto de bienvenida.

–Cuando está ella aquí hay mucho griterío –dijo al fin, encogiendo los hombros y asintiendo en serie para transmitir que los dos sabían qué significaba eso–. Siempre hay griterío. –No tenía buen aspecto. Ese día hasta el viejo labrador olía a diabetes–. Una cosa sé: hace uno o dos días que no vuelve.

Mientras hablaban, Victoria oyó un roce de pasos seguido de un increíble estruendo sordo.

–¿Qué es eso?

–Esta noche hay baile con zuecos –dijo Andy.

Incapaz de hacer algo con el informe, Victoria insistió:

–Pero ¿y Pearl? ¡Alguno debe saber adónde fue!

–Esta noche van a estar aquí, allá, por todas partes. Van a subir y bajar las escaleras, subir y bajar. –En la luz débil la cara daba la

impresión de haber recibido una paliza feroz; tenía costras y moretones como si hacía poco se hubiera peleado y perdido. Cloqueó una risa. Una bocanada de gotas de pera llenó el aire–. Habrá pescado con papas fritas y todo. –Alzando al perro pequeño con las manos hinchadas, lo meció frente a él–. Sobre todo pescado –dijo. Este pensamiento lo hizo reír más fuerte. Alguien había hecho un intento de ordenarle el cuarto. Aparte de un solo par embarrado, todas las zapatillas deportivas flamantes estaban otra vez en sus cajas; las cajas estaban apiladas al pie de la cama como una pared deshecha–. Hoy Andy no está en su mejor día –le dijo al perro, que solo apartó la cara, incómodo, desnudando los diminutos dientes. Y enseguida a Victoria–: No se va a levantar de la cama.

–Gracias –dijo ella.

El último pasillo tenía un aroma denso, húmedo, tal vez compuesto de todos los otros olores de la casa que diariamente subían de piso en piso hasta que ya no quedaba adónde ir. Todas las paredes y la carpintería estaban pintadas del mismo crema satinado. La pintura cubría las paredes. El olor cubría la pintura.

–¿Hola? –dijo Victoria.

Fantaseando con cómo viviría la camarera, descubrió ahora, había reunido muchos de los elementos correctos –una columna de álbumes de jive clásico y rockabilly junto a un tocadiscos portátil Dansette; un afiche con un alentador: tienes permiso; percheros de Ikea repletos de overoles y chaquetones reforzados– pero los había imaginado mejor dispuestos. Contra la pared había un sofá cama de una plaza con las anticuadas sábanas en parte deshechas. La ventana de guillotina estaba pintada, vidrio y todo, del mismo crema satinado que las paredes del pasillo. Había un ventilador eléctrico, con un plato de agua delante como para aumentar la humedad del aire ya húmedo. Se paseó examinando esas cosas. Cuando metió los dedos en el agua, salieron salados y tibios. En el tocador, donde habría esperado una colección irónica de pelucas en soportes y bufandas de nudo al frente sucias de polvo facial retro, solamente había una portátil Dell encendida pero en reposo. Si se apretaba la barra espaciadora, descubrió, en la pantalla brotaba un sitio web llamado La casa del agua, texto rojo en cuerpo diez apretado en un fondo negro que solo aliviaban espacios de dos

líneas y videoclips en blanco y negro cuyo contenido era difícil discernir. Victoria se inclinó para leer:

«A fines de la década de 1950, sobre todo con creciente, se podía ver figuras dejando el río Brent y sus alrededores: los muelles de la confluencia del Támesis, más allá del viaducto de Wharncliff y el zoológico, hacia la A40 en Greenford».

Y luego, desplazándose hacia abajo al azar:

«Sobre el Proyecto de Desarrollo Estratégico 10A y la Hipótesis Acuática, estos cuadernos solo ofrecen el fragmento siguiente, cuyo contexto fue desfigurado hasta lo ininteligible: "En la [ilegible] que expediciones anteriores conocían como órgano marino o Motor de Aprensión –al igual que en el sistema debajo del Templo de las Inscripciones– se encontraron sistemas de espejos, conservadores de luz de luna y un tipo de acumulador visto en muchos sitios periféricos del complejo de las cuevas de Yucatán. En los casos en que hay [ilegible] descritos, [ilegible]. No parece haber más opción que reconocer que hemos observado la marca de un tardío tráfico horizontal –una introgresión adaptativa reciente ocurrida hace once mil años– en el genoma humano"».

El sitio web y sus videos con aire de pornografía de una cultura con un sentido desviado para el término «sexo»; el plato con agua ante el ventilador; la ropa interior descartada en un rincón, la exterior tirada por la alfombra, cada prenda con las mangas o piernas tan enredadas con todas las demás que daban la sensación de estar continuamente separándose y volviendo a unirse en un medio líquido cuando una no miraba: todo parecía cortado por el mismo patrón. Victoria no podía imaginarse a la camarera ahí. Después de pasear un momento una mirada de confusión, bajó la escalera para recorrer las zonas medias de la casa diciendo «Hola, ¿Pearl?» hasta que se topó de nuevo con el cuarto de Andy.

Ya no se veía allí a Andy ni a los perros: solo había hombres, entre los cuales reconoció a muchos de los que le habían reparado la casa: el plomero, el carpintero, Steve el techador que le había elogiado tanto la destreza y el equilibrio cuando le llevaba el té y una galleta de jengibre a la mañana. Absortos, jadeantes, ninguno dio muestras de reconocerla a ella. Se movían en ronda por la periferia del

cuarto, chocando y estampando en el suelo las botas de trabajo, primero hacia un lado, luego hacia el otro; hasta que de pronto, entre sacudones, se tambaleaban hacia el centro para apiñarse firmemente, cada uno con los brazos sobre los hombros de los dos compañeros, a la vez que echaban la cabeza atrás en un esfuerzo por escapar de la intimidad que implicaba el contacto. Era cierta clase de danza, supuso Victoria. Se preguntó si la silenciosa, iracunda lucha en el centro ocultaría de tanto en tanto a otro participante –alguno más alto–, quizás una silueta de rodillas y doblada por la cintura y por lo tanto invisible. ¿Pero cómo habría podido meterse ahí sin que ella la viera?

No había música, aunque a veces, al arquearse bajo los pesos, el suelo desnudo dejaba escapar un sonido reverberante, casi un tañido. Habían empujado la cama a un rincón, con la pila de zapatillas encima. Un fuego pasajero había dañado el zócalo inmediato a la puerta, vio Victoria, y en el aire inmóvil un tenue olor del río cercano recubría el olor de los perros. Alguien presentó una maceta, que pasaron de un lado a otro hasta que se les resbaló y se hizo pedazos en el hogar vacío, difundiendo un rocío de abono negro. Arriba, sobre la campana de la chimenea, el enorme televisor mostraba una competición de gimnasia de los setenta: Olga Kórbut, «el gorrión de Minsk», embelesaba al mundo desde la barra fija; sus manitas daban lugar a la era de los gestos a la vez categóricos y delicados.

A todo esto Victoria, no tan alarmada como exhausta por el esfuerzo de dar sentido a lo que veía, estaba retrocediendo hacia afuera.

–Perdón –dijo–. ¿Alguien sabe qué le ha pasado a Pearl?

Los hombres pararon de bailar y la miraron; y, mientras ella ya bajaba hacia la puerta de calle, entre empujones y codazos, sin hacer ruido se juntaron en la escalera arriba de ella.

–Se habrá pirado de nuevo –dijo uno de ellos–. A esa chica no hay nada que la conforme.

–Pearl, nuestra chica –dijo otro desde más atrás, para risa de todos.

–Ay, por Dios –dijo Victoria, y los dejó con lo suyo.

Volvió a subir la colina y cuando llegó a casa encendió su televisor. En la pantalla el primer ministro, boca fláccida y cara de enfermo, repitió algo tres veces. Victoria lo apagó de nuevo. Después sacó la foto de su madre con Ossie en el Long Gallery y –como si tuviera surcos– pasó la punta de un dedo por los complejos pliegues y arrugas como la púa de un tocadiscos Dansette. ¿Cómo se llega a conocer un estado de cosas si antes no se sabe en dónde buscar? ¿Cómo se sabe por qué carril rueda el conocimiento? Estaba tratando de encontrar un camino a través de los fulgurantes anaranjados de la foto, sus recuerdos de karaoke y luces baratas de Navidades desvanecidas, cuando oyó voces en la calle frente a la casa de al lado.

Decidió salir a fijarse por si acaso era Pearl.

El aire tenía propiedades activas y la luz de otra época del año. Arriba de la verdulería el ocaso coloreaba un cielo de piel de caballa. Los molestos resultaron ser una mujer y un hombre que, no habiendo obtenido respuesta en la puerta del 91, ya cruzaban la cancela de Victoria camino al objetivo siguiente.

–Cuánto nos alegra haberla pescado –dijo la mujer. Se rio. Explicó que se llamaba Brenda. Era nerviosa, de unos treinta y tantos, de buena presencia y arreglada estilo Marks & Spencer. Tenía ojos azules. El hombre era Tommie Jack.

En cuanto Victoria vio a Tommie dejó en claro que no le interesaba.

–Váyanse a la mierda –dijo.

–Es que hoy estamos llamando a la gente –dijo Brenda– para compartir esto. –Le puso a Victoria en la mano un ejemplar de bolsillo de Los niños del agua.

Victoria se lo devolvió.

–¿Tú eres idiota? –le preguntó a Tommie Jack–. ¿Qué es todo esto?

–Lo que creemos que no, a veces lo sabemos –sugirió Brenda–. ¿No te pasa? A mí sí, lo sé.

–Caramba, fenomenal –dijo Victoria, y empezó a cerrar la puerta.

–Ellos son el pasado –dijo Tommie Jack, nervioso, amagando avanzar. Era evidente que odiaba y temía que se cerrara una puerta; lo hería. Habría preferido una puerta que no se abría en absoluto–. Ahora el futuro somos nosotros. Ahora todos tendrán una oportunidad.

–¿Quién es el pasado? –dijo Victoria–. ¿Qué quieres decir? –Cerró la puerta y gritó–: ¿Tú te estás oyendo? ¡Un montón de basura religiosa!

–Seguirás teniendo las visiones –le previno Tommie desde el otro lado.

Eso enfureció a Victoria, que se quedó temblando en el hall, con la mirada en las baldosas rojinegras, mientras intentaba recordar qué había estado haciendo antes. Se aclaró la garganta. «No me interesa», dijo, más para ella misma que para Tommie Jack; una respuesta que no parecía suficiente ni para el caso sincera. Abrió la puerta principal, esperó hasta cerciorarse de que habían remontado toda la calle mayor e iban a doblar rondando la florería del final de Cocksall Lane, y entonces gritó:

–¿Qué visiones? ¿Qué putas visiones?

Ellos se detuvieron en la esquina y miraron atrás un segundo, con las caras al extremo de la angustia como si temiesen que ella fuera a perseguirlos por toda la ciudad. Tommie Jack hizo un extraño gesto paliativo con una mano.

–¿Qué putas visiones? –volvió a gritar Victoria.

Ahora pensaba en la paciencia y la dignidad con que la llama de su sueño había subido por el sendero desde los mares de niebla de la Garganta.

Entró en la casa y reorganizó febrilmente los muebles de la sala de estar. «Imbécil», dijo, aunque no habría podido asegurar a quién. Preparó croquetas recocidas, frio papas y comió todo con tenedor; comió un batido de arándanos sacado del congelador. Intentó leer un poco de El cuarto de Jacob, pero solo pasó de la página 16 a la 17 antes de quedarse profundamente dormida en el sofá; se despertó mucho más tarde a la luz gris del celular, aunque estaba claro que no había llamado nadie. Le gustaba ver los libros colocados junto al viejo hogar en los estantes de una hornacina; le gustaban las mantas galesas y retazos de brocado con que tenía disimulados esos muebles que habían pertenecido a su madre. Los postigos aún estaban abiertos, y había oscurecido. A punto de dormirse otra vez, oyó, dichas por una voz tranquila afuera, cerca –como si alguien hubiera estado en cuclillas directamente bajo su ventana desde que ella se había mudado a la casa, inmóvil, apretándose contra los fríos ladrillos georgianos para que no lo vieran nunca–, las palabras:

–¿Vita? ¿Vita?

Se dio cuenta de que le era imposible moverse, a un lado u otro, ir hacia la ventana o alejarse.

–Bueeno, Vita, vaamos ya –engatusó la voz.

Victoria permaneció lo más quieta que pudo hasta que la oyó irse calle abajo. Forcejeó con la campera, se la puso y corrió a seguirla, por detrás de las casas, por los campos, donde al oírla se paró para esconderse. Era una noche clara. La luna irradiaba sobre el paisaje una suave luz pixelada, proyectando sombras negras, retacas, precisas, que acentuaban y alargaban cada subida o declive. Las torres de energía, entre siseos y crujidos, parecían curvarse arriba de ella como torres en una ilustración de linotipia. En ese lugar remoto la voz la abandonó. Victoria miró alrededor.

De pronto era ella la que estaba gritando:

–¡Ey! ¡Ey! –sin tener respuesta.

Después la condujeron los foscos bosquecitos de un negro carbón: Bosle, Swiney y Leastnow; Fábrica, Asilo y Suicidio. Esos viejos

bosques, drapeados sobre el desastre que había hecho el siglo xviii, eran más cálidos que la expuesta ladera en picado; su topografía laberíntica de senda y loma, de herniado horno de cal y colina de paño áspero, se extendía silenciosa y oscura hasta el filo de la Garganta, donde cada invierno un haya más se apalancaba para alzarse del barro y apoyarse cansada en la toma de su vecina más próxima. A contrapelo, zanjón por zanjón, Victoria ascendió –si es que puede decirse así– con breves esfuerzos por una cuesta escarpada que inevitablemente llevó a una suerte de exhausto, cauteloso deslizamiento hacia abajo por el otro lado. Los brazos se le movían como aspas. Estaba perdida. No se sentía enteramente dueña de sí. Ocho ciervos salidos de la nada la adelantaron corriendo y bajaron por una estrecha cornisa entre dos canteras de piedras llenas de maleza. Lo único que pudo hacer fue mirarlos alejarse, centelleando al entrar y salir de los árboles, pálidos a la luz de la luna, ocupados en algún asunto propio. Maravillada pero ansiosa, londinense en un fangal, vagó por allí toda la noche hasta que la siniestra medialuz anterior al amanecer la llevó de nuevo a la linde de los bosques; desde donde miró atentamente hacia uno y otro lado.

Adelante los pastos tenían el aspecto blanquecino y secado al viento de comienzos de marzo, como si entre los árboles ella se hubiera deshecho de algunos meses de vida; reconocía pero no podía designar el olor del aire, que cruzaba el cielo como un frío fluido gris. A treinta metros de altura los cables de electricidad caían de campo en campo. De la base de la torre más cercana surgió un cómplice, veloz destello de agua: el familiar estanque de baño de la camarera, con su consecuente sauce desplomado y sus flores sumergidas. Victoria, aliviada de saber tan exactamente dónde estaba después de la noche de caos, salió del bosque corriendo como si estuviera saludando a una persona más que a un detalle geográfico; pero de golpe dio media vuelta y sin más volvió a meterse al ver que se acercaba alguien por la larga cuña plana que subía desde la ciudad. La figura, lenta en definirse, se convirtió primero en una mujer y después en la propia camarera, de sombra larga, arrastrando los pies con un paso puramente sexual, relajado pero optimista.

–Pearl –dijo Victoria, no lo suficiente fuerte para que se oyera.

Se sentía avergonzada. Era un desastre. Si se revelaba iba a ser difícil no admitir que se había pasado toda la noche perdida en el bosque, con barro hasta los tobillos, a los cuarenta años y con las botas de excursión de su madre. Pearl siempre le había provocado timidez; pero era una reserva más profunda –innata, inmune a las circunstancias– lo que la mantenía arrodillada en la hierba húmeda al pie del endrino. Entretanto la camarera se acercó al estanque y con una sonrisa lánguida dirigida quizás al agua se quitó la ropa. La dobló con esmero. Había perdido peso desde la última vez que Victoria la había visto. Tenía la piel pálida; el estómago exponía la curva perfecta tardomedieval. Le susurró a la torre, rozó posesivamente el musgo de las ramas del viejo sauce. Luego entró en el agua, volvió a sonreír en torno y vadeó confiada hacia el centro, desapareciendo segmento a segmento a medida que avanzaba, como si estuviera bajando por un corto tramo de una escalera invisible.

Ningún drama. Treinta segundos después solo quedaban unas ondas para mostrar que había estado ahí.

Victoria miraba perpleja.

–¡Pearl! –gritó, y la siguió hasta el agua a los tumbos.

El estanque estaba helado pero en ninguna parte tenía más de medio metro de profundidad. A Victoria el agua solo le llegaba a las rodillas. Se inclinó a arremolinarla con las manos.

–¡Pearl!

La camarera, un metro setenta sin zapatos, no estaba allí abajo. Allí no había nada. Ningún lugar adonde pudiera ir algo. Despavorida, Victoria retrocedió torpemente; se cayó. Se arrastró temblando hasta la hierba y se giró a mirar atónita la enturbiada superficie con las trémulas florcitas amarillas debajo. ¿Qué estoy mirando?, pensó. Y después: si aquí se ahogara alguien, ¿quién lo sabría? ¿Quién la encontraría, quiso decir, sumergida entre las flores? Fría, blanca, sin conciencia de estar conservada para siempre. En las márgenes del estanque seguían rompiendo leves ondas: allá en el medio Victoria había sentido el agua brevemente acogedora, como si el barro removido estuviese liberando un año o dos de tibieza acumulada.

–¡Pearl! ¡Pearl! –gritó.

Y desde los bosques cercanos una suave voz conspiradora replicó:

–¡Ven, Vita! ¡Vamos! ¡Vamos, Vita!

Ahora el sol estaba bien alto; estiraba todo al límite sin explicar nada. Donde tocaba lo alto de la torre, los aisladores de vidrio campanilleaban. Victoria desordenó con el pie la ropa que había junto al agua. Volvió a su casa y entró. Subió la escalera con cuidado y se quedó bajo una ducha caliente con la mirada fija en los azulejos del cubículo. Comió dos tostadas de pan integral. Después llenó una valija, la puso en el asiento trasero del Fiat y condujo hacia Londres a velocidad moderada pero constante.

Necesitaba una cara familiar y, como la única persona cuya cara podía describir así era Shaw, paró en un área de reposo vacía para llamarlo. Todo lo que consiguió fue una mala conexión. No obstante se quedó sentada, marcando y volviendo a marcar mientras el Fiat temblaba en la estela del tráfico de carga que encrespaba el aire al pasar. Esa mañana todos estaban en logística; era el día de reparto del futuro. Victoria solo poseía una minúscula idea de en dónde podía residir su futuro, aunque sin duda no era al costado de una carretera de las regiones góticas de un condado que casi no conocía. Los carteles ofrecían Sytchampton, Ombersley y Norchard Pole. Veía algunos cúmulos en el cielo; un halcón, una colina y al pie una vía férrea.

Después el viaje pareció largo. Shaw se le siguió haciendo esquivo, un recuerdo del que no estaba segura. A las siete de la tarde, estacionada en un lugar prohibido de Shepherd's Bush Road al norte de Brook Green, probó llamar al teléfono fijo. Era el momento de calma entre la hora pico y las corridas del anochecer. Podía asegurar que arriba del Támesis, en el aire amplio, duraba una medida de luz líquida de oro y plata; al que fuese en esa dirección lo empaparía. Los bebedores estarían haciendo camino entre los pubs del río, con los brazos desnudos en el humo de los escapes que llegaba desde la A40 para enriquecer la comida y el vino. Cautivados por un momento por el diáfano ancho del río, harían una pausa para mirar con deleite (aunque acaso también con una especie de desconcierto ante la precariedad, la poco fiable rareza de

todo) a través del centelleo de la corriente, la hilera de escuelas y canchas de tenis de la otra ribera.

–¿Hola? –dijo Shaw en voz muy alta–. ¿Hola?

Se aclaró la garganta. Sonaba como si lo desconcertase que alguien lo llamara. Sonaba como si llevase un día sin hablar con nadie, incluso más.

–Ah, hola –dijo Victoria–. Espero que te acuerdes de mí.

TRES

11

El cambio radical

De su infancia, Shaw solo podía recuperar imágenes aisladas pero muy específicas. Un charco helado. Una bolsa de arena. Una pila de marcos de ventana en una obra a medio terminar en algún sitio cerca del mar. A los cinco años, objetos de ese tipo le resultaban interesantes por alguna cualidad intrínseca, como ser transparentes o de una especie de amarillo pardo; o porque se habían movido desde la última vez que los había visto. No había mirado tanto para él como desde él.

A sus contemporáneos del jardín de infantes, por contraste, los habían preparado para actuar. Ya estaban impacientes por hacer cosas. La acción era su meta. Pero mientras que el final de cada día, por ejemplo, les daba la oportunidad de abrocharse los abrigos, Shaw alentaba a la madre a abrocharle el suyo, así podía seguir hipnotizado por el brillo y el color de los botones de otro. Más tarde esto iba a conducirlo a una teoría metamórfica del desarrollo personal. A los diez u once, observando a su cohorte tomarle las riendas del destino, le era fácil imaginarse desarrollado; pero menos como agente de autotransformación que como un organismo que –habiendo llegado a cierto nivel que aún no podía esperarse que reconociera– saltaría automáticamente a un estado completamente nuevo. Para entonces lector insaciable, nueve de cada diez veces todavía recitaba mal el alfabeto.

«Tú sigue así y no te acostumbrarás nunca ni a ti mismo ni a nada», le había advertido más de una vez la madre. «Te pasarás la vida inventando la rueda». Y luego aparte, como a un tercero: «Y diga Dios si no vas a cansarte tanto como cualquiera que tenga que tratar contigo».

En venganza por evaluaciones por el estilo, Shaw había aprendido rápidamente a leer la experiencia propia en diagonal, manteniendo durante toda la adolescencia una relación solo tangencial con sus

problemas. La brevedad de sus lapsos de atención había ayudado: si por un par de meses le gustaban las motos, para Navidad eran los caballos. No salía con chicas. No hacía amigos. Terminada la universidad, se había descubierto capaz de eludir la mayoría de los acontecimientos y encuentros, problemáticos o no, catalogándolos como «vagos e irrepresentables» aun mientras ocurrían. Cuando en verdad asimilaba cosas que le pasaban, hacía el trabajo en otro lugar, una zona más profunda, si es que tenía algo así: su foco de superficie –de hecho toda su personalidad– parecía estar siempre requerido en otra parte.

Para el momento en que acordó la primera cita con la médium conocida como señora Swann, más o menos un mes después de que Victoria Nyman se fuera de Londres, ese triunfo de desconexión se había consolidado en un estilo de vida. Le iba a proporcionar el único punto de vista desde el cual construir un entendimiento de su relación subsiguiente.

El camino a la casita de la señora Swann en East Sheen se hacía a pie: subiendo por High Street en Mortlake, por Saint Mary Magdalen y West Temple, cruzando la vía del ferrocarril por el puente peatonal y luego a través del cementerio donde había visto a Tim por primera vez. Una lluvia tempestuosa llegada desde la costa de Chiswick lo había obligado a subirse el cuello. Ahora barnizaba las antiguas lápidas y se arremolinaba en el rincón nordeste del cementerio, donde unos árboles se agolpaban contra el muro del viejo hospital de infecciosas de Barnes. Tenía los jeans calados. Un cubo de basura tumbado por el viento había esparcido por suelo anegado una capa despareja y resbaladiza de envolturas de sándwich y cáscaras de fruta; las casitas, detrás de minúsculos jardines con matas de lavanda espigada y llenos de pétalos mojados, parecían vacías.

La señora Swann, que estaba abriendo la puerta en el momento en que él golpeó, resultó ser un tipo de persona muy diferente de lo que sugería su apellido**: más joven que él, linda de un modo trillado, con ojos grandes aunque inexpresivos. Por unos segundos Shaw pensó que la había asustado algo que había visto por encima de su hombro. Treinta y tantos años de sorpresas similares, juzgó, la

habían hecho prudente. Al mismo tiempo –súbitos, pasajeros pero en aumento, predecibles en forma pero nunca en sustancia– le habían garantizado una estabilidad, un sentido del mundo del que la gente como él carecía. La cara le recordaba a alguien, pero no pudo descubrir a quién. Tampoco pudo localizar el acento. Llevaba un vestido de algodón floreado y cintura holgada y zapatillas Converse recién sacadas de la caja. Popular entre las casadas jóvenes del oeste de Londres unos cinco años antes, era la indumentaria que ella preferiría todo el tiempo que él la tratase, incluso cuando terminara el verano.

Debían entrar, le dijo. Podía llamarla Annie. Pero antes de empezar quería contarle algo:

–Yo solo hago esto porque tengo que mantener a mi familia.

Shaw había esperado algo más, pero al cabo de un momento ella se encogió de hombros como si él hubiera perdido cierta oportunidad social, ahora cancelada, y lo instaló en el sofá de cuero barato de la sala delantera.

–Annie –dijo él–. Es un nombre interesante porque…

–Deberías ponerte de cara al frente y mirar la pared –aconsejó ella. Se sentó al lado de él y le tomó las manos con unas manos tibias–. No, no me mires a mí. Mira la pared.

Shaw miró la pared. Arriba de la repisa había una decoloración rectangular en el empapelado, como si una vez hubiera habido colgada ahí una pintura grande o un póster. Un momento después la señora Swann se apartó de él, contuvo la respiración de repente y cayó hacia delante en un ángulo raro, todavía sentada, sin dejar de apretarle las manos. Durante cinco minutos estuvo susurrando y sacudiéndose. Shaw, que se había olvidado de encender la grabadora del teléfono, se encontró con que no podía liberarse. Lo agarraba con una fuerza que se hacía notar. Cada dos frases parecía librar una breve lucha interior. Se le subió el vestido. Inseguro de cuál podía ser su papel en la pantomima, Shaw se quedó sentado con la ropa húmeda y la mirada fija en la pared. No pasaba nada, aunque un par de veces se concentró hasta el punto, le pareció, de sentir que la sala estaba levitando y se ladeaba a su alrededor. Un

olor a río, encauzado por las ráfagas de viento y lluvia desde Mortlake y a través de las vías, llenó de golpe la sala y enseguida se dispersó. A los diez minutos la señora Swann empezó a roncar; aflojó la mano. Un poco después se despertó y sonrió.

–Espero que haya sido lo que buscabas –dijo–. A veces consiguen lo que quieren, a veces no.

–¿Se supone que debía ver algo en la pared?

–¿Cómo voy a saberlo? –dijo ella riendo. Se miró las piernas–. Ay, caramba –dijo pragmáticamente–. De tanto en tanto pasa esto. Pero no creo que a los hombres les importe.

Le ofreció una taza de té. Al principio hizo todo con cautela, luego con una repentina sonrisa un poco desconcertante, como si hubiera recordado cómo se llenaba una tetera o se abría un cajón y se buscaba una cuchara. Shaw la observó un par de minutos y se quedó en el sofá, en calma a pesar de sí mismo, paseando la mirada por las alfombras gris paloma y los muebles de pino, por los descomunales jarros de English Heritage con la estampa de una nutria o un martín pescador.

–Veo que tienes vulnerabilidades –dijo ella desde la cocina. Volvió a sentarse al lado de él y siguió–: Prestar este servicio es tan difícil… Nadie va a ver a una médium sin un problema; pero a menudo la gente no está segura de qué problema es. A su vez la médium nunca estará segura de qué está proveyendo. En el momento más crítico está ausente. Es solamente un canal. –Sonrió–. Te asombraría saber cuánto se puede resolver con simples cambios de hábito. –Para ese fin le dio algunos folletos, la mayoría de los cuales al parecer recomendaba reemplazar en la dieta la carne por pescado, y un número para llamar si necesitaba más consejos–. Algunas personas al comienzo descubren que crecen las angustias –dijo–. Eso se pasa. Pero si te preocupa algo, sea lo que sea, llama para una consulta extra.

–No esperaba que fuese para nada así –dijo Shaw.

–Esperabas consejo, esperabas lucidez. Quizás esperabas una voz del plano astral. Bueno, algunos lo consiguen. Pero lo que encontraste

fue una mujer común con dos hijos que mantener. –Lo tranquilizó tocándole el brazo–. Cada cual encuentra algo distinto –dijo. Y en la puerta, cuando él salía–: Hay una cosa. Deberías cuidar a tu madre. –Esto lo acompañó con una mirada compleja, tímida, exculpatoria y sin embargo directa y en cierto modo llena de ironía–. Después de todo ella te cuidó a ti.

–Supongo que es verdad –dijo Shaw, con toda la insipidez a su alcance, aunque no estaba seguro de concordar. Como fuese, ¿qué podía saber ella de su madre?

Más tarde se lo contó a Tim:

–Es extraño decir una cosa así, creo yo.

Tim no dio la impresión de interesarse.

–Annie es mi hermana –dijo–. Pero ya no hablamos más.

–O sea que tú serías Tim Swann. No pareces un cisne. –Y como Tim lo miró fijo–: Trataba de tomarlo en broma. –Y un momento después–: Me imagino que está obligada a decirle a todos algo por el estilo.

Un miércoles a las dos de la mañana Shaw se despertó con la impresión de que había estado sonando el teléfono fijo. Al atender oyó, en vez de una voz o un tono de marcar, una especie de silencio electrónico, muy puro, artificial y expectante.

–¿Hola? –dijo. Y dijo–: Victoria, ¿eres tú?

No era.

Por un tiempo, la mayoría de las noches Victoria Nyman le había enviado mensajes de voz, que quedaban almacenados para que él los encontrara a la mañana siguiente; pequeños, habilidosos instagrams que lo ponían al corriente de sus días, su vieja y bella casa, el avance de la renovación. Allí arriba la vida era una aventura permanente, decía. «Puedes sentarte al sol en el rellano del primer piso, ponerte a leer un libro infantil que era de tu madre,

y entonces, justo cuando te estás preguntando por qué en tu vida nunca pasó nada mágico, el carpintero te dice que tienes carcoma en las tablas». Después de una visita al B&Q de Telford había descrito los estantes de herramientas como «adornos masculinos, objetos coleccionables para hombres». Era todo muy de Victoria: autocrítico y alegre, deliberadamente crispado, quizás. «Hay que decir que estoy conociendo gente bastante rara».

Shaw nunca había respondido porque no quería alentarla a que se tomara la costumbre; pero a menudo los mensajes lo hacían sonreír.

–¿Victoria?

El tono de marcar volvió de repente y él colgó el receptor. Para variar, Wharf Terrace 17 estaba en silencio. Las corrientes de la escalera acarreaban tenues olores de alguna cena para llevar –el atún crudo con porotos de soja fermentados del Tosa de Ravenscourt Park– para filtrarlos por debajo de la puerta. Él miró al otro lado de la calle, donde, entre los techos de las casas, se veía el anaranjado inerte y sin embargo turbulento de la aurora estival de Londres; y entonces, luego de dos o tres minutos –como quien ha sacado del fuego una olla caliente y le ha dado un ratito para enfriarse– descolgó de nuevo el teléfono y marcó el número que Annie Swann le había dado después de la sesión.

–A veces –dijo– siento que nunca he sabido quién era.

Cuando se despertó a la mañana siguiente se sentía más tranquilo. En cierto modo se sentía a gusto con él mismo. La sensación duró hasta media mañana, para después volver fugazmente de a ratos.

En vez de trabajar, siguió familiarizándose con el lugar de trabajo.

Bajo la ventana que daba a tierra encontró un zapato de cuero y una cuchara cubierta de lo que parecía yogur endurecido. Al fondo de los cajones del escritorio aparecieron: hilo para paquetes, una cinta adhesiva Sellotape del ahumado color bromo de los frascos de remedios victorianos, medio lápiz indeleble. De atrás del archivador recuperó unas páginas del Brent Advertiser de junio de 1984, muy

bien doblado para desplegar un artículo sobre un hombre que seis años antes había simulado su muerte, acción esta que lo había reducido en un instante a una nota cuidadosamente compuesta y una pila de ropa en el camino de sirga un kilómetro y medio al norte de los astilleros de la confluencia. En el intervalo, le recordaba el Advertiser a su público, se lo había visto río arriba y río abajo –con frecuencia desnudo y ansioso, se contaba– gesticulando sin sonido como detrás de un vidrio; vislumbres que siempre había sido fácil desestimar. Ahora había aparecido de nuevo, arrepentido pero incapaz de dar cuenta de sí. Todo ese tiempo había vivido con su esposa, una profesora de química, en Acton. «Harry trató de desaparecer de su vida», explicó ella. «Eso es imposible de hacer. Yo le dije que no podía funcionar. Creo que los dos queríamos algo nuevo». La fotografía correspondiente había sido borrosa y falta de contraste, sospechó Shaw, desde el momento en que la habían tomado.

Volvió a embutir el Advertiser detrás del archivador; los otros objetos los devolvió con cuidado a sus lugares (aunque por repugnancia tiró zapato y cuchara al río). No tenía idea de si habían pertenecido a alguien en particular, ni a qué tipo de inquilino. Tampoco ponían en contexto la ubicación actual del módulo ni explicaban la desconexión con el pasado.

Más tarde, orinando desde la punta de una de las barcazas abandonadas más allá, invisible entre los altos hierbajos y los débiles arbustos que crecían en cada medio metro cuadrado de la deteriorada cubierta, creyó oír algo detrás de él. Más lejos hubo unos movimientos confusos en el casco, seguidos de un revoloteo o crujido, fuera del alcance de su vista; luego un suave plaf, como si algo se hubiera resbalado furtivamente al río. Esperó las ondas pero no aparecieron. Se inclinó sobre la borda para mirar a un lado y otro. Nada. Ansioso, se cerró la bragueta y se abrió paso por la vegetación hacia la tierra. Ahí dentro, entre brotes recientes y corolas marchitas, todo daba una sensación de sequedad y al mismo tiempo de delgadez podrida. Pequeñas polillas color crema flotaban entre latas de cerveza deslucidas y jirones de bolsas de plástico. Un manto fibroso estaba reemplazando la vieja cubierta, pero debajo aún se sentía cimbrar la madera descompuesta.

Seguro en el camino de sirga, miró atrás. Pensó que en ese matorral caliente, denso, sin aire, promiscuo, podía estar creciendo cualquier cosa. Pero la superficie del río se veía compacta y bruñida hasta Kew Bridge, donde los muelles la disgregaban en espirales y tolvaneras que se alejaban hacia Barnes. Era una de esas mañanas londinenses en que la cerrazón distribuye parejamente la luz por el cielo. El sol no irrumpe pero uno lo siente allí todo el día, envolviéndolo, hasta que se le cansan los ojos y se refugia en un bar. El mal tiempo de la semana anterior se había replegado en humedad calurosa, pero seguía inmanente al pálido resplandor metálico que se extendía por la ciudad. Todo estaba otra vez polvoriento, pero siempre era posible que el cielo se abriera. Lo peor de julio, el anticipo de agosto, cuando hacia un lado y otro del río, de Saint Margaret a Putney, los pelargonios rojos cuelgan apáticos de los tiestos municipales y uno espera que el tiempo afloje pensando que bien habría podido irse a España.

A la hora del almuerzo, para cambiar, caminó río abajo hasta Strand-on-the-Green y comió una hamburguesa sentado fuera de un pub llamado City Barge, mientras mujeres de mediana edad con pantalones de yoga de Liquido y Spiritual Gangster paseaban a sus perritos en miniatura entre él y el río. Shaw sintió que estaba harto de ese lado de las cosas. Había cambiado la corriente. El agua empezaba a aflojar y revolverse. En el medio, la isla de Oliver parecía un acorazado victoriano abandonado en la luz temblorosa, con las rasas planchas de hierro convertidas en losas. Yo nunca tendría que simular mi muerte, se encontró pensando. Ya casi me he esfumado. Parte de él recibía bien eso. A otra parte, más grande pero tan distribuida en su personalidad que parecía invisible, le daba un pánico silencioso de veinticuatro horas de duración.

Los miércoles al atardecer se encontraba con Tim en la oficina. Allí revisaban el video del encuentro más reciente de Shaw con la médium. En un buen día eso abarcaba un tiempo impreciso entre los cinco y los cincuenta minutos de la cara de Annie Swann dormida; en un día malo, un informe equivalente de estantes de libros, adornos, ropa desordenada, paredes. Si bien Shaw había aprendido enseguida a liberar una mano cuando empezaba el trance, rara vez podía liberar las dos; tampoco podía aliviar las contorsiones a que lo arrastraba el subsiguiente derrumbe de ella en

el sofá. Como resultado, al final de cada sesión estaba exhausto; y las sacudidas de la cámara habían reducido todo a un borrón mal iluminado con mucho grano.

Si Tim encontraba en la grabación algo que valiese la pena, lo editaba en el acto y luego lo subía directamente a La casa del agua, que como muchos sitios parecidos estaba diagramado en Palatino 10 roja, a un solo espacio, sobre fondo negro; menos una estética que una promesa, una marca: la mala presentación como garantía de autenticidad. Mirando la edición por sobre el hombro de Tim, Shaw atisbó grandes bloques de texto sin levar y luego material de su sesión repartido como una secuencia de breves primeros planos desproporcionados entre frases como «el proyecto de desarrollo estratégico 10A y la Hipótesis Acuática» o «yacimientos arqueológicos en los complejos subterráneos de Yucatán». A continuación, de repente, sin previo aviso, lo que parecía una noticia de un tipo de publicación muy diferente: «Ayer observé cómo una garza se comía una anguila viva a pleno sol en el banco de lodo del Muelle Sur. Hoy había niebla: el barro estaba casi inundado, la garza todavía esperaba allí. Me dan miedo los canales ocultos de la confluencia y odio la bajante tanto como las barcas medio hundidas». A Shaw esto le resultó extrañamente íntimo, como si hubiera leído un diario personal, y sin pensarlo dijo:

–No me dijiste que el blog era tuyo.

–Estaba seguro de que sí –dijo Tim, sonriendo sin levantar la vista.

Shaw no tenía idea de cuán privado se suponía que era todo eso. ¿En qué medida debía él considerarse implicado? ¿Involucrarse era parte de sus tareas? No sabía bien cómo preguntar. No sabía bien hasta qué punto estaba invitado a unirse. Contemporizó fingiendo interés por el mapa de la pared.

Era de unos noventa centímetros por sesenta, viejo y descolorido, doblado en las puntas, con marcas de óxido donde se habían retirado chinches anticuadas. La tierra aparecía en gris, el mar en blanco. Si uno lo miraba bastante rato, ahí tenía delante un planeta inédito. Presentaba un mar con la forma de las Américas, otro mar como la mitad oriental de Rusia. Entre los dos, en el centro, se extendía ese vasto continente nuevo que ni siquiera tenía nombre.

Un parpadeo y desaparecía. Imposible recuperarlo. Uno se quedaba con un monótono planisferio sobre el cual alguien había marcado grupos naturales de una repetida secuencia de ADN –encontrada a veces en el gen humano Kv12.2–, que se había originado, leería después, «hace más de 500 millones de años en los genomas de especies marinas» y desempeñaba «un rol decisivo en la memoria espacial humana». Por qué alguien habría cartografiado eso no estaba claro: como forma de mirar las cosas era insólitamente específica, y para navegar no servía.

Cuando vio que Shaw miraba el mapa, Tim sonrió para sí como si lo hubiera esperado.

–A ti también te interesa –dijo–. Le pasa a todo el mundo. Una noche quédate más. Bébete una copa. Echa una mirada a la documentación.

–Tal vez lo haga –acordó Shaw, tratando de que el tono indicara un escepticismo jovial.

En privado se preguntó por cuánto tiempo podría eludir la invitación. En el pub o en la lavandería, el único otro lugar adonde parecía ir, Tim siempre conversaba en serio. Siempre estaba intentando persuadir a alguien de algo. A la noche, desde el camino de sirga, a veces había luz en la ventana de tierra de la oficina del módulo, y desde adentro llegaban voces. Se podía ver a Tim dispuesto como un personaje de un cuadro de Hopper, o algo presentado en un acuario o en un mueble refrigerador muy iluminado. Se le podía leer el lenguaje corporal. Se podía oír una conversación. A menudo era defensiva, como si estuviera hablando con un cliente; a menudo unilateral, como si hablara por teléfono. Pero a veces el cliente estaba ahí, exigiendo no tanto un reembolso, se habría dicho, como algo monetariamente más satisfactorio que Los viajes de nuestros genes. ¿Qué podía ofrecerles Tim excepto ideas vagas? Era manipulador, notaba uno, pero no de los buenos. A veces durante esos intercambios parecía estar rogando.

Shaw estaba tardando demasiado con las cosas, le dijo la madre la vez siguiente que fue a visitarla. Se comportaba como si fuera a

vivir para siempre.

–No pones manos a la obra –dijo. Y después de una pausa reflexiva–: Eso la gente no lo perdona.

No era una queja nueva en ella, aunque Shaw nunca estaba seguro de qué quería. ¿Cuál es la velocidad correcta para vivir? ¿Qué densidad es apropiada? Y por cierto, ¿qué constituye una vida? Debía admitir que ella nunca se había detenido mucho en nada. Hojeando los álbumes de fotografías, era difícil verla ralentizar en algún punto de la trayectoria que se había adjudicado. Arriba como un cohete, abajo como un palo: cada proyecto sentimental reemplazado por otro no bien surgía un ínfimo problema. A los ojos de un Shaw de siete años, ese lastre había sido para ella una maldición y un profundo misterio: su culto. Lo había adorado y temido. Cuando las cosas iban bien no paraba de exaltarlas; al día siguiente se habían vuelto demasiado complejas de manejar y de golpe ella se iba, y podían pasar meses y hasta años sin que se supiera nada, después de lo cual había una postal, una reunión lacrimógena pero rígida que inevitablemente prefijaba otra partida. Para Shaw había una familia nueva, cuyos miembros podían o no estar presentes.

De un lado a otro por la costa sur entre Hastings y Ramsgate, cada comienzo era un falso comienzo. De banco de grava a monobloc colmena, ella había vivido persiguiendo hombres con estrategias o perseguida por ellos. Más tarde, al oeste y el norte, todo el rodeo hasta el canal de Bristol, en perdidos pueblos de vacaciones y barrios de caravanas de Aberystwyth a Anglesey, de Liverpool a la bahía de Saint Annes, encontraba pequeños, rápidos, activos empresarios que le recordaban a su padre; hombres que como él siempre la cautivaban hablando de algo que conocían, hombres con un oficio –agente de bienes raíces, carpintero, contratista de espigones– que también tenían sueños. Trabajaban todo el día y a la noche hacían planes para construir una pista de karting en un pueblo de jubilados, un bazar porno en una península deshabitada. Conocían la costa marítima, quizás le tenían cariño; sobre todo deseaban montar un proyecto propio contra aquel esplendor. Luchaban cinco años por el permiso de obra y luego se paraban orgullosos en los escalones de un cine decadente o en la cima de un

acantilado, en un campo en declive purgado de diez centímetros de abono, para que los fotografiaran con una bufanda de fútbol.

Con uno o dos Shaw siguió en contacto. A otros su vida los volvió a manifestar al azar, como si le ofrecieran a él, o él a ellos, una segunda oportunidad de algo indefinible; algo de valor ignoto, percibido como ansiedad.

Un sábado de llovizna a la mañana un profesor jubilado de Swansea había llegado al umbral de la casa compartida en Maida Vale donde por entonces Shaw estaba viviendo en una linda habitación doble con una mujer llamada Jasmine. El profesor se llamaba Keith y en la primavera de la vida había enseñado escritura creativa a presos de una cárcel de máxima seguridad en la isla de Wight. Ahora andaba por los setenta y tantos y cuando Shaw respondió al timbre ya estaba borracho. Tres de la tarde, fines de noviembre, quince años o más desde que había sido su padre: Shaw no se figuraba cómo había conseguido la dirección. Aún más difícil de entender era qué quería Keith, aunque había llevado una carpeta de poemas manuscritos con el título general de «Para complacer al corazón muerto hace tiempo». Cenó con ellos, miró la tele, bebió syrah hasta la parálisis y después Jasmine lo llevó a la estación en su Austin Metro. Durante el viaje abundó en su teoría del corazón; apoyó la mano en la rodilla de Jasmine; calificó a Shaw de apocado. Si alguna vez necesitaba un hombre, le sugirió, tenía que buscarlo a él.

–Perdió el último metro –dijo ella cuando volvió–. Lo dejé ahí y nada más.

Shaw se sintió avergonzado por los dos.

Pocos meses después Keith murió bajo anestesia durante una intervención de rutina en venas con várices. Para entonces Jasmine, tan desconcertada con Shaw como antes con Keith, se había ido con un podador de árboles. Nadie la culpó. Hubo un funeral, celebrado en algún lugar sórdido de la península de Gower, al que Shaw no tuvo ganas de asistir; conservó los poemas, aunque no valían gran cosa. Vistos en el contexto de sus relaciones con la madre, hombres como Keith parecían menos errantes que perdidos. Lo que faltaba en el recuerdo de Shaw era la impresión de ellos como seres humanos: desde tan lejos no podía devolverlos al retrato.

–Hijos de puta –decía la madre–. Toda la banda.

¿Pero qué sabía uno de la gente? En un intento por distraerla y mantener el álbum intacto –por si al fin le enseñaba algo, tanto sobre él como sobre ella–, a menudo Shaw le llevaba una selección de videos. Los miraban juntos por la tarde, en un Panasonic de pantalla plana de cuarenta pulgadas provisto por el servicio del hogar. Él elegía películas que ella podía haber preferido cuando joven, y que se conseguían en remasterizaciones con material extra. Escalera al cielo, Qué bello es vivir, Las zapatillas rojas, Extraños en un tren, Sé adónde voy. Pero sus únicos verdaderos éxitos eran Breve encuentro, durante la cual ella sonreía y reía de contenta, y La dama y el vagabundo, que miraba como si fuera un programa de naturaleza. La mayor parte del tiempo ella dormía, y Shaw se quedaba allí sentado, transitando entre el aburrimiento y la rabia los implacables ciclos de comedias de Ealing o Powell y Pressburger.

A las cinco ella se despertaba, miraba en torno y murmuraba como si todavía estuviera en su casa:

–Ay, Dios. Supongo que es hora de que haga un té. –Y enseguida, ansiosa–: ¿Hoy no vamos a ver las fotos?

–En vez de eso vimos la película –tenía que explicarle Shaw.

–¿Qué película? –replicaba ahora ella–. No digas estupideces. Yo no vi ninguna película. –Y como si surgiera del mismo pensamiento–: Mira, no esperes a que la vida pase a buscarte, eso es todo. Ahí tienes mi consejo. Tu vida nunca te lo va a perdonar.

Camino a la salida, él se paró a mirar el Arnold Böcklin de la sala común, solo para descubrir que lo habían movido con el resto del arte a otro espacio del edificio y en su lugar había varios grabados pequeños de John Atkinson Grimshaw.

Borrosas calles como estuarios en el centro de la Leeds del siglo xix; una versión de Hampstead emplazada en vagos riscos por encima de agua poco profunda; figuras ambiguas en un vasto muelle inclinado, por lo demás desierto. Un cambio de mar, un cambio radical bajo un aire húmedo, con mal tiempo, a lo lejos, de noche. Todo licuado.

Donde no estaba la luna brillando en el agua, todo parecía la luna brillando en el agua: costaba ver qué había estado pensando el artista. Bañado en los olores transformadores de cocina de geriátrico y limpiapisos, con el tráfico de la A316 detrás de él como un tinnitus o un oleaje, Shaw permaneció cautivado hasta que terminó el horario de visitas y le pidieron que se fuera. Si todo cambio es un cambio radical, pensó en el tren de vuelta a Mortlake, su crisis –lo que fuera que hubiese sido– cabía describirla más como distribuida que como catastrófica. Un cambio radical excluye la causa única, no es convulsivo ni propiamente concluyente: tal vez, como cualquiera hundido seis brazas en su vida, él simplemente había experimentado una serie de ajustes, crecimientos excesivos y disoluciones: procesos tan lentos que acaso siguieran en marcha, tal que las cosas que le pasaban ahora no eran secuelas sino el borde en expansión del desastre lamiendo costas hacía poco irreconocibles.

–Otra cosa –había intentado explicarle a Victoria Nyman no mucho después de la primera vez que se habían acostado juntos–: una crisis puede ni siquiera ser tuya. Tal vez nadie podría reclamar una crisis como cosa personal. Si no se cree que sea propiedad tuya, una crisis puede ser casi imperceptible.

–Permíteme: ¿entonces dónde estaría exactamente la crisis?

–Digo que serías parte de todo el asunto. –Y con impaciencia–: Fuera lo que fuese.

–El asunto es este, aquí.

Victoria seguía enviándole mails. Crecientes huecos en el relato sugerían que cada vez le interesaba más vivir su vida que describirla. Su casa le seguía encantando, decía, aunque había que reparar partes del tejado e instalar drenajes en los sótanos. «Por qué suena tan romántico un sótano», preguntaba, encerrando la palabra entre asteriscos para contenerla y enfatizarla, «antes de que firmes el contrato». Había conocido gente bastante extraña. Estaba siempre en el auto. Caminaba mucho, también, y para conocer bien el condado, que era Patrimonio Histórico Inglés de punta a punta. El año próximo iba a cerrar la central eléctrica. «Mientras tanto, cada antigüedad ruinosa en cincuenta kilómetros a la redonda asegura que en 1432 albergó una reunión del Parlamento». ¿Qué pensaba

Shaw de eso?

Ella desbordaba de una energía veleidosa. No pasaba una sola semana sin que le tomara el pelo. «¿Cómo se está llevando ese pez contigo? ¿Siempre enamorados?». Menos que mails eran el sonido de un programa de radio alegre pero indistinto que llegaba de una ventana abierta unos metros calle abajo. A veces él dejaba pasar un día o dos para leerlos; a veces no los leía.

12

Un puerto cualquiera en la tormenta

A última hora de la tarde en la ribera, cuando volvía a su casa desde el Fox Inn de Hanwell, Shaw tuvo necesidad de orinar.

El río estaba crecido. Fuera de las luces del camino de sirga había suficiente luna como para proyectar una sombra. Optó por una de las barcazas más ruinosas de las varadas en el barro a unos metros, en fila, corriente abajo de la confluencia del Brent. Era más grande que las otras y quizás la favorita de Shaw, aunque solo la había visto de día, cuando en la proa se podía distinguir la palabra «Anábasis» estampada en letras blancas cubiertas de moho.

Se accedía por encima de un muro de cemento, entre dos garrotes de sauces podados, bajando por una escalera de aluminio más bien nueva y luego por un tablón angosto a metro y medio del agua creciente. No bien uno estaba a bordo, lo saludaba un matorral espeso sembrado de latas de cerveza aplastadas y deslucidas, jirones de bolsas de plástico, ropa interior dejada ahí como una ofrenda, un total que olía a geranios y –misteriosamente– a pesto barato. Todo eso era bastante familiar. Pero varios senderos que Shaw conocía bien por la tarde parecían menos manejables en la oscuridad, y pronto se perdió entre los desordenados trastos de la cubierta, nidos de cables y pilas de tablas mojadas, entre los cuales las viejas escotillas combadas se presentaban como entradas a un inframundo. Negras por la candelilla del año anterior, marañas de saúco y avellano colgaban sobre el agua. Al levantarse con la marea la estructura se movía y chirriaba. Todo parecía más grande de lo que Shaw se esperaba. Al cabo de unos minutos una sensación de vacío a su izquierda lo convenció de que el río estaba hacia allí. En cambio llegó a la enorme y roma borda de tierra de la proa, donde la cubierta, podrida por décadas de filtraciones de ácidos del suelo, se había hundido suavemente en el casco para producir un claro como un plato.

No era gran cosa: unos pocos metros cuadrados de hierba al ras que los pies sentían mórbida pero podrida. En los bordes había basura pero en el medio no. La luz de la luna blanqueaba todo, dando una mayor sensación de espacio abierto que la que uno habría esperado; prismáticos destellos partían de algo que Shaw tomó primero por vidrios rotos, pero resultó ser una precisa hilera de tres frasquitos medicinales victorianos enterrados en ángulo en la hierba como si la hierba hubiera crecido alrededor para asegurarlos. Cada cuello picado estaba cubierto con una tira de kleenex sucio. Los frascos eran hexagonales, de hombros rectos. En su día habían representado el alivio del dolor, el alivio vital, el alivio de las fiebres y revelaciones de la vida; ahora su función no estaba clara, aunque sin duda no era ornamental. El fluido lechoso tan cuidadosamente aislado adentro parecía semen, pero pensándolo bien no era tan espeso. La luna le daba un matiz verdoso.

Cuando Shaw se inclinó a examinar el arreglo, alguien surgió de la maleza a su lado. El débil tablado vibró de un sacudón. Tuvo una fuerte impresión de que los sucesos lo apabullaban antes incluso de percibirlos. Algo frío y musculoso le aferró un brazo, envolviéndolo en un olor que no reconoció. Lo despegó del suelo y lo apartó de un empujón. Hubo un momento de confusión mientras trataba de mantener el equilibrio; un contacto más que lo hizo girar; luego una figura desnuda, muy pálida, no tan grande como él había supuesto, separó la vegetación y escapó doblada en dos entre los tallos. «¡Eh!», le gritó él, pero ya había desaparecido. Bamboleándose, el casco se inclinó sobre el lado; volvió a enderezarse como librado de un peso. Siguió un sordo plaf y después un breve período de manotazos enérgicos muy alejados en el río. Silencio. Shaw oteó la oscuridad. Era una noche típica de la ribera del Brent, con el tráfico de ida y vuelta por Kew Bridge, risas y vómitos de bebedores más allá en el camino de sirga, una rápida explosión de música por una puerta abierta. Se masajeó el lugar del brazo de donde lo habían agarrado. Los dedos salieron fríos, pegajosos y húmedos.

–¡Por Dios! –dijo en un jadeo, restregándose la mano en los muslos–. No había necesidad.

Los frascos ya no estaban. Se arrodilló y estuvo un momento hurgando las limpias cavidades hexagonales que habían dejado;

después, imaginándose el suelo lleno de filos oxidados, ecosistemas de condones hechos abono, jardines de microbios –quizás semanas de su propia orina–, se apuró a levantarse, se limpió la mano de nuevo y subió a los tropezones por el camino de sirga, directo hasta el Watermans Arts Centre, cuyas ramificadas partes traseras de ladrillo asqueroso lo confundieron tanto que por un momento se perdió y trató de abrir una puerta de emergencia embistiéndola salvajemente en la oscuridad, tres o cuatro veces, hasta que al fin consiguió acceder al frente del edificio, encontrar el bar del subsuelo y, sin resuello, beber un whisky mirando en torno el neón violeta y las desocupadas sillas de plástico.

A la mañana siguiente, en la estela de rizos de sueños inestables, fue a ver a la médium.

El cambio radical ya se había engarzado en esa relación. Él la llamaba todas las noches, marcando mal varias veces antes de lograrlo, y entre un intento y otro miraba la lluvia pulir los techos al otro lado de Wharf Terrace. A la mañana siempre le costaba recordar qué había necesitado de ella, aunque se acordaba de frases que intuía típicamente suyas: «sensaciones de estar muerto» o «vivienda de alquiler». Le daba vergüenza. Se le había vuelto hábito. Estaba fracasando en superar por dentro de él una fuerza ansiosa de un sosiego que nadie en el mundo podía darle y cuya índole lo sorprendía en el momento mismo de articularlo.

–La cuestión es que en realidad no veo dónde estoy. Ahora no.

En respuesta solo recibía un silencio maleable. Shaw lo creía confuso, serenamente improductivo, pero en cierto modo expectante, hasta intenso. Rara vez era ella quien terminaba la llamada. «A veces –sugería por fin– necesitamos solo oír otra voz», dejándolo resumir en un murmullo autolesivo:

–Yo no soy así. No siempre fui así.

–Nadie puede vivir sin cambiar.

Cuando se encontraban, la médium nunca se refería a estas

conversaciones. De hecho, a veces estaba tan preocupada que parecía casi incapaz de identificar a Shaw como la persona que la visitaba una vez por semana.

En los Avenue Gardens, uno de los extremos del cementerio de Old Mortlake, una mujer sentada en un banco comía una especie de wrap o pan pita relleno. En el hospital Barnes, al otro lado del muro del cementerio, un cartel publicitaba que se ofrecían «los mejores servicios de la ciudad para personas con problemas de salud mental». Tal vez la mujer era una paciente externa, pero se la veía tan agobiada que podía ser una enfermera. Cuando Shaw agitó la mano, ella se levantó enseguida y se fue. Como él ya estaba medio convencido de que era Annie Swann, cuando un par de minutos después llamó a la puerta se sorprendió de encontrarla en casa. La puerta se abrió directamente a la sala delantera. Desde el cementerio la luz se filtraba hasta la pared de arriba del hogar, donde permanecía rojiza e inerte.

–Me pareció haberte visto por allá –dijo Shaw–. No esperaba encontrarte aquí.

Ella miró vagamente hacia donde él señalaba.

–Mejor entra –dijo– y siéntate.

–Soy el amigo de Tim… –le recordó él.

–¿Tim? –dijo ella–. Tim no tiene amigos. –Rio. De pronto se agachó frente a él y se puso a restregar el felpudo. Turbado, Shaw se quedó mirándole la coronilla–. La persona que vivía aquí antes recibe más cartas que yo. –Tomó su puesto en la cocina y luego de dos minutos de silencio dijo–: La del parque podía ser yo, supongo. Supongo. –Él oyó que se rasgaba un sobre, el chorro de un grifo, golpeteo de ollas en un escurridor. Cuando ella volvió a la sala parecía más dueña de sí–. Yo lo llamo parque. ¡No todos quieren tener en cuenta que viven al lado de un cementerio! Y ahora ven a sentarte que podemos seguir.

–Durante estas sesiones contigo siempre siento una especie de calma

–dijo Shaw–, como un reposo.

Era un intento de darle pie, pero ella solo dijo:

–Eso es bueno. Muy bueno.

La sesión tenía sus ritmos. Shaw se había familiarizado lo suficiente para despegar la mano con suavidad, mientras en su alteración de conciencia Annie resollaba y se movía, y vagaba por la casa. Todas las casas adosadas de esa calle eran de disposición vertical, con cocinas y baños construidos como extensiones en jardincitos y escaleras empinadas que daban a dormitorios individuales. Shaw anduvo por allí arriba. No había ninguna novedad. Recogió una foto de dos niños –que si eran de Annie no vivían ahí con ella– y entró en el baño, donde había un fuerte olor a gel de ducha y pasta de dientes. La bañadera aún contenía diez centímetros de agua donde flotaba un juguetito mecánico, una figura de plástico rosa con un traje de baño eduardiano a rayas azules y blancas. En conjunto, el juguete y el agua de la bañadera formaban un mundo circunscrito, curiosamente completo. El juguete zumbaba por la bañadera, agitado pero lento, hasta que chocaba contra el lado. Después el avance era lateral, incierto, hasta que se le terminaba la cuerda. Se pegaba a los márgenes. El agua estaba tibia, como si Annie hubiera salido al tapete solo un minuto antes. Shaw animó a la figura a hacer un par de circuitos más y luego la retiró, la secó con una toalla y se la puso en el bolsillo. La foto la volvió a dejar en el dormitorio.

A menudo se preguntaba cómo encajaba la médium con su propia vida. Todas las cartas que había en la cocina tenían de destinataria a «Annie S. Swann» en una letra que él reconoció. Una sola estaba abierta. Estaba a punto de leerla cuando la oyó llamarlo desde el trance. Volvió a la sala y la miró. Después levantó los ojos hacia la pared, por encima del hogar, hasta que llegó el momento de sentarse y volver a tomarle la mano.

–Sí que percibo algo en ti –dijo ella cuando se despertó–. Tendrías que escuchar más a la gente que conoces.

Era el turno de él para reírse.

–¿A quién conozco? –dijo–. ¿A quién crees que conozco? –Estaba enojado y se preguntó de dónde había salido aquello. Recordando sus dificultades sociales de los últimos años, se quejó–: La gente trata de ayudar, pero no tienen otra herramienta que sus teorías sobre ti. Lo mismo da que no estés. En definitiva están hablando con ellos mismos.

–Aun así –dijo Annie Swann alisándose tranquilamente la falda.

–Yo no conozco a nadie.

De nuevo en el cementerio, se sintió como si siguiera revisando pertenencias ajenas, y ni siquiera con interés. La mujer que había visto al llegar estaba de nuevo en el banco, desplomada y todavía comiendo. No podía situarla. Era mayor que las madres con leotardos de compresión y zapatillas caras para correr que uno veía en East Sheen durante el día; no tenía buena postura. Detrás de ella viejas lápidas estrechas se inclinaban en ángulos agudos; pasado el banco había en el césped una regadera caída de lado. Desde la última visita de Shaw a la médium, en el tablero de anuncios de la entrada había aparecido un número de emergencias del ayuntamiento. ¿Qué clase de emergencia, se preguntó él por un instante, podía haber en un cementerio? ¿Una necesidad urgente de enterrar a alguien?

Empezó a llover y seguía estando húmedo. Volvió a su casa, dormitó frente a una película que había comprado para su madre –El salario del miedo– y al atardecer se encontró con Tim Swann en la oficina para presentar la prueba del trance más reciente de Annie.

La respuesta de Tim a esos informes era invariable. No parecía que el resumen verbal de Shaw le interesara. Descargaba el video, golpeteaba en la mesa con impaciencia, suspiraba de decepción y de pronto se inclinaba hacia adelante como si por fin algo le hubiera llamado la atención en la pantalla. Después solo necesitaba pulsar unas teclas para generar un archivo GIF de diez segundos del documento y pegarlo en La casa del agua.

–¿Tú ves lo que veo yo? –le preguntó esa tarde a Shaw.

Shaw no veía nada en especial. Annie Swann yacía en el sofá abriendo y cerrando la boca despacio. Se la veía contenta. Claramente estaba dormida. De repente en el rincón superior derecho de la imagen empezó a parpadear una marca de hora. Mientras intentaba sacarlo, con una suerte de brusquedad calculada Tim dijo:

–Estás clavado aquí por un rato; ¿por qué no mirar la documentación como se debe?

Fuera caía un diluvio sobre el río. Los dos estaban mojados de andar por el camino de sirga. Ninguno se había sacado el abrigo. Se inspeccionaron como dos animales que se topan en un campo, cada uno intentando determinar qué se esperaba de la situación. Shaw experimentó un cortocircuito, una reconexión, la secuela inevitable del primer encuentro inicial en el cementerio: algo que habría debido pasar allí en aquel momento y que desde entonces él había estado postergando. Se sintió acorralado por Tim; pero comprendió que Tim también se sentía acorralado, por sus propias necesidades. Era demasiado tarde para sugerir que fueran al Earl of March –además, ya empezaba a darle náuseas esa madriguera de saloncitos repletos desde las seis de la tarde de agentes inmobiliarios y figurantes de rango medio de la City–, así que, reconociendo que si dejaba crecer el silencio ninguno de los iba a saber cómo salvarse, dijo que sí, que era buena idea.

–Aunque esta noche no tengo tanto tiempo –se cuidó de agregar, como si la franqueza lo obligara a admitir que desde su punto de vista habría sido más sensato elegir otra noche cualquiera.

–Bueno, entonces la versión corta –alentó Tim–. El repaso rápido.

–Sí, magnífico. La versión corta sería genial.

–Magnífico.

La versión corta, quizás de cinco centímetros de grosor, resultó ser una descarga del sitio web, un fajo de artículos de prensa, observaciones anecdóticas y compendios científicos de toda materia, de la «ciudad misteriosa» turca de Göbekli Tepe a la secuencia de alzamientos de la cuenca Hoh Xil de la meseta central

tibetana; de las antiguas migraciones humanas –rastreadas por medio de haplogrupos mitocondriales– a los fundamentos gnósticos de la ciencia estalinista. Todo era una verdad o un misterio. Verdades y misterios circulaban juntos, fraguándose en capas inconformes de tiempo y datos. En Southampton, Inglaterra, el agua arrojaba a la costa partes de cuerpos. Alguien había inventado una aplicación para identificar lugares desconocidos cotejándolos con «una biblioteca de sesenta millones de imágenes». Dos párrafos de Wikipedia arrojaban nueva luz sobre subproductos metabólicos hallados a gran profundidad en la placa tectónica de Juan de Fuca. Se había probado que el primer genoma neandertal completo incluía ADN de al menos una especie humana previamente desconocida; al mismo tiempo, en Wiesbaden, Alemania, transeúntes casuales habían observado a un hombre de unos cuarenta años arrastrarse afuera de un canal y entrar corriendo en el denso tráfico de dos manos de la carretera cercana, donde primero lo había atropellado un BMW E30 negro con chapas del Reino Unido y a continuación un Peugeot pintado de azul mediterráneo.

La inútil especificidad de los dos últimos hechos parecía resumir la colección entera, que estaba intercalada de notas en Post-it –«¿Cuál es la naturaleza exacta de nuestras relaciones con las ciudades del interior?»– y memos personales, como si la necesidad del curador de encontrar un relato en la densidad de los acontecimientos lo incapacitara para hacer distinciones, no ya entre diferentes regímenes científicos y tipos de pruebas, sino entre sus obsesiones y su vida, aunque a menudo esto último se revelaba como un débil desarrollo secundario de lo anterior.

No bien Shaw hubo leído un par de páginas, Tim empezó a inclinársele por encima del hombro para señalar correlaciones.

–Fíjate aquí –decía excitado, pasando tres o cuatro páginas–. ¡Y no te pierdas esto! ¿Ves cómo cada conclusión vuelve imposible evitar la otra? ¿Te das cuenta de lo elegante que es? –Para Shaw nada de eso tenía sentido. Cuando lo dijo, Tim asintió sesudamente como si se hubiera hecho un delicado cuestionamiento académico–. ¡Justamente eso es lo que me obsesiona! En definitiva, ¿es en algún sentido la lógica el método correcto que aplicar en este caso?

Dudando de qué responder –y, como fuera, nervioso porque cualquier comentario suyo solo alargaría el asunto–, Shaw se oyó anunciar, quizás más rotundamente de lo que habría querido:

–Hoy Annie recibió tu carta.

Eso produjo un silencio, de parte de Tim asombrado e irritable, para Shaw turbador, que ninguno de los dos pareció capaz de manejar. Por el camino del Támesis pasó alguien gritando por el celular «¿Pero se sentía bien? Ah, bueno, entonces está todo bien». El viento rugía río abajo, retumbaba en el herrumbroso casco de la barcaza y aporreaba las paredes de madera de la oficina; sobre la corriente en descenso caía la lluvia. A lo lejos se oía chirriar el tráfico de atardecer saliendo de Hounslow, rumbo al oeste por la A315, para entrar en Chiswick.

Al fin Tim dijo:

–Igual creo que esto también va a gustarte. –Le estaba tendiendo un ejemplar de Los viajes de nuestros genes.

–Fenomenal –dijo Shaw–. Me llevo las dos cosas.

–Llévate las dos cosas –dijo Tim Swann como si no hubiera oído–. El libro lo firmé.

En su siguiente visita al hogar de cuidados Shaw encontró a la madre en la sala común, en un sillón debajo de las reproducciones de Grimshaw. Vivificada por una pelea con el personal por una cuestión de ropa de cama o de un baño –no habían dicho claramente cuál–, se había sentado con las piernas recogidas a un lado como una mujer mucho más joven. Era una postura de triunfo, obstinación y confianza renovada en sus propias opciones. El borde de un ojo le chispeaba al sol de final de la tarde. A poco se estaba negando a volver a su cuarto y mirar ¡Qué bello es vivir!

–Pero dijiste que te gustó mucho.

Ella se rio:

–Yo jamás dije eso. –Luego, mirando con desprecio el En peligro de Grimshaw, como si hubiera sorprendido al pintor en un error igualmente básico sobre la naturaleza de las cosas–: Estos tampoco me parecen gran cosa.

–¿Qué preferirías? –dijo Shaw–. ¿El muelle de Morecambe?

Sacó el libro de Tim Swann, lo abrió al azar y empezó a leer en voz alta. Cuando le leía, la voz de él la anonadaba hasta la pasividad. Shaw había cultivado esa ventaja emocional desde los seis años, un punto de su vida en que ella le había parecido una esfinge u otra criatura mitológica salvaje: carismática, de humor cambiadizo, difícil de analizar, más difícil de desactivar. Había sido su única arma en el conflicto asimétrico entre madre e hijo. Ahora, más un fastidio que un peligro, estaba a medias sentada, a medias tendida en una quietud cerosa, mirando el jardín donde un zorzal saltaba por el césped como si algo lo preocupara.

–No te pienses que no sé qué estás haciendo –dijo–. Estás tratando de congraciarte conmigo. –Escuchaba con un ojo puesto en los trajines del zorzal entre los rastros de los gusanos. Al cabo de unos diez minutos se levantó, apoyó la cabeza en la ventana y miró satisfecha cómo el pájaro alzaba vuelo–. Ese libro tuyo no cuenta una historia.

Shaw admitió que no. Línea a línea era tan desorganizado como La casa del agua misma. Artículos tomados de toda clase de publicaciones de ciencia aparecían codo a codo con listículos y mitos urbanos. Esos objetos sin parentesco esencial estaban ligados por medios gramaticalmente correctos a fin de producir relaciones de apariencia causal. Giros del todo sensatos como «sin embargo» o «si bien no deja de ser cierto que» conectaban proposiciones vacías de cualquier significado real, como si el escritor hubiese aprendido a imitar la estructura de la oración sin tener idea de cómo enlazarla con el contenido. Calificar los datos de «escogidos a dedo» habría sido erróneo, pensó Shaw, porque habría supuesto un argumento para el cual habrían servido de fundamento. En cambio eran partes de una lista interminable.

Hojeando el libro en busca de algo que la mantuviera interesada, lo abrió en una reproducción a página completa del mapa de la pared

de la oficina de Tim, a tres colores y con signos añadidos, ninguno de los cuales reconoció.

–En todo caso –dijo– no es un libro mío.

En el párrafo al pie del mapa, Tim se preguntaba: «¿Quién no ha soñado en algún momento de su vida con organismos extraños? Infestaciones. Esteras de algas. Actividad microscópica en corteza basáltica, solo detectable a través de subproductos, "tal vez el mayor ecosistema de la tierra". No precisamente animales. Y lo más frecuente, hay que decir, el tipo de cosas que crecen en capas en los sumideros. Son blandas. Yo también sueño con esa materia nervuda, fibrosa, que uno se encuentra en un mal aguacate. En este caso es rojo oscuro y traspasa todo».

Shaw cerró el libro y se encogió de hombros.

–Siempre podemos mirar a David Attenborough, sabes –dijo.

–Sé muy bien lo que estás haciendo.

13

El camino de los Swann

Annie Swann tenía otros clientes. Shaw nunca veía a ninguno –aunque una vez encontró una bolsa de plástico con CDs que según ella alguien debía haber dejado bajo una silla– excepto en la usual sesión masiva que tenía lugar el segundo martes de cada mes al final de la tarde.

Para ese evento la mayoría de los muebles era relegada a la cocina. Se cerraban las cortinas y se arrastraba el sofá para colocarlo frente al hogar vacío. Aunque era una velada diferente de las sesiones a que Shaw estaba habituado, calificarla de «masiva» quizás fuera demasiado ambicioso. La ocasión era formal de un modo amateur, como si los participantes no estuvieran realmente acostumbrados a estar con otra gente. Más o menos desde las siete la sala de la planta baja se llenaba con una docena de hombres en traje de oficina o chaquetas australianas de algodón aceitado. Pelo cano hasta el cuello y pulóver Guernsey azul marino eran distintivos de un jubilado. Cada uno parecía tener un solo defecto prominente –mandíbula engrosada, un ojo más grande que el otro– y si bien afectaban solvencia Shaw pensó que carecían de la pátina y la silueta un poco sobrealimentada que uno esperaría del hombre de edad del oeste de Londres. Apretados en la salita delantera, obligados a reagruparse cada vez que la puerta se abría para admitir un arribo tardío, se hablaban a gritos bastante alegres pero les faltaba confianza. Él había visto a uno o dos pero no pudo recordar dónde. Rara vez había alguna mujer.

Después de una media hora, durante la cual ella le pedía a su favorito de la semana que repartiera copas de jerez semiseco y aperitivos Waitrose, Annie ocupaba su lugar en el sofá, sonreía vagamente en torno por uno o dos minutos y paso a arduo paso se deslizaba en el coma mediúmnico. Incómodos, los hombres fijaban la vista en la pared por encima del hogar. Ninguno hablaba ni se

movía, aunque a veces podía cambiarse una mirada de lado. Para ella era menos agradable, más trabajoso, producir algo en esas circunstancias. Después estaba cansada. Había un largo período de desconexión, un delirio poco profundo durante el cual se le torcían y sacudían las piernas. Los hombres, lentamente liberados como de una atadura psíquica similar, tosían y movían los pies. Intercambiaban miradas sin expresión; luego, habiendo mirado un rato a Annie –acaso con la esperanza de que pasara algo más– salían de la casa uno a uno dejando entrar el frío aire del anochecer. Shaw, que a menudo se quedaba con ella a hacerle un té y ayudarla a arrastrar el sofá al lugar de siempre, los miraba alejarse a través del cementerio. Cuando habían desaparecido, Annie sonreía cansada, le palmeaba el brazo, le tocaba el hombro. Si en esos gestos había cierto flirteo, pensaba él, era nada más que un intento inconsciente de crear un vínculo con él. Eran ademanes de una intérprete cansada. Lo hacía sin darse cuenta.

Un anochecer, después de la sesión, él vio que en la pared de la sala había aparecido el mapa de la oficina de Tim, o uno del todo igual. Sujeto con una docena de chinches rojas a espacios reglados, se ajustaba precisamente al espacio descolorido de arriba del hogar. Pero cuando Shaw se lo señaló –diciendo algo como «Casi podría ser de aquí»–, Annie se puso susceptible.

–Debe estar aquí. Es mío. Es mi mapa. –Y luego, como si esperara que él discutiese–: Es mío. Siempre fue mío. Si quieres ayudar, ve a poner las copas de jerez en el lavadero.

Shaw miró de nuevo el mapa que, supeditando a la moqueta gris paloma y los muebles de pino de los ochenta, ahora dominaba el ambiente. Allí la luz del atardecer, al caer más directamente que en la barcaza, sin que el río la difuminara, revelaba que el papel del mapa era frágil, estaba endurecido, surcado por el uso y tendía a doblarse en los bordes. De cerca tenía un ligero olor, un poco a libro viejo, un poco a agua después de un baño. Había decoloraciones aleatorias. A lo largo de las costas y en medio de los mares se distribuían zonas gastadas, como si generaciones de índices hubieran llamado a prestar atención a lugares importantes que siempre escaparían al observador no versado. Cuando Shaw parpadeaba, el mar amablemente cambiaba de lugar con la tierra.

Después él dijo:

–No tendrías que cansarte así.

Por la ventana alcanzó a ver que el último cliente en irse –un hombre de pantalón de pana amarillo mostaza y pulóver marrón que se había pasado toda la sesión con algo que parecía una caja de zapatos bajo el brazo– seguía merodeando cerca de la entrada del cementerio. Al cabo de dos minutos se le unieron dos mujeres de pantalones media pierna y otro hombre de pelo asombrosamente blanco. Todos andaban por los sesenta, se conservaban bien, tenían voz rajada y un surtido de tics. Una de las mujeres llevaba dos perros salchicha de una sola correa. Después de una discusión se subieron a una camioneta Audi. Hubo algunos portazos y reapertura de puertas y luego la camioneta partió hacia el este por South Worple Way hacia el paso a nivel de White Hart Lane. Shaw miraba con una especie de incomprensión.

–¿Y de todos modos quién es esta gente? Lo único que hacen es aprovecharse.

–Tú eres muy buena persona –dijo Annie– pero un poco ingenuo.

Él ponderó ese juicio en el Earl of March, mientras cenaba una tarta de pollo y pernil ahumado. El pub estaba más vacío que de costumbre y en el aire había algo que le daba picazón en los ojos.

–A mí no me mires –le dijo la chica de la barra–. Es no sé qué que ponen en los baños. Ha estado así todo el día.

–No te estaba mirando –dijo Shaw.

Pocos días después de que el mapa apareciera en la pared de la sala de Annie, se encontró con Tim Swann en Barnes al lado del río. Era sábado, más de primavera temprana que de verano, y el cielo se estaba ensanchando sobre la costa de Chiswick. Tim se presentó con la misma vaguedad de siempre. Llevaba el amarillento saco de corderoy arremangado hasta los codos. Algo le había dejado un suave enrojecimiento en un lado de la cara. Estaba mirando el

escaparate de una agencia inmobiliaria, una de la docena que subía por la calle mayor serpenteando desde el río, y se había agobiado con un par de húmedas bolsas de plástico que levantó para que Shaw las viera. Pesaban tanto que le habían inflamado de grietas las palmas de las manos.

–A la pescadería siempre debes llegar temprano –aconsejó. Luego, como si para que él pudiera comprar algo bastara que las propiedades solo se comportaran un poco más sensatamente, agregó–: Mierda, mira qué precios.

Shaw se acercó a la ventana y conversaron un rato. Después Tim dijo que debía ir a Hammersmith. Caminaron juntos hasta la laguna de Barnes. En la islita del medio del agua se oía pelear a los patos, mientras en el estacionamiento de Essex House el mercado de agricultores se ajetreaba inevitablemente hacia el almuerzo: ansiosos banqueros de Francia y Escandinavia pugnando por el resto de pastas caseras, las carnes de granja de Somerset vendiéndose tan bien como siempre. Entre las once y las doce el prado se había llenado de ambulantes gestores de proyectos con hijos y labradores color chocolate preparados para una excursión a los Cotswolds; a orillas del lago se amontonaban niñitos que tímidamente ofrecían puntas de pan de masa madre artesanal a los gansos y las gaviotas de los bajos. «¡Tesoro, hazme el favor –se alzó una voz– de no dejar que te acosen así!». Tim consideraba esas actitudes con una irritación apenas reprimida, una tensión que se expresaba en pequeños temblores súbitos de los hombros o las comisuras de la boca.

–El Mort Lake, o «Lago Muerto» –dijo–. Si supieran algo de historia, si supieran lo que sabía John Dee de este lugar, mantendrían a sus malditos hijos en casa.

Aunque no tenía idea de qué iba implícito en la frase, Shaw sospechó que sería una referencia a La casa del agua o Los viajes de nuestros genes. No pudo hacer más que encoger los hombros. Ya no intentaba leerlos; se había dado por vencido.

–¿Yo sé algo más que ellos? –se preguntó, esperando que el tono indicara que sí, pero que la cuestión de qué podía saberse acaso fuera más compleja de lo que algún otro supondría–. De mí no lo

aseguraría. El de las ideas eres tú.

Tim soltó una risita.

–Muy cierto –dijo.

Por unos momentos miraron pensativamente la laguna. El tráfico se atascó, volvió a moverse, se atascó de nuevo. Esa mañana todo el mundo estaba de un buen humor que excluía tocar la bocina.

–Si supieran por qué en 2001 las Lagunas Oscuras se vaciaron solas de la noche a la mañana guardarían a los niños en casa –dijo Tim–. Sí, claro –agregó, sonriendo tristemente para sí–. Te estarás preguntando por qué uso el plural.

–Oye, ¿tu autobús no es ese?

–Dios.

Shaw lo miró debatirse entre los Maserati Biturbos y las bicis playeras Pashley cambiando de una mano a otra las bolsas de pescado chorreante. Sobre la marcha gritó por encima del hombro:

–¡La semana que viene vamos a necesitarte de nuevo en las Midlands!

El martes tomaron un tren a Wolverhampton. Era más tarde y había más aglomeración de lo que Shaw había previsto. El tren paraba en todos lados: después de cada parada la gente vagaba en vano de un lado a otro, golpeando bolsos contra los asientos como perdida en un sistema mucho menos lineal, y preguntando «¿Este es el vagón silencioso?». Pilas de equipaje se alzaban rápidamente en el pasillo y causaban bloqueos fuera del servicio. Shaw ocupó un asiento del lado de una ventana. Sentado enfrente de él, Tim miraba la lluvia agrisar a lo lejos el rodante paisaje a veces boscoso. Más cerca había hileras de álamos y, transcurriendo en primer plano, cortos pastos húmedos que daban paso a agua estancada y campitos cubiertos de zarzas. El vagón estaba cargado de un fuerte olor a cerveza mal digerida. Shaw le preguntó a Tim si quería comer algo. Tim lo miró se habría dicho que divertido.

Todo el viaje hacia el norte Shaw oyó hablar a una pareja sentada detrás de él.

Con un involuntario, pequeño suspiro de placer, la mujer dijo:

–¡Algo deben significar esas nubes!

Eran complejas, estratificadas, rotas por los vientos, las bañaba una opaca luz metálica; pero el hombre no estaba interesado:

–¿Dónde está Michael? ¿Dónde está Michael? –repetía por el celular, en voz demasiado baja y tan cerca de la oreja de Shaw que no podía no incomodar–. Ahora no te olvides. ¡No vayas a olvidarte! –Todo con una urgencia oculta, como si temiese que lo vigilaran–: ¿Dónde está Michael? –Luego, en otro tono, decepcionado pero a la vez desdeñoso–: ¿No vas a olvidarte de él? Bien. De acuerdo. Por ahora adiós.

–Yo prefiero el té de menta que me hago con hojas de verdad –dijo la mujer.

–¿Comer? –al fin le preguntó Tim a Shaw–. ¿Qué propondrías?

En Wolverhampton los esperaba un taxi local, un Toyota que olía a perros y pescado. Al parecer el taxista ya conocía a Tim. Era un hombre menudo, con una aceitosa campera de rally Castrol de la década del 70 y la cara enrojecida, surcada y plegada por sesenta o setenta años de vida Midland. Cada vez que se acercaba a una isla peatonal, alguna infección lo hacía sacar un anticuado pañuelo de algodón y limpiarse cuidadosamente los ojos acuosos. En un momento miró a Shaw por sobre el hombro como si estuvieran sentados cerca en un pub y dijo:

–Esos manzanillos no están en su mejor momento, ¿no? ¡Muchos aires de grandeza pero se los ve medio agotados!

Siguió mirándolos y asintiendo hasta que el Toyota empezó a cruzarse en la calzada opuesta. Desde el asiento trasero Tim se inclinó velozmente adelante y, ahuecando una mano sobre la cabeza del chofer, la ajustó para que mirase al frente.

–Tú trata de concentrarte –dijo.

–Ya es tarde para el manzanillo –les informó Shaw–. ¿No hace rato que se les pasó el momento, por cierto?

Paisajes periféricos con locales de comida para llevar y salones de tatuaje dieron lugar a jardines suburbanos y campos de deportes, que a su vez dieron lugar a matorrales y arboledas: país de Patrimonio Inglés, donde cada caserío proclamaba haber hospedado una reunión del Parlamento en el siglo xv. Al cabo de diez minutos Shaw empezó a ver señales que reconocía.

–Esto es Kinver –dijo–. Es donde vive Helen. ¿Qué hacemos aquí?

Tim se rio.

–Todo será revelado –dijo–. No tengo dudas.

–Parece que te enojaste –dijo Shaw.

Cuando llegaron estaba lloviendo. El pueblo tenía el aspecto provisorio de un polígono industrial a la luz del alumbrado público; más allá, valle arriba, sobre la escarpa bramaban turbulencias que ennegrecían la antigua arenisca de lo alto de la casa de Helen e intimidaban a los arbustos de abajo. Shaw y el taxista esperaron empapados y de mala gana mientras Tim mantenía un dedo en el timbre. Al fin Helen los dejó pasar.

–Hola –dijo Shaw.

Estaba más flaca de lo que él recordaba, vestida con leotardos de compresión tres cuartos y un top Lululemon. Él le sonrió pero no hubo retorno. La puerta se cerró detrás de ellos. Adentro hacía más frío que afuera; una polilla chocaba con las paredes del vestíbulo. El chofer, al descubrirse en el living, miró con una incredulidad divertida los grabados de flores de Georgia O'Keeffe que colgaban de la pared. Desde la última visita de Shaw los muebles parecían haber sido reordenados al azar. La impresión que tenía ahora de Helen era que se apoyaba demasiado en sus certezas. Ella dio vagas vueltas por la sala chocando como la polilla y después se llevó a Tim a la cocina, de donde se la oyó advertirle:

–Annie no se lo va a tragar.

Hubo un silencio, hasta que de golpe Tim gritó:

–Si Annie quiere el puto mapa, puede quedárselo. Pero todo lo demás va a ser para nosotros.

Riéndose, el taxista intentó que Shaw lo mirase.

–Pueden quedarse con el puto mapa –se burló.

Perplejo por la precisión de la mímica, Shaw desvió la mirada por el ventanal francés. En el jardín lámparas de haluro cobraron vida bajo el diluvio y en su repentino fulgor actínico se vio la piscina de Helen rodeada de equipaje de albañiles y materiales de construcción. Humos de escape derivaban por los conos de luz. Una excavadora JBC en miniatura empezó a rechinar por el césped ejecutando repentinos giros espasmódicos, mientras las figuras borrosas de tres operarios corpulentos con chaquetas reflectantes y antiparras de seguridad montaban un martillo hidráulico y lo conectaban. Parecían lentos e inexpertos. Después de una acelerada conversación durante la cual Shaw fue ignorado, Tim y el chofer salieron a ayudarlos. Los cinco hombres se pusieron a apalancar el borde de la piscina para elevarlo. Como resultó ser más difícil de lo esperado, usaron el cubo de la excavadora para romperlo a pedazos. Los fragmentos caían adentro pero tardaban un tiempo en hundirse, como si hubieran entrado en un medio más viscoso que el agua. Al mismo tiempo, en el centro de la piscina se desató un estruendo feroz. «¡Momento! ¡Momento!», Shaw oyó gritar a Tim. «¡Esto no funciona!». La excavadora paró chirriando y se inclinó lentamente con el brazo extendido en un ángulo extraño. La superficie hizo espuma y escupió; las luces parpadearon, fueron menguando y se apagaron, pero no antes de que Shaw viera a los obreros deshacerse de las herramientas y saltar torpemente al agua, mientras Tim y el chofer los alentaban. Hubo un largo silencio y después todos pasaron trastabillando por la puertaventana y se movieron trabajosamente entre los sillones John Lewis con un objeto grande envuelto en una lona azul. Chorreaba.

Helen, desdeñosa pero esencialmente apagada, consideró los hechos desde el umbral de la sala. Tenía el pelo pegado a la cabeza como si

ella también hubiera estado en el jardín.

–Tú no deberías tener relación con esto –le dijo a Shaw.

–Yo ni sé qué está pasando –dijo Shaw.

–¿Entonces por qué viniste?

No hubo respuesta.

–Pienso que tienes la esperanza de endosarle tu angustia a otro –dijo él–. No te culpo, cuando la gente entra así a tu casa. –Luego se oyó agregar–: Yo estoy viviendo sin explicaciones, no sé si me entiendes.

Los obreros habían desistido de transportar lo que hubiera en la lona; lo estaban arrastrando por el hall hacia la puerta de adelante. Debajo quedó agarrado un tapete. Una mesita cayó al suelo.

–¡Por Dios! –dijo Helen.

–Lo siento –dijo uno de los hombres.

Como no se le ocurría qué otra cosa hacer, Shaw los siguió afuera.

–¿No te das una idea de lo que está pasando aquí? –gritó Helen detrás de él–. ¿No te importa? ¡Pregúntate por qué has venido!

–No lo sé –dijo Shaw, más para él mismo que para Helen–. No sé por qué.

Se quedó en el umbral mirándolos lidiar con la lona y el contenido. Primero trataron de meterlos a pulso en el baúl del taxi. El resultado fue cierto estrépito sordo y que la lona boqueara. Fuera cayó un brazo con un puño cerrándose y abriéndose en la punta: era tan blanco que a la luz filtrada de la casa parecía verde. Shaw creyó oír gruñidos.

–Así que salió lo mejor que podía esperarse –dijo el chofer.

Al fin, con algún esfuerzo, embutieron todo en el asiento trasero. A esa altura la lona se había desplegado como una flor de Georgia

O’Keeffe. El forcejeo no dejaba de oscurecer el contenido, cualquiera que fuese, aunque de a ratos aún se veía cerrarse y abrirse el puño. Por los bordes siguió cayendo agua hasta que cerraron las puertas.

Los obreros fueron hacia los fondos del terreno; cuando pasaban, Shaw oyó que uno decía:

–Yo empezaría de nuevo. Empezaría de cero toda la tanda.

Mientras, el chofer, cuyo papel en la tarea lo había dejado doblado en dos en el reposapiés de atrás, se encaramó sobre el asiento para sentarse al volante y encender el motor. Tim subió a sentarse al lado. Miraron a Shaw y a través de él. Shaw se quedó observando el Toyota alejarse. Luego entró en la casa y le preguntó a Helen si lo llevaría a Wolverhampton.

–Viniste en un taxi –señaló ella–. Así que vete en un taxi, mierda. –Luego añadió–: Me gustaría saber cuánto va a costarme reparar esa piscina.

14

El pequeño nadador

Después de aquello, por una semana o dos fue difícil encontrar algo que decir. A la mañana, cuando Shaw llegaba a la oficina, del río se estaban levantando flecos de niebla. Él se sentaba un rato a esperar que el sol los disipara mientras se desenredaba de los sueños de la noche anterior. Tim llegaba tarde, si llegaba. Cuando aparecía, la conversación con él era vaga, ardua de abordar y de abandonar. Tenía un aire más preocupado de lo habitual. Shaw, ansioso por saber qué había pasado esa noche en Kinver, no encontraba una razón para preguntar. No quería mostrarse curioso. Cada día la dificultad era mayor, hasta que después de dos semanas se sintió totalmente incapaz de sacar el tema. Confundido y reacio, faltó a una cita con Annie Swann; después a otra. A Tim no pareció importarle.

El Día de los Muertos de Saint Margaret llegó y se fue, dando entrada al verano profundo y la carga urbana de calor y humedad. Wharf Terrace 17 estaba más silencioso que de costumbre, sobre todo a la noche. A causa de imprevisibles vuelcos en sus ciclos de insomnio, Shaw dormía demasiado bien o no dormía nada. Soñaba con los paisajes prerromanos de la confluencia del Brent, con las marismas plagadas de sanguijuelas y traicioneras ciénagas de alisos de las cuales una voz como un eco insistía en decir: «Otra vez están aquí esos mimbreros». Era la suya. A las tres de la mañana se encontraba mirando Secreto oculto en el mar con el sonido al mínimo, repitiendo el segundo acto para identificar el momento exacto en que el detective Harry Moseby –Gene Hackman– no acierta a entender que se ha convertido en una función de la intriga de todos los otros. O bien se sentaba junto a la ventana abierta, mirándose las manos, para prestar atención a movimientos en el cuarto de al lado.

Una mañana en el Earl of March dio cuerda al pequeño nadador de

plástico que se había llevado de la casa de Annie Swann y lo dejó caer en una pinta de London Pride donde, cabeceando, con un traqueteo, dio vueltas por la suave pero implacable curva interior de la jarra.

–Y bien, ¿qué piensas de esto? –le preguntó a la camarera.

–No mucho –dijo ella. No pensaba mucho en cosas como esa.

Shaw lo pescó y lo sostuvo de manera que los brazos rotaran enérgicamente en el aire.

–Esta mañana en la bañadera funcionaba mejor –admitió.

La camarera secó un vaso.

–Qué asco –dijo–. Ahora esa cerveza te la tienes que beber.

Once de la mañana y el río había bajado hasta el barro desnudo, con leves iridiscencias dispersas como si algo estuviera filtrándose desde abajo. De un lado a otro corrían perros por el camino de sirga. La luz del sol descendía entre el polvo hasta el parqué irregular. Había un olor fuerte pero no desagradable a carne a la sartén y cerveza de la noche anterior. Al fondo, en un rincón, un hombre entabló conversación con las dos mujeres de edad de la mesa de al lado.

–Yo el pescado voy a comprarlo a Hastings –lo oyó decir Shaw–. Porque sé que siempre van a tener algo de pescado fresco. Voy temprano, por todo el día. –Parecía satisfecho con su acumen. Solía bajar en coche desde Richmond, dijo, y quedarse el día entero. Siempre se conseguía pescado fresco si uno llegaba temprano.

–Qué curioso, nosotras venimos de Brighton –dijo enseguida una de las mujeres, tal vez para bloquear nuevas repeticiones; los tres se rieron de la coincidencia, parcial, enmarañada, pero en cierto modo perfectamente apta. Abrieron una bolsa de papas fritas y las esparcieron entre los tres.

Cuando Shaw sacudió el nadador, el engranaje titubeó un momento y luego arrancó con fuerza. De los brazos y las piernas volaron a la luz gotas doradas de London Pride.

–¿Lo quieres para tus hijos? –ofreció.

–No –dijo la camarera–. No me gusta, y a mis niños tampoco les gustaría.

–A todos los niños les gustan los juguetes.

Miraron cómo al nadador se le acababa la cuerda.

Más tarde Shaw fue hasta Kingston por el camino de sirga y volvió a través del parque real con la intención de terminar el día en el Idle Hour, un pub de vagos escondido en el venoso laberinto de callejones donde Little Chelsea pierde confianza y es absorbido sin pena por los alrededores de Barnes. Pero en vez de eso se encontró en South Worple Way, no lejos de la casa de la médium.

El viejo camposanto estaba vacío y oscuro. Las casas de alrededor –incluida la de Annie Swann– parecían desocupadas. Daban la impresión de ser más altas y estar más juntas de lo habitual. Era como si se inclinasen sobre el cementerio. No había una sola ventana iluminada. Shaw las estaba observando cuando un BMW arrancó desde su espacio de estacionamiento al lado de los contenedores de reciclables y se alejó casi en silencio. Como liberado por ese hecho, un zorro se deslizó en el cementerio a través de la verja. Shaw lo siguió. Ahí no se podía ver nada salvo tumbas. Bancos. El basurero. Luego el brillo de un duro puntito de luz surgiendo de la hojarasca en la base del muro del psiquiátrico donde había encontrado a Tim Swann por primera vez.

–¡Tim! –voceó–. ¿Eres tú?

A medida que avanzaba entre las lápidas torcidas las sombras se adensaron. Algo estaba pasando ahí, en los árboles, en el barro, entre los envoltorios de comida desechada; cuando Shaw empezaba a correr, la luz quedó ocluida por una figura grotesca, de forma humana, delgada pero torpe, que primero se agitó al ponerse en pie trastabillando y luego miró hacia atrás como si hubiera visto salir algo de lo profundo del camposanto.

–¡Sí, eres tú! –gritó Shaw–. ¡Tim, soy yo!

Luego de titubear un momento, Swann, con el gesto de alguien que no puede pararse a hablar porque necesita recoger la ropa de la lavandería, luchó por alejarse hacia la salida. Una fila de siluetas fluyó tras de él por el cementerio.

Aun en la débil luz anaranjada Shaw las reconoció como clientes de Annie, asistentes habituales a la sesión masiva. Parecían tan sorprendidos como Shaw de encontrarse allí. Tropezando con sus perros, chocándose, con pugna y aleteo de brazos y las muy gastadas chaquetas Barbour flameando detrás, se cernieron sobre Tim Swann. Él se escurrió por la verja y, a salvo, dobló a toda velocidad por la esquina de los contenedores. Tenía una forma poco atlética de correr: el torso arqueado de tensión, la cabeza hacia atrás y ladeada; bajo un brazo apretaba un largo tubo de plástico como los que se usan para transportar un póster o un plano de arquitectura. Era una noche tan tranquila que aun desde donde Shaw estaba se lo oía respirar. La clientela de Annie, gente de pies planos pero curiosamente rápida, lo persiguió por la calle vacía, por encima de la vía férrea y a través de los huertos, más allá del Idle Hour, todo el camino hasta el límite de los terrenos comunes de Barnes, que se extendían hacia el este, monte arenoso y grandes, calladas casas incoloras bajo la luz de radio. Dio la impresión de que allí lo habían perdido. Como resultado hubo cierto griterío, musical, ansioso y en apariencia sin palabras. De inmediato echaron a correr de un lado a otro por los senderos irregulares, buscando detrás de castaños y bajo las matas de aulaga y endrino, mientras sus perritos –silenciosos y activos, los cuerpos elongados y serpenteantes en las sombras– cuarteaban el bosque a lo largo de Station Road.

Pocos minutos después se unió a la búsqueda un segundo grupo; llegaron de a uno o de a dos desde la zona de Putney. Una generación más jóvenes que los habituales de las sesiones, con amplias semejanzas con los coinquilinos de Shaw en Wharf Terrace 17, en correspondencia parecían más activos. En reposo, las caras tenían el aspecto crudo del que se ha hecho agente inmobiliario o entrenador de bienestar demasiado pronto. Los hombres llegaban en bicicletas de marcas como Venge Elite; las mujeres, en ropa

deportiva con chalecos enguatados de ajuste perfecto y discretos detalles reflectantes. Se habían equipado con potentes linternas frontales de diodo único. Habría sido difícil, pensó Shaw más tarde, decir que las dos partidas eran «opuestas». Si había diferencias, también había familiaridad. Empezaron a discutir, pero eso también les era familiar. Estaban tratando de decidir qué hacer con Tim Swann si lo atrapaban. Para entonces ya eran veinte o treinta dando vueltas por el camino de grava junto a las viejas canchas de tenis. Las voces, de un lado rotundas pero no enteramente confiadas, del otro educadas y ondulantes, subían y bajaban de volumen en el aire ya más fresco.

–Lo mejor, realmente…

–Lo siento, pero creo que vas a encontrarte con que…

Daba la impresión de que con intercambios sencillos y firmes de ese tipo podían zanjarse las diferencias. Pero imprevistamente apareció un tercer grupo: veteranos, poco agraciados trabajadores con acento de las Midlands, cascos de construcción amarillos y chaquetas reflectantes. Se desató una pelea feroz. Alguien empujó a otro y cayeron al suelo; alguien cayó encima de los dos. A poco, inhábiles, se estaban agarrando de las mejillas hasta estirarlas como plastilina y arrancarlas a pedazos. Al ver eso Shaw tuvo un mareo. No sabía bien qué estaba mirando. Se alzaban brazos, se descargaban. Por un momento creyó ver al taxista de Kinver. En medio de todo un hombre pasmosamente gordo, de pies como barcas de río en flamantes zapatillas Mizuno de running, pugnó por escapar pisando a cualquiera que tuviera la mala suerte de haber caído, mientras dos perros ladraban de furia alrededor de sus piernas. Pequeñas refriegas se desprendieron de la masa principal como torbellinos, intensas al principio pero dispersándose por el terreno municipal hacia los páramos residenciales del otro lado de Rocks Lane. «¡Por acá, muchachos!», llamó claramente una voz de tenor. «¡Vamos ya!». La lejanía distorsionaba aún más las caras de los combatientes y ampliaba las pequeñas deformidades. Cuanto más se alargaba la lucha, más silenciosa daba la impresión de volverse, hasta que fue como mirar una xilografía antigua cuya estética desconecta al espectador moderno del significado original de la escena. Por alguna razón Shaw era incapaz de creer que estuviera pasando algo

malo: todo parecía parte integral de la existencia de Tim Swann, junto con una bolsa de pescado húmedo o una voz escuchada en un tren a las Midlands, difícil de analizar aunque en términos estrictos perfectamente común, incluso anodino. Se detuvo un rato al borde del bosque, inseguro de qué hacer acto seguido, observando a pandillas de dos o tres perseguirse unas a otras por el campo abierto; luego, como Tim no daba ningún indicio de reaparecer, dio media vuelta y volvió a su casa.

Por la noche tuvo la certeza de oírlos de nuevo peleando calladamente en la calle. Pero cuando se fijó no había nadie; no vio más que los destellos de una llovizna fina en el asfalto.

Una tarde de lluvia en el hogar de cuidados de la A316. La madre de Shaw estaba sentada mirando su caja favorita de DVDs de Attenborough. Parecía estar bien. Shaw se entretuvo hojeando los álbumes de fotos, mientras en el pasillo dos y a veces tres generaciones de otros visitantes, camino a la sala común a agruparse mudos sentados bajo las marinas, iban y venían empujando sillas de ruedas desocupadas.

–¿Pero realmente cómo estás? –dijo Shaw.

Ella levantó la mano izquierda y estudió brevemente el dorso; luego, apuntándola de modo que la luz del atardecer captara un paisaje de dunas y estrías visto desde unos kilómetros más arriba, se lo mostró a él.

–¿Tú cómo crees que estoy? –preguntó. Y señalando en la pantalla algo que él no podía ver del todo–: ¡Mira eso! ¡Nunca me canso de verlo!

–Hablo de ti –intentó explicar Shaw–. Cómo estás tú.

Además de los álbumes, dos cajas de zapatos contenían fotos que no se podían ubicar. Nadie sabía –es decir, no lo sabían Shaw ni su madre– quién las había sacado ni cuándo. O quizás simplemente no sintonizaban con su vida. Algunas atiborraban viejos sobres amarillos Kodak; en un pañuelo de batik había envuelta una

población cambiante, determinada por tal o cual presión de la memoria o el sentimiento. Entre estas últimas, esa tarde, Shaw había encontrado una escena de playa tomada durante una de las ausencias de ella. Sobreexpuesta, dividida asimétricamente por una arruga alisada con plancha, mostraba un arco de arena, unas olas bajas, como cansadas, y un tramo de baranda en la cual se apoyaba un chico que, pensó, podía ser él.

En los primeros años de la vida de Shaw habían vivido por temporadas con sus tías abuelas Rose y Mabel. La casa de Rose y Mabel estaba siempre oscura por dentro. Tenía terrazas, era espaciosa, cercana al paseo marítimo, con un jardín angosto como un callejón y canteros bordeados de ladrillo de cebada. Lo único que Shaw recordaba de esa época era estar con su madre mirando caer muy despacio en el mar unos copos de nieve del tamaño de peniques; años después, cuando ella se tomaba períodos de nomadismo, volvió a vivir con las tías, en ocasiones varios meses, una vez todo un año: un niño alegre, siempre dispuesto a hacer mandados, siempre bienvenido, siempre aprendiendo cómo vivían.

Rose y Mabel eran mujeres grandotas y cariñosas, testigos de Jehová que cuando él volvía de la escuela lo alentaban a estudiar La Atalaya. Así leyó acerca de una mujer con un agujero de «cáncer de tabaco» en la mejilla. Leyó sobre un hombre que había sobrevivido con una bala en la cabeza. Sobre otro que tenía una ventana quirúrgica en el estómago. ¿Cómo debía entender eso Shaw? No concebía que esas personas fueran totalmente humanas. ¿Las habían curado los testigos? ¿O eran simples ejemplos de una forma de vida que él no había sabido captar? Al volver las páginas sentía una lentitud pegajosa en el pasaje del tiempo. Tomaba la merienda en la cocina de las tías, donde el antiguo lavadero plano olía a jabón carbólico. Cada vez que salía de la casa para bajar al mar experimentaba una sensación de alivio. La tarde en que le habían sacado la foto, recordó, de repente la nube se había elevado al oeste.

Las dos de la tarde de un domingo de mitad de diciembre. Desde el pub Lifeboatman Shaw bajaba la mirada al estacionamiento de la costanera. Los bancos municipales reflejaban una luz húmeda.

Corrían por ahí perros apremiados. Motos de los sesenta restauradas se inclinaban juntas en una fila, con los tanques de aluminio pálidos de cuentas de agua. Los motociclistas apeados se habían agrupado en torno a un muchacho que no podía arrancar su máquina. Tenía una vacía mirada de determinación. Llevaba el copete teñido de un rubio blanco y el resto del pelo tan corto que parecía afeitado. A cada salto sobre el pedal de arranque el mechón se sacudía y golpeaba la frente. Desde la empañada ventana del pub, un niñito miraba, loco de excitación, riendo y torciendo la cara en gestos imposibles de interpretar. En el bar se oyó que alguien gritaba «Ya se sabe cómo son las ciudades costeras». Al fin el motor enganchó. Bloqueando el embrague, el muchacho dio varios virajes por la playa levantando chorros de arena.

Yo quería ser amigo de ese chico, pensó Shaw, alguien con el mismo corte de pelo, sin necesidad de aliento para montarse atrás y, lleno de ron negro, reírse en la oscuridad todo el camino hasta Londres mientras la temblorosa luz del faro capturaba una curva peraltada, un zorro en el seto, una señal de tráfico en un ángulo raro. Pero ya era imposible y en esta foto soy el de blazer escolar granate y pantalón gris que mira hacia abajo desde el rompeolas. La vida continúa frente a ese chico –y detrás de él en chalets llagados por el clima, tiendas de comida sana, Fords estacionados– pero en cierto modo, aunque siempre es bienvenido y amable y está contento, no en él. Él mira y escucha. En el Lifeboatman el barman toca la hora en una imitación de campana de barco que hay arriba de los dosificadores de bebidas. Al borde del mar, unas grajillas pican la línea de la marea, nítidas y lustrosas. Torpes gaviotas jóvenes están paradas, inmóviles e infelices, hasta que una encuentra –varado entre desteñidas latas de Fanta y hierbajos– un antebrazo humano tan blanco que parece verde.

Empiezan a picotearlo, primero como si conjeturaran y sin mucha esperanza, a menudo alejándose tras pocos intentos solo para volver por desesperación o aburrimiento, después con energía creciente.

Parece que el muchacho de la moto también ha encontrado algo, que está agitando en el aire. Al poco rato quince o veinte personas, la mayoría de mediana edad o viejas, se precipitan desde el pub, donde estaban comiendo el almuerzo dominical. Adentro, las tartas

y asados ya se están enfriando y se endurecen. La marea está subiendo o retirándose. Se nota que todavía nadie entiende qué están mirando. Cuando lo entiendan, todos correrán hacia ahí. Pero en la foto eso no aparece.

Sentado en la habitación de su madre, Shaw giró la foto como ella había girado la mano para captar la luz. Era más de media tarde. En todos los rincones del hogar de cuidados se oía rodar carritos con el té. Los pueblos de la costa son pueblos suicidas, pensó; aunque rara vez lo que se comete es un suicidio real, sino más bien un desvanecimiento, un ajuste de valores, el cambio de ritmo a un estado de menor energía. Para su madre esa transición siempre se había presentado como lo opuesto: un accidente afortunado, unas vacaciones de longitud impredecible, la posibilidad de una vida nueva; aunque en retrospectiva cada movimiento parecía no tanto un paso elegido como una pérdida de concentración. Ahora se acercó a ella y le mostró la foto.

–¿Te acuerdas de esto?

–No es momento para molestarme por eso, Mickey –dijo la madre. Le dedicó su sonrisa más lúcida–. Sea lo que sea.

–No soy Mickey –dijo Shaw. Salió de la habitación, y a unos metros por el corredor gritó–: No me llamo Mickey, carajo. –Entró de nuevo, recogió una de las cajas de zapatos y la vació en las faldas de ella–. Esto me pediste tú que fuera a buscarlo –le recordó. Un abanico de copias de todo tamaño, de relación de aspecto y tipo de brillo que definían la década en que habían visto la luz, se desplegó por la tela de la falda y se deslizó al suelo alrededor de sus pies–. Cada vez que te visite tengo que pedirle a tu cuidadora que las traiga. Tal vez así al menos muestras cierto interés. –En un tono más conciliador añadió–: Creo que este podría ser yo.

–Cosas viejas. ¿Quién las mira?

–Tú.

Ella le apartó la mano.

–Estoy tratando de ver la tele.

–Por supuesto, no estabas –dijo Shaw–. Así que no sé quién la sacó. Tú no estabas nunca.

–No soportaba que me retuvieran.

–¿Y cuál era la solución? ¿Conseguirte una familia, abandonarla, conseguir otra?

–Al menos te llevaba conmigo.

–No. No me llevabas.

Ella subió el volumen del televisor y por encima gritó:

–Siempre te llevaba conmigo. Nunca te dejé morir en una pocilga como esta.

–Mierda –dijo Shaw–. Mierda.

Miró unos momentos el mundo de David Attenborough, millones de cucarachas subiendo por un montón de guano de murciélago en una cueva de Borneo, y después salió.

La tía Rose había muerto primero. Resultó ser que ella había sido la testigo de Jehová. Llevaron a cabo el funeral, no confesional a insistencia de Mabel, en un crematorio a dos o tres kilómetros de la ciudad, cerca de la rotonda donde la carretera principal doblaba hacia Londres. Mabel, con las facciones exangües y empolvadas que parecían de tela o de plástico (en todo caso no de carne, tan confusas o decepcionadas que no podían ser de carne), se sentó en un banco del fondo a murmurar en voz alta. La música se atascó y estuvo veinte minutos repitiéndose hasta que con un sacudón la cinta transportadora cobró vida y el ataúd de su hermana desapareció tras la cortina de terciopelo.

–Discusiones. Eso es lo que hubo siempre –le dijo a Shaw cuando salían–. Discusiones, discusiones, discusiones.

Durante la recepción se alejó sin rumbo. Después a menudo se hacía difícil encontrarla, aunque estuviera. Shaw tendría que volverse más útil en la casa, decía; y aunque poco después la madre se lo llevó al interior, y no volvió a ver a Mabel, la ayudó a poner bajo la escalera las revistas La Atalaya atadas con sisal para coleccionar.

–Yo nunca estuve de acuerdo con esa secta –dijo ella–. Y ella hizo mal en afirmar que sí.

Shaw recordaba el denso olor a talco, el lento, glutinoso tictac de un despertador en la noche. A los trece años, quizás catorce, se había sentido como si la sala, con sus muebles marrones, su mantel de felpilla y su alfombra verde, fuera a absorberlo si no tenía cuidado; que a pesar de su inteligencia había sido atrapado y en adelante tendría que ser el hombre de la casa. En los atardeceres de lluvia, antes que volver allí, se refugiaba en los baños públicos.

Para Shaw, la escaramuza que había presenciado en los terrenos comunes de Barnes no había sido simplemente «como un sueño» –una secuencia de acciones fácil pero inquietante, una alargada peculiaridad de la luz– sino como uno de esos sueños cuyo contenido está algo desconectado de cómo se lo experimenta en la vigilia. Dormido uno siente una emoción; despierto, otra. En el sueño uno es culpable de algún furtivo desliz sexual; al despertar, y por el resto de la mañana, solo siente una creciente zozobra por un encargo que acaso olvidó cumplir, un mail que debería haber enviado.

Tim guardó silencio sobre el asunto. Al día siguiente había aparecido en la oficina como de costumbre y, aunque preocupado y retraído, parecía ileso salvo por unos rasguños medio inflamados en las muñecas y un moretón bajo en un costado del cuello, que a veces le dificultaba girar la cabeza. Presumiblemente se había pasado la noche atravesando una maraña de endrinos o aulaga hasta cerciorarse de que los perseguidores –dispersos por una densidad en la que ya no sentían presión territorial– habían dejado de pelearse entre ellos, separado los perros y vuelto a sus casas. ¿Había intentado Tim robar de nuevo el mapa? Conversar sobre el incidente era tan difícil como había sido traer a colación los hechos

de la casa de Kinver. Más tarde a Shaw lo sorprendería el grado en que esta frustración había contribuido a ponerlo furioso.

Entretanto los negocios seguían con poco movimiento. En ese mes habían bajado las consultas telefónicas; todo lo demás había caído a cero. Estaban despachando Los viajes de nuestros genes a un ritmo de un ejemplar por semana, a menudo menos. Tim parecía indiferente, aunque a veces abría la ventana de un buscador, iba a La casa del agua y se quedaba unos minutos mirando la pantalla como si esperase novedades. En un intento impulsivo por llamarle la atención, Shaw dijo:

–Leí tu libro.

Eso causó en Tim una leve sonrisa, como si Los viajes de nuestros genes le recordara un arrebato que habían compartido en la adolescencia.

–¿Qué te parece?

–Me gustó mucho.

–Aumentan, ¿no? Las pruebas.

–No sé exactamente si aumentan.

–Bueno.

–Veo que ha desaparecido el mapa.

–¿Qué mapa?

–Tu mapa –dijo Shaw–. El planisferio. El mapa del mundo.

–Ah, ese. Sí, no está. Por el momento, de todos modos. Creo que tampoco vamos a necesitar los resultados de las sesiones.

–Pero…

Tim meneó la cabeza.

–La verdad sea dicha, eran un poco un callejón sin salida. ¿Tú no lo

notabas? Sé que sí. –De repente se rascó la muñeca izquierda–. Annie tiene sus ventajas –concluyó– y yo sería el último en negarlo. Pero el espiritualismo nunca fue la más importante entre ellas. –Dejó escapar una risita y añadió–: Siempre ha habido una peleíta por ese mapa.

Shaw se había deprimido demasiado para intentar sonsacarle cualquier sentido oculto. No había sido un gran trabajo, aun si tomaba en cuenta los informes de las sesiones. Dijo que no veía qué podía quedarles para seguir.

Tim recibió la afirmación en silencio. Luego sugirió:

–Bibliotecas de cárceles. Apuesto a que es un mercado movido, sabes. ¿Por qué no echarle un vistazo?

Shaw tenía sus dudas. En una semana, inquieto y sin nada que hacer, se vio devuelto a recursos interiores que resultaron ser más endebles de lo que recordaba. Aumentó las visitas al hogar de cuidados hasta que su madre, ya desestabilizada por el incidente con las fotos, primero le pidió a la dirección que hablara con él y al fin se negó totalmente a verlo y en cambio le dejó un mensaje con el personal.

–La señora Shaw parecía bastante impaciente por que usted leyera esto –le dijeron, entregándole un papel doblado a la perfección en el cual ella había escrito: «No quiero que me hables más». Él contempló las palabras, luego los coches que iban y venían por la A316 al otro lado de la ventana.

–Comprendo –dijo, aunque no.

En el trabajo se puso al día con sus sitios de porno favoritos o se atareó tratando de abrir el candado de la puerta del fondo. Bajó libros electrónicos, la mayoría de los cuales resultaron aún más ilegibles que Los viajes de nuestros genes. En su casa, apáticamente, volvía a echar la red en el catálogo completo de Powell y Pressburguer o dormía. Un anochecer se estaba acomodando frente a Narciso negro, antes de la tarta que esperaba cenar a las nueve en el Earl of March, cuando sonó el teléfono fijo. Era Victoria Nyman.

–Hola, extraño –dijo–. ¿Qué te ha pasado?

15

La tierra hundida ya vuelve a levantarse

Shaw no había hablado con nadie desde el día anterior.

Se aclaró la garganta. De repente tomó conciencia de sí mismo; estaba atónito de reconocer la voz; desconcertado de que su propia presencia sonara tan fuerte en el cuarto.

–¿Qué te ha pasado a ti? –se las arregló para responder.

Victoria lo pensó más de lo que él habría esperado.

–No mucho –dijo al fin. Luego, como si estudiara a distancia un objeto semifamiliar–: Una vida tranquila la mía, digamos, aunque rara. –Y con vigor en aumento–: Claro que hoy estuve por todas partes. Me olvidé de cómo entrar en la M40 y después de cómo salir. Ahora estoy mal estacionada fuera de un restaurante justo al norte de Brook Green. Antes era algo así como un puesto de pescado frito de categoría.

Shaw volvió a aclararse la garganta.

–¿Entonces te has perdido?

–No, no. Ya te lo dije –alzó la voz ella–. Brook Green. –Y después de otra pausa–: ¡Podríamos encontrarnos en algún lugar! –Y como él tardaba en contestar–: Pero bueno, no estamos obligados.

–No, no –dijo Shaw–. Fantástico. Sería fantástico.

Una vez hecho el arreglo y cortada la línea, descubrió que había llevado el teléfono fijo a la ventana y estaba mirando por Wharf Terrace en dirección a la fábrica de cerveza. Oyó caer grandes leños de música por las ventanas laterales de un SUV que pasaba. En el río la entrenadora de un cuatro scull gritaba instrucciones por un megáfono. En Mortlake Road crecía el tráfico rumbo a Barnes, al

ritmo en que el cruce White Hart retenía y soltaba, retenía y soltaba las emanaciones vespertinas de Range Rovers y Audis. Acto seguido colgó el auricular en el aparato y lo miró: plástico crema envejeciendo en calma hacia el color del alquitrán de cigarrillo. En Wharf Terrace 17 era la hora en que se escuchaban radios en los pisos de arriba y de abajo: voces brillantes, alarmantemente profesionales manando de habitaciones cerradas como si todo el mundo tuviera un presentador invitado a cenar.

Se encontró con Victoria fuera del La Belle Hélène, incrustado en su ventosa plaza de la ribera de Chiswick. Cuando llegó, ella estaba apoyada en el parapeto del rompeolas, observando con recelo unas dispendiosas casas flotantes, a través de cuyas acristaladas estructuras superiores neomodernas, a la hora de la marea alta, se podía contemplar los destellos del sol en la corriente. Se estudiaron. Él no había esperado que ella lo abrazara con tanta desesperación.

–¡Hola, extraño! –dijo Victoria. Tenía puesto un overol de dril azul con cinturón elástico con hebilla y llevaba una bolsa de plástico de Sainsbury. Se había cortado el pelo en un degradé alto y se lo había teñido de amarillo Daytona con procesos que más tarde le describiría a Shaw en detalle.

–Dios mío –dijo él.

–Lo mismo iba a decir yo. –Lo mantuvo a distancia de brazo–. ¡Pero qué flaco estás!

–Estuve trabajando duro y parejo –dijo él humildemente.

La Belle Hélène empezaba a llenarse. Una vez adentro, Victoria se puso meditativa.

–Me acuerdo de que siempre te gustó este lugar –dijo, como si tuviera dudas pero no quisiese arruinar nada. Se atuvo a picar dos o tres aceitunas y un poco de pan; después bebió medio Campari con soda, lo que pareció alegrarla–. Yo podría comer el cangrejo blando y el tartar de salmón. Ah, y mira esto. ¡Tortiglioni con manouri grillado y salsa de trufas! –Se reclinó. Suspiró–: A veces sí que

extraño Londres –admitió. De pronto se inclinó para revolver la bolsa de supermercado, de donde sacó un paquete rectangular envuelto en una ingeniosa imitación de papel madera–. Me olvidaba –dijo–. ¡Te compré esto!

Cuando sacó el envoltorio, Shaw se sorprendió de encontrar un ejemplar del viejo libro infantil Los niños del agua, algo magullado en las esquinas y con cierto olor a polvo y humedad, como si lo hubieran tenido hacinado en un desván; pero por lo demás en excelente estado.

–Era de mi madre –dijo Victoria.

Shaw pasó unas páginas al azar y leyó:

Una vez tuve una dulce muñequita, mis queridos

la muñeca del mundo más bonita

tenía las mejillas muy rojas, mis queridos,

y muy blancas, y una encantadora melenita.

Pero jugando en los matorrales, mis queridos,

perdí a mi pobre muñequita un día,

y aunque lloré por ella una semana, mis queridos,

nunca pude encontrar dónde yacía.

–Es simpático –dijo él–. Gracias.

A esto ella se rio, como si hubiera esperado alguna otra respuesta, y desvió la mirada.

–No de mis preferidos, Charles Kingsley –admitió ella–. Pero pensé que podía gustarte. Como una especie de broma, digo. Es el libro que casi todos se acuerdan de haber leído en la infancia, ¿no?

Shaw, que de esa infancia remota solo recordaba los libros de hadas de Mabel Lucie Attwell, no estaba seguro de que fuese así. Carraspeó.

–Me gustan las ilustraciones –dijo, y volvió a agradecerle.

–¡Comamos! Estoy muerta de hambre.

–Entonces, ¿cómo va tu vida? –preguntó él después de que pidieran.

–Bueno, tengo un corte de pelo realmente interesante; aunque hoy en día quién no, para ser franca; y estoy aquí contigo. –Le volvió a llenar la copa con la media botella de Fleurie, aunque ella no parecía estar bebiendo mucho–. Y se diría que con todo el resto del mundo. ¿Esto siempre estuvo tan lleno? –Como él tardaba demasiado en contestar, dijo–: En fin, es menos un corte de pelo que un ensayo personal sobre cortes.

–Decía «tu vida» en sentido general –señaló él.

–Uy, Dios. No entremos en eso. Comamos. ¿Y la tuya?

–La carne está muy buena.

–Siempre me encantó este cuarto –dijo Victoria más tarde.

Eran las diez y no había leche. Shaw se esforzó por abrir la ventana. La humedad del río había hinchado los bordes noche a noche.

–¿Huele mal el aire aquí adentro? –dijo él.

Si contaba las habitaciones que había ocupado desde que había llegado a Londres, la suma daba diez. Una cifra que, comparada con sus recuerdos de habitaciones y el aire de cada una, se le ocurría más bien baja. Tenía la sensación de que la vida debía haberlo empujado a dobles dígitos mayores. Tal vez durante su crisis había sido así: de noche, cuando cerraba los ojos, a veces veía cuartos en Wembley, South Tottenham y Archway –lugares donde dudaba de haber estado alguna vez, aún no gentrificados, con mala iluminación, puertas de goznes flojos y ventanas irremisiblemente

cerradas o abiertas– evolucionando y recayendo a su alrededor como malogradas formas de vida. Qué querían decir no lo sabía bien, salvo quizás que parecían receptáculos provisionales y chapuceros hechos por larvas ineptas en el lecho de un arroyo. Tal como Shaw los veía, Wharf Terrace 17 era el menos defectuoso de todos.

–Estuviste aquí una sola vez –él le recordó.

Pero Victoria ya había seguido de largo.

–Ah, ¡y tu pez! –exclamó, como si solo ahora recordase que se lo había regalado–. ¡Tu espléndido pez! –Los saltones ojos de lapislázuli la miraron solemnemente. El aire del Támesis, se dio cuenta Shaw, había hecho su trabajo: los labios estaban opacos, los flancos de plata peruana oscuros de óxido, el cuerpo menos flexible–. ¿Cómo se están llevando? –quiso saber Victoria–. ¿Todavía son buenos amigos?

Shaw se dio por vencido con la ventana.

–Creo que no tengo nada de alcohol –dijo.

Con mucho cuidado ella devolvió el pez al estante.

–No estoy bebiendo tanto. En realidad nunca bebí mucho; solamente contigo, porque tu pavor me daba pavor. –Se acercó a la ventana, miró un instante Wharf Terrace para asegurarse de que su auto seguía abajo y luego imprevistamente rodeó a Shaw con los brazos–. ¿Y tú aún tienes pánico? La intuición femenina me dice que sí.

–Podría salir a comprar algo –ofreció él.

En cambio bebieron café instantáneo y se sentaron en la cama un poco separados, como si no se conocieran. Todo el resto de la velada él tuvo la impresión de que ella ocultaba sus expectativas.

–Nunca me contestas los mails –dijo en un momento ella. Sin darle tiempo de pensar cómo responder, ella le quitó la taza y lo empujó de espaldas sobre la cama–. Creo que ni siquiera los has leído. Tú te lo pierdes. Yo estoy teniendo verdaderas aventuras allá en

provincias. –Empezó a pugnar por sacarse el overol–. ¿Cuál es nuestro secreto? De gente como nosotros, digo. ¿Cómo cerramos tan herméticamente todos los postigos? No trates de responderme. Ninguno de los dos sabe de qué estoy hablando.

Consciente de que era un momento de debilidad, Shaw preguntó:

–¿Es verdad que a los trece años viste un cadáver?

– Eso se lo decía a la gente para atraerla, nada más.

–¿Daba resultado?

Ella se encogió de hombros.

–Uy, no sé. –Luego–: Contigo sí.

A eso de las dos de la mañana ella dijo:

–Ahora los dos estamos flacos. ¿Cómo te estás llevando con tu madre?

Su madre lo estaba volviendo loco, pero eso no era una novedad.

–En este momento no me habla.

–Hacer el esfuerzo te corresponde a ti, ¿sabes?

–No se me ocurre cómo responderte en pocas palabras.

Ella se rio.

–Se te ocurre. Pero no quieres arriesgarte a molestarme cuando las cosas andan tan bien. –Hizo una pausa–. ¿Y ese trabajo que te tiene tan agotado?

Solo tareas de computadora, le contó él:

–Unas pocas horas de computadora y archivo por semana, de veras. –Había algunos viajes–. Aunque con solo decirlo lo vuelvo un poco más pesado. –Pero a su modo era bastante satisfactorio, y divertido

porque la oficina estaba en un barco–. También tengo que leer mucho. Sobre todo material de ciencia de la web. –Como fuese, ahora tenía cada mañana y cada tarde un recorrido por el camino de sirga; y desde la cubierta alcanzaba a ver corriente abajo hasta Kew Bridge–. Debes venir a echar un vistazo –sugirió–. Puedo hacerte un tour. Está muy a mano de los pubs del río. –Era consciente de que no le estaba contando nada, y quizás ella también.

–Últimamente he tenido agua de sobra –dijo ella–. Gracias.

Anduvo por el pasillo hasta el baño, donde él la oyó orinar, moverse, abrir un grifo. Shaw pensó que en Wharf Terrace 17 todos los demás también la oían. Cuando volvió no fue para meterse de nuevo en la cama sino para plantarse ante la ventana, subir la hoja sin esfuerzo y asomarse todo lo posible.

–No paro de creer que está lloviendo –se quejó–. ¿Y la luz aquí es siempre de este azul? ¿Como si estuviera pasando una ambulancia? –Luego–: Dios mío, seguro que toda la calle me ve las tetas. –Retrocedió al cuarto; tembló–. ¿Por qué sigues viviendo aquí si tienes trabajo?

–No es un verdadero trabajo –admitió él–. Es lo que tiene todo el mundo en estos tiempos.

Victoria quedó inquieta y se puso a recorrer la habitación. No parecía recordar mucho. Examinó las cosas de él: chaquetas baratas y fundas de computadora caras colgadas atrás de la puerta. Una reproducción tamaño postal de Eclipse de Sol en Venecia, 6 de julio de 1842 de Ippolito Caffi que Shaw había pegado en la pared uno o dos meses antes, desconcertado y atraído en igual medida por la dispar multitud reunida al borde del Gran Canal y el cuadrante de cielo misteriosamente iluminado. De tanto en tanto ella le acercaba algo y le preguntaba qué era, y él contestaba «Es un juguete a cuerda» o «No sé, lo conseguí en Birmingham». Ella abrió el armario, volvió a cerrarlo. «Nunca guardo la ropa ahí», explicó Shaw, «porque huele a antipolillas». Era una de las reafirmaciones más vacías que había dado en su vida.

Para entonces él también estaba en pie. Quiso agarrarla, hacer que

parase, detener un momento las dos vidas, no sabía bien por qué; pero solo se quedó donde estaba.

–Te da vergüenza –dijo ella, acercándose a besarlo un segundo–. No te preocupes, les pasa a todos. Ahora todos tenemos vergüenza. Pero cualquier trabajo es un trabajo.

De pronto en la habitación de al lado hubo un estrépito tremendo, como si alguien hubiera derribado una pila de valijas. A continuación los choques sordos y chirridos de algo arrastrado por un suelo sin moqueta, seguidos de un murmullo raro, desenfocado, que se interrumpió de repente. Sonó un teléfono y una voz que Shaw no reconoció dijo con claridad: «Eso no nos da ningún beneficio. Hay que aguantar hasta el mes que viene, por lo menos». Luego, tras un breve silencio: «No», y el clic del auricular colgado. Alguien cruzó la habitación y se apresuró a bajar por la escalera. Las luces se encendieron por un instante y se apagaron de piso en piso; la puerta de calle se abrió de golpe, dejando entrar densos vahos de levadura de la cervecera; se alejaron pasos por Wharf Terrace rumbo a la estación de tren de Mortlake.

–Ay, Dios –susurró Victoria.

–Lo mismo pasa todo el tiempo –dijo Shaw.

Se quedaron allí no muy seguros de qué hacer. Shaw se sentía descarrilado, pero cuando se preguntó en voz alta qué conclusión sacaba Victoria, lo único que dijo ella fue:

–Este lugar es horrible. Tienes que encontrar otro, lo digo en serio.

Le tocó la mano. A él le pareció extraño estar levantados, los dos desnudos, dudando de cómo reaccionar a algo que había sucedido en una vida ajena. Sintió que ella quería ser cálida, pero también que todo le resultaba más confuso de lo que él habría deseado: estaba pensando en otra cosa. Eso él se lo podía perdonar a cualquiera.

–¿Por qué has venido? –le preguntó de repente.

Al parecer eso quebró la tensión, porque ella se rio.

–Por el sexo, claro. ¿Qué te pensabas? –Y agregó–: Quería contarte algo.

–¿Qué?

–Ay, Dios, ¿cómo saberlo? –Victoria cedía continuamente ante sí misma–. Cuando una es yo no sabe ni por dónde empezar –se quejó, y lo abrazó–. Tengo frío.

Al filo del amanecer Shaw oyó que la puerta de calle volvía a abrirse y chocar con el tope. Un aire frío se empeñó en subir por la escalera y quienquiera que había entrado inició su ascenso, un avance inestable adornado con un resuello perfectamente audible y puntuado por períodos de descanso. Al cabo de un rato corrió el agua del retrete del último piso y Wharf Terrace 17 quedó de nuevo en silencio. A esas horas Victoria dormía como un tronco y no se enteró. Se la veía cansada, pensó él, aun mientras dormía; con el mechón de pelo oxigenado sobre la almohada, parecía levemente vencida.

Había empezado a llover. Fuera de la ventana, el aire templado olía a otoño: cubos de basura, partículas de diesel, algo indeterminable del río. Shaw también se durmió, y soñó que encontraba una habitación donde había vivido una vez; un lugar que había olvidado, limpio y luminoso, con muebles modernos, un depósito de todas las cosas que no se acordaba de haber tenido. Cuando se despertó era media mañana. Una nueva lluvia, en viaje al norte sobre una corriente de aire cálido del continente, se asentó sobre el oeste de Londres como una carpa sofocante. Se preguntó qué habría sucedido en el cuarto de al lado la noche anterior. Hoy es jueves, pensó. Resultó ser que Victoria ya se había ido, dejando una soñadora nota de arrepentimiento doblada como un señalador en el volumen que le había regalado.

«Pasé una noche muy linda», había escrito. Si se sentía con ganas, tenía que ir a Shropshire a visitarla. Si algo había allí era cantidad de espacio, y ahora que el techo estaba arreglado él podría evitar fácilmente una neumonía. «Deberías cuidar a tu madre», seguía diciendo. «¡Al fin y al cabo ella te cuidó a ti!». Luego, sin tanta determinación: «Me alegra que hayas guardado el pez. No estaba segura de que te gustara».

Como sus mails, lo firmaba: «Tu amiga Victoria».

Como ocurrencia tardía, había añadido: «Le das demasiado poder a la gente. No sabemos en qué usarlo». Esta afirmación, injertada en la tenue hoja con una de las Muji predilectas de Shaw dejando agujeros con forma de comas y lágrimas como una suerte de énfasis aleatorio, no hizo más que confundirlo. «No soy quién para dar consejos, pero te digo que eso haces».

Los primeros capítulos de Los niños del agua, que leyó por encima antes de ir a trabajar, lo confundieron todavía más. No recordaba haber leído el libro de chico. Descubrió que lo enojaba el sentimiento de culpa del pequeño deshollinador, constante pero en cierto modo inmerecido.

La corriente estaba baja en Brentford, donde la barcaza de Tim Swann yacía de lleno en el barro, en una cavidad poco profunda, compacta, cuya forma se había perfeccionado día por medio durante años. Por encima el cielo manifestaba cualidades turbulentas, como si allá arriba estuviera desarrollándose una química desconocida; pronto volvería a cambiar el tiempo, pensó Shaw. Rodeó el módulo pisando con cuidado la angosta franja de cubierta lustrada por la lluvia. Se aseguró de no dejar caer las llaves, porque bajar a encontrarlas en ese barro superaba cualquier cosa que se hubiera mandado hacer en su vida. Una vez a resguardo en la oficina, descubrió que alguien había estado antes que él. Huellas mojadas cruzaban el suelo, se apretaban frente al escritorio, como si quien fuese se hubiese parado a consultar la computadora, y se dirigían a la puerta lateral, desde la cual no volvían. Shaw empujó, pero la puerta estaba tan bien cerrada como siempre. Estudió las pisadas –grandes, amorfas, en parte evaporadas–, luego salió de la oficina y dio un peligroso rodeo hasta llegar a la borda del lado del río. Sin duda había allí una puerta de salida –de contrachapado, sin pintar, descascarada–, aunque no podía asegurar que fuera la misma. La aporreó rabiosamente con el talón del puño, como para atraer su propia atención. Luego, maniobrándose hasta quedar cara afuera, miró a lo largo del río. Lo único que distinguió a través de la llovizna fue el islote de Brentford, la confluencia, con su laberinto de viejos canales y dársenas apenas visible más a la derecha, y en la orilla lejana una hilera de árboles que empezaban a

agitarse enérgicamente al viento.

Ahora el cielo tenía un tono plateado, anuncio de mejora del tiempo. A mitad de la tarde, cuando había cambiado la corriente y la barcaza volvía a flotar, Tim Swann llegó por el camino de sirga desde el lado de Chiswick, lánguido y como poseído entre un grupo de escolares gritones. La lluvia le pegaba la ropa al cuerpo; le daba a la cara una pátina refulgente. Sin mucho que decir, se sentó a descargar nuevo contenido en el sitio web; tras lo cual pasaron el atardecer en la barra trasera del Earl of March, escuchando a regañadientes tecno-pop de los ochenta mientras Tim comía churrasco con papas fritas.

–Así que entonces estuviste más temprano.

–¿En dónde?

–En la oficina. Más temprano.

Tim pareció confundido.

–Yo estoy a horas muy distintas –dijo después de un momento.

CUATRO

16

El agua debajo del mar

Al volante de su Fiat durante el largo camino de regreso a Shropshire, Victoria Norman abandonó la M40 por Oxford, como único sitio de actividad verdaderamente humana desde 1167, para entretenerse por el valle de Evesham y entrar en el bosque de Wyre; después de lo cual dejó que el Severn la guiara hasta su casa. Sabía que en adelante tendría que cuidarse de ella misma. Había parado una sola vez, a comer un sándwich mientras miraba dos cometas rojas, las aletas planas como tablas, trazando círculos sobre el repecho de unos campos cercanos a la hondonada de Tilbury.

El anochecer llegó a casa antes que ella. Cuando iba subiendo la colina, entre los techos y chimeneas el residuo del ocaso quedaba en previsibles manchas de rojo y anaranjado como un póster de Munch en un cuarto estudiantil de muchos años atrás. Al abrir la puerta de calle se encontró con que durante su ausencia habían vuelto a saltar los disyuntores. Más tarde comió una tostada con porotos guisados y berenjena en escabeche; encendió el televisor y al rato lo apagó; después, arriba, en la cama de lo que consideraba el dormitorio de su madre, intentó leer un libro cuyas páginas olían a algo entre la cera para suelos y el aguacate. Se examinó en el espejo. Le escribió un mensaje a Shaw. Lo borró. Manejar cansa pero mantiene en vela. Enciende algún gen duro de apagar y alimenta toda clase de inquietudes. Decidió que al fin y al cabo habría que revocar de nuevo el hall, pero que pudiera costear la instalación de un tanque de agua en el sótano no era cosa de este mundo. Comprendió que la mayoría de esos pensamientos eran una forma de no pensar, y pensando en eso se durmió.

Al final de la tarde del día siguiente el aire se había suavizado y caía una llovizna pegajosa; desde el parque de lo alto de la ciudad se la veía fluctuar sobre la llanura de Shropshire. Era como una tapa del mundo. Llena de una energía que le habría sido difícil explicar,

Victoria vagó hasta empaparse, revisando una tienda de caridad tras otra en busca de algo que enviarle a Shaw para divertirlo. De alguna forma fue a parar a la acera del Pearl's, que detrás de las ventanas empañadas resultó estar animado, ruidoso y violentamente iluminado. La puerta no se abría.

Apoyó la cara en el vidrio y vio que el interior estaba lleno de operarios de distintos oficios –un electricista, decoradores de escaparates, dos vidrieros ocupados al fondo en algo que no pudo distinguir– aunque no reconoció a ninguno. Jóvenes, altos y musculosos, aún no deformados por el trabajo pero ya avenidos, eran como los hijos de los que ella conocía. La ropa les sentaba mejor. Los vidrieros habían llegado en una furgoneta, igual que los escaparatistas; los demás habían alineado afuera sus costosas motos, todas inclinadas hacia el mismo lado, todas de los mismos colores brillantes, oleosos bajo la lluvia como un lacado uniforme. Dentro se movían a grandes zancadas, desbordantes de voluntad. Para ellos el trabajo era una sustancia. El elemento en que nadaban. Era nuevo y era lo que les gustaba. Un ambiente de vivacidad. Los protectores auditivos les abultaban las cabezas.

Bajo su dominio no quedaba en el café nada familiar. Lo habían arrancado todo. El cartel de neón había desaparecido, y en su lugar solo había un cable colgante arriba de la puerta. Hasta el olor a grasa rancia y carne picante se había ido, a remolque de la vajilla desmantelada; en la calle, en cambio, el aire apestaba a serrín, adhesivos sofisticados y selladores baratos; reverberaba el chirrido de la amoladora angular, el chasquido de las pistolas de clavos, la sorda percusión de la música. Uno casi podía oír la transmisión de esa obra por toda la ciudad hasta que, reflejada en las ruinas del castillo de Geoffrey de Lacy, se dispersaba en ecos como ondas diagonales en un cuenco de agua.

–¡Eh, disculpen! –gritó Victoria–. ¡Hola!

Golpeó la ventana con la base de la mano. A este llamado, la única respuesta de ellos fue sacudir la cabeza y boquear en silencio. Era como mirar peces a través de un vidrio descolorido. Querían seguir con lo suyo.

–¡Cerrado, cariño! –decían. Eran unos niños.

–¿Qué están haciendo?

–¡Cerrado!

Las cinco de la tarde y la plaza ya estaba en sombras. Los comercios locales se estaban vaciando. Dos o tres peatones pasaron rumbo a la compra de provisiones, rígidamente inclinados como figuras en una acuarela de 1920. Un coche dejó el pequeño estacionamiento; luego otro. A mitad de camino, incapaz de decidir si el episodio había sido siniestro o cómico, al volverse a mirar una vez más, Victoria creyó distinguir un movimiento en una de las ventanas superiores del café. Le pareció que una figura femenina de actitud relajada y doméstica pasaba de izquierda a derecha y de vuelta. Pero debía tener en cuenta los reflejos en el vidrio, y la lluvia oscurecía tanto el aire que era difícil estar segura. De todos modos regresó a golpear otra vez la puerta hasta que persuadió a uno de los muchachos de acercarse. Él se subió a la frente la mascarilla antipolvo, agarró el anticuado cartel colgado en la puerta y, después de señalarlo, corroboró que mostraba la cara que decía: cerrado. Impotente, Victoria lo miró reunirse con sus amigos riéndose, meneando la cabeza, bajándose la mascarilla, disparando el motor de su herramienta neumática.

En esa época del año casi se oía crecer el agua debajo de todo. Llenaba los antiguos drenajes y los sótanos inferiores. Llenaba las fuentes y las alcantarillas olvidadas, las galerías y socavones de minas de fines del siglo xviii abandonados bajo las primeras casas victorianas de la ciudad, los pozos medio cerrados que se abrían de pronto en los jardines y al examen se probaban asfixiados por inútiles piedras como fósiles de cabezas infantiles, abriéndose paso subrepticio pero resuelto, año tras año, entre los laberintos superpuestos de las viejas obras subterráneas.

De nada de lo de allá abajo podía decirse que fluyera. Sin embargo el agua de las napas se alzaba y caía. Goteaba y rezumaba. Se escurría por las fracturadas bases de las arboledas, a través de una geología demente, imprevisible, inmensamente afortunada, alimento para la luz y la magia industrial que en un tiempo había cambiado el mundo –el dinero del hierro, el dinero de la máquina,

el dinero del vapor y el de las finanzas, el subterráneo dinero crudo oculto en estratos incómodos, costuras y huecos secretos, en fárragos de yacimientos, barros refractarios, brea, niveles de carbón y finas capas de caliza–, para emerger en filtraciones y fuentes por encima de museos de la Herencia Inglesa, senderos de ocio y vías férreas fuera de uso; mientras más allá hundimientos asociados roían con calma la arquitectura superficial de la Garganta, y pelaban la fronda en las cuestas de los caminos angostos. La Garganta encauzaba el río, pero en sí misma era solo una esponja que, gota a gota, almacenaba vastos acuíferos en la decaída matriz de su historia. En la ciudad, entretanto, las aceras más nuevas exhibían una tendencia a moverse y ondularse, mientras que en High Street 92 el sótano de tres compartimientos, con su bóveda de ladrillos y su cocina económica de fines del xix, empezaba a derramar lágrimas malolientes.

En toda la casa, la humedad amarilleaba de la noche a la mañana las modernas pinturas de Victoria a la tiza y al temple. Victoria escuchaba la lluvia, los perros ladrando en la casa de al lado, el extraño zumbido del fluorescente de la cocina. Fuera de la ventana delantera siempre había mucha tos húmeda. Ancianos exhaustos, que cambiaban noticias mezcladas con quejas, cuando ella miraba resultaban ser jóvenes. Al principio intranquila, regresó a los campos de atrás de la ciudad; y a los pocos días se encontró al borde del estanque donde había visto a la camarera por última vez.

Parecía más amplio. El viento le arrugaba la superficie, la lluvia le abría hoyuelos. Se fijó en la mata de juncos del centro: nada. Los pétalos de las flores sumergidas se habían apagado un poco. Sobre el bosque colgaba una especie de niebla o vapor. Victoria se acurrucó bajo la torre de alta tensión como si pudiera resguardarla; luchó contra el impulso de sacarse los zapatos y meterse en el agua. Estaba tratando de recordar –admitir– lo que había pasado allí y fracasaba. Pero a fin de cuentas: ¿qué había para recordar? Tal como son las cosas, la gente no se mete en un estanque como si bajara por la escalera del metro de Oxford Circus una lenta tarde de miércoles. No desaparece de ese modo cuando hay alguien observando. Pearl había entendido muy bien que la observaban. Y no era tanto Victoria –que con su lindo auto color café con leche y su estilo londinense siempre había sido menos que una jugadora–

como el dueño de la voz al acecho entre los árboles. Pearl había sido todo el tiempo consciente de esa mirada semioculta; había buscado su aprobación; había sentido y albergado su peso. Esa mañana había ido al estanque para que la viera.

Al comprenderlo Victoria sintió un desmayo. Se estiró hacia atrás, apoyó una palma en la torre, le cedió parte de su peso. Un pulso acelerado la recorrió y entre los aisladores de vidrio alzó instintivamente los ojos al cielo gris. La lluvia le empapó la cara. Amainó el viento. Cuando se examinó la palma de la mano, vio que estaba cubierta de herrumbre.

–Trasto decrépito –murmuró.

Fuera adonde fuera después de aquello, a media distancia siempre se veía a alguien ejercitando a su perrito. Más tarde descubrió el Toyota de Ossie abandonado en un área de descanso del camino de Blancos Prados.

Ya no se notaba que fuese un taxi. Daba una impresión de sinsentido. Se le había desinflado un neumático. Un barro levemente gris pintaba la carrocería, como si las ruedas hubieran patinado cruzando el bosquecito vecino al área de descanso. Hasta las ventanas estaban salpicadas. La campera de Castrol, con los colores desquiciados por la curiosa distribución de luz interior, colgaba del respaldo del asiento del piloto. En la repisa trasera él había abandonado un casco de trabajo amarillo y un gabán luminiscente con el logo de una constructora local, dos o tres artículos de porno vetusto en grosero papel satinado. «De noche en Blancos Prados más te vale ser cuidadosa», recordó que le había advertido. Quizás había desechado su propio consejo.

Originalmente una pequeña calera de arenisca metida en la ladera de la colina, el área de descanso se usaba menos para estacionar que como lugar de giro: era una superficie encharcada de agua sucia, rota y profundamente surcada por transportes comerciales de peso medio. Matas de helecho surgían por las grietas y los nichos de la pared de la calera. Una generación atrás los prados mismos habían sido renovados como terrenos deportivos. No daba la impresión de que alguna vez hubieran sido blancos. Creyendo oír voces, Victoria miró a un lado y otro del camino. El aire estaba

oscuro y manchado de lluvia: era fácil sentir a alguien acercándose cuando no era así. Golpeó ruidosamente el techo del Toyota por si Chiquito Ossie estaba durmiendo adentro. No pasó nada, excepto que se lo imaginó acurrucado con la asombrosa economía de una cría de mamífero en un rincón que ella no alcanzaba a ver. Al fin se alejó con energía a través de los campos de juegos y se encontró camino a su casa por la ciudad de abajo.

Estaba tan harta del padre como de la hija. Se sentía poniendo la experiencia completa en estantes; no era lo correcto y sin embargo estaba pasando. Necesito ver más claro el mundo, se dijo. Necesito un respiro. Esa mañana, al borde del estanque, se había oído susurrar «¡Pero no sé qué quieres decir!», como si la camarera aún estuviese presente y disponible para argumentar; como si en algún lugar existiese una descripción de los hechos en que pudieran coincidir. Ya en casa, hizo una lista de cosas que pensaba hacer el día siguiente; la primera sería desayunar en el jardín.

Pero como para eso resultó haber demasiada humedad, se sentó junto a la ventana del rellano del primer piso con la portátil sobre las rodillas y comió copos de maíz del paquete mientras contestaba emails. Estaba corta de dinero. Como todo el mundo ahora, revisaba su agenda de contactos, hacía llamadas de zozobra, buscaba un trabajo que se pudiera hacer desde la casa. De vez en cuando oteaba por la ventana el césped empapado, el rosal sin cuidar, las matas de iridáceas amarillentas. De cuántas cosas había que ocuparse allí. De pronto todo tenía un aspecto triste, enredado.

Shaw no había llamado.

En Londres lo había encontrado tan ausente en el plano emocional como siempre. Si la hondura de su angustia la había confundido y su restaurante favorito la había repugnado, la habitación donde vivía, con ese sórdido puñado de cosas, la había hecho temblar. Shaw siempre optaría por vivir así, cerca de un baño compartido lleno de manchas indescifrables; no por economía sino como forma de mantenerse inadvertido, por debajo de un radar que nadie más era tan primitivo como para detectar. Pero una no debe revelarle a otra persona con cuánta claridad la ve. «La gente supone que tiene

una vejiga natatoria», le escribió; «cierta hipótesis básica –menos sobre sí mismos que sobre el mundo– que los mantiene derechos y a flote. Después descubren que no».

«La cuestión es que yo siempre quiero contarte de mi vida pero por alguna razón no puedo. ¿No es raro?».

Esta vez había fracasado porque no bien estuvo al sur de los Chilterns sus propias angustias, al menos por un momento, habían parecido tranquilizadoramente lejanas; porque de tan exigente la propia languidez de Shaw le había absorbido la atención; pero, acaso más importante, porque en definitiva ninguno de los dos sería nunca capaz de contarle algo al otro. La diferencia era que esto ella lo entendía y él no. Victoria reconocía su impedimento pero no podía sortearlo. Shaw, sospechaba, ni siquiera sabía que tenía un impedimento. En consecuencia, ya sacudida por el descenso de la camarera en el estanque (si en verdad había pasado eso), ella se había desestabilizado más con el intento de apoyarse en el habitante menos sólido de la cuenca de Londres contemporánea.

En el jardín una paloma irguió un ala en la lluvia para desalojar parásitos; exploró breve pero decisivamente el resultado con el pico; luego repitió el procedimiento inclinándose al otro lado.

«Está ahí a menudo», le contó a Shaw con la ilusión de entretenerlo, «posada en la cerca de la casa de al lado, esperando que le suban el comedero». Ella siempre había pensado que los pájaros, dijo, vivían escondidos en el follaje. «Pero he aquí uno que hace su vida con espíritu de transparencia, haga el tiempo que haga y a la vista de cualquiera. Le encanta el sexo si hay otra paloma al alcance». La paloma se acomodó, erizó las plumas y volvió a acomodarse. «Es bastante admirable. En mi caso no funcionaría. Yo nunca podría relajarme». Revisó la declaración y después de pensarlo un poco reconoció que no decía lo que había esperado. «Así que ya ves, ¿no?», escribió en cambio, «tú me gustas, pero me sentiría mejor conversando de cualquier manera sobre lo que fuese. Supongo que le pasa a todo el mundo. Ni siquiera sé si tengo bien tu mail, y en eso tú no me ayudas».

De repente se sorprendió terminando:

«¿Me quedaré aquí mucho más? No estoy segura. Últimamente está muy oscuro, y la casa muy húmeda».

Siguió un mes de días de lluvia, uno tras otro con una especie de malicia cuidadosa, calculada. En la ciudad las luces se encendían más temprano. Hacia el final de la tarde había una atmósfera de ajetreo. Para Halloween Victoria se resfrió y durante una semana anduvo por ahí sorda de un oído. Se sentía recluida en sí misma. Nada que le dijeran tenía sentido; podía oír a la gente pero algo no funcionaba en cómo la oía.

–Pronto va a ser Navidad –les decían los comerciantes a los clientes que esperaban su turno. Victoria quería sumarse pero no se le ocurría qué decir.

–¿Estás bien, cielo? –preguntaban todos.

–¡Sí, estoy bien! –decía. Estaba bien. Era solo un resfrío, que mantenía a raya bebiendo syrah por la noche. A menudo pensaba que para cambiar un poco debía ir al Long Gallery y tomar lo que hubiera en oferta; pero las bandas tributo y el karaoke –los grupos de borrachos ladrándose y chiflándose de una acera a otra a la hora de cierre, en escalada a una meseta de furia de la cual no había retirada visible– la desalentaban. Un martes a las once y cuarto, subiendo la colina detrás del resto del grupo, iba Tommie Jack, que parecía desganado, jorobado y grueso como si lo hubieran hecho cobijar algo debajo de la chaqueta. No lograba seguirles el paso. Para cuando llegó a la cumbre ya habían bajado mucho y se dirigían al río. Desde la segunda vez que Tommie Jack había ido a su casa, de solo verlo Victoria se ponía de mal humor. Corrió hasta la puerta y abrió de un tirón.

–¿Estás de ventas? –se oyó gritarle–. ¿Vendes dibujos de niños y niñas nadando?

Tommie Jack miró por encima del hombro, aunque no del todo en la dirección correcta, e intentó sonreír; pero esa noche su cara, demasiado grande y redonda, no parecía fácil de manejar. Tenía algo de luna.

–¡Eh! –gritó Victoria. Siempre lo interpretaba como una amenaza; al mismo tiempo, se sentía más fuerte cuando él andaba cerca. Metió un brazo en su abrigo, se lo echó torcido sobre los hombros y corrió tras él–. ¡Más rápido, Tommie! ¡Tus amigos te están dejando atrás!

Allá seguían bajando hacia el viejo puente de hierro. Gran parte del camino estaba oscuro, aunque por ráfagas y arranques se veía revelarse la hilera de luces callejeras de la Garganta y también el neón oriental del Lavender House de comida para llevar y las ventanas amarillas del hotel Top Time. Tommie Jack estaba apurando el paso pero de pronto se cansó y volvió a rezagarse. Entonces ella lo agarró del antebrazo y tiró de él gritando «¡Aguanta el ritmo, Tommie! ¡Tus amigos se están escapando!». De hecho los amigos, como si no hubieran estado nunca, se habían desvanecido entre coches estacionados y pasajes rumbo a sus casas. Tommie se desprendió y jadeando cruzó el puente a la carrera. Arrastrando el abrigo, Victoria lo persiguió por la ribera hasta que llegaron a la casa de Pearl.

Cuando entraron él tenía los ojos húmedos, la cara descompuesta e irritada. Estaba llorando, y Victoria ya no tenía noción de lo que estaba haciendo ni de por qué lo había acosado de esa manera. Avanzó por delante de él y subió corriendo a la habitación de la camarera.

–¡Pearl! ¡Pearl! –voceó–. Mierda, mierda, ¿dónde estás?

–No la vas a ver más –dijo Tommie a sus espaldas con una voz suave y cansada.

Cuando ella se giró para encararlo, se había ido.

En la habitación de Pearl las cosas estaban igual que antes, excepto el colchón, que, despojado de su diván, primero habían apoyado en la pared y luego dejado que se desplomara hasta doblarse como un durmiente vulgar en una plaza mal iluminada. La portátil Dell había desaparecido. De los afiches solo quedaba tienes permiso, debajo del cual estaba el tocador de Pearl, arrastrado desde su sitio original, torcido, vacío salvo por un plato de agua.

–¿Dónde estás? –les preguntó Victoria a los objetos. Sin pensarlo

mojó los dedos en el agua y la encontró fría y salada como el mar–. ¿Dónde estás? –Era una acusación, se dio cuenta; una forma de decir «Yo esperaba más».

Ya había resuelto hablar con Andy el gordo, porque a pesar de él mismo se le antojaba razonable y bondadoso. Pero afuera de su cuarto el aire apestaba tanto a cagada de perro y diabetes que tuvo que respirar por la boca; y cada vez que se movía un poco, oía adentro un ruido de pies arrastrados. Los perros gruñían de nervios; sus garras mochas repiqueteaban en el suelo. Ahí estaban, imaginó, enderezándose a gatas, enfermos, aturdidos, siguiendo los movimientos de ella a través de la pared. Y era como si también la oyese alguien más; y cuando estaba decidiendo terminar con ese interludio lastimoso oyó que una voz serena, firme, anunciaba:

–Esa chica representa el pasado, con su sitio web especial y sus calzones tanga. Nosotros somos el futuro. Ahora el futuro somos nosotros.

Cuando bajó al vestíbulo Tommie Jack aún estaba donde lo había dejado, haraganeando entre la entrada y el pie de la escalera, inerte como un animal abandonado a sus propios recursos. Le rechinaban los dientes. Le daba una luz medio gris, medio amarilla; tenía los ojos secos, vacíos y pensativos como una oveja. Se movió de golpe y rio.

–Las ciudades del interior son nuestras. ¡Ya no vamos a necesitar a Pearl!

–¿Al menos sabes de qué estás hablando? –dijo Victoria–. Porque yo no. –Y dándole la espalda se alejó por el vestíbulo.

Al instante pareció tenerlo de nuevo adelante, lanzando hacia ella la cara ladeada y gritando:

–¡La estúpida eres tú! ¡Eres tú la que no sabe lo que está pasando!

Entonces Tommie de algún modo se le escapó, valiéndose de un movimiento intrincado que ella no llegó a comprender y sin que lo viera entró en un cuarto de planta baja; y cuando ella miró alrededor todos los viejos obreros estaban de nuevo allí,

comprimidos en la escalera detrás de ella como limaduras en un imán, todos en sus desajustados suéteres de pólar y pantalones de leñador, agolpados y mirando hacia abajo.

–Ese libro le está dando consuelo a mucha gente –dijo uno.

Cerca del puente de hierro, el hotel Top Time estaba cerrando por la noche; los taxis de Telford recogían a sus pasajeros; las luces se apagaban por la ribera. El día anterior y el anterior, había pasado por Snowdonia una tormenta del mar de Irlanda. El Severn estaba lleno de agua con un centelleo rápido y oleoso. Todo parecía absurdo e insatisfactorio, y ahora Victoria tendría que volver subiendo toda la colina a oscuras.

A partir de entonces las mañanas se hicieron lentas; las tardes parecían irse en un soplo. Victoria no sabía cómo sentirse mejor. La música la agotaba. En el número 92 la luz daba con una claridad óptica y ella veía cada astilla, aplastamiento e irregularidad de la pintura. Pronto estaba preguntándose si no debería vender. No se figuraba adónde podía ir, como no fuera de vuelta a Dalston. Mirando en torno en esos días de lluvia veía no solo lo que había dejado sin hacer sino dónde había exagerado y hecho de más. Tenía la impresión de haber perturbado la intimidad de esa vieja casa, el profundo sentido de mismidad que la había atraído antes que nada. Se vio obligada a recordar cómo había tirado tantas de las cosas de su madre.

«Para empezar, este lugar me encantó», le escribió a Shaw, y no supo cómo terminar. A raíz de nada preguntó: «¿Qué vas a pensar de mí si simplemente cambio de idea?», admitiendo: «Te debo parecer una idiota total».

El Pearl's reabrió la segunda semana de noviembre como negocio de acuarios para casas bajo el nombre comercial de «Peceras de Shropshire», que figuraba encima de la puerta en un neón azul, verde y violeta y se replicaba en un cartel colgante en la acera. Adentro, la larga pared interior del antiguo café ahora se ofrecía

como un banco de enormes televisores planos, cada uno sintonizado en una escena submarina diferente de un dibujo animado de Disney. Entre las algas era posible identificar formas que podían ser peces, difíciles de distinguir, quizás algo más grandes y más lentos –quizás menos coloridos, de aletas menos vaporosas– de los que uno esperaría ver en un acuario de sala de estar. Iban de aquí para allá, como si –bien que no admitiendo relación alguna con él– pudieran permitirse reconocer al otro mundo, nuestro mundo, donde, envueltos en una especie de sombra suavemente verde quizás filtrada en el negocio desde los tanques, Tommie y Brenda Jack estaban detrás del mostrador, a cierta distancia uno del otro.

Parecía irles bien. Brenda se encargaba de la caja mientras Tommie escribía algo en un libro, hasta que de pronto levantó la cabeza como si lo hubieran llamado y –bordeando una peana central expositora de nanopeceras (diez litros o menos) iluminadas de un color gel dentífrico de menta como computadoras cuánticas en cajas transparentes de una Apple Store futurista– subió al segundo piso. Desde el mostrador también manejaban el sitio web del negocio, una aventura de ideas de paisajismo subacuático y decoración de peceras. Por un período el negocio volvió a hacer popular la placita, sobre todo después de la escuela y las mañanas de sábado, cuando los niños iban a golpear las peceras y asustar a sus ocupantes.

–¡Por Dios! –se dijo Victoria. Miró una vez por la ventana y se alejó a través de la plaza.

La Navidad estaba más cerca de lo que le habría gustado, y desde la visita al cuarto de Pearl no había pasado nada más. Al fin había que conceder que, probablemente cansada de esperar en el linde de las Midlands que empezara su vida, la camarera había ido a reunirse con cualquier futuro que se le presentase. Eso una debía admirarlo; debía verlo positivo. Volvió a su casa y, después de una taza de té, la puso en venta.

17

La inconstancia de las formas

Aunque la primera semana tuvo varias visitas, nadie quería comprar.

Las citas las pedía gente correcta y jovial, a menudo de no más lejos que la ciudad vecina. Eran familias con perros o hijos. A todos les encantaba la casa del 92 y lo que había hecho Victoria, y a Victoria le encantaba verla a través de los ojos de ellos. Del jardín no estaban tan seguros.

El jardín de Victoria seguía abriéndose ante una como todo el verano, pero ahora se abría a algo distinto, algo que le gustaba menos aunque sin duda era igual de exigente. Mirando de noche desde la escalera, un poco esperaba descubrir una vista del todo nueva. La luz de la luna todavía serenaba el césped, que permanecía raso como agua. Pero de las estrellas que un poco esperaba ver allí no había ningún reflejo. De día se quedaba en la cocina con la puerta del fondo abierta, mirando cómo la lluvia empapaba los amarronados macizos y parterres de vegetación que hasta donde alcanzaba su memoria habían sido tremendas masas de flores. Muros, senderos, todas las superficies construidas brillaban de agua, llenas de un cielo demasiado blanco para ser el que reflejaban. Debía limpiar, lo sabía, si no para las visitas para el invierno. Debía reemplazar las rosas viejas. Era todo muy triste. Y peor del otro lado del arco. Hacia fines de primavera, de parte de las mariposas del verano, había dado la bienvenida a una cordata; ahora solo la hacía pensar en las parcelas asfixiadas que se veían desde los trenes de Londres. El arco se había transformado en un portal que ella evitaba.

Había otros problemas. Pese al tamaño de la casa, tuvo que concordar, en realidad no tenía muchas habitaciones; los ambientes grandes son difíciles de calentar y el sótano estaba húmedo, cuestiones estas que la lluvia constante había enfatizado.

Comprendió que hacerse cargo de una casa como la suya –una casa que ha aguantado y visto algunas cosas; que, aunque bella, se mueve y reasienta con el clima y de noche hace sus propios ruidos; una casa de maderas muy viejas que es «como un barco», cualquiera sea el significado que tuvo eso una vez; una casa en donde no se debe usar nunca la palabra «subsidencia» por si un eco la propaga; una casa así, con todos los gastos asociados– podría ser demasiado. De todos modos se sentía herida.

«Para tenerla así soporté a los constructores», quería recordarles. «Picaban y machacaban todo el día sin el menor cuidado, subían y bajaban por mi preciosa escalera. Usaban el techo. El desván está bien porque aguanté que comieran galletas de chocolate. Pero bueno, ¡vean allí arriba qué suelo flamante! En mi desván podrían zarpar mañana con la primera marea». Pero veía que ya los había turbado bastante; sobre todo a los niños.

Hojas caídas del sauce, bayas en el espino. Victoria no se acercaba a los campos. Mantenía todo a distancia; en el coche no se alejaba más que hasta Runcorn; olvidaba las citas. Noviembre, entretanto, se había rendido a sí mismo sin advertencia y de repente la ciudad fue arrastrada a la primera semana de diciembre. Se encendieron las luces de Navidad; alguien remolcó el Toyota de Chiquito Ossie fuera del área de descanso de Blancos Prados. Una mañana la lluvia se hizo brevemente nieve. El día anterior, en las tierras altas de Gales habían caído cinco centímetros. Abajo, en la Garganta, el Severn se volvió de un beige más oscuro que el de un perro labrador; alertas de inundación se multiplicaron río arriba y abajo; en el viejo estacionamiento del peaje, Victoria vio autobuses de tour abrirse por el morro como crisálidas rojo caramelo; perplejos pero riendo, visitantes tardíos de California y Corea del Sur se apresuraron a bajarse, cruzar por el puente y bordear los muelles, solo para encontrar las barreras contra inundaciones en sus sitios y el río creciendo entre ellos y el pasado industrial con el que habían ido a sacarse selfies. Victoria miró un momento hacia allí; tembló; volvió a la ciudad subiendo pesadamente la colina, para encontrarse con que en la calle mayor había reventado la red principal de agua.

Grandes géiseres plumosos manaban por la calzada, disparando fogonazos de colores prismáticos hacia todos lados. El agua se

acumulaba frente a la ferretería antes de precipitarse hacia el río como un torrente entre los bungalows de Woolpit Road. Todo el mundo salía corriendo de los negocios con una sonrisa de deleite alarmado. Los niños y hasta algunos hombres gritaban sin parar de correr y había que refrenarlos. A Victoria le pareció que por un momento toda la ciudad se había reunido allí, preguntándose si era el fin del mundo o simplemente un giro en una dirección simple, fenomenal, asombrosa.

Grandes o pequeños, todos estos hechos parecían de una sola pieza; parecían apuntar todos a lo mismo. Pero no se veía qué podía ser.

Como tantas cosas en la nueva economía, Peceras de Shropshire subsistió pero sin prosperar. Pronto más un incidente que un negocio, fue uno de esos acontecimientos de pueblo que tienen su día. En poco tiempo la placita volvió a dormirse. El problema era la clientela, aunque en las tardes oscuras la tienda aún tenía sus visitantes. Eso no podía negarse. Se alcanzaba a verlos por detrás, recortados contra la ventana por la cual miraban; y dejaban una impresión duradera de hombros que, cuando no se encorvaban para defenderse del invierno temprano, eran largos y abruptamente inclinados. Cuando entraban sonaba una campanita.

Ahora se veía a Chiquito Ossie tras el mostrador más a menudo que los Tommie Jack. El Toyota había vuelto a aparecer en el estacionamiento, en su posición habitual, apretado un poco al sesgo contra el chorreante contenedor de basura. Se había limpiado el barro con lavado a chorro, cambiado la rueda pinchada; para compensarlo, alguien había demolido la luneta de atrás, como si lo que había pasado en la cantera, fuese lo que fuese, hubiera que entenderlo como parte de un proceso en curso. El viejo cerraba tarde y siempre tenía alguna dificultad con la puerta. Fue así como Victoria Norman se topó con él, una noche a las diez, doblado pero en lucha con la cerradura tratando de no acercar las rodillas.

–¿Ya se han ido esos dos? –dijo ella–. Yo pensé que encajaban muy bien.

Eso se merecía una sonrisa, dijo él. Tommy y Brenda, si esos dos

eran ellos, se habían ido.

–Ya lo veo –dijo Victoria.

–Están en Kinver, con asuntos propios; no los vamos a ver más. En todo caso no tan pronto. No tan pronto.

Por un momento los dos miraron el interior del local. Las peceras relucían o brillaban: en ese punto de la declinante curva comercial del negocio, contenían menos peces que decoración, ese raro montaje de un medio ambiente en donde todo está hundido o ahogado. Había casas hundidas, puentes hundidos, ahogadas columnas de templo y torres orientales hundidas. Sumergidas villas de estructura mixta se dispersaban sobre lechos de grava cuyo contorno se perdía en el espejo infinito de cada tanque. Había una estética de piedras con efecto resplandor, hongos de carmesíes y verdes vibrantes; una conspiración de «antiguas cabezas de piedra», submarinos y sarcófagos naufragados.

Allí abajo, donde la escala no significaba nada y hasta el agua se figuraba como un hundimiento más, las casas se volvían enanas junto a posmodernos cofres de tesoro desbordantes de monedas y sartas de perlas. Toda la simulación era vivaz, luminosa, de colores tropicales y estaba incrustada de algas de plástico para indicar que el mar obraba un cambio lento y profundo: era como si las peceras se hubiesen transformado en dioramas de los famosos pero ya perdidos arrecifes de coral del mundo diseñados por artistas de la animación que nunca habían visto ninguno.

Victoria señaló:

–Esa cascada es de plástico –dijo–. ¿No te da una sensación incómoda? ¿Que te muestren agua fluyendo debajo del agua? –Se sintió temblar–. A mí sí. Me da una sensación incómoda.

El viejo se inclinó sin decir palabra y se puso a toquetear de nuevo la cerradura. Tenía los ojos irritados. Le chorreaba la nariz. Ella lo agarró por el hombro de la chaqueta de Castrol e intentó tirar para ponerlo en pie como se endereza a un niñito en un centro comercial. Estaba decidida a que le prestara atención.

–¿Dónde has estado? –dijo.

No bien lo tocó, él dejó lo que estaba haciendo y miró al frente, pero no como si estuviera mirando algo. Se quedó inmóvil. Parecía asustado por el giro de los acontecimientos, y a la vez satisfecho. Mientras se arrodillaba ahí, la lluvia, redoblada, empezó a descargar largos trazos blancos a través de la luz de la tienda. Daba en las superficies con un ruido de fritura y a Ossie le emulsionaba el pelo de la coronilla. El canesú de la chaqueta se le había empapado; debajo de la tela daba la sensación de ser flaco, pero los trapecios eran sólidos como huesos. No tenía carácter, pensó Victoria. Sin embargo estaba lleno de fuerza: podría sacudirla cuando le diera la gana.

–No preguntes y no te lo diré –ofreció.

–Puedes dejar de evadirte –dijo Victoria–. Te prometo que no busco ganar nada. Solo quiero saber qué le ha pasado a Pearl. Quiero saber qué le pasó a mi madre antes de morirse. Quiero saber qué pasó aquí.

Bajo el lubricante de la lluvia la cara de él tenía un brillo blanco. Por un momento ella pensó que iba a golpearla. Pero no hizo más que zafarse, mirarla largo rato y decir:

–Al final todo el mundo consigue una respuesta.

–Uf, vete a la mierda. Vete a la mierda.

Él le palmeó el antebrazo.

–No te preocupes tanto, cielo –recomendó–. Cuando te llegue el momento te irá bien. Les llega a todos.

Perdida, sin encontrarle al consejo un significado, solo atinó a mirarlo correr por la plaza hasta el coche, ágil, encorvado bajo la lluvia, las manos en los bolsillos.

–¿Tú tienes un perro? –se oyó gritarle en su peor voz de subterráneo, un tono exacto entre la hipoteca de Dalston y la tía de Clapham–. Te he visto, ¿no? ¿En los campos y de noche en la ciudad? ¿Con tu perrito?

Al principio Chiquito Ossie pareció ignorarla. La lluvia rebotaba en el techo del Toyota, y a la luz del neón subía como un vapor espeso. Él se estiró sobre la puerta trasera para sacar unos pocos remanentes de la ventana destrozada; luego, con un raro culebreo –que almacenaba agilidad y torpeza como potencias no del todo expresadas– se arrastró por el agujero. Las caderitas se debatieron. Los piececitos patalearon, golpearon, luego entraron limpiamente. Una vez adentro, él se giró, sacó la cabeza y la meneó un instante con una suerte de desdén perplejo –como si nadie pudiera equivocarse tanto sobre una cuestión como Victoria– antes de desaparecer para siempre.

–Te irá bien cuando te llegue el momento –oyó ella que le decía, justo antes de que el motor arrancara.

El malestar del encuentro la hizo alejarse de la ciudad, conducir por toda la A5 y adentrarse en Gales. A causa de eso perdió tantas visitas que el agente inmobiliario dejó de mandarle gente. Victoria fue a arrearlo a su pulcro negocio en la ciudad de arriba. Hombre y local olían a pulidor y ventas.

–¡Qué lugar más lindo tiene! –suspiró mirando alrededor.

Decidido a no dejarse engatusar, él se concentró en la computadora.

–Vamos a ver –dijo–. Pongámonos al día con lo que está pasando. –Había cantidad de interesados, le dijo: cantidad de interesados, pero el precio de la casa les parecía algo caro–. Para las obras que tendrían que hacer lo consideran un poco excesivo.

–Pero yo hice un montón de obras –dijo Victoria, terca, mirando la calle por la ventana–. Cierto que el jardín es un lío pero, para poner un ejemplo, el techo está perfecto. –Lo sentía detrás de ella, sentado profesionalmente en su escritorio, cortés, distante en su traje de calidad, más como un médico que como un agente de bienes raíces. Los lugares, pensó, te obligan a hacer la vida que traen incluida. Te crees que estás acampada en el borde, pero el lugar no para de arrastrarte hacia el centro–. ¿Sabía que su ciudad ha estado ocupada desde 1086 –dijo– cuando la llamaban Bolsoe?

Él pareció meditarlo. Luego sugirió:

–Sabe, hoy en día la gente suele manejar sola las ventas. Puede salir mucho más barato. –Explicó que a él no lo perjudicaba abrirse con la gente al estado real de las cosas–. Su madre, por ejemplo, lo manejaba todo ella misma, por internet.

Mi madre no podía manejar ni el pasaje del bus, pensó Victoria. No mientras yo la conocí.

–Preferiría que otro se tomara la molestia –dijo, lo más frívolamente que pudo–. Todos tendríamos que pasar menos tiempo en internet. –Ahora ya estaba en la puerta. Si bien él le gustaba, sentía que aquello había sido por demás una lección, aunque impartida con paciencia–. Si prometo hacerlo mejor, ¿volverá a mandarme gente?

Al menos la había forzado a pensar en el jardín. Sin darse tiempo a cambiar de idea, o a recordar con demasiada claridad la última vez que había estado, regresó a Childe Beckwith. Allí encontró los estacionamientos desiertos, la mansión cerrada y a la familia en Barbados –como cada Navidad desde 1956– renovándose al tiempo que repasaba sus vínculos con los viejos activos en esclavos y azúcar, mientras en casa los cedros se cerraban sobre un césped oscurecido y las húmedas, lúcidas losas de arenisca reflejaban cielos que un legionario romano habría reconocido. Se oía a los pavos, pero solo a lo lejos. Obviamente, en el jardín de rosas no pasaba mucho: los arbustos se habían retraído en las macetas; la estructura subyacente de las cosas descollaba como hueso. Victoria evitó el estanque para distraerse en la galería Elizabeth Berrington, donde, entre rabos de liebre y derrumbadas dedaleras de acuarela, forzó una sonrisa. De todos modos seguía baja de ánimo; la tarde apretaba.

Antes de irse caminó por el terreno, cuesta arriba a través de plantaciones de árboles decorativos, hasta llegar al punto más alto de la pequeña cresta de juguete que los paisajistas dieciochescos habían puesto para aprovechar la vista. Desde allí se podía mirar más allá de la mansión, donde alguien había dejado una reposera caída en la terraza del café, y por entre lúgubres pliegues de tierra hacia Cramp Pool y Beckley. A menos que una quisiera entrar al templo jónico, ahí no había donde guarecerse. La lluvia barría los

dos lagos ornamentales y remontando la cuesta le daba en la cara. En la tienda, después de pensarlo un poco, había encargado una «Bella de Inglaterra» y una «Doncella de los Cotswolds», centifolias de raíz desnuda que le enviarían por correo desde otro local. Aun mientras pagaba no había logrado imaginar cómo unos palitos tan secos y yermos podrían prosperar para otro en un jardín que ya no sería de ella. Se inclinó para entrar en el viento y cerró los ojos; de repente volvió a abrirlos.

Había oído un grito en el lago de más abajo; y ahora distinguía una sola figura con una chaqueta de trabajo azul oscura, inmóvil, de cara al agua. Permaneció un momento y después –la cabeza baja, las manos en los bolsillos– se alejó rápidamente, entre matas de rododendros, por la tierra blanda que rodeaba las esclusas, en dirección a la fábrica de hielo abandonada y el cementerio de mascotas contiguo. En una habitación del segundo piso del edificio principal vio encendida una bombilla de bajo consumo.

–¡Pearl! –se oyó llamar–. Pearl, ¿eres tú?

¿Pero cómo podría ser? Quienquiera que fuese no aflojó el paso ni miró atrás ni le hizo caso; y pronto la orilla del lago volvió a estar vacía. De todos modos Victoria bajó corriendo hasta estar a su vez al borde del agua buscando pisadas en el barro grisáceo. Le costaba evitar una sensación creciente de inutilidad y miedo. No había nada que se resolviera. Estaba perdiendo lo que quería. Había un fracaso general en mantener el buen ánimo.

Más tarde, en el estacionamiento, estuvo escuchando el golpeteo de la lluvia en el techo del auto, mientras hacia Clee Hill el cielo reunía y distribuía un matiz rosado –no exactamente un color– como si, más allá de los tejos de Beckwith, algo estuviera llenando y volviendo a llenar el recipiente de un crepúsculo de invierno que ella no veía del todo.

El agente inmobiliario cumplió con su palabra. Aunque por unos pocos días no pasó nada, luego empezó a haber un flujo sostenido de visitas. Venían desde los suburbios de Birmingham y Wolverhampton dando la impresión de que la vida que llevaban allí

les había estimulado un nerviosismo competitivo. Se tomaban como una cuestión de orgullo encajar sus autos medianos justo en un espacio estrecho frente a la casa; por lo demás, a Victoria le era difícil decir qué podían querer para ellos. Las series de días engañosos, de niebla temprana disipada en un sol pleno, siempre los animaban. Al final de una mañana de sábado llegó una mujer delgada, los ojos rodeados de fosos de dieta y CrossFit, resistente a la edad, de estampa centrada en mallas de compresión negras y pelo salvajemente estirado en una coleta. Se llamaba Helen, dijo. Victoria apenas había abierto la puerta cuando Helen ya entraba y estaba evaluando el vestíbulo, camino a la escalera.

–Tengo unos veinte minutos –dijo–. ¿Estas baldosas viejas no te son difíciles de cuidar?

Buena parte de la conversación de Helen parecía demasiado intensa para las circunstancias, como si siempre estuviera insinuando otra cosa. Después de cada intercambio miraba a Victoria de reojo, con la cabeza un poco de lado como diciendo ahora te toca a ti. Persuadía y a la vez frustraba. Era de Kinver, dijo, y su trabajo abarcaba muchos aspectos de la salud y el ejercicio de poblaciones especiales. Victoria, que no tenía idea de qué significaba eso, la siguió una habitación tras otra revisando sus propias elecciones vitales con un terror embarazoso mientras decía «En el tejado he hecho trabajos importantes», o «Creo que este suelo es el original».

No parecía que Helen oyera, aunque por momentos una leve irritación le crispaba los rasgos.

–Debajo de todo esto hay una linda propiedad –se vio motivada a admitir una vez hubieron hecho un breve tour por el jardín–. Pero en estos tiempos tendrás que ofrecer más.

–Compré unas rosas –dijo Victoria.

–No son rosas lo que la gente quiere, ¿se entiende? No en este mercado. No sé cómo funciona aquí, pero en Kinver queremos tener una barra de desayuno.

–Fue para alegrar, de veras.

Helen le dedicó una sonrisa tirante; después, al salir, se quedó mirando la vieja fachada resplandeciente de sol.

–Una barra de desayuno y un sótano con cisterna –reflexionó; y como Victoria no respondía, se encogió de hombros–. Claro que hoy el clima juega a tu favor. –Se subió a su coche y encendió el motor, pero luego bajó el vidrio como si a último momento hubiera entendido algo–. Pienso que tal vez has puesto el precio un poquito alto –dijo–. Sobre todo en esta época del año.

Durante la semana siguiente se vio el Audi de Helen por toda la ciudad, parado contra el cordón en lugares inverosímiles, mientras ella, con un codo apoyado en el borde de la ventanilla, se asomaba a decirle a alguien «¿De acuerdo?» o a persuadir de que se bajaran los precios locales. Victoria trataba de evitarla. Si la saludaba desde la otra acera de la calle mayor, Helen sonreía y meneaba la cabeza, cómplice como si aún estuvieran en la casa de Victoria y las dos entendieran de qué hablaban. Al parecer conocía a todos.

Cuanto más se acercaba la Navidad, menos sabía Victoria qué hacer. Las rosas de Childe Beckwith llegaron, solo para quedar en el embalaje, sin plantar. Un día era oscuro y una llovizna flotaba sin caer; al siguiente una se veía el aliento en un aire diáfano y luminoso. La ciudad, expandiendo la noción de sí misma, celebraba el Festival de Medianoche de Luces y Tractores. Como barcos factoría varados, las enormes máquinas rechinaban de un lado a otro en su estrato marino de humos de escape. Perros y niños corrían sueltos. Durante toda la noche una paciente llama color chocolate se alzaba en su redil al pie del castillo de Geoffrey de Lacy. Dignificada por un collar de monedas encintadas, impertérrita a los fuegos artificiales y la banda tributo a U2, esperaba que la condujeran ceremoniosamente por Woolpit Road hasta el río. Por un momento todo pareció iluminado menos por las luces de la calle que por intersecciones míticas, embrolladas liminalidades de tradiciones aún no inventadas.

La mañana siguiente Victoria encontró a Helen en la ciudad sentada con otra mujer en un café llamado Bethany's, estratégicamente situado a dos puertas de una tienda para bodas, la Little Wedding Shop, en lo más alto de la calle del Puerto. Bethany's, con su estética de retazos caseros y sillas Christine Keeler de plástico, era

pequeño y parecía muy nuevo. En el mostrador un cartel decía: una dieta equilibrada es una magdalena en ambas manos. Ni Helen ni su amiga, una mujer de edad con un entallado abrigo marrón de lana, daban la impresión de encajar en el sitio ni una con otra. Eso sumado a que Helen parecía enojada:

–No sé por qué la gente no se tiene más asco –oyó Victoria que decía ferozmente y con una peculiar claridad–. Son inflexibles con los demás en cosa de hipotecas, jubilaciones y seguros, y como tienen buen pelo y lo que hacen siempre les conviene, ah, no, ¿cómo van a equivocarse ellos? Ellos nunca hacen nada mal. –Miró al frente con furia–. No sé qué debería darme vergüenza a mí.

La otra mujer, evidentemente turbada, bajó los ojos a la taza de té.

–Bueno, el caso es que –dijo– al fin lo hice embaldosar como todos. Ahora preferiría dejarlo.

Se miraron como animales de especies diferentes que se encuentran en el mismo campo. Por unos momentos Victoria miró cómo se esforzaban por comunicarse; después fue a pararse junto a la silla de Helen.

–¿Qué oferta has pensado hacer? –dijo.

Finalmente cerrar la distancia entre posiciones fue más fácil de lo que esperaba. Victoria tenía que asumir el impuesto sobre sucesiones. Helen no quería ninguno de los muebles ni adornos pero, como dijo, cargaría con el costo de librarse de ellos.

–Para mí es más una inversión –dijo con suficiencia– que un lugar para vivir.

Al cabo quedaron de acuerdo en la mayoría de los puntos. Victoria regresaría a Dalston con una pequeña ganancia y tan poco equipaje como el que había llevado; volvería a la vida de antes, iba a extrañar terriblemente lo que había encontrado allí al principio y preguntarse qué había sido y por qué lo había resignado. Comprendió que había esperado una continuidad: una sensación no tanto de estar vendiendo la casa como de pasársela a alguien. Sin embargo con Helen nunca podía haber más que una transacción.

En Bethany's la cena de pavo con repollitos y papas al horno para uno costaba cinco libras cincuenta. Había publicidad de helado del Kelly's de Cornwall y música que a Victoria le recordó noches realmente horribles en el Lewisham de los noventa. Pero el wi-fi funcionaba y el chocolate caliente era rico, y a la hora del almuerzo la propia Bethany, a menudo detrás del mostrador, saludaba a los clientes que salían con un «Chau, gracias», alzando la voz en la última sílaba para prolongarla en «hasta pronto». A veces, mirando el tiempo que hacía fuera, temblaba y en voz baja añadía «¡No te envidio!». No sería Pearl, pero era bastante amable.

Esa tarde Victoria empezó a revisar las cosas que no quería dejar cuando se mudara a Londres; cosas suyas, cosas de su madre. En la segunda categoría dio con una libretita de los setenta para la cartera, cinco centímetros por ocho de fino papel rayado entre tapas de cuero suave con bordes estampados en oro y su lapicito en el lomo; el tipo de cosa que se puede exhumar de un mercado de anticuarios en Ludlow o Church Stretton, algo que nadie ha visto desde hace una generación o usado desde hace dos. Todas las páginas estaban en blanco menos una y, como antes de esa había varias arrancadas, lo que estaba escrito parecía empezar a mitad de un pensamiento.

«… pero las uñas espantosas de siempre no me han crecido desde que llegué».

Victoria, que de repente se sintió rara, soltó la libreta en la cama. Fue a la ventana, donde se apoyó en el alféizar para mirar afuera. Volvió a la cama y después de nuevo a la ventana: llovía sobre el césped.

«Son cinco meses», había escrito su madre. «En cinco meses no tuve que cortarme las uñas ni una vez. Me pregunté si me pasaba algo. P dijo que fue el cloro de la piscina. Es muy fuerte. O que tal vez me equivocaba. Pero la sorprendí mirándose las uñas en el baño y cuando me vio cerró la puerta. Se estaba lavando las manos. Separaba los dedos y se frotaba los huecos. No pasa nada, dijo. Nada. Y me cerró la puerta en la cara y listo».

Luego, un poco más abajo:

«¿Quién va a olvidar cuándo fue la última vez que se cortó las uñas? Pero por otro lado tiene razón. Porque mientras tenga a P nunca volverá a suceder nada».

Victoria llevó la libreta al inodoro, la dejó caer adentro y sin poder contenerse vomitó encima a chorros. Bajó la tapa y tiró y tiró la cadena hasta dejar la taza limpia.

Pensó en su madre, sola en el último piso, estudiándose las líneas cruzadas de la palma de la mano; encendiendo la luz del dormitorio a las tres de la mañana para copiar «Paz», de Rupert Brooke, uno de sus poemas favoritos; garabateando sin rumbo –con una letra que parecía cansada, acelerada y desde una perspectiva exterior una pizca infantil– en esa libretita absurda. O tal vez alisando la foto de ella con el padre de la camarera que guardaba doblada en la parte de atrás de su complicada mezcla de portamonedas y billetera. Por entonces, supuso Victoria, la foto habría estado menos desteñida. Al disperso resplandor de la barra, detrás de las dos figuras, quizás aún se habría discernido una tercera –blanqueada por el flash, más alta que las otras– aunque no tan bien como para decidir si era un hombre o una mujer.

Limpiándose más y más la boca, le escribió a Shaw: «¿Cómo se hace para conocer a alguien? Para mí ella era simplemente anticuada, demasiado nerviosa ya mucho antes de casarse o tenerme como para hacer algo con su vida. Me daba tanta rabia que no fui al entierro».

Sentada en la cama miró el suelo entre los pies.

Se preguntó qué iba a hacer él para Navidad y pensó en llamarlo y ofrecerle ir en el coche, y hasta agarró el teléfono. ¿Pero qué le dice una a alguien que ve cada muerte de obispo? «Te llamo a la carrera, entre dar sangre e ir a cortarme el pelo. Uh, sabe Dios. Birmingham o algo así». En cambio se miró escribir: «¡Qué cansada estoy!». Y sin haberlo esperado: «¡Invierno en una casa extraña! Todos estos años habría matado por un lugar como este. La verdad, no sé ni qué quiero decir».

Aunque de pronto la inquietó quedarse dormida, se durmió.

Cuando se despertó de un sueño en que alguien la llamaba, la luna estaba alta y había parado de llover; no sabía qué hora era. Bajó y se sentó en la cocina con un cárdigan sobre los hombros, dudando entre hacerse algo de comer o volver a la cama. Encendió la radio pero no había buenas noticias. Dos de la mañana y, aunque sentía la ciudad alrededor, afuera estaba tranquilo. Dos o tres días antes de Navidad una esperaba cierta alegría. Estaba bebiendo un té cuando no muy lejos detrás de ella oyó una voz:

–¿Vita?

Miró hacia el jardín, donde a la luz de la luna la sombra oblicua del arco de rosas cruzaba el césped superior. Allí había una figura. Estaba mirando hacia otro lado, fuera de la casa. Victoria golpeteó la ventana.

–¡Eh, fuera! ¡Qué estás haciendo ahí! –Pero ya lo sabía. La figura se giró a medias y, sin dar la impresión de moverse, se acercó al arco de rosas, donde se estiró para tocar dos o tres titubeantes pimpollos de invierno mientras volvía la cara hacia ella. La estaba esperando.

–¡Ni te atrevas! –gritó Victoria. Golpeteó la ventana de nuevo, corrió a la puerta de atrás y se asomó furiosa. Al principio creyó ver el jardín vacío. Creyó verlo más largo que antes. Afuera el aire estaba más cálido que en la casa. Tan cálido que podía ser julio. Tan cálido que si salía no iba a necesitar saco ni zapatos. La luna iluminaba el arco de rosas, que parecía demasiado pequeño, demasiado lejano, era casi como una ilustración de un libro.

–Vamos, Vita –alentó la figura a su manera suave, maniobrera.

De pronto se agachaba para pasar por debajo del arco; un minuto después estaba de nuevo en el césped, y todo se había vuelto a estirar hasta muy lejos y las sombras en la hierba eran demasiado largas. Estos cambios de perspectiva tenían una cualidad fluida, orgánica, fácilmente obrada, como si a Victoria se le hubiera dado una forma nueva de mirar las cosas. Al mismo tiempo eran tan

devastadoras y transformativas como los irresistibles vómitos y la fiebre fácilmente obrados por una enfermedad.

–Ven entonces, chica, vamos.

–¿Eres tú, Pearl? –gritó Victoria–. ¿Eres tú?

El jardín era como una laguna verde en una noche de estío. No muy grande, no muy pequeña; tenía todo el aspecto de una superficie que no se debe tratar de pisar. Matas de gladiolos, malvarrosas y alhelíes de perfume nocturno se curvaban sobre el blando césped como sobre el agua. Pese a las casas a derecha e izquierda experimentó tal sensación de retiro que le resultó fácil sacarse mucha de la ropa.

–¡Vita! –llamó la voz–. ¡Victoria!

Bajo el arco de rosas la hierba empezó a concentrarse, rebosar y cimbrar. Cobró brillo, un fulgor sostenido a la luz de la luna: ahora se oía correr agua al otro lado. ¡Una libélula como un destello cazaba por el césped! Sin pensarlo –pero siempre sin prisa– se quitó el resto de la ropa y sin una mínima mirada atrás se zambulló en el césped y empezó a nadar hasta el otro lado, donde se sentó bajo el arco, en el último de los escalones gastados y resbaladizos, en medio del perfume de rosas y alhelíes, escuchando el agua, fijando un momento la mirada en el jardín de abajo y la oscuridad creciente.

–¿Esto es lo que le pasó a mi madre? –le preguntó suave, casi tristemente, a la figura a la espera. Pensó en todas las maravillas que perdería, pero también en todas las cosas que quizás ganara; y bajó los escalones.

–Los que desean estar limpios –dijo la voz–, limpios estarán.

En el último momento Victoria se oyó decir:

–Envíame al agua.

Y después nada.

18

Introgresión adaptativa

Una o dos semanas después de la visita de Victoria, Shaw pensó en escribirle un mail. Durante toda esa noche extraña ninguno de los dos había logrado explicarle algo al otro ni descubierto cómo actuarlo. Los dos tenían vacíos en sus vidas, eran rompecabezas que nunca iban a estar completos. Al mismo tiempo todo en el encuentro había hecho evidente que su estilo de vida era provisional aunque ya no transitorio: a todas luces estaba jodido. Cualquier cosa que le hubiera dicho a propósito –por ejemplo que le gustaría invertir más en sí mismo y poner el corazón en las cosas– habría sido una revelación excesiva para los dos. No tanto sobre las circunstancias de Shaw como sobre él. En cierto modo habría sido demasiado notoriamente una admisión. Entonces escribió: «Cuánto te agradezco Los niños del agua. Desde nuestro punto de vista es difícil entender el mundo de Tom».

Como parecía una vacuidad, empezó de nuevo: «Fue muy lindo verte. Tendríamos que…». Pero las posibilidades que alojaban las últimas dos palabras lo ahogaron tanto que se levantó, cerró la portátil y durante un mes trató de no pensar en nada de eso. Londres se cerraba a su alrededor. Se preguntó si no debía mudarse. Pensó en encontrar un trabajo nuevo. De noche soñaba con Annie Swann, curiosas aventuras que empezaban bien –en tanto impertérrita y cordial, ella dejaba que se le subiese la falda– pero rápidamente tomaban rumbos menos agradables.

Extrañaba las tardes de miércoles con Annie, aunque era cierto que ella se había pasado la mayor parte inconsciente. Habían sido aliviadoras y de una forma cómoda excitantes. Al parecer los sueños reflejaban eso, aunque no estaba seguro de que el inconsciente no estuviera sugiriendo algo más. Más o menos por la época de la refriega en Barnes ella había dejado de atenderle las llamadas nocturnas; no mucho después él había dejado de llamarla. Ahora,

con la idea de inscribirse como cliente privado, probó de nuevo. No hubo respuesta. «Es que no sé qué quieren de mí tú y Tim», se asombró de oírse alegar cuando cortaba. Dos de cada tres tardes, en el camino entre el Earl of March y el Idle Hour, golpeaba la puerta de ella. La casita estaba oscura y nunca parecía que ella estuviera. Entonces, alrededor de un mes después de la sesión final, desde el cementerio en donde se había adentrado para husmear en la tierra cerca del muro del hospital, creyó ver una débil luz en la ventana del dormitorio.

La cancela colgaba vencida y en el angosto jardincito delantero había un perfume intenso a clavelinas y alhelíes. La puerta estaba apenas entreabierta. Shaw golpeó.

–¿Hola?

Como no contestaba nadie, después de mirar a los dos lados de la calle empujó la puerta y entró.

La sala de abajo estaba llena de aire de afuera, como si las alfombras y los adornos lo hubieran hospedado. La luz de la calle elegía los muebles más grandes. Se sesgaba sin piedad sobre los estantes de libros y un espejo.

–¿Annie?

Cruzó la sala hasta la cocina y tocó la tetera con el dorso de los dedos. No del todo fría. Daba la impresión de que alguien había estado allí hasta hacía una hora. Deslizó un cajón atrás y adelante para probar si era de uso fácil y silencioso; abrió un paquete nuevo de galletas integrales de chocolate negro y se comió una. Fue a pararse al pie de la escalera lamiéndose los dedos, indeciso de cómo seguir. Creyó oír un suspiro debilísimo, poco más que una exhalación. Venía del dormitorio.

Tim y Annie estaban ahí arriba, moviéndose calladamente sobre el desordenado edredón de la cama de ella. Tim se había bajado los pantalones pero aún llevaba puesto lo demás. Lo que estaban haciendo, fuera lo que fuese, imponía al cuarto una especie propia de silencio, aunque una o dos veces la presión de él dentro de ella provocó en Annie un leve gemido. Había desviado la mirada rígida.

Él miraba la pared. Se les movían los labios; a la tenue luz del velador la carne tenía la blancura y la firmeza de una bañera recién lavada. Eso no parecía sexo recreativo.

Shaw permaneció en la entrada. Estaba a punto de convencerse de que en el cuarto había otra persona cuando en un solo, puro instante comprendió que era él. Los hechos parecían haberlo paralizado, arrojándole la conciencia a la vieja raíz del cerebro de donde pugnaba por escapar. Se oyó gritar:

–¿Pero qué mierda? ¡Váyanse a la mierda ya!

Mientras se tambaleaba por la escalera, Tim le gritó algo. Reconoció la voz pero no el idioma que hablaba. En la sala de abajo el aire era espeso y resistente. En un par de minutos consiguió calmarse y salió a la calle. Se sentía sorprendido pero disociado, como si hubiera sufrido un episodio neurológico. Un sabor a pegamento se le estaba disipando en la boca. Al mirar hacia arriba vio luz en la ventana del dormitorio; se preguntó si la había encendido él. Le sonó el celular y una voz dijo:

–¿Lee?

Era Annie.

–Sí –dijo Shaw–. ¿Quién habla?

–Lee, no vayas a…

Shaw no dijo nada. Se le habían dormido los labios.

–¿Hola?

Dejó una carta de renuncia en el escritorio de Tim Swann y se quedó para uso propio con las llaves de la oficina. Cuando a los quince días volvió el sobre estaba sin abrir y cubierto de una fina capa de polvo a la vez arenisco y viscoso al tacto. Era una tarde cálida, pacífica salvo por el lengüeteo del agua en el casco. Oblicuos reflejos del sol en el río bailaban en el espacio que la ausencia del mapa había dejado en la pared. Shaw probó la segunda puerta:

todavía con candado. Tecleó en la computadora; limpió la pantalla con la manga. Vio que en La casa del agua estaba posteada como GIF su última secuencia: Annie Swann reducida a una borrosa, insulsa falda subida, incrustada entre citas de Los viajes de nuestros genes. «Los denisovanos con una mierda», había aplaudido PorkSord121 debajo de la línea «Jaja otra vez dan risa idiotas».

Shaw siguió el GIF por varias iteraciones y al fin, iniciando sesión como administrador del sitio, añadió un mensaje: «cállense de una vez carajo nada de esto es real».

La madre seguía negándose a verlo.

–A ver si vives como la gente –le dijo por teléfono– y paras de ser tan jodido. –Y después dejó de responder las llamadas.

La administración del hogar de cuidados, inflexible en temas de privacidad de los pacientes, le recomendó que hablara con el psicólogo residente de ella.

–Tal vez siente que los dos necesitan descansar –sugirió el psicólogo. Fuera de eso no tenía nada que ofrecer. Lo había desorientado, comentó, que la madre de Shaw insistiera en que sacasen una de las reproducciones de arte de la amplia colección del recinto, el Idilio marino de Arnold Böcklin, del lugar en donde estaba y la colgasen sobre la cama de ella–. Nos alegró complacerla. A nadie más le gusta ese cuadro. –Y siguió–: Antes tampoco le gustaba a la propia señora Shaw. –En todos los demás sentidos se comportaba dentro de los niveles esperados para su segmento de edad. Tenía, en términos relativos, buena memoria. Últimamente había empezado a participar más y a disfrutar de las visitas semanales de la peluquera y en especial de la pedicura, una joven con la que se llevaba bien. El paso se consideraba positivo–. No se tome las cosas tan a pecho –aconsejó–. Intente de nuevo dentro de una semana, quizá de un mes. Para entonces ella se habrá olvidado.

–No entiendo nada –dijo Shaw.

–Pueden ser una prueba, ¿no?

Shaw concordó que podían ser una prueba.

–¿Qué quiere decir con «descansar»? –persistió–. ¿Descansar uno del otro? No entiendo de dónde sale eso. ¿Es demencia?

–En realidad es difícil estar seguro.

–No ayuda mucho, usted.

Una sonrisa; hombros encogidos. Shaw se miró la palma de la mano. Algo ineluctable en la pauta de las líneas lo hizo decir:

–A veces me preguntó por mí mismo.

El impudor de la declaración lo asustó tanto que abandonó en el acto la oficina del psicólogo y se equivocó de tren para volver a su casa. Por Strawberry Hill y Twickenham el río entraba y salía de vista en curvas de sentimentalismo perfecto: casas flotantes mantenidas en una condición de ruina chic, árboles exóticos con hojas ya un poco amarillentas, curiosos tramos solo descriptibles como parques del ancho de una casa, vislumbres de dinero como centelleo de luz en el agua. A cada ocasión londinenses de la zona oeste invadían el vagón de Shaw, adultos cuyo compromiso con la ropa de adolescentes que usaban era un poquito laxo pero del color correcto al nanómetro.

Arnold Böcklin, el simbolista suizo más conocido por sus pinturas del Cementerio Inglés de Florencia, había producido Idilio marino en la última etapa de su carrera. Presentaba tres figuras –una mujer y dos niños– tumbadas en una roca lumpen, casi sumergida, apenas suficiente para albergarlas; mientras cerca de ellas una cuarta –quizás hombre, quizás criatura mitológica de una ambivalencia más poderosa– emergía del agua hasta la cintura. La situación en la roca daba la impresión de ser acuciante y marginal; las posturas torpes y forzadas. La mujer, en su anhelante gesto hacia el hombre, estaba dejando por descuido que se le cayera el bebé al agua; mientras que el casi enano hijo mayor, de hipertrófico trasero saliente debido a alguna malformación de la columna, parecía tratar de montarse en ella desde atrás.

Era demasiado tenso para ser un idilio. Una atmósfera de confusión –de alegoría fallida– infundía la apagada paleta, la peculiar anatomía. Shaw se durmió pensando en el agitado ademán de la

mujer, en la expresión sonriente pero lejana de la figura masculina adulta; tuvo sueños llenos de sonidos humanos y marinos. A las dos de la mañana sonó el teléfono. Al otro lado de la línea alguien se aclaró la garganta.

–¿Tim? –dijo Shaw–. ¿Hola?

Como no le respondían, decidió ir a la puerta de al lado y aclarar el asunto.

Una vaga música llegaba del segundo piso. El rellano había capturado el calor del día, que flotaba bajo el tragaluz coagulado en el olor a levadura de la fábrica de cerveza de enfrente. Recordando el juicio a Patrick Reed, que había visto brotar niños verdes dondequiera que orinaba, Shaw fue al baño y pasó unos minutos examinando la taza del inodoro. Nada. De todos modos tiró la cadena y luego miró el espejo del lavatorio. Un año atrás no habría reconocido a la persona que ahora acababa de descubrir ahí.

La puerta de Tim Swann, con su gruesa capa de ignífugo y el desvencijado pasador flojo, no estaba cerrada con llave. Adentro había una luz encendida. Shaw se mantuvo un poco a distancia, detenido por una repugnancia que no pudo pasar por alto ni reprimir, y dijo:

–¿Tim? Eh, Tim, ¿estás ahí?

El cuarto estaba vacío, aunque década tras década de inquilinos parecían diluirse aún en el aire como una emulsión de aceite en agua; un proceso incompleto desde 1750, sostenido por la infinitud de la necesidad humana. Negativos de objetos cotidianos –un sillón, una cama de una plaza, tal vez una estufa de gas– estampaban la madera del suelo en irregulares áreas de grasa. Eso era todo. Tim se había ido. Quizás nunca había vivido en ese cuarto y lo había usado solo para otros fines. Shaw, que estaba dispuesto a creerlo, fue hasta la ventana y enrolló la persiana de algodón amarillo. Vio que dos hombres sumidos en una conversación desaparecían hacia Mortlake por la acera opuesta, proyectando sus sombras en los muros de la cervecería, enormes y vaporosas por causa del tipo de

luz de medianoche en la ciudad que, mientras fracasa en aliviar la oscuridad de alguna forma, parece derramarse desde todas las direcciones a la vez. Por lo demás Wharf Terrace se presentaba con diferencias mínimas respecto de su punto de vista habitual. Shaw había esperado más.

En un rincón yacían unas rendidas cajas de cartón. Hurgándolas con desgana, casi enseguida descubrió, bajo unos trastos de computadora enredados en cables, tres abollados archivadores de caja respectivamente etiquetados como «Recuperando los ritos», «Mort Lake, el Lago Muerto» y «Nuestras relaciones con las ciudades del interior».

El primero estaba repleto de boletos de tren y recibos viejos; el segundo contenía una especie de diario impreso en folios a un espacio; el tercero, que olía fuertemente a comino (y por debajo a algo que Shaw no pudo identificar, aunque pensó que quizá fuera Vicks Vaporub), resultó estar vacío. Volcó los boletos en el suelo y los esparció: Worcester, Leicester, Grantham, Rugby, otra vez Grantham, luego la terminal de Birmingham. Viajes de hacía veinte años o más a la región central. Estuvo hojeando el diario al azar hasta que leyó: «Después de aquello miramos a la criatura adentrarse con paso seguro en la laguna de Barnes, sin desviarse ni vacilar una sola vez según desaparecía bajo la superficie. Sin embargo en ningún lugar ese agua tiene más de medio metro de profundidad». Al margen alguien había añadido: «Debemos tener claro que cuando usan las palabras “debajo del agua” no es en un sentido convencional. Quizás sea lo máximo que se permiten acercarse a decir otra cosa».

Reconociendo el estilo expresivo de Los viajes de nuestros genes, se saltó unas páginas y luego algunas más; entonces cayó emboscado por su nombre tan de repente que por un momento no logró comprender lo que estaba viendo y tuvo que retroceder unas páginas para encontrarlo. «¡Pobre Shaw!», decía el diario. «Constreñido a creer que no cree en nada, por si un día desentierra de sí la única creencia –el único consuelo profundo– que no se atreve a abandonar: que siempre fue uno de nosotros. El trabajo de negar le venda tanto la atención que, en vez de experimentar de verdad lo que le pasa, solo puede almacenarlo y darle más tarde

una interpretación simbólica. Tan marginal en la conciencia que no le queda más material de trabajo que el eterno retorno de lo reprimido».

En esto pareció que todos los objetos del cuarto se inclinaban un poco, se asentaban unos en otros. En el aire hubo un suspiro débil, objetivo –el sonido que podrían hacer las cosas inanimadas si se relajasen–; un olor a polvo. Shaw se arrodilló en el suelo con los ojos cerrados procurando, y eso esperaba, acompasar el aliento. Sintiendo solo una vacuidad claustrofóbica, una intuición de expectativa, como si alguien esperara que hiciese o dijese algo, o entendiera qué podía hacerse o decirse, agarró lo primero que encontró a mano, salió del cuarto a los tumbos y cerró de un portazo. En el de al lado sintió el aire desagradable y evasivo. Al mirarse las manos descubrió que había rescatado dos esmeriladas botellas victorianas de medicamentos y una postal de la catedral de Lincoln de 1971, cuyo dorso llevaba la nota: «Cajón hallado en grandes ruinas de Egipto». El teléfono de línea volvía a llamar.

–Vete a la mierda –le dijo–. Váyanse a la mierda. Todos.

Cerró con llave, encendió todas las luces y traqueteó por la escalera rumbo a la calle, sin que le importara un bledo ofender a alguien.

Tres de la mañana: una noche chata sin estrellas, apenas un pedacito de luna color piel de pescado, pocas nubes, un aire húmedo más de Valencia que de Londres. El Támesis estaba alto. Shaw caminó río abajo hasta que en Barnes pudo cruzar y volvió por la orilla norte entre los huertos municipales y el barro, entre los pubs apagados y los muros de jardín de Strand-on-the-Green, hacia donde el agua parda giraba a lo largo de la orilla y rodeaba el talón de la isla de Oliver, hasta que unos cuarenta y cinco minutos después llegó a la oficina. Allí encontró no a Tim sino a Annie, desplomada de espaldas a la puerta en el sillón giratorio, la cabeza en un ángulo extraño como si hubiera caído de lado poco antes y ahora pesase demasiado para alzarla. Estaba mirando fijamente el mapa de su hermano, sujeto a la pared en su posición original arriba del escritorio.

Shaw le tocó el hombro.

–Annie…

Ninguna respuesta.

No se parecía nada al trance mediúmnico. Sabía que él estaba ahí, pero era como si ella misma no estuviese. Esta ausencia enfocada tenía su efecto: Shaw también empezó a fijar la vista en el mapa. Estaba rociado de dispersas manchitas de sangre. Se acordó de un repleto pub de comida gourmet: ravioles de papa y hongos silvestres; alguien que él apenas conocía riendo a la vez que gritaba por encima del ruido: «¡En la costa nace más gente de lo que te imaginas!». Se acordaba del pub pero no de la ocasión. Y por mucho que parpadeara o entornara los ojos ya no podía hacer que el mar y la tierra cambiaran lugares. Aunque el esfuerzo lo cansaba, siguió empeñándose.

De tanto en tanto miraba a Annie Swann de reojo. Un leve sudor le brillaba en la mejilla: por debajo, como clarificada ópticamente, la piel parecía más vieja de lo que él recordaba. La carne tenía una blandura esponjosa. La piel que la cubría era frágil y fina como papel. Pensó que si uno la apretaba con un dedo quedaría una muesca. En la superficie de sí misma Annie era vieja; y más, mucho más vieja en algún lugar por debajo. Miraba el mapa ella; miraba el mapa Shaw. La tierra era el mar; el mar era la tierra. Por un rato las cosas permanecieron así. Luego Shaw sintió como si se hubiera liberado, quizás por una decisión de ella, quizás por una circunstancia que ninguno de los dos podía controlar. Pero una vez libre de pensar en el mapa sintió la incitación a pensar en la puerta con candado del fondo de la oficina. Se movió a los tropiezos abriendo cajones y fijándose debajo de los muebles hasta que encontró algo que usar de palanca. Un momento después Annie dijo:

–No vas a necesitar eso, Lee.

La miró sorprendido. No se le había movido la cabeza. La voz, ronca y vigorosa, daba la impresión de estar situada en otro lugar; cerca, sí, pero no en la oficina ni en ella.

–Lee –repitió la voz. Siguió una risita atascada pero, aunque él esperó, nada más.

La puerta daba a un abarrotado espacio algo más grande que un cuarto de baño: materiales de limpieza en estantes; contenedores de plástico con broches robustos y tapa transparente; material del río, erosionado y antropomórfico, empaquetado en polietileno; botas de goma; un overol en un gancho. Los contenedores estaban llenos de partes de cuerpos –algunas intactas y reconocibles, otras separadas bruscamente–, coyunturas exangües, traslúcidas, inofensivas como pollo sin cocer. No sintió más que un ligero disgusto. Debajo del leve olor a lavandina, en el aire había un olor aún más leve que no podía definir. Las partes, cuando las contó, sumaban un solo ser humano. Era hombre. De unos cincuenta años.

Shaw se quedó unos momentos observando. Al fin, incapaz de pensar qué más hacer, cruzó la oficina arrastrando los contenedores a los ojos de Annie Swann –cuya cabeza, vista ahora de frente, aún no parecía del todo estable en el cuello– y uno a uno, pieza a pieza, los vació en el Támesis. No los estaba desechando para ella, pensó; los estaba distribuyendo. Fuera lo que fuese, se había resuelto entre Tim y Annie. ¿Eran hermanos, al menos? Siempre iba a ganar uno de ellos, pero tal vez nunca se estabilizaría nada. Los dos estaban locos, cada uno a su manera; o quizás de la misma manera. Shaw había sido una especie de testigo; para aquello lo habían necesitado, y ahora solo lo necesitaban para esto. Lo último que tiró al río fue un antebrazo, con la mano levemente cerrada. Al entrar en el agua pareció que los dedos se estiraban a modo de reconocimiento. Ya llegaba el amanecer, gris pero con una promesa de luz por dentro. Soplaba viento y hacía frío.

Cuando hubo terminado y entró los contenedores Annie se había ido. Antes de salir había abierto una página nueva en La casa del agua; para regalarle, sospechó él, cierta última invitación formal. Era el mismo fárrago irracional en el mismo formato ilegible. Shaw ajustó el cuerpo de la fuente. «Embotellamiento genético humano», leyó; y unas líneas más abajo: «Subespeciación de hace 1,5 millones de años no descubierta previamente». Alguien había escrito la misma cifra en el bloc de al lado de la computadora, subrayada y entre signos de pregunta.

19

La costa más lejana

Se fue a su casa, durmió en paz por primera vez desde que había llegado a Wharf Terrace 17 y se despertó lleno de energía. Se sentía liberado. Era la sensación de saber quién era. Bajó hasta Mortlake High Street, donde, en la esquina de White Hart Lane, tomó un macchiato y granola casera entre las esposas de Little Chelsea apiñadas en Orange Pekoe; luego siguió camino río arriba por el cementerio y la senda del Támesis.

Un sol fuerte azotaba las fachadas de la curva del río, transformando gabletes en bloques y triángulos de luz, atrayendo la mirada a un capuchón de aluminio aquí, a la comba de un cable telefónico allá, haciendo hincapié en la matrícula amarilla de un Audi que pasaba. El viento agitaba las gotas de agua detenidas en todo. Del lado de tierra los cuervos, alegres de ejercitarse, se elevaban de a dos o de a tres por encima de Saint Mary Magdalen, se las veían con pozos de aire, respiraban en rodeos y deslizamientos o planeaban alrededor de la carpa del mausoleo de Richard Burton. Solo en mañanas como esa, pensó Shaw, podía decirse que Londres tenía aire fresco. Por el camino de sirga, entre el centro de reciclaje y el Archivo Nacional, se dio cuenta de que estaba yendo al trabajo. Pensándolo mejor, en vez de eso fue a visitar a su madre.

–Te tomaste tu tiempo –se quejó ella.

Él se quedó mirándola.

–Tú no querías que viniera. Me mandaste una carta.

Ella se rio tanto que empezó a toser.

–¡Yo no hice eso! –dijo, en el tono de una mujer más joven que acaba de enterarse de un brillante faux pas sociosexual logrado una

semana, un mes o un año atrás gracias al alcohol. Era una de sus imitaciones más eficaces. Por un momento pareció rebosar de vida–. ¡Nunca lo hice!

Shaw también se rio. Luego pensó en los otros hijos de ella, que –realistas y con envidiables habilidades prácticas pero aun algo debiluchos– habían terminado en el extranjero, certeramente situados en puntos distantes de las costas de Canadá o Australia, y por eso nunca habían tenido que volver a encontrarse. Todos esos hermanastros y hermanastras globalizados que nunca se habían llevado bien; todos esos papis de bufandas futbolísticas rojiblancas fotografiados el 5 de noviembre, sonriendo en diapositivas Kodachrome mal medidas, excitados y necios en una luz de fogata, diez años más jóvenes que su verdadera edad: para ella todo eso había acabado siendo una prueba desmedida. La había vuelto menos accesible para él. Ya había bastantes dificultades sin las demandas que podía hacer el pequeño Shaw mientras, medio en la vida de su madre, medio afuera, iba tras ella a remolque. De alguna manera lo vergonzoso había llegado a ser él, no los padres y hermanastros; una carga cotidiana reclamante de más energía que la que ella era capaz de dar.

–Tu padre murió de bazo agrandado –dijo en ese momento, como si fuera una virtud.

–¿Cuál padre? –dijo Shaw.

–Cosas así no las dices en serio.

–Ojalá supiera la verdad sobre ti.

A esto ella apoyó las manos en el regazo, giró los hombros hacia la ventana y clavó la mirada en el jardín.

–Nunca me dejas contarla.

–Te lo pido. Sin parar.

–Nunca me dejas hablar.

–¿Qué? Bueno, cuéntame ahora –dijo él–. Ahora me puedes contar.

–¿Y por qué? –Se encogió de hombros–. Era mi vida, no la tuya. Hazte tú una vida, haragán hijo de perra. –Después de una pausa suspiró y se alisó la falda–. Al menos consíguete amigos propios. –Fuera, la luz encendía el césped y los parterres; ella hizo un gesto, como si los dejara de lado–. A mí me encantaba el agua, Jack. ¿Te acuerdas?

–¿Quién era Jack? –dijo Shaw con toda la hiel que pudo.

–Ay, ¿no te acuerdas? ¡Chiquito Johnny Jack! ¿La canción de cuna? «Chiquito Johnny Jack» –cantó con voz remota, melodiosa–, «cargaba mujer y familia en la espalda».

Shaw dijo que no se acordaba. Nunca antes había oído esa canción.

–Probablemente se la cantabas a otro. –Se quedaron los dos en silencio y luego ella empezó a sollozar. Torpemente Shaw le rodeó los hombros con un brazo. «He tenido amigos», quería decirle. «De verdad. He tenido». Intentó contarle algo sobre su relación con Tim y Annie Swann pero ni siquiera él la había puesto en foco todavía; y bien veía que a ella el tema no le interesaba. Diez minutos eran lo máximo que podía manejar. A los diez minutos de que él entrara siempre se había olvidado de quién era, o qué le debía ella o por qué estaba ahí. Se sentaba con las manos en el regazo y escuchaba pasar el tráfico de mediodía hacia el este y el oeste del hogar.

En eso dijo:

–Aquí está lleno de moho. ¿No puedes conseguir que hagan algo? Huele a cera de oreja.

Shaw, que a los ocho años se había asustado por el olor a levadura de su cerumen, no llegaba a oler nada.

–Nos traje una película –fue lo único que se le ocurrió decir–. Secreto oculto en el mar. Gene Hackman hace de un detective con una inteligencia emocional que no está a la altura del caso. Pensé que podríamos mirarla. –Ella echó al DVD un vistazo ausente y lo dejó caer sobre las faldas–. Está muy bien, de veras.

–¿No vamos a ver las fotos?

–Tú lo único que haces es romperlas.

–¿Sí? Tremenda Chiquita Janey Jack era yo; es eso y nada más. Aunque –dijo ella, como a una tercera persona que hubiese en la habitación–, ¿ahora quién va a culparme?

–Los dos tuvimos nuestras vidas –se encontró insistiendo Shaw.

–Odio este lugar.

El día siguiente hacia mediodía había empezado a preguntarse qué había pasado exactamente en Brent. Sabía que había sido algo grande, pero no cuán grande; sabía que le había mitigado la crisis, pero no en qué medida. Volvió allí a la hora del almuerzo y encontró el embarcadero vacío. Todas las cadenas y cabos que habían amarrado la barcaza de Tim Swann a tierra colgaban fláccidos; el agua baja estaba rellenando el contorno de un casco que se había revelado en el barro.

Shaw se paró unos minutos en el camino de sirga, mirando río arriba la enredada geografía de la confluencia del Brent y luego, hacia el otro lado, cómo Kew Bridge flotaba en la luz del agua por encima de su trémulo reflejo blanco. Entre esas dos estaciones los islotes del centro de la corriente dormían como clípers chinos abandonados en una sofocante luz tropical. En todo ese tramo, comprendía ahora, las islas se estaban volviendo barcos; mientras que los barcos se rendían y, estableciéndose en el extremo de una marea de fines de invierno, se transformaban serenamente en islas. Era la historia de todas las vidas. Mañana y noche, ni una cosa ni la otra, parecían entrar y salir de la tenue bruma como misteriosos reinos flotantes de un ramplón mito celta que, esbozándose de lado a lado por una o dos horas, nos tientan con una oferta promocional y esa misma noche se van, dejando en la vida una brecha de un año y algunos puntos de crédito por servicios que uno no recuerda haber prestado. Un sombrero mágico. Una piedra agujereada. Un collar que, con un leve olor a hábitats de estuario, maleza ruderal y un amplio espectro de invertebrados, entre ellos varias clases de sanguijuelas, de golpe se transforma en un puñado de caparazones.

Como su mingitorio favorito también había zarpado, Shaw se llegó al bar del Watermans Centre y luego se fue a su casa pasando por la agencia de alquileres, donde notificó que dejaría Wharf Terrace 17. Dos días después había encontrado una nueva habitación en Turnham Green.

Ob y Emma, en la segunda mitad de los treinta, estaban en la BBC desde hacía una eternidad.

–No es que hagamos –dijo Emma riéndose– nada muy interesante ahí. –Contaron que siempre habían tenido conciencia mutua, pero entonces una noche Emma se presentó en una fiesta de disfraces vestida como el cordero místico de los Van Eyck y ya estuvo. Los dos querían tener hijos, pero ella no se sentía del todo preparada. Ob estaba en el área de producción de historia contemporánea. Parecía una versión más flaca del joven Rupert Brooke, con rasgos aguileños quizás demasiado sobrenaturales –quizás demasiado intensos– para su edad. Tocaba el piano y era capaz de escuchar todo el día a François Couperin –«o en realidad a cualquier barroco»–. A los dos les encantaban el ejercicio y la naturaleza, acampar al aire libre y en especial nadar en aguas abiertas. Ob había hecho algunas de las largas distancias más fáciles.

–Pero la seria es Em; no le interesa nada que no exija ropa para treinta kilómetros o neopreno de cinco milímetros.

Emma solía levantar la mirada hacia él y traviesamente luego desviarla.

–Cualquier cosa, de hecho, mientras haya naturaleza salvaje –acordó riendo otra vez; al mismo tiempo parecía estar negando algo intrínseco a la visión de Ob de la pareja, su sentido profundo de cómo podían ser ahora «Ob y Emma».

Shaw también rio.

–El cincuenta por ciento de mis sueños son sobre no querer saltar al agua en movimiento –admitió–. Difícil saber si es una neurosis o un rasgo de supervivencia.

Se hizo un silencio. Emma miró a Ob.

–Nunca tuvimos un inquilino –dijo.

Ofrecían la habitación y obviamente el uso de la cocina. Para ellos era una novedad. Una especie de experimento. Si Shaw aún no había llevado sus cosas a un depósito y no eran demasiadas, ¿le servía compartir el espacio del desván? El wi-fi no se lo iban a cobrar. ¿Le gustaría echar un vistazo?

Le encantaría, dijo Shaw.

El cuarto estaba en la parte de atrás del segundo piso, con vista a jardines en dirección a Chiswick. Los jardines ya tenían un aire de otoño temprano. Por la noche se oía el reconfortante rumor del tráfico en Chiswick High Road. Shaw no tardó en amoldarse, le tomó la mano a la De'Longhi PrimaDonna, aprendió cómo preferían sus anfitriones que se hiciera el café, que se cargara el lavaplatos. La casa era angosta pero lo bastante espaciosa para albergar el piano de Ob; bastante vacía como estaba de otros objetos parecía tranquila. Suelos de madera lustrada conducían de un solo barrido la luz del jardín hacia la ventana en mirador de la vieja sala delantera, y por el camino dejaban laqueada una vasija o una esquina del marco de un cuadro.

–Me gusta mucho –le dijo a la madre por teléfono–. Ob y Em coleccionan grabados de Ravilious y en el muro del fondo tenemos glicinas en cantidad. Em ha prometido enseñarme a nadar.

La mayoría de las mañanas Em estaba en pie a las cinco e iba en bicicleta a la piscina abierta de Hampton para hacer sus cuatro mil metros básicos; resultó que salía por su cuenta más a menudo de lo que Shaw esperaba. Con el correr del tiempo fue encontrando la mirada de Ob menos punzante que frustrada, algo que en esos días, en pleno desastre del Brexit, estaba a tono con el rumbo de la BBC. Todo sector demográfico recién empoderado selecciona su fisionomía y su lenguaje corporal típico, el fenotipo que se desempeñará mejor en las nuevas condiciones. Todo el mundo está sensibilizado, nervioso, dispuesto a aprovechar o lamentar la inadecuación de su cara. Durante unas semanas, mientras se acomodaba al nuevo entorno, Shaw recorrió un insólito valle lleno

de malos trajes, sobretodos de corte eduardiano, repentinas sonrisas prognatas y un vigor jovial en disputa con resinosas caras piscícolas y ademanes raros. Era como vivir entre alienígenas. Lo dejaba perplejo; luego se acostumbró. Tenía sus propios problemas. Tenía que admitir que en su vida había soplado un frente frío, pero al fin había seguido de largo; en su estela estaba retomando modestamente el contacto, buscando trabajo digital, esporádicos acuerdos en línea como los que se había habituado a hacer antes de entrar en crisis; se estaba reintegrando al mundo. De momento era suficiente esfuerzo.

El otoño mudó en invierno. Shaw bebía menos. Empezó a caminar de nuevo; se despertaba temprano, tomaba el metro desde Turnham Green hasta Wimbledon, iba y venía por el parque, cuesta tras ácida cuesta, lago tras oculto lago, entre árboles desnudos y raíces bruñidas, y cruzando por Robin Hood's Gate bajaba hasta Richmond Park. Fotografiaba ciervos en la niebla de las seis de la mañana, compraba un sándwich de beicon en la furgoneta de Pen Ponds y lo comía entre los paseadores de perros, mientras alrededor de la escuela de ballet el cielo clareaba sobre los árboles. Estaba aprendiendo la mentira del suelo. En general no lo ocupaban sus pensamientos. Pasaban con facilidad y sin consecuencias.

Un día, yendo a su casa, cortó camino por el cementerio de Old Mortlake. Se acercaba la hora del almuerzo, hacía frío allí y los colores tenían la mayor vivacidad posible en esa época. Era más pequeño de lo que él recordaba, no tanto un cementerio como un jardín vallado. Diciembre se había abierto paso como una dimensión adicional en las relaciones entre tumbas y senderos, fijándolas en arreglos de Patrimonio Inglés. Fuera, a la izquierda de Shaw, la casa de la médium estaba cerrada y vacía. Dos o tres carteles de inmobiliarias se asomaban del jardín inclinados sobre la acera. Delante de él, sentado en un banco, un hombre de más de mediana edad con una campera de algodón encerado sobre un suéter Guernsey azul oscuro y pantalón amarillo de corderoy comía un sándwich de salmón ahumado. Tenía la cara lisa y rosada y los ojos azules y acuosos pero aún de muchacho. Agachados entre sus pies, compartiendo la correa, había dos perros salchicha de color

negro y cobre.

Shaw se le acercó.

–¿Lo conozco de las sesiones? –dijo titubeando.

El hombre lo miró sin expresión y siguió masticando. Sonrió y se dirigió a los perros, que estaban alertas y esperanzados.

–Todos necesitamos comer –los provocó. Luego, transfiriendo la atención a Shaw–: ¿No dirías? –Sin entender qué le estaban preguntando, a Shaw no se le ocurrió ninguna respuesta–. Yo como mi almuerzo acá igual que cualquiera; es comprado pero suele estar bien. Vengo y leo un libro. Almuerzo.

–Pensé que lo había conocido, eso es todo.

–Hoy, ya lo ve, es Los niños del agua. –Le ofreció a Shaw un atisbo del libro, golpeado y con la tapa rota, y pensativamente pero sin decepción agregó–: Me está gustando menos de lo que esperaba, como todas estas lecturas infantiles. –Una vez seguro de que Shaw tampoco tenía respuesta para eso, prosiguió–: El vandalismo que conoce este lugar es extraordinario. Suben a la noche desde el río con la idea de hacer trastadas. –Y luego, como si afirmara algo mucho más general–: De veras, todo lo que no esté anclado corre peligro. Muchos de estos monumentos victorianos baratos estaban en equilibrio sobre lajas planas. –Encogiendo los hombros a modo de disculpa con los perros, se metió en la boca el último bocado de sándwich–. Siempre me limpio las manos con la servilleta que proveen –le dijo a Shaw sosteniendo la servilleta y el envoltorio.

Shaw los agarró y fue hasta el basurero, parándose en el camino a examinar las cruces y ángeles caídos. Era como si los hubiera empujado, pensó, algo furioso pero sin mucho apoyo en el mundo; una fuerza para la cual los objetos bien cimentados, instalados en tierra como es debido, siempre se probarían demasiado robustos. Siguió adelante y se paró bajo un acebo junto a la pared del hospital psiquiátrico. Alrededor de sus zapatillas Converse, el barro negro supuraba agua. Había por ahí un desparramo de restos a medio comer; un bidón de riego caído entre flores muertas y madejas de cintas de ramo. Cuando volvió a levantar los ojos estaba

solo en el cementerio, aunque aún se oía ladrar a los perritos. La luz del norte y el este se reflejó por un instante en una de las ventanas superiores de la casita de la médium, como si alguien acabara de cerrarla.

Media hora más tarde, al llegar al puente de Hammersmith, en shock por la cantidad de espacio atrapado entre las riberas, se preguntó si no debía cambiar de idea y caminar hasta Kew; pero cruzó y regresó a Turnham Green, donde encontró a Ob en casa temprano, practicando al piano Les Barricades mystérieuses de Couperin en la cálida iluminación del largo espacio de la planta baja, mientras Emma, separando adornos para las fiestas, miraba todo por el rabillo del ojo y se reía.

Pasó la tarde de Navidad con su madre en el hogar de cuidados. Sentada junto a la ventana con las manos sobre su mejor falda, se la veía más vieja. Lo que él quería mostrarle era su nuevo iPhone, comprado por recomendación de Emma.

–Emma es buena para los teléfonos –explicó; por cierto, era una de esas personas que saben de todo lo que es bueno–. Aquí tienes una foto de ella con Ob al fondo. –La había tomado él por accidente mientras intentaba que el teléfono hiciera otra cosa. Ob parecía incómodo, como si lo hubieran sorprendido cuando se estiraba para agarrar una tijera; Em, como siempre, parecía tan totalmente natural como en perfecta pose, ya a medio camino de volverse imagen de sí misma pero sin dejar de mantener algo en reserva, algo que ni la cámara ni el observador verían nunca. Para Ob y Em la Navidad era importante si bien –¿porque siempre la pasaban con los padres de ella en Shropshire?, ¿en las riberas del Severn?– el día mismo no estaban en casa. ¿Pero no esperaban quizás que él tampoco iba a estar?

–Eso que hay detrás de él es el piano –le dijo Shaw a su madre–. Lo estábamos decorando con acebo.

–Yo reconozco un piano cuando lo veo –dijo ella. Miró el teléfono, dio un golpecito en la pantalla como llamando la atención sobre algo tan obvio que solo Shaw podía no verlo y añadió–: Me alegra

que al fin muestres algo de sentido común.

–En lo esencial son muy linda gente; eso es todo.

–Siempre esperaste hasta el último momento para despabilarte.

Shaw le quitó el teléfono.

–Vivo con ellos y listo –dijo–. Ob y Em solo son las personas con que vivo. –Puso las manos sobre las de ella. Estaban tibias. La piel era fina al tacto, quebradiza como papel. Las estrujó despacio e intentó hacer contacto visual–. Realmente siento que pronto voy a estar de nuevo en la senda –dijo. Siempre había esperado que esa promesa lo pusiera a salvo. Por un momento todo en la vida pareció menos efímero, menos fragmentario, y sintió que acaso había dejado atrás la crisis, lo que sea que haya sido, y al fin tenía algo que ofrecer. Entonces su madre retiró las manos. Pareció atravesarla un temblor, como una ola de probabilidad. Le brindó su sonrisa más radiante.

–¡Vengan las fotos! –dijo.

¿Pero de qué servía el pasado, pensó Shaw, sus vagas promesas y sus playas de piedras al viento, sus confundidos perros de ninguna raza ni talento particular, súbitamente agraciados con quince minutos de libertad en la lóbrega placa de hierba central de una urbanización de sesenta años de antigüedad? ¿De qué serviría reexaminar a los padres francos, amables, estúpidos; sus obsesiones y excusas, sus bufandas futboleras y planes de vacaciones, la insistencia en estar frente a uno y necesitar que hablara o actuase –hiciera la tarea, aprendiera a andar en bici, armara el modelo–, que reaccionara, sintonizara y estuviera ahí para ellos? Sobre todo no quería enfrentarse con ella, su única madre, dando lo mejor de ella en ropa de una década distante, con el brazo sobre los hombros de uno u otro de sus papás, primos distantes o aún más distantes hermanos y hermanas, desviando de cámara tras cámara el gesto dolorido, entornando los ojos contra la luz de una playa tras otra. Cuando se lo medía por la vara de Ob y Emma –la vida como una práctica entretenida pero cuidadosa– todo eso, pensó, era simplemente una cagada.

La idea le hizo recordar un pasaje de Los viajes de nuestros genes que describía, en términos no fáciles de seguir y por razones que el texto no elucidaba, «una sola interacción repetitiva instalada en los seres humanos mucho antes de que llegaran a ser propiamente humanos. Quizás hubiera provenido incluso de una forma de vida previa, una pauta iterativa de ADN, el dimorfismo de un solo gen en un solo cromosoma como código para un estado de conciencia perdido que solo resurgía ahora».

Tim Swann: un padre, si es que él había conocido alguno, solo a juzgar por su consistente pulsión de explicar todo lo exterior a su cabeza en términos de lo que pasaba adentro.

Shaw había salido al pasillo. Olía a cera para pisos y cena de Navidad de hogar de cuidados. Estaba dando patadas a una silla. Como eso no ayudaba, fue al toilette más cercano y, una vez seguro de haber trabado la puerta, se metió tres dedos de la mano derecha en la garganta con la esperanza de animar a todo lo que tenía cuajado ahí a que saliera a la luz y dejara de ser un estorbo tan simple. No salió nada; y cuando volvió, su madre no solo había hecho trizas muchas fotos y desgarrado los álbumes, sino que también le había destrozado la pantalla del teléfono nuevo, quizás pisándolo varias veces, antes de sentarse con las manos enlazadas mirando la reproducción del Böcklin colgada en la pared y retirarse a las heladas orillas de conducta que Shaw reconocía tan bien.

–Eso cuesta cuatrocientas libras –dijo él.

Ella lo miró asombrada.

–No sé qué voy a hacer contigo, Leo –dijo–. De veras que no sé.

–Yo no soy Leo –dijo Shaw–. Nadie se llama Leo, mierda.

Ella tenía sus añoranzas; ¿por qué él no? Al cabo pensó en cosas que podía querer, y se preguntó si alguna vez las conseguiría. Recogió el iPhone, tocó suavemente la pantalla estrellada y cedida; luego salió del cuarto. Ahí todo había cedido demasiado.

–Por Dios –le gritó ella–. Tú siempre tienes algún problema. –Luego–: Nunca aprendiste a entenderte con las cosas. –Y por fin–:

¡Es Navidad! ¡Es Navidad!

Tomó un Uber a su casa, en Mortlake se peleó con el chofer por cuestiones de política y, al bajarse en un crepúsculo rabioso de rosas y anaranjados, decidió seguir hasta Turnham Green caminando por Chiswick.

Hacía frío. En medio del puente de Chiswick se inclinó sobre el parapeto y miró hacia el norte y el oeste. Desde los bordes rotos de las nubes una luz invernal se sesgaba río arriba en un ángulo sorprendente, dejando el aire arquitectónico pero transparente entre orillas en sombras paulatinas. Al cabo de unos minutos oyó campanadas: supuso que llamaban a un servicio de atardecer en Saint Mary the Virgin, en la calle mayor, aunque por el momento el sonido había subido del agua.

A resguardo en casa de Em y Ob se puso a hacer té; tecleó, mientras esperaba que hirviese la tetera, unas notas en el piano. Encendió el televisor; luego lo apagó. Su habitación era cálida. De otoño a invierno había vivido cómodo allí. El tiempo se había estirado. El día anterior, antes de que ella y Ob tomaran el tren de Euston a Shrewsbury, Emma había trenzado un cesto de luces de colores en el pequeño, limpio hogar victoriano. En la repisa estaba la tarjeta de Navidad para él: un linograbado estilo 1920 de un cauce de molino y espuma limpiadora en agua oscura. Las cosas iban y venían; le asignaban a uno una forma, le gustara o no. «Tú deberías tener aquí algunas cosas tuyas», recordó Shaw que le había aconsejado ella poco después de que se mudara. «No solo la típica bobada de las pensiones de antes. Porque tienes tus propios objetos, ¿no?».

Así inducido, Shaw había rescatado algunas piezas del desván, empezando por su biblioteca (que ahora, además de Pincher Martin, incluía Los niños del agua y Los viajes de nuestros genes), que colocó, en orden alfabético por apellido de autor, en el estante de arriba de la cama; y siguiendo por ítems de función más difícil de precisar. También instaló su recién mejorada MacBook Air en la mesita de enfrente de la ventana, un cambio aplaudido por Emma:

–¿Ves? ¡Hasta puedes trabajar en casa!

Ahora estaba comiendo galletas de jengibre con té Assam negro mientras intentaba recordar cómo había dado con un cenicero con caballos. Ni siquiera fumaba. Había una caja roja de plástico rojo de cinco centímetros de lado, vacía. Sujeta con elásticos estropeados había una colección de postales dirigidas en una letra que no identificó a destinatarios que no conocía. Había un polvoriento brochecito de cerámica con forma de rosa. ¿Qué uso habría encontrado para objetos así? No podía fecharlos, ni hablar ya de asociarlos con su historia. Era como si hubiera coleccionado suvenires de otras personas. En puesto de honor estaba el pez de plata que Victoria Nyman le había regalado poco después de que se mudara a Wharf Terrace 17. Shaw lo miró con una consternación creciente. Desproporcionado, de labios de arándano, a gusto consigo mismo, el pez le devolvía la mirada. Los mails de Victoria habían seguido llegando todo el año a ritmo semanal. Muchos no los había contestado; algunos ni los había abierto. Ahora, lleno de culpa, se sentó a tratar de ponerse al día.

«Aquí arriba es muy Brexit», había escrito ella su primera noche fuera de Londres. «Ocho pubs en mil quinientos metros y alrededor bosques espesos».

Seguían descripciones: de la ciudad, que mantenía las luces de Navidad encendidas todo el año; de la ciudad vecina, que había hecho montones de dinero con la Revolución Industrial, pero «no mucho desde entonces»; de su casa, su «hermosa casa con una hermosa escalera», donde iba de una gran habitación vacía a otra extasiada de deleite. Ese buen humor inicial se mantuvo dos o tres meses –«¡Adoro los baúles para mantas!», «¿No crees que las malvarrosas son de una altura ridícula?»– pero volvió a la agitación que Shaw recordaba, a estar todo el día fuera por su cuenta, manejar ochenta kilómetros hasta un anticuario o un jardín victoriano readaptado.

«Me hace salir», explicaba. «Me encuentro con gente. No dicen mucho, pero me los encuentro. Es como para creer que me compraría un perro».

La diversión escaló en ironía, la ironía recayó en una suerte de

ficción empaquetada, autoprotectora, rápida en abrirse espacio para las cosas que encontraba. «De no ser por la porno rural del estante más alto del quiosco de prensa, podría estar en cualquier lugar de Brexitania». O: «¿Y por qué habrá manzanas bajo un acebo?», le preguntó. «¡Manzanas caídas bajo un acebo! Creo que ni siquiera entiendo el campo». Algunas historias Shaw podía seguirlas; otras, por simples que parecieran, se resistían a la interpretación. «Te dices: "el valle no es anormal". Y es cierto, ¿no? Así que vas a la próxima ciudad, ¡y compras cosas!». Empezó a referirse a mensajes que él no había recibido. Al parecer tan insegura de sí misma como de su situación, preguntaba a propósito de nada: «¿Y ahora qué pensarás de mí?». Pronto hubo algo como un derrumbe masivo de confianza. A fines de noviembre las cosas se le escapaban a la carrera. Oyendo la conversación de dos mujeres en un café se preguntaba «si el mundo se va a acabar o solo va a tomar una dirección simple, fenomenal, asombrosa».

Una semana después, un mensaje de una sola línea decía:

«Es una linda ciudad, esta, pero está pasando algo».

Y punto. Shaw no logró sacar nada en claro. Sin embargo se sintió obligado a responder. «Parece que hiciera siglos que viniste y estuvimos juntos», empezó. Pero borró eso y puso: «Perdona si no estuve en contacto».

Había demasiado que contarle. ¿Por dónde empezar? «Un poco siento que te he abandonado. Que te debo una explicación». Victoria desdeñaría eso, lo sabía, con una risa más o menos burlona. Era obvio que se habían abandonado mutuamente. Pero él no podía reconectar por sí solo, y sin la ayuda de ella cayó otra vez en tratar de explicarse. Pronto estaba escribiendo: «En realidad nunca supe quién era», y después fue como si no pudiese parar. Cuando levantó los ojos era medianoche y no vio nada en el jardín. Turnham Green estaba en calma salvo por cierto griterío de estación hacia los bares de Chiswick High Road; el único otro ruido que oía era un quejido que parecía hacer la Mac. Tenía hambre.

«Era cierto lo que me dijiste. Siempre viví con pánico».

No pudo recordar cuándo había surgido el tema. Pensó que había

sido al comienzo de la relación, en algún pub. Tal como lo veía ahora, el problema era así: antes de la crisis había sabido con demasiada exactitud quién era. Había en él un núcleo tan coherente que nunca había necesitado un molde exterior. Con tal certeza de sí mismo podía descartar lo que fuera o a quien fuera, incluso a alguien que le gustaba y quería, por lo que se presentase en el momento siguiente. «Siempre pude confiar en eso. Pero entonces dejé de estar tan seguro». ¿Qué le pasa a uno la primera vez que pierde así el equilibrio y se pregunta qué vida está mirando? «Quizás siempre se trató de eso, no solo para mí sino para todos. Por un tiempo todos nos preguntábamos eso, pero nadie sabía por qué».

Releyó lo último, agregó: «Pero bueno, ¿tú cómo estás?» y se quedó mirando la ventana del mail mientras la ruleta de las cosas vacilaba entre borrar y enviar.

Se posó en enviar; pero no hubo respuesta, ni ese día ni el siguiente. En cierto modo Shaw no había esperado que hubiera. La Navidad pasó. El oeste de Londres sintió la aproximación insistente de otro año: se volvió para encontrárselo a medio camino, mientras ráfagas de lluvia se descargaban de un lado a otro del río. Diciembre se filtró en enero. El invierno se filtró en el comienzo de la primavera. Shaw volvió a escribir. «Querida Victoria: a menudo me pregunto cómo te está yendo». Tampoco a eso hubo respuesta. A la tercera o cuarta pasada por los mails encontró su dirección. Pensó que no bien mejorase el tiempo subiría a las tierras centrales, a las ciudades del interior, a ver cómo estaba ella.

ÍNDICE

UNO

1. Pasarse todo el día con los muertos

2. Desplazado

3. El talismán pez

4. Anábasis

5. Agua pasada

DOS

6. La casa de Victoria

7. Caminos profundos

8. «¡A nuestra Pearl no hay nada que la conforme!»

9. El estanque de lágrimas

10. Victoria asciende

TRES

11. El cambio radical

12. Un puerto cualquiera en la tormenta

13. El camino de los Swann

14. El pequeño nadador

15. La tierra hundida ya vuelve a levantarse

CUATRO

16. El agua debajo del mar

17. La inconstancia de las formas

18. Introgresión adaptativa

19. La costa más lejana

Sobre el autor

Notas al pie

Sobre el autor

M. John Harrison nació en Inglaterra en 1945. Es uno de los escritores más originales y sorprendentes de las últimas décadas. Publicó sus primeros relatos en la influyente revista New Worlds, de Michael Moorcock, en la que fue editor de la sección de reseñas hasta 1978. En su obra ha transitado por distintos géneros, desde la novela realista hasta la ciencia ficción, el terror y la fantasía épica, muchas veces combinándolos de manera única y magistral. Entre otros títulos, ha publicado las novelas El curso del Corazón, publicada en Sigilo en 2014, Climbers, Signs of Life, la saga Viriconium y la trilogía The Kefahuchi Tract (integrada por Luz, Nova Swing y Empty Space). Sus cuentos han sido reunidos en The Machine in Shaft Ten, El mono de hielo, Preparativos de viaje, La invocación y otras historias y Deberías venir conmigo ahora. Escribe crítica para distintos medios, entre los que se destacan The Guardian, The New York Times y el TLS. En 2022, integró el jurado para el Booker Prize.

Harrison, M. John

La tierra hundida ya vuelve a levantarse / M. John Harrison. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Sigilo, 2022.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: Marcelo Cohen.

ISBN 978-987-4063-12-0

1. Novelas. 2. Ciencia Ficción. 3. Literatura de Terror. I. Cohen, Marcelo, trad. II. Título.

CDD 823

Título original: The Sunken Land Begins to Rise Again

Publicado originalmente en 2020 en el Reino Unido por Gollancz,

sello perteneciente a The Orion Publishing Group, Londres

© M. John Harrison, 2020

© Marcelo Cohen, 2022, de la traducción

© Editorial Sigilo, 2022

Primera edición: diciembre de 2022

Primera edición digital: diciembre de 2022

Revisión de la traducción: Renata Prati

Arte de tapa: Mariana Ruiz Johnson

Ebook: Tomás Caramella

ISBN 978-987-4063-12-0

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Queda prohibida la reproducción total o parcial
de esta obra sin la autorización por escrito del editor.

Editorial Sigilo SRL

Pedro del Castillo 549 8° C

(C1414AWK), Buenos Aires, Argentina

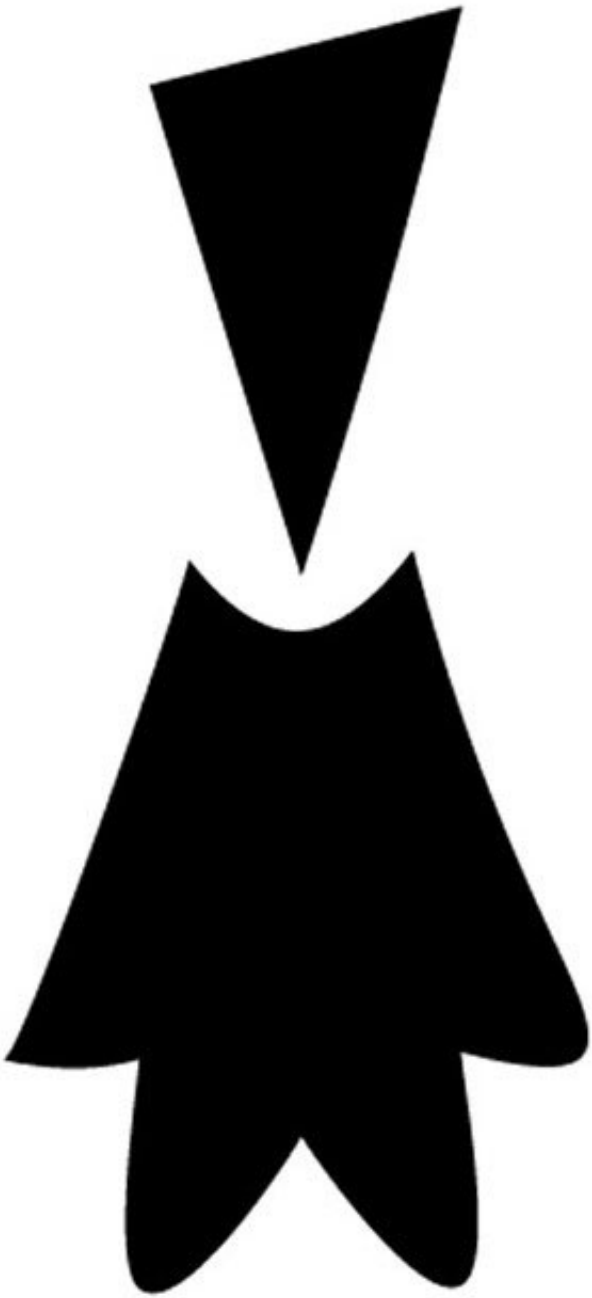
sigilo@sigilo.com.ar

www.sigilo.com.ar

Notas al pie

* N. del T.: Literalmente, Wharf Terrace significa «Balcón del Muelle».

** N. del T.: Swan (con una sola ene) significa «cisne».



Verdad, misterio, locura y maravilla